

se

HISTORIA DELAS

Creencias

CONTADA
POR UN



ATEO

MATTHEW KNEALE

¿Qué fue lo primero que motivó al hombre prehistórico, refugiado en la oscuridad de sus profundas cavernas, a recurrir al reino de los espíritus? ¿Y por qué la fe ha prosperado desde entonces, empujándonos a reflexionar sobre el cielo y el infierno, el pecado y la redención y, sobre todo, los dioses? La religión refleja nuestras más altas esperanzas y nuestros peores temores. Y tanto si usted es creyente como si, al igual que Matthew Kneale, posee la perspectiva de un no creyente que admira la capacidad del hombre para crear e imaginar, no cabe duda de que ha dado forma al mundo en que vivimos. A medida que han cambiado nuestros sueños y pesadillas también lo han hecho nuestras creencias. De los chamanes a los sacerdotes aztecas, de los budistas a los cristianos, los dioses que creamos han evolucionado y mutado con nosotros. La fe ha sido la más épica labor de invención del hombre. Se ha convertido en nuestra más íntima compañera y ha seguido a la humanidad a lo largo de los continentes y a través de las épocas. Esta es su historia.



Matthew Kneale

Historia de las creencias (contada por un ateo)

Cómo comprender nuestro invento más extraordinario

ePub r1.2

Un_Tal_Lucas 01.05.2020

Título original: *An Atheist's History of Belief: Understanding Our Most Extraordinary Invention*

Matthew Kneale, 2013

Traducción: Federico Corriente Basús

Editor digital: Un_Tal_Lucas

Reporte de erratas: arc05, plumbio

ePub base r2.1



Índice de contenido

Introducción

1. La invención de los dioses

Alguien cogió un trozo de colmillo de mamut
Un nuevo pasatiempo en una montaña pelada
Vestirse para desayunar

2. La invención del paraíso

Cabo Cañaveral de reyes muertos
Zaratustra y amigos
Venganza de lo sobrenatural

3. La invención de los pactos con Dios

4. La invención del fin del mundo

Cuidado con lo que profetizas
El fin del mundo equivocado
El sueño de Daniel: las secuelas

5. La invención de un cielo humilde

Superando obstáculos
Jesús para paganos

6. Invención de una religión, invención de una nación

7. La invención en otros lares

Éxtasis en la sobria China
Sangre, calendarios y el juego de pelota

8. Invenciones disidentes

Reírse durante todo el camino hasta la pira
Abrir la caja de Pandora

9. La invención de las brujas

10. La invención de nuevos consuelos

Bálsamo para heridas nuevas
Esperando la revolución
Avanzando hacia el pasado
Colmando el gran vacío

Agradecimientos

Bibliografía y lecturas recomendadas

Dedicado a Robert Orme y Graham Bearman, de la Latymer Upper School, Londres, dos destacados profesores de historia a los que debo mucho

«Consideremos que todos fuésemos en cierta medida unos dementes. Eso nos explicaría unos a otros, y resolvería muchos enigmas. Aclararía muchas cosas que en la actualidad tienen que ver con dificultades y misterios que nos atormentan y agobian».

Mark Twain, *Christian Science*, 1907

«La imaginación gobierna el mundo».

Napoleón Bonaparte

INTRODUCCIÓN

En tanto hijo de un ateo metodista de la isla de Man y una judía alemana refugiada, nunca he sido muy creyente. No obstante, como todo el mundo, estoy rodeado de gente que cree. La fe estaba en el Padre Nuestro que murmuraba con desasosiego en el consejo escolar mientras me preguntaba si era *apropiado* que alguien como yo recitase esas palabras. La fe estaba en las iglesias, y luego en las mezquitas, las sinagogas y los templos, que visitaba cuando viajaba. Por lo demás, entre otras muchas cosas, mi propia existencia era fruto de una creencia que obligó a mi madre a huir de Alemania a Inglaterra, donde conoció a mi padre.

Habermecriado en Inglaterra me proporcionó unos vagos conocimientos de la versión oficial, por lo menos de la cristiana. ¿Qué había sucedido en realidad, me preguntaba de vez en cuando? ¿Qué era lo que había llevado a la gente a concebir nociones tan aparentemente peregrinas como la del paraíso o la del pecado? (O la de los dioses).

Este libro es un intento de satisfacer por fin mi curiosidad. Como cabía esperar, cuesta responder con seguridad a preguntas generales del tipo «¿Por qué inventó la gente a los dioses?», pero aun así he intentado ofrecer algunas ideas al respecto. Siempre que me ha sido posible se las he planteado a especialistas eruditos. Cuando las preguntas eran tan generales que los estudiosos (sin duda muy sabiamente) volvían la vista hacia otro lado, he hecho lo que he podido.

Uno de los temas de los que *no* se ocupa este libro es de la historia de las instituciones religiosas. Las luchas organizativas por el poder me intrigan muy poco. Yo quería conocer aquello en lo que *creía* la gente de a pie. También me he esforzado por evitar la jerga religiosa. He intentado relatar cómo evolucionaron las distintas creencias con la máxima claridad posible, sin acudir a términos que obliguen a consultar un diccionario teológico. No encontrarán ustedes en estas páginas mención alguna del dualismo, del monismo o de la transustanciación.

Pese a que he procurado ofrecer una imagen de conjunto de las creencias de los diversos pueblos, no pretendo haber ofrecido un cuadro completo o siquiera equilibrado. Me he centrado en las creencias por las que más curiosidad sentía, y eso se convirtió en algo con visos de relato. Si bien he indagado en las creencias de China, la India y Oriente Medio, así como en las religiones de los mayas, los aztecas y los incas he prestado especial atención al cristianismo y a su pariente el judaísmo.

Este libro no se ocupa exclusivamente de creencias religiosas. También he echado un vistazo a un par de credos que se supone que son puramente políticos,

como el marxismo. Así lo he hecho porque en algunos aspectos estas ideologías se parecen notablemente a religiones. Es más, muchas de sus ideas descienden de nociones religiosas anteriores que no solemos asociar a la política del siglo xx.

Este libro no pretende denigrar a la religión. Al contrario, cuanto más he examinado creencias hondamente arraigadas, más fascinantes me han parecido. Dicen mucho de nosotros. En cuanto novelista que intenta vivir de su imaginación, tengo un gran respeto profesional por lo que, en mi opinión, es el máximo proyecto imaginativo de la humanidad.

Ese proyecto ha desempeñado un inmenso papel en la configuración de nuestro pasado. Cuando los no creyentes le dan la espalda, lo hacen a sus expensas. Nuestras creencias han sido el conducto de nuestras obras más creativas en literatura, pintura, música y arquitectura. También han sido la fuente de inspiración para un número sorprendente de nuestros máximos logros tecnológicos. A menudo las creencias han desempeñado un papel clave en el desenlace de grandes acontecimientos. Incluso diría que la historia de la humanidad se puede comprender mejor, no mediante el aire claro de los descubrimientos lógicos y científicos, sino a través de las aguas turbias de creencias intensas, emotivas y a veces rotundamente extrañas.

¿Dónde y cuándo puede uno empezar a descubrir esas creencias? La respuesta es: quizás antes de lo que piensa.

LA INVENCION DE LOS DIOS

ALGUIEN COGIÓ UN TROZO DE COLMILLO DE MAMUT

*H*ace unos 33 000 años, en lo que hoy en día es Baden-Württemberg, en el sudoeste de Alemania, pero que en aquella época era una helada tierra salvaje enclavada entre grandes placas de hielo, alguien cogió un trozo de colmillo de mamut y —sin duda acurrucado junto a una hoguera para mantenerse caliente— empezó a tallar.

Cuando hubo acabado, la figura final solo tenía 2,5 centímetros de alto. A pesar de lo pequeña que es, llama la atención inmediatamente, y también es un poco desconcertante. Tiene dos piernas y la pose es fácilmente reconocible como humana, pero la cabeza es de león. Exactamente qué se hacía con ella es algo que sigue siendo un misterio, aunque está claro que se le dedicaba mucha atención. Con el paso del tiempo, a fuerza de ser sujeta por dedos humanos, fue puliéndose cada vez más. Finalmente, de forma deliberada o por accidente, la figura se rompió en pedazos y fue abandonada en las profundidades de una cueva, Hohle Fels. Permaneció allí hasta 2002, cuando fue descubierta y cuidadosamente reconstruida por un paleoantropólogo, Nicholas Conard, y su equipo.

¿Por qué debería interesarnos este minúsculo hombre-león? Es una de las muestras de arte figurativo más antiguas encontradas hasta la fecha. También es una primicia desde otro punto de vista que, a mis ojos, lo hace mucho más fascinante. Es el primer ejemplo claro de arte religioso. Nos ofrece la primera prueba de que la gente creía en seres sobrenaturales. ¿De verdad podemos hacernos una idea de las creencias que tenía la gente hace 33 000 años? La respuesta, quizá un poco sorprendente, es que sí.

¿Por qué, cabría preguntarse, debería interesarnos en qué creía la gente hace tantísimo tiempo? Dicho con sencillez, las creencias tienen tendencia a subsistir. A despecho de lo que llevan siglos afirmando los visionarios religiosos, yo opino que no existen religiones nuevas. Las religiones son como núcleos de hielo. En cada una de ellas podemos encontrar una capa tras otra de creencias anteriores. Las creencias religiosas, incluso las de hace 33 000 años, siguen presentes en nuestro mundo. Este libro aspira a analizar algunos de esos núcleos de hielo, descubrir cómo surgieron sus muchas capas y ver cómo siguen influyendo en nuestro mundo, en ocasiones de las formas más impensadas.

Antes de examinar las creencias que pueda haber albergado nuestro hombre-león, quisiera hacer una pausa momentánea y reflexionar sobre lo que cabría *esperar* que fuesen. ¿Qué es lo que las personas de hoy en día, crean o no en un dios, considerarían como requisitos previos fundamentales de cualquier religión?

No cabe duda de que el paraíso encabezaría la lista. Una de las principales funciones que tiene toda religión es ofrecer una alternativa a la lúgubre perspectiva de nuestra existencia temporal. Casi todas las religiones contemporáneas ofrecen la esperanza de una vida feliz en el más allá a la que sus fieles pueden acceder a cambio de obedecer las reglas, al menos durante la mayor parte del tiempo. Y no obstante, como veremos, el paraíso surgió por vez primera hace casi cuatro mil años, lo que lo convierte, en comparación con el hombre-león, en una invención decididamente ultramoderna.

¿Y qué pasa entonces con la moral? Mucha gente diría que la moral es el meollo de toda fe. De acuerdo con casi todas las religiones contemporáneas, el comportamiento de cada cual está estrechamente vigilado por los dioses, y nuestras acciones serán recompensadas o castigadas de manera apropiada. Y no obstante, también la moral es una innovación relativamente reciente. De hecho, parece haber surgido pareja a la idea del cielo.

Si el paraíso y la moral no son los elementos clave de todas las religiones, entonces, ¿cuáles son? La respuesta, en mi opinión, es el *consuelo*. Desde la noche de los tiempos, todas las religiones han consolado a la gente ofreciendo formas —o al menos eso creen sus fieles— de mantener a raya las peores pesadillas. El contenido de esas pesadillas es algo que, inevitablemente, ha cambiado mucho con el tiempo. A medida que han cambiado los estilos de vida, también lo han hecho las cosas que más teme la gente. Son los cambios en nuestros *temores*, me atrevería a decir, los que han hecho cambiar nuestras *ideas* religiosas. Es más, nuestra necesidad de apaciguar nuestras pesadillas ha inspirado el máximo proyecto imaginativo de la humanidad: una épica labor de invención que deja en mantillas a la literatura.

¿Cuáles eran las peores pesadillas hace 33 000 años? ¿Cómo podemos pretender tener siquiera una idea vaga acerca de las creencias que existieron hace más de 28 000 años, antes de que apareciera por vez primera la escritura y quedara constancia de la historia humana? La respuesta es sencilla: haciendo comparaciones. Investigando a pueblos de cuyo modo de vida quedó constancia en épocas recientes, pero que vivían de forma parecida al tallista del hombre-león. Como veremos, los seres humanos son criaturas escasamente originales. Situémoslos en entornos similares, démosles formas semejantes de pasar el tiempo y necesidades y temores parecidos, y lo más probable es que se les ocurran ideas parecidas acerca de su mundo.

Los estudios acerca de los pueblos cazadores-recolectores de épocas recientes han revelado algo bastante sorprendente. A lo largo y ancho del mundo, desde el Ártico a Australia, desde la Patagonia al sur de África, estos pueblos, pese a no haber

mantenido contacto alguno entre sí durante decenas de miles de años, tenían mucho en común. Todos vivían en tribus de las mismas dimensiones, de alrededor de unas ciento cincuenta personas. Todos se desplazaban de un lugar a otro de acuerdo con las estaciones en busca de animales que cazar. Y todos estaban muy interesados por la curiosa actividad de entrar en trance. Es más, entrar en trance constituía el auténtico meollo de sus creencias.

Existía una gran diversidad de formas en las que distintas tribus entraban en trance, desde el consumo de sustancias psicotrópicas a ayunar en silencio y a oscuras hasta alterar sus estados de conciencia. Igualmente, existía mucha diversidad en lo tocante a quién lo hacía: en algunas tribus eran muchas las personas que entraban en trance, si bien era más frecuente que lo hicieran solo uno o dos especialistas. La descripción que mejor cuadra a estos especialistas es la de chamanes. Las experiencias que tenían estas personas cuando estaban en trance eran muy similares en todo el mundo. Oían ruidos parecidos al zumbido de las abejas, veían patrones geométricos y tenían la sensación de ser introducidos en un gran túnel. Sentían que podían ver cómo se transformaban en otra cosa, por lo general en un animal. Sentían que volaban y solían decir que los guiaba un espíritu en forma de ave. Ingresaban en una tierra de espíritus, que también solían ser animales y que tenían el poder de ayudar a los seres humanos, sobre todo en tres áreas concretas recurrentes en todas las creencias de cazadores-recolectores del mundo entero. En primer lugar, los espíritus podían ayudar a curar a los enfermos. En segundo lugar, podían controlar el movimiento de los animales para darles caza. Por último, podían mejorar el tiempo que hacía.

Así pues, por lo visto, vislumbramos las angustias más antiguas de la humanidad. Estos temores no resultan especialmente sorprendentes. La enfermedad habría sido un peligro constante e incomprensible. Para unas personas que no tenían otra opción que pasar gran parte de su tiempo a la intemperie, el mal tiempo no solo era una fuente de temor, sino que representaba un peligro para la supervivencia. Por último, cuando los cazadores-recolectores no lograban encontrar animales que cazar, morían de hambre poco a poco. Así que es muy natural que el trío formado por la enfermedad, la disponibilidad de animales y las condiciones meteorológicas ocupasen un lugar destacado entre las preocupaciones de la gente.

¿Podemos estar seguros de que estas recientes creencias de los cazadores-recolectores sean las mismas que las del tallista del hombre-león en las salvajes tierras heladas de Baden-Württemberg hace 33 000 años? Hoy en día está ampliamente admitido que la estatuilla hallada en la cueva de Hohle Fels representa a un chamán en estado de trance y que cree haberse transformado en león. Está claro que la estatuilla de Hohle Fels no era una muestra aislada de creatividad, ya que en otra cueva próxima se encontró una segunda estatuilla de hombre-león, más grande y aproximadamente de la misma antigüedad. Por lo visto, estas figurillas representaban algo muy arraigado en la conciencia de la gente. Así que por lo visto, hace 33 000

años la gente ya había ideado una forma sencilla de religión. Si uno entraba en trance y contactaba con espíritus animales, estos podían ayudarlo a lidiar con el mal tiempo y la enfermedad, además de facilitar un poco la incesante búsqueda de presas. Se había encontrado una forma de apaciguar las inquietantes incertidumbres de la existencia.

En las asombrosas pinturas rupestres del sudoeste de Francia y el norte de España, algunas de las cuales datan de apenas unos mil años después de que fuera tallado nuestro hombre-león, podemos encontrar pistas acerca de cómo pudo haber sido y la impresión que pudo haber producido esta religión primitiva. Casi todas las pinturas son de animales, y antes se pensaba que representaban escenas de caza. De forma más bien desconcertante, sin embargo, estos animales carecen con frecuencia de pezuñas, de tal manera que parecen suspendidos en el aire. ¿Qué significa eso? A David Lewis-Williams, antropólogo cognitivo, se le ocurrió una explicación. Como había estudiado a una de las últimas tribus de cazadores-recolectores que había mantenido sus costumbres ancestrales hasta la actualidad (el pueblo san del sudoeste de África), al examinar las pinturas rupestres europeas primitivas llegó a la conclusión de que en realidad esas pinturas representaban espíritus animales.

¿De qué forma se habría adorado a estos primeros seres sobrenaturales? ¿Cómo serían las ceremonias religiosas primitivas? Los descubrimientos arqueológicos nos proporcionan algunas ideas al respecto. La gente se habría internado en las profundidades de las cuevas, fuera del alcance de la luz natural, utilizando sencillas lámparas hechas con grasa animal sobre trozos de piedra planos y con hebras de enebro a modo de mechas. Dichas lámparas habrían parpadeado tenuemente, iluminando solo pequeños fragmentos de las pinturas. En lo más hondo de las cuevas, quizá rodeados por una pequeña congregación, los chamanes habrían entrado en trance e intentado contactar con los espíritus. Es muy posible que hubiera música. Se han hallado muchas flautas de hueso en las primeras cuevas, y es posible que la gente cantara o coreara y que utilizara estalagmitas como campanas naturales (las golpearía para producir sonidos retumbantes). En las cuevas había poco oxígeno, lo que habría intensificado la sensación de irrealidad entre los participantes. El efecto conjunto de la música, el humo, la casi total oscuridad y la falta de aire habría sido intenso combinado con los murmullos del chamán sumido en trance.

Así pues, incluso hace treinta milenios, la religión ya era uno de los principales patrocinadores del arte. A medida que la gente se esforzaba en hacer menos inquietante su mundo, y así sentirse menos indefensa, dedicaba su tiempo a tocar música, a esculpir o a realizar pinturas que, hasta la fecha, siguen siendo inolvidablemente hermosas. Fue el comienzo de un matrimonio asombrosamente fecundo. Hasta nuestra propia época, la religión ha alentado impresionantes cuadros, arquitectura, música y literatura. Sean cuales sean las reservas que uno pueda tener acerca de la religión, es difícil no admirar las muchas y hermosas creaciones que ha inspirado.

Antes de abandonar esta época tan lejana, quisiera hacer otra pregunta que nos conduce más atrás todavía en el tiempo, a una era en la que las pruebas son insignificantes y sobre la que solo podemos hacer las conjeturas más vagas: ¿Por qué habría ideado la gente algo tan extraño como la religión? ¿Qué demonios podría haber incitado a hacerles creer que su destino estaba en manos de seres a los que no podían ver ni oír salvo cuando estaban sumidos en trance? En este caso, como cabría esperar, no hay ninguna respuesta clara. No obstante, sí podemos teorizar un poco.

En décadas recientes, el interés por una asombrosa facultad humana que está a la par de nuestra habilidad para utilizar lenguaje complejo o herramientas ha ido cada vez más en aumento. Que este talento pasara prácticamente desapercibido hasta ahora quizá se deba a que es tan intrínseco a nuestra naturaleza que nos resultaba casi invisible. Se trata de nuestra capacidad de imaginar los puntos de vista de los demás, lo que se conoce como «Teoría de la Mente».

Solo los seres humanos poseemos la Teoría de la Mente. Hasta a los chimpancés les resulta harto difícil comprender cualquier punto de vista que no sea el suyo. La Teoría de la Mente es el núcleo de toda ficción y cabe sostener que la narrativa fue inventada para permitirnos practicar un poco. No cabe duda de que la literatura nos ofrece el mejor medio de describir lo que es la Teoría de la Mente. Suele ponerse como ejemplo el *Otelo* de Shakespeare, aunque cualquier farsa de alcoba vendría al caso. En *Otelo*, el público necesita conservar la calma de forma simultánea: el punto de vista de Desdémona (inocente y que no sospecha nada), la visión que Otelo tiene de ella (rebotante de celos y sospechas sin que ella apenas se dé cuenta) y la visión que tiene Yago de Otelo (sembrando maliciosamente en él la sospecha). A lo que quizá haya que añadir el punto de vista de Shakespeare sobre todos los personajes y, por último, el punto de vista del espectador sobre el efecto de conjunto. De forma rutinaria, la gente es capaz de cuadrar cuatro o cinco capas de puntos de vista ajenos.

¿Por qué cultivaron los seres humanos esta facultad hasta alcanzar unos niveles tan asombrosos? Prácticamente no hay duda de que fue la clave de la supervivencia de nuestros antepasados. En una tribu de cazadores-recolectores, en la que es probable que la violencia fuese frecuente, sobre todo cuando los estómagos estaban vacíos, una buena comprensión de la Teoría de la Mente habría ayudado a la gente a reconocer y evitar los peligros procedentes de sus congéneres. Les habría permitido formar alianzas y establecer amistades a fin de obtener la ayuda de otros para protegerse y alimentarse, y, cosa crucial, para proteger y alimentar a sus hijos. Se trataría de una instancia de la «supervivencia de los más intuitivos».

Este asombroso talento para la Teoría de la Mente nos lleva a *imaginar el pensamiento ajeno* a cada momento, sea o no esa nuestra intención. Sopesamos constantemente los sentimientos que albergan hacia nosotros los demás y tratamos de averiguar los motivos de su comportamiento. No parece que haya un trecho demasiado grande de ahí a suponer que, en algún momento del pasado remoto,

nuestra especialización nos llevara a empezar a detectar personalidades parecidas a las humanas fuera del universo humano. Comenzamos a detectarlas *por todas partes*. Empezamos a ver puntos de vista humanos en cualquier cosa que fuera importante para nuestra supervivencia. Proyectamos estados de ánimo humanos en el cielo, en los riachuelos de los que bebíamos, en los árboles que podían ocultar presas o proporcionarnos sombra. Sobre todo, dotamos de personalidad humana a los animales, cuya forma de pensar teníamos que comprender para encontrarlos y cazarlos. Se podía atribuir una personalidad o un espíritu a casi cualquier cosa. Como es natural, pretendíamos que estos seres nos ayudaran, al igual que pretendíamos ayudarnos los unos a los otros. Para entrar en contacto con estos espíritus, la gente accedía a ese misterioso estado de trance que había descubierto que también se le daba bien. Así fue, quizá, como inventamos nuestros primeros dioses.

Ni que decir tiene que luego vinieron muchísimos más.

UN NUEVO PASATIEMPO EN UNA MONTAÑA PELADA

Un día, en torno al año 9500 a. C., en la cima de una montaña con vistas panorámicas (conocida ahora como Göbekli Tepe, en el sudeste de Turquía) un grupo de gente se entretuvo haciendo algo completamente nuevo y también absolutamente agotador. Se dedicaron a picar sin cesar sobre un lecho de piedra caliza, utilizando solo minúsculas láminas de sílex, hasta desprender un enorme fragmento de piedra. Fino y en forma de T, parecía un enorme y esbelto mazo pétreo. Medía cinco metros de alto y pesaba casi diez toneladas. A continuación, el grupo arrastró la piedra durante varios cientos de metros, hasta la cima de la montaña, donde la colocaron cuidadosamente en posición vertical frente a otra piedra idéntica. Las dos se convirtieron en el centro de un círculo de piedra excavado en el suelo como un pozo y rodeado por un muro, que contenía no menos de ocho piedras más en forma de mazo.

En algún momento, se cubrió el círculo de tierra y, a lo largo de un periodo de unos mil quinientos años, se elevaron aproximadamente unos diecinueve círculos más, uno encima de otro, que acabaron formando un gran montículo en torno a la cima de la montaña. En algunas de las piedras había relieves de escorpiones, zorros, serpientes, leones y otros animales. Una de ellas estaba decorada con la perturbadora imagen de un brazo humano arrancado. Otras presentaban patrones que, a ojos contemporáneos, parecen, de forma tan seductora como engañosa, escritura. Por último, en torno al año 8000 a. C., tras unos quince siglos de trabajo, la obra fue abandonada. Permaneció en el olvido durante diez mil años más, hasta que en el año 1994 la visitó el arqueólogo Klaus Schmidt, que enseguida se dio cuenta de que había dado con algo asombroso.

La gente que construyó Göbekli Tepe no vivía allí. No se han encontrado casas ni vertederos que indiquen la presencia de una aldea. Por lo visto, escalaron la ladera

de la montaña desde asentamientos ubicados en otras partes. *Trabajaban* allí. ¿Por qué, cabría preguntarse, decidieron complicarse tanto la vida? ¿Por qué, en lugar de ascender penosamente una cumbre para tallar y arrastrar enormes fragmentos de roca, no se quedaron cómodamente abajo, como habían hecho sus antepasados? ¿Por qué no emplear su tiempo en tareas más fáciles y de mayor utilidad práctica, como recoger frutos secos o cazar animales? Una vez construido el círculo de piedra, ¿qué era lo que se hacía allí?

Como suele ser el caso cuando se trata de épocas prehistóricas, las respuestas son muy vagas. De hecho, desde muchos puntos de vista, cuesta más adivinar lo que sucedió en Göbekli Tepe que lo que ocurrió unos veinte mil años antes en las cuevas pintadas europeas, la religión de cuyos ocupantes es fácilmente comparable con la de épocas recientes. Es posible que esta situación cambie. Solo se ha excavado hasta la fecha una pequeña parte del yacimiento de Göbekli Tepe, y es posible que la continuación de las excavaciones nos proporcione nuevas pistas. Entretanto, al menos podemos aventurar una idea que, con casi toda seguridad, estaba muy presente en las cabezas de quienes crearon el círculo de piedra. Se trata de una noción que ocupaba un lugar limitado entre los cazadores-recolectores, pero que estaba muy en boga en las sociedades que los desplazaron: la idea del *sacrificio*.

No es muy difícil imaginar de dónde salió esa idea. Los seres humanos interactúan constantemente y de forma *recíproca* entre sí. Nos hacemos favores unos a otros y llevamos una cuenta aproximada de lo que debemos y de lo que nos deben. A veces la gente opta por dar la espalda al sistema de reciprocidad y dan sin esperar nada a cambio, pero en mi opinión se trata de algo bastante excepcional y que suele considerarse como tal, y proporciona a quien lo hace un prestigio especial. Si esto les parece a ustedes una explicación muy fría del comportamiento humano, pregúntense cómo se sentirían si un amigo tan bien provisto de lo necesario para vivir como ustedes mismos les pidiera favores de forma reiterada, pero se negase a darles nada a cambio o siquiera a reconocer una deuda cada vez mayor. Seguramente sentirían que se estaba aprovechando de ustedes. Los débitos empezarían a ser tantos que su amistad llegaría a resentirse.

Tiene sentido que un sistema profundamente arraigado en nuestra forma de pensar se extendiera también al mundo de nuestros ayudantes ficticios: los dioses. Si los seres sobrenaturales iban a salvarnos de nuestras pesadillas, entonces sin duda, al igual que los seres humanos, esperarían algo a cambio. Y puesto que en la imaginación humana la ayuda divina tenía gran valor, también el pago, o sacrificio, que los seres humanos les hacían debía tenerlo. Tenía que ser difícil. ¿Y qué podía ser más difícil que subir repetidas veces la ladera de Göbekli Tepe para picar con minúsculas láminas de sílex y arrastrar bloques de piedra caliza de diez toneladas de peso?

Los cazadores-recolectores, como el tallista de nuestro hombre-león, no parecen haber tenido especial interés en el sacrificio. ¿Por qué, entonces, se

popularizó tanto la idea? Casi con toda certeza, la respuesta tiene que ver con lo que cabría calificar como el mayor cambio acaecido en el estilo de vida de la humanidad. Alrededor del año 9600 a. C. (poco más o menos en la misma época en que la gente empezó a escalar las laderas de Göbekli Tepe) las condiciones climáticas mejoraron de una forma súbita y espectacular. Tras una mini Edad del Hielo de mil años de duración, el clima de Oriente Medio se volvió templado. Este cambio permitió a la gente hacer algo que hasta entonces no había sido posible. Pudieron dejar de vagar incesantemente y establecerse en aldeas permanentes. Había comenzado la vida en el campo. Aún no eran granjeros, pero ya les quedaba menos para serlo. Eran *cazadores-cultivadores* que cosechaban cultivos silvestres con guadañas de hueso dotadas de piedras afiladas.

Este nuevo estilo de vida no podía dejar de ir acompañado de nuevos temores. Puede que la vida de los cazadores-recolectores fuera peligrosa, pero por lo menos era poco complicada. Vagaban de un lugar a otro con la esperanza de encontrar a sus presas y matarlas sin que estas los hirieran o mataran a ellos. Vivían al día. Aunque los habitantes de las aldeas habrían gozado de una alimentación más regular, también es posible que su existencia les pareciera más precaria. Tenían que pensar con antelación y desbrozar tierras para plantar sus cultivos silvestres, y estos cultivos, de los que enseguida pasaron a depender, podían ser súbita e inesperadamente destruidos por enfermedades o por las inclemencias del tiempo.

La vida aldeana habría ayudado a la gente a idear proyectos como Göbekli Tepe. Para empezar, esa vida significaba que ahora había muchas más personas disponibles para poder trabajar en un agotador proyecto sacrificial. Como ha demostrado Massimo Livi Bacci en su estudio de las poblaciones, cuando la gente deja de moverse de forma continua y ya no tiene que trasladar niños pequeños de un sitio a otro, tienen hijos con más frecuencia. Gracias a la espectacular mejora de las condiciones climáticas, la alimentación era más abundante. En consecuencia, en esta era se habría producido un rápido aumento de la población. En cuanto se hubiera recogido la cosecha, la gente habría tenido algo de lo que nunca había gozado antes: tiempo libre. Disponían de la cantidad de ocio necesaria para embarcarse en grandes empresas y tener contentos a sus dioses.

Los resultados fueron espectaculares. En Göbekli Tepe, construyeron lo que con casi toda seguridad fue el primer *templo edificado con un propósito específico*. Crearon los primeros círculos de piedra monolíticos, que son más del doble de antiguos que Stonehenge. Idearon lo que fue, de hecho, la primera forma de arquitectura. También es posible que inspiraran, sin proponérselo, otra asombrosa primicia, al menos en Oriente Medio: la agricultura. Las investigaciones genéticas demuestran que muchos de los cultivos fundamentales consumidos en todo el mundo occidental contemporáneo descienden directamente de plantas silvestres que continúan creciendo en una misma zona exclusiva: las colinas de Karadag, en el sur de Turquía. Se da la casualidad de que las colinas de Karadag se encuentran a solo

veinte kilómetros de Göbekli Tepe. Parece una gran coincidencia que muchos de los principales cultivos agrícolas se originaran tan cerca de este asombroso lugar. Con casi toda seguridad, no lo es en absoluto.

El arqueólogo Jacques Cauvin ha sugerido que Göbekli Tepe *contribuyó* al descubrimiento de la agricultura en Oriente Medio. ¿Cómo pudo un conjunto de círculos de piedra desencadenar uno de los mayores descubrimientos de la humanidad? Para responder a esta pregunta, primero tengo que explicar muy brevemente lo que era la agricultura, y cómo era completamente distinta de la caza-siembra de cultivos silvestres practicada hasta entonces. La agricultura fue, en efecto, la primera incursión de la humanidad en el universo de la *manipulación genética*. Se fomentaba la supervivencia de cultivos raros y mutantes que no soltaban sus semillas, lo que significaba que se podían trillar y recolectar así hasta el último grano. Para que estas variedades suicidas se impusieran a las variedades silvestres más antiguas y no suicidas —que *sí* liberaban sus semillas— había que plantarlas en nuevas localizaciones a fin de reducir la competencia por parte de los cultivos silvestres. Así pues, los seres humanos tenían que transportarlas. Los cortadores de piedras que subían hasta la cima de Göbekli Tepe habrían hecho eso precisamente. Puesto que nadie vivía de forma permanente en la montaña, habrían tenido que llevar hasta allí las semillas para comer, y quizá también para sembrar. Las investigaciones de los restos de alimentos hallados en Göbekli Tepe demuestran que cuando la obra se construyó la agricultura aún no había comenzado. Las semillas pertenecen a variedades silvestres, no cultivadas. Hasta hace poco se daba ampliamente por sentado que la religión organizada se había desarrollado a partir de la agricultura. En Oriente Medio al menos, ahora parece ser que la verdad es exactamente lo contrario: la agricultura fue un producto derivado de la religión organizada. Como veremos, este sería solo el primero de los muchos avances tecnológicos inspirados por la religión.

Pero arrastrar bloques de piedra de diez toneladas no fue la única clase de sacrificio inventado por los seres humanos en el transcurso de sus esfuerzos por impresionar a los seres sobrenaturales. En Çayönü, a unas cuantas docenas de kilómetros de Göbekli Tepe, entre el 8000 y el 7000 a. C., o justo después de que Göbekli Tepe fuese abandonado, por lo visto ocurrió algo muy *espeluznante*.

Las excavaciones arqueológicas han descubierto los restos de un pequeño edificio rectangular en una de cuyas paredes hay un ábside semicircular. En su día se habría parecido a una minúscula iglesia cristiana. En una cámara lateral se encontró una enorme piedra pulida, que pesaba casi una tonelada, junto con una gran lámina de sílex. Las dos estaban manchadas con abundantes cantidades de sangre: de oveja, de reses salvajes y de seres humanos. En otras antecámaras se hallaron casi trescientos cráneos humanos junto con otros muchos restos humanos, la mayoría de los cuales pertenecían a adolescentes. Generalmente se da por hecho que los habitantes de Çayönü practicaban sacrificios humanos a gran escala.

Con casi toda certeza no eran los únicos. En una de las primeras ciudades del mundo, el asentamiento de Jericó, en Cisjordania, la arqueóloga Kathleen Kenyon descubrió, en solo una pequeña fracción del asentamiento, los restos de casi trescientos seres humanos. Estaban dispersos por toda la estructura del asentamiento: debajo del suelo, entre las paredes y en la torre de piedra de la ciudad. El gran número de restos de bebés hallados por Kenyon fue especialmente perturbador. Estaban enterrados en las paredes de las viviendas o debajo de las puertas principales, lo que indica que habían sido colocados ahí con un objetivo concreto. Algunos cadáveres habían sido enterrados y desenterrados de nuevo, y luego se habían vuelto a enterrar los cráneos, cuidadosamente amontonados unos frente a otros. Algunos de ellos habían sido seleccionados para recibir tratamientos honoríficos, y se habían reproducido sus rostros con yeso y los ojos con conchas de cauri.

Además está Çatalhöyük, en Turquía occidental, sin duda uno de los asentamientos más extraños que jamás haya existido. La ciudad, que tuvo su apogeo en torno al año 7000 a. C., no tenía calles, así que las viviendas formaban una masa sólida y los habitantes solo podían llegar a sus hogares caminando por encima de los de sus vecinos y luego bajando por unas escaleras a través del agujero que tenían en el tejado. Si bien nadie tiene ni idea de qué creencias religiosas pudieron haber tenido los habitantes de Çatalhöyük, los restos excavados de la ciudad indican que estaban dominados por un estado de ánimo intenso y hasta obsesivo. Todas las viviendas eran poco menos que idénticas, con habitaciones minúsculas y oscuras y unas chimeneas y lechos dispuestos exactamente de la misma manera. En algunas de las casas había estafalarias pinturas murales, pintadas y repintadas docenas de veces, de cráneos y de toros, o de buitres que se alimentaban de seres humanos decapitados. Otras estaban decoradas con relieves murales de gigantescos senos femeninos cuyos pezones estaban perforados por cráneos de animales verdaderos. Al igual que en Jericó, se encontraron restos humanos a lo largo de toda la estructura de la ciudad, entre los muros y bajo los suelos y las plataformas para dormir. Los restos masculinos dan muestra de una incidencia sospechosamente elevada de heridas en brazos y cráneos. El arqueólogo Klaus Schmidt considera muy probable que bajo los círculos de piedra de Göbekli Tepe también haya restos humanos.

De manera que empieza a emerger una imagen tenebrosa de una cultura basada en el sacrificio. Parece que la gente intentaba sobornar a los dioses para que los ayudase (o al menos para que no los castigara) sacrificándoles su tiempo, su trabajo, sus animales y a sí mismos. A juzgar por lo que cabe deducir de religiones posteriores, seguramente también realizaban ofrendas regulares y menos dramáticas de pequeñas cantidades de alimentos, que se quemaban o se dejaban allí para que se pudrieran.

Ha llegado el momento, sin embargo, de ir más allá de nebulosas conjeturas. Estaba en ciernes un nuevo descubrimiento tecnológico que iba a permitirnos ver las creencias religiosas de la gente con todo lujo de detalles: la escritura.

En torno al año 2100 a. C., en un templo de la ciudad de Nippur, al sur de la actual Bagdad —centro religioso que fue la Meca, o la Roma, de la Mesopotamia primitiva—, el jefe de todos los dioses y controlador del clima, Enlil, se vistió para desayunar. No era un día especial en el templo de Enlil, ni se estaba celebrando ningún festival que atrajera a multitudes de visitantes. Ningún dios ni diosa de una ciudad vecina había venido a solicitar favores, ni se había llevado su estatua por el Éufrates en una enorme balsa ceremonial. Ya habían transcurrido miles de días como aquel, y transcurrirían miles más a lo largo de los dos milenios siguientes.

Enlil (o más bien su estatua) se habría vestido en su apartamento privado, seguramente situado encima de un zigurat, una especie de pirámide mesopotámica de punta plana. Su vestuario era muy amplio, e incluía taparrabos, abrigos de lino, cuentas de lapislázuli, pendientes de plata y anillos de oro. Aún más llamativas que la ropa que lucía Enlil, sin embargo, eran sus comidas. Comía cuatro veces al día, disfrutando de dos tentempiés y dos festines completos. Su comida se la traía el personal del templo en grandes bandejas que colocaban frente a él mientras se golpeaban tambores y se cantaban himnos. Alimentar a Enlil era algo que requería una organización considerable. Las ciudades que rodeaban a Nippur se turnaban para enviarle reses por docenas y ovejas y cabras por veintenas, además de enormes cantidades de mantequilla, queso, cereales, fruta, cerveza y casi cualquier otra cosa que pudiera comerse o beberse. En las proximidades del templo de Enlil, se habían construido almacenes especiales y corrales de animales como parte de un enorme aparato estatal ideado para tenerle contento.

Disponemos de este retrato de la rutina cotidiana de Enlil y del inmenso sistema económico que engendró gracias a la invención de la escritura. Sin embargo, la propia escritura fue casi con toda seguridad un producto derivado de esta maquinaria religiosa. La extraña idea de representar el sonido mediante signos escritos tuvo lugar por vez primera en Mesopotamia. Steven Roger Fischer, historiador de la escritura, llega hasta el extremo de insinuar que es muy posible que este descubrimiento nunca se haya producido en otra parte, y que es probable que todos los sistemas de escritura subsiguientes a lo largo y ancho del mundo desciendan de un único original mesopotámico.

El primer descubrimiento seguramente se produjo en torno al año 3500 a. C., casi con toda certeza, en la primera gran ciudad del mundo, Uruk, situada en las inmediaciones de la actual Basora, en el sur de Irak. ¿Cómo sucedió? Podemos hacernos una idea consultando los primeros documentos escritos, que datan de alrededor del año 3100 a. C. No se trata de historia, ni de poesía ni de literatura: dejando a un lado unos cuantos encantamientos mágicos, se trata en gran parte de *contabilidad*, de registros contables de las transacciones del templo y recibos por los

bienes percibidos. Lo más probable es que el descubrimiento que dio lugar a la escritura se hiciera por azar en un atareado almacén, lleno de cereales, aceite y animales destinados a los dioses de Uruk.

Gracias a la escritura, por primera vez podemos hacernos una idea relativamente precisa de en qué creía la gente y qué rituales seguían. Entonces, ¿cómo era la religión mesopotámica? Uno de sus aspectos más llamativos es que *no tenía cielo*. Los mesopotámicos creían en una vida de ultratumba, pero se trataba de una existencia miserable en un inframundo gris y oscuro. Hasta los monarcas estaban destinados a pasar allí sus días, y la primera gran obra literaria del mundo, la *Epopéya de Gilgamesh*, cuenta la historia de un rey mesopotámico que intenta escapar a esa suerte y fracasa. Los mesopotámicos no fueron los únicos que creyeron en una vida lúgubre en el más allá. Encontramos la misma noción en las sociedades primitivas de todo el mundo, desde China a México, y del Asia Central a Grecia y Egipto. Es muy posible que se tratara de una creencia universal. El arqueólogo cognitivo David Lewis-Williams ha sugerido que la idea primigenia se originó en la religión cavernaria de los cazadores-recolectores y que se inspiró en las propias cuevas, que parecían llegar a las profundidades de la tierra. Se creía que los espíritus de los animales habitaban justamente más allá de las paredes de las cuevas, por lo que tendría sentido que los seres humanos fallecidos también vivieran allí. Es muy posible que una vida de ultratumba tan lúgubre perturbase los sueños del tallista de nuestro hombre-león hace 33 000 años.

Un segundo aspecto curioso de la religión mesopotámica primitiva era que no se basaba en la moral, o al menos no en moral alguna que podamos reconocer hoy en día. Por supuesto, las personas podían actuar bien o mal, y según sus elecciones, los dioses los trataban bien o de otro modo. Obrar bien o mal, no obstante, tenía poco que ver con el comportamiento general de una persona o cómo se comportaba con las demás. Más bien tenía que ver con mostrar el debido respeto a los dioses y con realizar rituales laboriosos y complejos sin equivocarse.

¿Quiénes eran esos dioses? Pues precisamente la clase de divinidades que cabría esperar que hubieran imaginado unas gentes que se afanaban en cultivar plantas comestibles en terrenos irrigados. Existían dioses de la agricultura, de los cereales, del agua fresca, del ganado vacuno y del ovino, así como de ratas y ratones (a los que se rezaba para que mantuvieran alejadas a tan voraces criaturas). Existían dioses de la catástrofe, de la tormenta, de la enfermedad y del fuego. Existían dioses del clima, del cielo y de la creación. Había dioses domésticos del hogar y de la casa. Y existían dioses de las relaciones, del sexo, de la fertilidad y de la maternidad. Se puede encontrar aproximadamente la misma mezcla en otras sociedades agrícolas primitivas, por supuesto con ciertas particularidades locales, como los dioses del arroz en China o los del maíz en América.

Nuestro primer vistazo a la religión revela que esta ya había desempeñado un papel inmenso en la vida de la humanidad. Podría decirse que la sociedad

mesopotámica primitiva fue una de las sociedades más religiosas que jamás hayan existido. La religión estaba *en todas partes*. Se hallaba en el centro mismo de la política mesopotámica. Los primeros Estados mesopotámicos estuvieron gobernados por reyes-sacerdotes, institución que parece haber existido en muchas sociedades agrícolas primitivas, desde Yucatán a Roma y China, y que al decir de Lewis-Williams quizá también fuera un legado directo de tiempos anteriores. Los nuevos reyes-sacerdotes eran simples chamanes dotados de mayor responsabilidad y mayor poder.

La religión también estaba en el corazón de la economía mesopotámica. No sería ninguna exageración decir que en los primeros Estados mesopotámicos, la producción económica giraba en torno a la idea de *sobornar a los dioses*. Ya hemos visto las disposiciones que rodeaban a las comidas de Enlil: ciertas regiones ofrecían gran parte de sus productos agrícolas y la transportaban a la capital, Nippur, donde se almacenaban en depósitos y corrales antes de ser preparados y llevados ante Enlil.

Está menos claro lo que sucedía luego con esa comida. Sin duda había alimentos selectos que iban a parar a manos de los servidores del templo, y buena parte seguramente se almacenaba de cara a épocas de escasez. En lo que se refiere a lo demás, es posible que una parte fuera entregada a las viudas y a los huérfanos que estaban a cargo del templo. Quizá se distribuyera una parte entre el pueblo de Nippur o incluso se devolviera (ahora más marchita) a las tierras agrícolas de donde había venido. Es posible que gran parte se vendiera. Los grandes templos mesopotámicos eran auténticos puntales económicos que actuaban como bancos y prestamistas, y sin duda tenían unos gastos considerables. Lo que parece muy claro es que el traslado de alimentos habría sido decidido por sacerdotes y reyes-sacerdotes. Así pues, a través de la religión, Mesopotamia desarrolló una especie de *economía controlada*.

La religión había evolucionado mucho desde los sencillos días de nuestro tallista del hombre-león en la gélida Baden-Württemberg. Y no obstante, cabe preguntarse: ¿Dio resultado? ¿Proporcionó esta inmensa maquinaria de apaciguamiento de los dioses una sensación de consuelo? La respuesta, más bien triste, parece haber sido que no. Por lo que cuentan todas las fuentes, Mesopotamia fue una sociedad muy ansiosa, como la describe el historiador Jean Bottéro:

Era como si en las cabezas de la gente todo fuera extremadamente frágil y perecedero, dado que dependía constantemente de las actividades soberanas de los dioses [...] solo su intervención, continuamente renovada, podía impedir que las cosas perecieran o desaparecieran^[1].

¿Por qué estaban tan ansiosos los mesopotámicos? Antes señalé que las creencias religiosas de una cultura reflejan sus peores pesadillas, y no cabe duda de que había un montón de cosas que quitaban el sueño a los mesopotámicos. El cultivo mediante la irrigación encerraba muchos riesgos. Se podía sembrar las semillas demasiado

tarde o calcular mal el momento de recoger la cosecha. A su vez, esta podía ser devorada por las ratas o por las langostas. Las epidemias habrían asolado periódicamente el país. A medida que iba aumentando la población y la gente se volvía cada vez más dependiente de un pequeño número de cultivos, reduciendo así su dieta, habrían padecido cada vez más desnutrición, déficit de hierro y osteoporosis.

En realidad, los mesopotámicos tenían más cosas de las que preocuparse que otros cultivadores por irrigación. Los ríos Tigris y Éufrates cambiaban de curso sin previo aviso y dejaban a poblaciones enteras abandonadas en medio de yermos desiertos (cosa que le sucedió a la ciudad de Nippur no una, sino *dos veces*). Los ríos se desbordaban a menudo en el peor momento —cuando los cultivos estaban casi completamente maduros y podían ser fácilmente destruidos por un exceso de agua—, lo que obligó a los mesopotámicos a mantener un sistema inmensamente complejo de canales y depósitos. A veces también sucedía que las inundaciones eran escasas o un fracaso total. Las hambrunas habrían sido una amenaza constante y siempre en ciernes.

La preocupación de los mesopotámicos también pudo brotar de las mismas creencias que tendrían que haber apaciguado sus temores. La religión mesopotámica —quizá como reflejo de la vida de la gente— era terriblemente complicada. Había cientos, si no miles, de dioses. Los rituales destinados a aplacarlos eran igual de complejos, y un solo error bastaba para invalidarlos y enfurecer a las divinidades e inspirarles ánimos vengativos por haber sido deshonradas. Los primeros mesopotámicos estaban constantemente al acecho de indicios de que un dios estaba airado y que el desastre era inminente. Creían poder encontrar tales indicios en casi cualquier cosa: en una extraña disposición de las estrellas, en un animal sacrificado que tuviera un hígado atípico o simplemente en un extraño que uno se cruzara por la calle con una cara que no fuese de su agrado. Podían ser descubiertos al encontrarse por azar con una olla de barro rota, con una prostituta que estuviera menstruando o con un gato callejero del color equivocado en casa.

No obstante, los mesopotámicos no tiraban la toalla. Cuando se enfrentaban a un mal indicio, intentaban llevar a cabo, con valor y sin equivocarse, el ritual apropiado para aplacar al dios en cuestión. Como ejemplo de lo que esto podía entrañar, este es el procedimiento a seguir en caso de que un ser deforme (animal o humano) naciese en una casa (lo que era sin duda un pésimo indicio). Primero, el jefe de la casa tenía que llevar el feto a la orilla del río. Allí debía construir una pequeña choza de juncos, con su correspondiente altarcillo, también hecho de juncos, en el que depositaba una ofrenda de cerveza, comida y también un poco de oro y plata. A continuación depositaba el feto en el suelo y lo adulaba, engañándolo para que pensara que estaba a punto de ser adorado. Esto se hacía colocando un alfiler de oro junto a su cabeza, y quizá también un pequeño peto de oro. Cuando el jefe de la casa estaba seguro de que el feto había bajado la guardia, recitaba un poema suplicando ayuda al dios de la justicia, Samas. Solo entonces podía meter el feto en el río y

esperar que hallara la paz. Pero el proceso siempre conllevaba el peligro del fracaso. ¿Qué pasaba si la choza de juncos se había construido mal o si las ofrendas a los dioses habían sido demasiado pequeñas? ¿Y si el feto no había sido adulado lo bastante o se había cometido un error durante la oración? Todo el esfuerzo habría sido en balde.

A partir de esa preocupación surgió una nueva idea. Según Jean Bottéro, en torno al año 2500 a. C., los mesopotámicos idearon un concepto aterrador: el *pecado*. Se trataba de una noción muy distinta de nuestro actual concepto de pecado. No era un concepto moral. Para los mesopotámicos no tenía nada que ver con el modo en que uno se comportara, sino con cometer un error durante algún ritual o sacrificio que hiciera que un dios se sintiera deshonrado e infligiera un castigo a través de sus agentes, una especie de *cuerpo de policía sobrenatural* que se conocía con el nombre de demonios. Podía darse el caso de que uno ni siquiera se hubiera dado cuenta de que había cometido un error. La terrible lógica del pecado surgía del temor de que uno *pudiera haberlo cometido*. El pecado suponía que si uno era alcanzado por la desgracia, solo podía deberse a que había cometido una transgresión contra un dios. Si se te moría la vaca o una tormenta de arena derribaba tu casa, era *culpa tuya*. El castigo era la prueba de la culpabilidad.

Los mesopotámicos acabaron obsesionados por esta abominable idea, e incluso ponían a sus hijos nombres como «¿Cuál es mi pecado?» y «¿Qué pecado he cometido contra un dios?». Cuando alguien era víctima de la mala suerte, su única esperanza residía en sortear los demonios mediante rituales y sacrificios *correctamente* realizados para ganarse el favor de sus controladores, los dioses. Venía a ser algo así como sobornar a un alcalde maleable para que su policía no te investigara.

De vez en cuando atisbamos una protesta contra esta agobiante creencia. El poema *Ludlul bēl nēmeqi* («El Job babilónico» o «Poema del justo doliente»), escrito en torno al año 1500 a. C., dibuja un retrato tremendo de un hombre que cree haber honrado al dios Marduk de todas las maneras, y sin embargo se encuentra con que su vida se desmorona:

Yo, que caminaba orgulloso, aprendí a arrastrarme,
yo, que era tan grande, me volví servil,
mi hermano se convirtió en mi enemigo,
mi amigo se convirtió en un demonio maligno,
mi esclavo me maldijo abiertamente ante la asamblea de los señores,
mi esclava me difamó ante la turba,
un pozo aguardaba a cualquiera que hablase bien de mí,
mientras que quien me difamaba se abría camino,
dejaron que otro asumiera mis deberes,
entregaron a un extranjero mis prerrogativas.

Las fuentes de mis cursos de agua las taponaron con fango,
Espantaron la canción de la cosecha de mis tierras^[2].

No obstante, y a pesar de la constante incertidumbre que inspiraba, la antigua religión mesopotámica duró mucho. Se adoró a los mismos dioses prácticamente del mismo modo durante casi tres mil años. A lo largo de este inmenso periodo de tiempo, ¿se volvieron menos ansiosos los mesopotámicos? Parece ser que no. Es más, en la Mesopotamia posterior, la angustia prevaleció entre aquellas mismas personas que cabría esperar que hubieran sido inmunes a ella: la gente más poderosa de Oriente Medio. Y es que en torno al siglo VII a. C., los mesopotámicos del norte habían fundado una de las primeras superpotencias de la historia, además de una de las más implacables: el Imperio asirio. Ahora bien, sus todopoderosos soberanos podían tener tanto temor a los signos poco propicios como cualquier granjero aldeano.

Por supuesto, un rey disponía de formas para responder a sus temores muy distintas a las de un agricultor pobre. Durante la década de 670 a. C., el rey Asarhadón, preocupado por si se perdía los indicios enviados por los dioses, creó una inmensa maquinaria estatal para localizarlos. A lo largo y ancho del imperio había dispersados agentes atentos a cualquier suceso trivial pero a la vez extraño que pudiese constituir la señal de la ira de un dios, desde una estrella extraña en el cielo a un zorro que cayera a un pozo. Toda esa información se enviaba a la capital asiria, Nínive, y se registraba en tablillas de arcilla que se conservaban en una de las primeras grandes bibliotecas del mundo. Así pues, Asarhadón creó una especie de *CIA de lo sobrenatural*, con la biblioteca de Nínive como base de datos.

¿Y si aparecía alguna señal poco propicia? Al igual que los mesopotámicos de dos mil años antes, Asarhadón intentaba aplacar a los dioses con rituales, cánticos y oraciones realizados por adivinos profesionales, que en su corte disfrutaban de un poder considerable. Cuanto más antiguo el conjuro, más poderoso se creía que era, y por este motivo, la biblioteca de Nínive contenía muchos textos escritos en una lengua mesopotámica que llevaba mil años muerta: el sumerio. Los escribas asirios continuaron aprendiéndola para poder recitar sus fórmulas mágicas. Y si con los conjuros no bastaba, el rey asirio podía reemplazarse a sí mismo durante un tiempo por un doble que absorbía la ira de los dioses y que seguramente era discretamente eliminado cuando se consideraba que había cumplido su misión.

¿Por qué tenían tanto miedo los soberanos del imperio más grande del mundo? Los reyes asirios tenían que estar constantemente alerta ante las conjuras contra su persona por parte de sus generales, y a menudo también de sus familiares más inmediatos. El imperio, a pesar de su despiadada brutalidad (o quizá debido a ella), sufría constantes rebeliones por parte de los pueblos sometidos. Quizá el mismo éxito del Imperio asirio engendrara esa inseguridad. Desde una altura semejante solo se puede ir hacia abajo. Y como corroboraron los acontecimientos, Asarhadón tenía motivos para estar preocupado. Transcurridas menos de dos generaciones de su

muerte, el Imperio asirio se había desintegrado y su biblioteca de lo sobrenatural en Nínive había sido reducida a cenizas (una bendición para los historiadores, porque las tablillas de arcilla se cocieron y se endurecieron como otros tantos ladrillos). A partir de entonces, Mesopotamia tendría que soportar el humillante papel de una tierra gobernada por otros: los persas, los griegos, los partos y los romanos.

También la religión mesopotámica entró en un proceso de lento declive, a medida que aparecieron nuevos rivales y le robaron fieles, pues incluso mucho antes de la época de Asarhadón había comenzado un cambio radical. Estaba surgiendo una nueva fe, tanto al este como al oeste de Mesopotamia, que iba a ejercer un largo poder de seducción, ya que ofrecía un tipo de seguridad completamente nueva.

LA INVENCION DEL PARAÍSO

CABO CAÑAVERAL DE REYES MUERTOS

Un día, alrededor del año 2570 a. C., en Guiza, Egipto, un grupo de trabajadores emprendió una tarea que le habría resultado harto familiar a los adictos al trabajo de la montaña de Göbekli Tepe, unos 7000 años antes. Arrastraban un inmenso fragmento de piedra por el suelo.

¿En qué había cambiado la vida de un transportador de piedras a lo largo de aquellos siete milenios? En algunos aspectos, el grupo de Guiza lo tenía más fácil en comparación con sus predecesores de Göbekli Tepe. Si bien sabemos poco acerca de los métodos que utilizaban, se cree que usaban trineos o rodillos para aligerar su tarea. En cambio, los trabajadores de Göbekli Tepe seguramente no disponían más que de las versiones más toscas de semejantes aparatos, eso en el caso de que dispusieran de alguno. La piedra de los transportistas de Guiza era más cuadrada y mucho menos frágil que las piezas finas y con forma de mazo del año 9500 a. C. También era mucho más ligera. Con dos toneladas y media, pesaba solo la cuarta parte de las piedras transportadas por la cima de la montaña de Göbekli Tepe.

En conjunto, sin embargo, los obreros de Guiza podrían haber contemplado a sus predecesores de Göbekli Tepe con cierta envidia, puesto que el trabajo de estos, aunque fuera agotador, por lo menos era muy esporádico. Se cree que los veinte círculos de piedra que había en Göbekli Tepe fueron contruidos a lo largo de un periodo de unos quince siglos, o sesenta generaciones, pero cada círculo solo contenía un puñado de piedras gigantes. De promedio, se habrían tallado y trasladado una docena de piedras aproximadamente cada setenta y cinco años. En cambio, el proyecto de Guiza, que seguramente se completó en unos veintitrés años, contenía más de dos millones de enormes fragmentos de piedra. En otras palabras, durante veintitrés años se habría tallado, trasladado y colocado una piedra inmensa cada *cinco minutos*.

Esos egipcios, por supuesto, estaban construyendo la gran pirámide del faraón Jufu, también conocido como Keops: una de las primeras grandes construcciones de piedra y que, hasta la fecha, sigue siendo la mayor del mundo. Estaban construyendo una tumba para su soberano. Pero aquellos transportadores de piedras también estaban haciendo otra cosa de la que eran completamente inconscientes. A su

pequeño modo, estaban contribuyendo al desarrollo de un nuevo invento que iba a cautivar la imaginación de la mayor parte de la humanidad: el cielo.

¿Cómo? Una de las claves se encuentra en el ancestral ritual egipcio conocido como Ceremonia de la Apertura de la Boca. En sus orígenes, este ritual se empleaba para activar estatuas de los dioses recién fabricadas. Un sacerdote tocaba los labios de la estatua, seguramente con los dedos, y, en la imaginación egipcia, le insuflaba vida, de forma muy semejante a como una partera podría haber despejado la boca de un recién nacido. Al llegar a la era del faraón Keops, a mediados del siglo XXVI a. C., no solo las estatuas gozaban de esta animación a lo Frankenstein. Los cadáveres de los faraones recién fallecidos regresaban simbólicamente a la vida a través del mismo ritual. Los soberanos egipcios habían ascendido de forma espectacular. Eran los únicos entre sus compatriotas que poseían una fuerza espiritual conocida como *ba*. Se habían convertido en seres sobrenaturales vivientes. A mil seiscientos kilómetros al este, los reyes mesopotámicos no podían ni soñar con semejante estatus.

Y no es que se considerara que un faraón poseyera todos los poderes de un gran dios. A fin de cuentas, afirmar semejante cosa habría conducido a sus súbditos a tener expectativas poco realistas. Más bien se les consideraba como una especie de seres sobrenaturales menores, situados en un punto intermedio entre los seres humanos y los dioses. Una vez muerto, un faraón era considerado una especie de miembro de un *grupo de presión con acceso a lo divino*. Cada día al amanecer se levantaba de su tumba y acompañaba a la más grande de las divinidades, el dios del sol Ra, en su recorrido cotidiano por el cielo. Los faraones muertos eran escuchados por Ra y podían rogarle que mantuviese el cambio de las estaciones, que asegurase que el Nilo se desbordase en el momento más indicado y que no hiciera estragos entre la humanidad.

Como es natural, se pensaba que valía la pena apoyar esta causa. Una mirada más contemporánea y más cínica podría considerar las pirámides como monumentos al poder y la egolatría de los faraones (cosa que indudablemente eran en parte), pero es hartamente dudoso que los egipcios las contemplasen de ese modo. No existe prueba alguna de que fueran construidas bajo coacción. Las tumbas de los obreros que construyeron la gran pirámide de Keops se encuentran demasiado cerca de la tumba real para tratarse de esclavos, lo que indica que en vida eran hombres libres. Esta noción la corroboran los grafitos de las tumbas de los trabajadores, en las que ellos mismos se describen como «amigos de Keops». Así pues, parece que las pirámides fueron construidas mediante un inmenso esfuerzo voluntario nacional. Algunos egipcios cortaban y transportaban piedras. Otros cultivaban los campos para ellos y les proporcionaban alimentos. Lo hacían porque creían que les convenía a ellos mismos. Al honrar a los faraones muertos y al ayudarlos en sus tareas de grupo de presión, los egipcios creían estar haciendo que sus vidas fueran más seguras.

Como consecuencia de esta creencia, Guiza se convirtió en una especie de *Cabo Cañaveral sobrenatural* de su tiempo, desde el que los faraones ascendían a los

cielos. Se adoptaban todas las precauciones para ayudar a los soberanos muertos a cumplir con su cometido vital. Se realizaron investigaciones para mejorar las técnicas de embalsamamiento (que nunca tuvieron demasiado éxito) y que los cuerpos de los faraones permanecieran tan intactos como fuese posible para que pudieran realizar su tarea sobrenatural. Se construyeron copias de palacios para que los habitaran. Las embarcaciones fluviales, algunas cuidadosamente desmanteladas, se enterraron alrededor de las pirámides para que los faraones pudieran viajar por el cielo con estilo. Se construyeron pequeñas ciudades cerca de cada pirámide, para los sacerdotes y sus asistentes, que llevaban a cabo rituales regulares para honrar a cada soberano muerto y proporcionarle comidas con regularidad.

Este inmenso proyecto transformó Egipto. Se creó un aparato de Estado nuevo y complejo para administrar la logística. El país se volvió agresivamente expansionista, a medida que los ejércitos egipcios atravesaban la frontera de lo que hoy en día es el norte de la vecina Sudán para procurarse oro con el que embellecer las tumbas de los faraones. Sin embargo, este proyecto también *arruinó* Egipto. A pesar del oro de Sudán, para el Estado egipcio el coste de mantener a los faraones muertos resultó abrumador. Peor aún, se volvió aún más abrumador con el paso del tiempo, a medida que cada cadáver real requería una nueva pirámide y una nueva ciudad de sacerdotes para honrarlo. Se cree que el esfuerzo financiero de semejante arreglo fue uno de los factores fundamentales en el derrumbe del primer Estado egipcio, conocido como el Reino Antiguo. Cuatro siglos después de que se construyera la pirámide de Keops, Egipto se desintegró y quedó sumido en la hambruna, el bandidaje y las luchas entre señores de la guerra de distintos Estados.

Pero, cabe preguntar, ¿qué tiene que ver todo esto con la invención del cielo? Dicho con sencillez, los faraones fueron las primeras personas que podían contar los días que les faltaban para acceder a una especie de *paraíso*. No hay pruebas de que nadie antes de ellos tuviera esperanzas de una vida feliz en el más allá. Los reyes mesopotámicos estaban resignados a una existencia subterránea miserable después de morir. En cambio, los faraones del Reino Antiguo como Jufu podían tener la esperanza de una eternidad gozosa, atravesando el cielo en compañía de los dioses.

Esta atractiva idea no tardó en resultar contagiosa. Quinientos años después de la muerte de Jufu, no solo los faraones podían tener la esperanza de una vida en el más allá. Cuando Egipto resurgió tras la caída del siglo XXI a. C., los privilegios de los faraones habían sido usurpados. Durante el Reino Medio, los aristócratas egipcios afirmaron que ellos poseían la fuerza espiritual, *ba*, que había sido propiedad exclusiva de los faraones. Se hicieron embalsamar y colocar en tumbas espléndidas, y mandaban decorar sus ataúdes con textos copiados de los de los faraones. Hasta hicieron construir minúsculas capillas a imitación de los gigantescos complejos templarios erigidos en honor de aquellos.

¿Cómo pudieron permitir los faraones que rompiesen su monopolio? Lo habían provocado ellos mismos, al dejar que se les escapara su control sobre el poder. Los

magnates locales morían como faraones porque gobernaban como faraones en miniatura. El paraíso se convirtió en la nueva moda, hasta tal punto que en el Reino Medio, el viejo dios real, Ra, fue desplazado como deidad más popular del país por Osiris, el rey del inframundo. Osiris ofrecía un ejemplo *personal* estimulante de cómo uno podía superar la muerte, en una historia que todos los egipcios conocían. Fue asesinado por su malvado hermano Seth, quien, para estar seguro, procedió después a cortar los restos de Osiris en pedacitos que luego esparció por todo el país. Sin embargo, aquella precaución resultó insuficiente. La hermana de ambos, Isis, recogió cuidadosamente los pedazos del cuerpo de Osiris, los recompuso, reanimó a su hermano y luego tuvo un hijo suyo, el rey del mundo de los vivos, Horus.

Los ritos de Osiris, que habían sido monopolio de los reyes, se hicieron gradualmente accesibles a todo el mundo. A pesar de que los no faraones no podían tener esperanzas de volar por los cielos en compañía de los dioses, esperaban despertar en el submundo de Osiris, que ahora era un destino feliz y deseable. Tras otro colapso nacional en torno al año 1650 a. C., cuando el Reino Medio cayó como consecuencia de una revuelta de lo que parecen haber sido mercenarios o esclavos procedentes de Asia —los hicsos—, hasta los pobres de Egipto se obsesionaron con el paraíso. Durante la tercera gran era del país, el Reino Nuevo, los peregrinos acudieron en masa a rendir homenaje a Osiris en su centro de adoración, Abidos. Al final de la temporada festiva, cuando el Nilo estaba inundado y no se podían realizar tareas agrícolas de ninguna clase, los egipcios celebraban un festival de dieciocho días en honor del dios, llamado *Joiak*, durante el cual los sacerdotes interpretaban obras dramáticas improvisadas que reconstruían su espeluznante vida.

A esas alturas, en Egipto ya no había una sola vida feliz en el más allá, sino tres. Cada una de ellas estaba hecha a medida de la noción de vida ideal de sus respectivas clientelas. Los faraones seguían soñando con atravesar los cielos volando con los dioses. Los pobres agricultores egipcios, por el contrario, esperaban pasar su vida de ultratumba cultivando pequeñas parcelas de tierra situadas más allá del horizonte occidental, en el Campo de los Juncos, donde siempre era primavera y no había peligro alguno de mal tiempo ni plagas de langostas. Semejante vida de ultratumba, ni que decir tiene, resultaba poco atractiva para los aristócratas. Ellos aspiraban a una eternidad ociosa. Para asegurarse de que así fuera, llenaban sus tumbas con estatuillas conocidas como *ushebtis*, que creían que cobrarían vida y se convertirían en sus leales servidores cuando sus propios cuerpos fuesen reanimados por la Ceremonia de Apertura de la Boca. En las tumbas de los egipcios acaudalados había barcos *ushebti*, con sus remeros, y algunas contenían flotas enteras. Había enanos y músicos *ushebti* para entretenerlos, animales domésticos *ushebti* y hasta concubinas *ushebti* para los placeres post mórtem. Por encima de todo, sin embargo, en las tumbas de los nobles abundaban los agricultores *ushebti*, a menudo por cientos, para que el dueño de la tumba pudiera estar absolutamente seguro de no tener que ensuciarse las manos en el campo.

El Reino Nuevo de Egipto nos ofrece el primer ejemplo claro de sociedad con fijación por la vida de ultratumba plenamente funcional. Los egipcios se preparaban para la vida en el más allá de una forma muy semejante a como los occidentales contemporáneos hacen planes de jubilación. Para los ricos, prepararse para la muerte no se diferenciaba mucho de cambiar de vivienda. No cabe duda de que ese era el caso de Kha, un hombre metódico que escondió su propia tumba donde no pudieran encontrarla los ladrones, de manera que —y su caso fue poco menos que singular— permaneció intacta hasta que fue descubierta por el arqueólogo Ernesto Schiaparelli en 1906. En el interior, perfectamente conservados, estaban la cama de madera y las sábanas de Kha, su mejor ropa y sus mejores joyas, y hasta su juego favorito, el *sene*: una especie de juego de la oca en el que, de forma muy apropiada, uno aterrizaba en casillas favorables o desfavorables. Kha había hecho que le prepararan hogazas de pan y ánforas de vino y aceite para sus comidas en el más allá, además de verduras, que habían sido cuidadosamente trituradas, pues Kha había perdido casi todos sus dientes. Había un ejemplar del Libro de los Muertos (una especie de guía del usuario para el más allá del Antiguo Egipto) que incluso contenía un cuadro de Osiris dándole cálidamente la bienvenida al inframundo a Kha, junto con su esposa Meryt, que había muerto unos años antes. Esta yacía en una cámara adyacente, en un sarcófago notablemente más barato que el de Kha.

Y no es que Kha pudiera dar por sentada su admisión en el mundo de ultratumba de Osiris. Los egipcios del Reino Nuevo estaban de acuerdo en que (a excepción de los faraones) uno podía no ser admitido. El éxito dependía de cómo se había comportado uno en vida. Así llegamos a la otra gran innovación de esta época, que parece haberse desarrollado al mismo tiempo que la noción del cielo: el auge de la *moral* en el seno de la religión. La moral, ni que decir tiene, estaba lejos de ser un invento nuevo por sí misma. Es probable que precediera con mucho a cualquier forma de religión. Habría surgido a partir de las reglas de comportamiento que gobernaban a las primeras sociedades de cazadores-recolectores y que, en una forma más sencilla, existen hasta entre los grupos de chimpancés. Ahora se había convertido en el precio del consuelo sobrenatural supremo: una existencia feliz y eterna.

¿Cómo se juzgaba el comportamiento de cada cual? En un juicio sobrenatural, por supuesto. Los egipcios fallecidos del Reino Nuevo esperaban vérselas con un jurado de no menos de cuarenta y dos dioses en un proceso por el que se creía que había tenido que pasar el mismísimo Osiris. Tenían que jurar a cada uno de los dioses, uno tras otro, que no habían cometido transgresiones a lo largo de su vida. Después de eso, sus corazones se colocaban en una balanza y se comprobaba si pesaban más que la pluma de la verdad. Entonces, la diosa del destino, Shai, dictaba sentencia acerca de la personalidad del fallecido. Si este o esta era inocente, los dos platillos de la balanza se equilibraban a la perfección y el fallecido podía proceder directamente a una vida feliz en el más allá. Si el corazón pesaba más que la pluma, sin embargo, el individuo era culpable y su corazón era arrojado a un hambriento

animal mitológico que estaba a la espera. En lugar de disfrutar de una vida feliz en el más allá, el pobre desgraciado sufría una muerte de mortal.

Si el pecado ritual acabó obsesionando a los mesopotámicos, fue la moral lo que cautivó la imaginación de los primeros egipcios. Durante los Reinos Nuevo y Medio, aparecieron escritos conocidos como literatura de la sabiduría, en los que un personaje sabio y anciano aconseja a un hijo o discípulo joven acerca de cómo comportarse en la vida. Para la mirada contemporánea, los valores que así surgieron podrían parecer decididamente anticuados. Hay que tratar justamente a los demás, ser siempre honrado y educado y conducirse de manera correcta ante los superiores e inferiores en rango. Hay que caminar respetuosamente detrás de los altos funcionarios, hablar bien de los propios padres y no ser codicioso en la vida o demasiado amigable con las mujeres de otras familias.

Al llegar el Reino Nuevo, si no antes, se había forjado en la imaginación egipcia un vínculo claro entre el comportamiento de la persona en vida y sus esperanzas de una vida eterna feliz. Cabe preguntarse si eso era inevitable. ¿Por qué no optó la gente, para variar, por una vida feliz en el más allá para *todo el mundo*, como había sido el caso con la miserable vida de ultratumba primitiva? ¿Por qué convertir a los dioses en entrometidos sobrenaturales que juzgaban sin cesar la conducta moral de los seres humanos? ¿Por qué, ya puestos, surgió en ese momento la idea de una vida feliz en el más allá, que ahora parece tan fundamental para la religión, y no mucho antes? Para contestar a esas preguntas resulta útil echar un vistazo a otros cielos felices, porque el paraíso (como otros muchos descubrimientos) se inventó no una, sino muchas veces, de forma separada, en distintas partes del mundo.

ZARATUSTRA Y AMIGOS

Un día, quizá en torno al año 1200 a. C., aunque posiblemente fuese varios siglos antes o después, un viajero y exiliado, que llevaba muchos años vagabundeando, llegó a un nuevo reino. El paradero de este reino, al igual que la fecha, no está claro, aunque bien podría haber sido lo que hoy en día es Afganistán. En lo que al hombre se refiere, era Zaratustra, el fundador del zoroastrismo, una religión inmensamente influyente que perdura hasta la actualidad.

Zaratustra es el primer fundador de una religión de cuya vida se conocen detalles. Por tanto, con él tenemos nuestro primer atisbo de la desalentadora carrera de un profeta. Zaratustra había sido formado como sacerdote en la religión tradicional de su pueblo, los iraníes nómadas del Asia Central, una fe con multitud de dioses que era un pariente próximo de las religiones de la Grecia y la Roma clásicas, así como del norte de la India. Un día, sin embargo, mientras recogía agua de un río, Zaratustra tuvo una visión que le volvió intensamente en contra de la fe en la que se había

criado. Empezó a predicar su nueva religión, hizo enemigos y se vio forzado a abandonar su patria. Vagó durante años sin hacer más que un solo converso a su movimiento: su primo Maidhyoimanha.

Su suerte solo cambió por fin cuando llegó al país del rey Vishtaspa. Su gran oportunidad se produjo cuando convirtió a la esposa del rey, Hutaosa. Se trataba de un camino al éxito muy común para un profeta. A lo largo de los siglos, a menudo las mujeres resultaron estar más abiertas a ideas religiosas radicalmente nuevas que los hombres. Sin duda con la ayuda de Hutaosa, Zaratustra convenció después a Vishtaspa. Una vez más, eso demostraría ser un itinerario estándar para una religión exitosa. Convertir a un soberano, como se verá, sería la clave del éxito de la mayoría de las principales religiones, desde el cristianismo al maniqueísmo pasando por el budismo y el jainismo. Incluso el zoroastrismo solo tuvo verdadero éxito cuando, siglos después de los tiempos de Zaratustra, fue adoptado por los reyes del Imperio persa.

Con el apoyo del rey, Zaratustra obtuvo gran número de seguidores, pero entonces se produjo el desastre. Fue asesinado, al parecer por un sacerdote de la antigua religión que Zaratustra había rechazado, y el reino de Vishtaspa sucumbió a una catástrofe desconocida. Sus seguidores se vieron forzados a vagabundear durante siglos, luchando por conservar las ideas de su fundador.

¿Qué ideas eran esas y por qué se consideraron tan peligrosas que provocaron primero el exilio de Zaratustra y luego su asesinato? Muchas de ellas resultan bastante familiares, y no sin motivo, pues han sido regularmente plagiadas por religiones más recientes. El zoroastrismo tenía unas reglas estrictas y atrayentemente sencillas, como que los fieles debían rezar a Su Dios Ahura Mazda cinco veces al día (como harían los musulmanes). Ahora bien, también ofrecía una visión nueva y emocionante. Zaratustra veía un *mundo dual*, dividido entre el bien y el mal. Los líderes de estas fuerzas rivales —Ahura Mazda y Arimán— estaban en un estado de lucha constante. Zaratustra también veía un mundo de *tres edades*. En la primera, breve edad, el mundo, creado por Ahura Mazda, era verde, exuberante y perfecto. Después de un ataque despiadado por parte de Arimán, que intentó convertirlo en un desierto marchito, sin conseguirlo, el mundo existió en su estado imperfecto actual. Pero Zaratustra insistía en que si la gente seguía a Ahura Mazda, tenían la posibilidad de conducir al mundo a la tercera y última edad de perfección renovada. Judíos, cristianos, maniqueos y musulmanes tendrían a grandes rasgos una visión idéntica. Zaratustra, o sus seguidores posteriores, llegaron a idear incluso la noción de un mesías. Nacido de una virgen, que habría sido impregnada por el esperma sobrenatural y eterno de Zaratustra mientras se bañaba en un lago, este mesías guiaría después a los hombres a la futura era de la perfección.

Algo que Zaratustra *no* inventó fue el paraíso. Eso sí, lo *reinventó*. Mucho antes de que Zaratustra existiera, los iraníes del Asia Central ya tenían esperanzas de una vida feliz en el más allá, o, más bien, algunos de ellos la tenían. Como los pueblos

primitivos de todo el mundo, en sus orígenes parecían resignados a una existencia miserable en el más allá, en una vida de ultratumba a la que se llegaba tras atravesar un río oscuro. Sin embargo, en algún momento, mucho antes de que naciera Zaratustra, esta visión cambió. Ahora se creía que un puente atravesaba el río oscuro, y aunque la mayor parte de los iraníes muertos caían de ahí al inframundo, unos pocos afortunados (la élite aristocrática) seguían caminando hasta llegar a una eternidad feliz y llena de luz en el Monte Hara. Al igual que en Egipto, al principio el paraíso solo existía para la gente de categoría.

Zaratustra ofrecía una visión muy diferente del paraíso. Pese a haber nacido en un medio privilegiado, se volvió violentamente contra sus raíces y aún se detecta en sus ideas un tufillo a guerra de clases ancestral, como en su oración «Para Ahura Mazda es el reino, y ha sido establecido como pastor de los pobres». Zaratustra lanzó un asalto contra la aristocracia guerrera iraní. Denunció a sus dioses de la guerra favoritos y dijo que trabajaban para las fuerzas del mal. Más radical todavía, declaró que la entrada en el cielo no dependía de la riqueza ni el nacimiento, sino de cómo se hubiera comportado uno en vida. Los iraníes muertos tendrían que enfrentarse a un tribunal de dioses y a una balanza en la que se pesarían sus acciones pasadas. Si sus buenas acciones pesaban más, una hermosa virgen conduciría a los fallecidos por un puente hasta el paraíso en la montaña. Si las malas acciones pesaban más que las buenas, sin embargo, al igual que en una escena cinematográfica de efectos especiales, el puente se estrecharía hasta convertirse en un filo, y mientras el malhadado muerto intentaba desesperadamente arrastrarse por él hasta el otro lado, él o ella sería apresado por una bruja espantosa y arrojado a un inframundo de oscuridad, miseria y alimentos deprimentes.

¿Un tribunal de dioses y una balanza para medir el comportamiento moral de uno en vida? Todo eso recuerda muy de cerca al proceso de selección para la vida en el más allá contemplado en Egipto, y es muy posible que ciertas nociones egipcias viajasen en dirección este hasta llegar al Asia Central iraní. No obstante, también se detecta una pauta de mayor entidad. Tanto en Egipto como en Irán, el paraíso surgió primero a partir de la vieja idea de un mundo subterráneo miserable para todos, y como un privilegio reservado exclusivamente a los ricos. Resulta interesante que se pueda encontrar una disposición similar en tiempos posteriores entre los aztecas, los mayas y los vikingos. Todas estas culturas también contemplaban un paraíso para determinados grupos (sobre todo, la élite guerrera) mientras los demás tenían que conformarse con una miserable vida subterránea en el más allá. Tanto en Egipto como en el Irán primitivo, aunque no en Centroamérica ni entre los vikingos, vino luego una siguiente etapa, en la que el paraíso le fue arrebatado a la élite en una especie de revolución popular de lo sobrenatural.

Fijándonos en esta pauta, quizá podamos conjeturar por qué sucedió que, a medida que las religiones adoptaban la idea del cielo, también abrazaron la moral. En todas las épocas, la respuesta más eficaz ante las pretensiones aristocráticas de

superioridad por *nacimiento* ha sido la pretensión de superioridad por *mérito*. Al principio, los primitivos egipcios e iraníes aceptaron que solo un segmento afortunado de la población podía entrar en el paraíso mientras que el resto estaba excluido. A medida que los aristócratas perdieron el monopolio del paraíso, el carácter selectivo se mantuvo, pero el procedimiento de selección cambió. Ahora el criterio de decisión era el comportamiento de la gente hacia los demás, en lugar de su posición social y su riqueza. El por qué exactamente, en una religión que abarcaba a *todos* los miembros de la sociedad, se mantuvo la selección, es algo más difícil de desentrañar. Podría haber reflejado el hambre de un poco de venganza social. En revoluciones populares posteriores, muchas veces la virtud se convirtió en un dispositivo con el que atacar a la vieja élite. Es posible que a los nuevos fieles les sedujera la idea de excluir del paraíso a algunos de los que habían intentado excluirlos a ellos. Sea lo que fuere, desde el momento en que se ideó por primera vez, el paraíso zoroastrista al igual que el de Osiris, era un lugar al que uno temía no llegar.

¿Y qué hay de las preguntas de mayor calado? ¿Por qué se inventó el paraíso, y punto? ¿Y por qué no se ideó mucho antes una noción que parece tan fundamental para la religión? Una posible respuesta a ambas preguntas es que *la vida estaba mejorando*. Como ya hemos visto, en las primeras sociedades agrícolas, la vida de la gente solía ser dura, breve y repleta de desastres. Su principal preocupación habría sido evitar el desastre. Como se pensaba que los desastres eran causados por dioses iracundos, tenía sentido que la gente se concentrara en aplacar constantemente a las divinidades con ofrendas. A partir del segundo milenio a. C., sin embargo, esta cosmovisión empezó a cambiar. La gente empezó a mirar más allá de la supervivencia cotidiana y a preocuparse por algo completamente nuevo: qué iba a ser de ellos cuando murieran. ¿Por qué?

Sin duda podemos encontrar una pista en el hecho de que los primeros en mirar hacia delante, hacia el paraíso, fuesen miembros de la élite privilegiada. Tales personas, imagina uno, habrían sido las primeras de sus sociedades en tener un poco de paz de espíritu y de tiempo de ocio. Primero la élite, y luego los demás, sospecha uno, comenzaron a preocuparse por sus *vidas en el más allá*, porque podían permitirse el lujo de preocuparse un poco menos de su *vida presente*. Tiene sentido que este cambio se produjera primero a orillas del Nilo, donde la inundación anual era más fiable que en Mesopotamia, y donde las invasiones y los colapsos sociales eran algo comparativamente raro, de forma que la gente podía tener la esperanza de una existencia estable. Si, como antes he sugerido, la religión es ante todo un medio de obtener consuelo, y por tanto refleja los mayores temores de la gente, entonces cabría ver en la invención del paraíso la demostración de que la calidad de vida de la gente estaba mejorando paulatinamente.

Una vez instituido, el paraíso se convirtió en una idea inmensamente atractiva que acabaría por cautivar a la mayor parte del mundo. Como tal, lograría engatusar a

la gente hasta llegar a los lugares más inesperados. Incluso se apropió de un movimiento de gran éxito que en sus orígenes ni siquiera era una religión. Así llegamos a la extraña historia del budismo mahayana.

VENGANZA DE LO SOBRENATURAL

Durante el siglo IV a. C., en la ciudad de Vaishali, en el moderno estado indio de Bihar, un grupo de monjes budistas se llevó un buen rapapolvo. Los habían pillado dejándose seducir por prácticas que sus colegas consideraban que se pasaban de la raya. No habían esperado hasta la puesta de sol para cenar. Habían estado manejando dinero en lugar de apañárselas con los alimentos recibidos en calidad de limosna. También habían estado mendigando en lugares asignados a otros monjes. Por lo visto, se había desencadenado una pequeña disputa territorial. La asamblea de Vaishali condenó rotundamente tamaña maldad, pero el problema persistió. Algunas décadas después, otra reunión, celebrada en Pataliputra (la actual Patna) terminó no con una condena, sino con un cisma entre una minoría de ancianos puritanos y la mayoría de los monjes, que consideraban demasiado duras las reglas. Ese cisma se ha mantenido desde entonces.

Todo movimiento tiene sus líneas de falla, y en la India en aquel entonces la mayor de todas ellas era la *austeridad*. El movimiento rival del budismo, el jainismo, se escindió en torno a la cuestión de si los monjes podían vestir ropa o, para no poseer propiedad alguna, debían mendigar en cueros. Discutir sobre semejantes temas podría parecer ligeramente absurdo a ojos de nuestros contemporáneos, y sin embargo los implicados tenían, en cierto modo, razones para estar preocupados, ya que estaba en juego algo mucho más importante. Estos consejos budistas fueron las primeras escaramuzas de una larga lucha por el espíritu de su orden. Y entre bastidores estaba el paraíso.

No es que el paraíso fuera una novedad en el norte de la India. Había sido importado por vez primera por los antepasados de Zaratustra, cuando el norte de la India fue invadido por los primos hermanos de los iraníes, los arios, que trajeron consigo la idea del cielo aristocrático que tanto desagradaba a Zaratustra. Andando el tiempo, sin embargo, a medida que la religión aria primitiva se transformó en el budismo, el paraíso para los privilegiados fue reemplazado por un concepto mucho más original, la reencarnación, es decir, la idea de que las almas regresan en una vida siguiente bajo otra forma. La reencarnación estuvo acompañada por un sistema moral nuevo e igualmente original, el karma: la noción de que las acciones individuales, buenas o malas, serán directamente recompensadas o castigadas. Desde muchos puntos de vista, la reencarnación era más lógica que las versiones del más allá zoroastriano, egipcio o las posteriores versiones cristiana o musulmana. Todas ellas presuponían una especie de *cielo inflacionario*, que albergaba a un número de almas

constantemente en aumento. En cambio, el primer hinduismo contemplaba un mundo más estable, de almas continuamente recicladas. El alma era auténticamente eterna, dado que había existido mucho antes del nacimiento de cada cual. El hinduismo también era menos brutalmente terminal que las religiones paradisiacas que se desarrollaron más hacia el oeste. El más allá hindú no era un asunto de una sola oportunidad, sino un proceso continuo en el que, en el transcurso de cada vida, las acciones pasadas de uno determinaban la clase de animal en el que iba a convertirse después de morir.

Pese a que pueda parecer un acuerdo admirable, tuvo sus detractores, entre ellos Siddharta Gautama, más conocido como Buda, o el Despierto. No era a las ideas hinduistas a las que se oponía, sino al hinduismo como institución. Incluso en aquellos tiempos primitivos, el norte de la India poseía un sistema de castas, en el seno del cual la casta superior estaba integrada por los sacerdotes o brahmanes. Uno de los primeros manuales sacerdotales, los *Bráhmāna*, seguramente compilado entre el año 1000 y el 800 a. C., ponía de relieve un mundo muy cerrado en el que cualquier movimiento entre las castas estaba prohibido, y en el que los brahmanes tenían el monopolio de todos los rituales religiosos. Al cabo de uno o dos siglos, sin embargo, ese dominio sacerdotal fue ferozmente impugnado cuando una serie de movimientos disidentes atacaron a la clase dirigente religiosa en lo que fue algo así como una versión india primitiva de la Reforma protestante. Uno de estos movimientos lo inició, seguramente en el siglo VI a. C., Siddharta Gautama.

Siddharta tenía algunas cosas en común con Zaratustra. Al igual que este, había nacido en una familia privilegiada, pero se volvió violentamente contra sus orígenes. Al igual que Zaratustra, se convirtió en un exiliado, aunque en el caso de Siddharta la decisión fue voluntaria. Asqueado por sus propios privilegios, adoptó la vida de un mendigo errante. Después de ayunar durante varias semanas, creyó haber comprendido de veras la existencia. La esencia de su visión era que la vida era sufrimiento, que el sufrimiento procede del deseo y que si uno era capaz de evitar el deseo, quizá pudiera hallar la paz verdadera. Comenzó a predicar sus ideas a los demás.

El exilio, un momento de revelación; la prédica, la fundación de un movimiento: la vida de Siddharta contiene todos los elementos de la vida de un profeta. Ahora bien, es muy dudoso que fuera un profeta *religioso*. Si bien sus enseñanzas aceptaban la noción del karma y de la reencarnación, no hacían mención alguna de dioses. En la actualidad hay gente que lo considera un ateo. Lo más probable es que se considerara a sí mismo como alguien que aconsejaba a la gente sobre la mejor forma de llevar sus vidas: abogando por rehuir el deseo a través de la vida errante de un monje mendicante. De haber visto en qué se iban a convertir sus ideas, es de suponer que se habría llevado una sorpresa muy desagradable.

Desde muchos puntos de vista, su movimiento fue víctima de su propio éxito. Convirtió a muchos individuos, que siguieron los consejos de Siddharta y vivieron

como monjes errantes. Sin embargo, a medida que crece un movimiento puritano en sus filas aparecen inevitablemente aquellos que esperan llevar una vida un poco más cómoda, y así sucedió con el budismo. A finales del siglo IV a. C., varias generaciones después de la muerte de Siddharta, algunos monjes budistas, como hemos visto, cenaban antes de la puesta del sol y mendigaban dinero en lugar de alimentos. También estaban *cambiando a Siddharta*. Por esa misma época, los budistas decidieron que este había sido un ser sobrenatural, o más que mortal. Como los faraones del Antiguo Egipto y, en época posterior, Jesús de Nazaret, Siddharta había sido ascendido a divinidad. Aquello, no obstante, solo fue el comienzo. Una generación más tarde, al budismo le tocó el gordo cuando obtuvo el apoyo, y quizá la conversión, de uno de los soberanos más poderosos de la India, Asoka. Sin duda el budismo obtuvo muchos nuevos reclutas que, a su vez, habrían aumentado las presiones para que el movimiento fuera menos austero.

Luego vino el cielo. Siddharta había hablado de haber despertado y haber alcanzado, a través de la huida del deseo, un estado de nirvana, lo que significaba éxtasis o plenitud pacífica. Ahora el nirvana se estaba convirtiendo gradualmente en algo muy distinto: una forma de salvación que acabó pareciéndose cada vez más al paraíso. Así pues, un movimiento inspirado por la idea de *rehuir* el deseo quedó *cautivo de uno*: el deseo de encontrar la felicidad tras la muerte. El cielo se había infiltrado en la filosofía de Siddharta. Solo cabe especular acerca de cómo sucedió tal cosa, aunque es probable que el movimiento simplemente se adaptase a los deseos de un número de seguidores cada vez mayor, que querían algo más satisfactorio que una filosofía de la austeridad.

El paraíso, no obstante, no fue el único gran cambio que atravesó el budismo. Como hemos visto, el movimiento se escindió en dos corrientes bien diferenciadas. Los seguidores de los monjes ancianos, más austeros —que insistían en que no se debía comer hasta después de la puesta del sol—, constituyeron el budismo theravada, que se mantuvo más cerca del pensamiento de Buda. La gran mayoría, sin embargo, que descendía de los partidarios de comer antes de la puesta del sol, más despreocupada, fundó el budismo mahayana. Los budistas mahayana hicieron un descubrimiento asombroso. Se dieron cuenta de que Siddharta no se había entregado al éxtasis del nirvana. Al contrario, continuó vagando desinteresadamente por el mundo para poder ayudar a otros a encontrar el verdadero camino. Si Buda lo había hecho, argumentaron los budistas mahayana, ¿por qué no habrían de hacerlo otros? Así nació el dudoso concepto del Buda futuro, o bodhisattva. Este era alguien preparado para alcanzar el nirvana pero que, al igual que Buda, prefería, de manera desinteresada, demorar su ascenso al estado de éxtasis para poder ayudar a otros. Por supuesto, una persona semejante era merecedora de respeto, de veneración incluso, aun cuando estuviera viva.

Los primeros textos indios son imprecisos, de manera que es difícil decir exactamente cuándo cambió el budismo, pero desde luego cambió. Durante el siglo

I d. C., aparecieron estatuas de Buda el supramundano, en las que figuraba retratado flotando por encima de un grupo de destacados bodhisattvas, que ahora parecían algo muy parecido a un panteón de dioses budistas. En torno a esa misma época, los budistas mahayana decidieron que no solo los monjes profesionalmente austeros podían alcanzar el nirvana, sino que podía hacerlo *cualquiera*. Adorar a los bodhisattvas vivos se convirtió en una buena acción que ayudaría a quienes lo hicieran a alcanzar su propia salvación. Para conveniencia de todo el mundo, los bodhisattvas vivos establecieron sus propios templos, donde se les podía adorar. No resulta difícil comprender que semejante arreglo habría agradado a los ricos y poderosos de la India. Realizando buenas obras —y andando el tiempo estas se volvieron cada vez menos exigentes, hasta llegar a exigir muy poco esfuerzo—, los indios ricos podían llegar a ser futuros Budas ellos mismos. Podían ser adorados en sus propios templos y gozar de la perspectiva de la salvación nirvana garantizada.

Así pues, en un espacio de cinco o seis siglos, el budismo mahayana se había convertido exactamente en aquello contra lo que había empezado protestando: una religión afianzada y ritualizada organizada para satisfacer las necesidades espirituales de una élite acaudalada. También había pasado de ser una filosofía de vida a una religión paradisiaca completa con un panteón de dioses pintorescos y la promesa de que si los seguidores obedecían las reglas, alcanzarían el paradisiaco nirvana. Durante los primeros siglos de la era cristiana, había pocas diferencias entre los floridos templos budistas y los hinduistas, que, para mayor confusión, se habían apropiado de algunas de las mejores ideas del budismo. Había una cierta lógica en el hecho de que, aproximadamente a partir del siglo VII u VIII d. C., el budismo indio mahayana se fusionara con el hinduismo, y así desapareció por completo en su lugar de nacimiento, como un corpúsculo rebelde reabsorbido.

Como veremos, sin embargo, iba a tener una sorprendente segunda vida en otra parte del mundo.

3

LA INVENCION DE LOS PACTOS CON DIOS

Un día, probablemente entre el 750 y el 722 a. C. y seguramente en Samaria, la capital del reino judío septentrional de Israel (en aquel entonces había dos reinos judíos), un hombre llamado Oseas empezó a hacer unas profecías muy alarmantes. De Oseas no se sabe nada aparte de sus lúgubres vaticinios, pero a juzgar por las vidas de otros profetas de alto nivel, seguramente la suya estuvo llena de disputas rencorosas, de luchas por ganarse a gente influyente y de perder amigos y ganar enemigos.

Por lo menos, Oseas no estaba completamente solo. Otros dos profetas, Miqueas y Amos, que se cree que predicaron en Israel sobre la misma época, hicieron vaticinios semejantes. Aun así, cuesta creer que Oseas gozase de una vida tranquila. Desde luego, no se puso las cosas fáciles a sí mismo. Sus ideas eran tan radicales que venían a ser poco menos que una nueva religión, lo que con toda seguridad crearía problemas. Y tenía la desafortunada costumbre de amenazar a la misma gente a la que pretendía persuadir, como puede constatarse en este pasaje, en el que hace que el principal dios judío, Yahvé, arengue a la población de Israel con sus exigencias (las cuales, podemos estar seguros, también eran las de Oseas):

[...] Como un águila, se abate la desgracia sobre la casa del Señor, porque ellos han transgredido mi alianza y se han rebelado contra mi Ley. Ellos gritan hacia mí: «¡Dios mío, nosotros, los de Israel, te conocemos!». Pero Israel ha rechazado el bien: el enemigo lo perseguirá. Entronizaron reyes pero sin contar conmigo; designaron príncipes, pero sin mi aprobación. Se hicieron ídolos con su plata y su oro, para su propio exterminio. Yo rechazo tu ternero, Samaria; mi ira se ha encendido contra ellos. ¿Hasta cuándo no podrán recobrar la inocencia? Porque ese ternero proviene de Israel: lo hizo un artesano, y no es Dios. Sí, el ternero de Samaria quedará hecho pedazos. Porque siembran vientos, recogerán tempestades. (Oseas 8, 1-8).

Oseas le estaba pidiendo mucho al pueblo de Israel, pese a ofrecerle muy poco a cambio. En primer lugar, estaba exigiendo a los israelitas que obedeciesen la ley de Dios. Exactamente qué era esa ley es algo que sigue sin saberse, pues nada de ella sobrevivió, pero a juzgar por el tono amenazador de Oseas, lo más probable es que fuera estricta. En segundo lugar, Oseas dijo a los israelitas, que hasta entonces habían

adorado felizmente a todo un panteón de dioses, del que Yahvé era el mayor, que ahora debían rechazar a todos los dioses salvo a Yahvé. Debían convertirse en monoteístas.

Quizá en la actualidad esa perspectiva no parezca radical, porque esperamos que los judíos sean monoteístas, pero no cabe duda de que lo fue en su momento. Los dioses de aquella época estaban considerados como especialistas que podían ayudarle a uno con una inquietud concreta, como curar a un buey enfermo o evitar que a uno le pasara algo malo en una travesía marítima. ¿Quién podía asegurar que el Yahvé de «talla única» de Oseas iba a resultar tan efectivo como el viejo surtido de expertos? Renunciar a la fe politeísta también debió causar no pocas perturbaciones en la vida cotidiana de la gente. Tuvieron que cerrar los templos consagrados a los colegas divinos de Yahvé, en los que los israelitas estaban acostumbrados a congregarse y que habrían constituido una parte importante de su agenda social.

Si los judíos de Israel hacían todo lo que exigía Oseas, ¿qué podían esperar a cambio? En lo fundamental, Oseas les ofreció una especie de *política nacional de protección sobrenatural*. Los judíos habían creído durante largo tiempo que Yahvé cuidaba de ellos, pero no solo de ellos. Los extranjeros tenían derecho a pedir ayuda a Yahvé, si se tomaban la molestia de adorarlo, del mismo modo que los judíos podían adorar a otros dioses. Ahora bien, según la nueva propuesta de Oseas, Yahvé se convirtió en un *dios puramente judío*. Si los judíos lo honraban negándose a adorar a ningún otro dios, a su vez él dedicaría toda su atención a protegerlos. No obstante, se trataba de una protección completamente *condicional*. Si el pueblo de Israel no obedecía las nuevas leyes de Yahvé, y no dejaba de adorar a otros dioses, no tendría protección alguna y «recogería tempestades». Sería destruido.

¿Por qué se le ocurrieron a Oseas unas ideas tan alarmantes? Antes de intentar responder a esta pregunta, me gustaría responder a otra: ¿quiénes eran los judíos? Puede que en un libro sobre creencias la historia nacional esté fuera de lugar, pero en el caso de los judíos es algo difícil de evitar. Gracias a Oseas y a otros, la conciencia de los judíos como nación y como creyentes de una religión quedaron tan entrelazadas que es imposible considerar una sin tener en cuenta la otra.

¿De veras surgieron los judíos como nación, como sostiene el libro del Éxodo, huyendo de la esclavitud en Egipto? Como cabía esperar, resulta difícil desentrañar la verdad en lo tocante a este acontecimiento, en el cual parece haber estado el núcleo del judaísmo desde los primeros tiempos. No obstante, se puede intentar dar una respuesta. La primera mención histórica de los judíos procede de una inscripción egipcia que data de entre el 1213 y el 1203 a. C. y enumera un montón de pueblos a los que decía haber derrotado el faraón Merenptah, uno de los cuales era una tribu llamada Israel. Después de esto, nuestra siguiente fuente de información procede de los propios judíos. Se cree que sus primeros relatos, recogidos en el Antiguo Testamento, datan al menos de alrededor del año 950-850 a. C., aunque fueron muy revisados —podríamos decir incluso falsificados— con el paso del tiempo. Estas

historias contienen el famoso relato del Éxodo, que cuenta cómo los judíos fueron expulsados de su patria y conducidos como esclavos a Egipto, pero luego escaparon gracias a la espectacular intervención sobrenatural de su dios, Yahvé. Narra cómo, tras vagar durante años por el desierto del Sinaí, su líder, Moisés, acordó un pacto con Yahvé, según el cual los judíos prometían adorarle solo a él a cambio de una protección especial. Si esto les suena, es, como veremos en su momento, por muy buenas razones. Por último, el Antiguo Testamento cuenta cómo, preparados de esta guisa, los judíos reconquistaron su antigua patria tras una serie de espectaculares y sangrientas victorias.

¿Sucedió en realidad algo de todo esto?

Hay una cosa que está muy clara. Tanto los descubrimientos arqueológicos como los primeros textos judíos concuerdan en que, cuando los judíos entran en la historia propiamente dicha, en torno al año 950 a. C., era casi imposible distinguirlos de sus vecinos. Los judíos, los fenicios y los filisteos hablaban versiones de la misma lengua, tenían unos sistemas de escritura estrechamente emparentados, habitaban el mismo tipo de viviendas y, como ya he mencionado, adoraban a los mismos dioses. Los judíos tenían un dios favorito, Yahvé, pero sus vecinos también tenían los suyos. Todo esto indica que los judíos no aparecieron de repente desde otro lugar, sino que habían vivido en la región durante largo tiempo. Además, las investigaciones arqueológicas correspondientes a los siglos anteriores al año 1200 a. C. no han hallado indicio alguno de una invasión violenta de la zona en la que ciudades como Jericó fuesen arrasadas.

Y no obstante, desde muy pronto, parece que los judíos tenían una marcada sensación de ser distintos. A diferencia de algunos de sus vecinos, se negaron incondicionalmente a practicar sacrificios humanos. Insistían en que su dios particular, Yahvé, jamás debía ser representado artísticamente, mientras que otros dioses eran regularmente representados en estatuas o pinturas. Por encima de todo, los judíos estaban intensamente preocupados por sus orígenes como pueblo. La historia de la huida de la esclavitud en Egipto estaba tan arraigada en tiempos de Oseas que ya debió existir en la imaginación judía mucho antes. ¿Cómo podían los judíos haber sido esclavos huidos de Egipto, si culturalmente eran poco menos que idénticos a sus vecinos y antiguamente habían vivido en el mismo lugar?

A menos, claro está, que los judíos descendieran de *dos* pueblos distintos que se hubieran fusionado. Aunque esto no sea más que una conjetura, es una pauta que se ha dado con bastante frecuencia en otros momentos de la historia. Una población establecida es dominada durante algún tiempo por un número más reducido de forasteros, que poco a poco son subsumidos por la lengua y la cultura de la mayoría, y que no obstante dejan pocas huellas de su propio pasado. Entre otros ejemplos, cabe citar a los búlgaros en Bulgaria, que dejaron poco menos que su nombre y los relatos de sus aventuras. Lo mismo cabe decir, en diversos grados, de los francos en Francia, de los manchúes en China y de los vikingos en Rusia, entre otros muchos. Entonces,

¿es cierto que un gran número de personas de origen levantino escapó de Egipto y logró regresar a Oriente Medio? Cabría suponer que en los anales egipcios quedaría constancia de un acontecimiento tan dramático. Y en efecto, así fue.

En el capítulo anterior, mencioné de pasada a un pueblo misterioso llamado los hicsos, que gobernó el norte de Egipto desde alrededor del año 1650 al 1550 a. C., antes de ser derrotado por un ejército del sur de Egipto. Durante el siglo I d. C., el historiador judío Josefo creyó que los judíos eran descendientes de los hicsos, afirmación que tiene mucha lógica. Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en su capital, Avaris, indican que los hicsos habían sido un pueblo sometido a los egipcios (empleados como esclavos, trabajadores inmigrantes o tropas fronterizas) que acabó sublevándose contra sus amos.

El libro del Éxodo, por supuesto, no menciona en ningún momento que el pueblo de Moisés hubiera gobernado la mitad de Egipto durante un siglo bajo sus propios faraones, pero claro, tales detalles hubieran restado romanticismo al relato. En cuanto a las aguas del mar Rojo separándose, parece ser que los hicsos, de manera menos emocionante, llegaron a la libertad atravesando tierra seca. Pero realmente caminaron. Las versiones egipcias, confirmadas por investigaciones arqueológicas recientes, narran lo que fue para los egipcios un final bastante lamentable para una gloriosa campaña de liberación nacional. La capital de los hicsos era demasiado poderosa para que el ejército egipcio que avanzaba desde el sur la tomara por asalto. Así que se llegó a un acuerdo para permitir a los hicsos abandonar Egipto sin ser atacados. Quizá (y posiblemente la palabra clave sea «quizá») los refugiados hicsos pasaron a dominar a los habitantes del territorio rocoso interior situado entre el Mediterráneo y el mar Muerto, y después se desvanecieron poco a poco hasta que lo único que quedó de ellos fue una historia y el recuerdo de haber hecho algo muy especial.

Si esta parte del relato del Éxodo posiblemente se remonta a hechos reales, ¿qué pasa con el resto? ¿Estuvieron los hicsos vagando durante años por el desierto del Sinaí mientras adoraban pródigamente a todo un panteón de dioses levantinos? ¿Hizo su líder un pacto con Yahvé según el cual acordaron adorarlo exclusivamente a él? La respuesta es sencillamente *no*. Los hicsos, durante su larga estancia en Egipto, habían perdido interés mucho tiempo atrás en sus viejos dioses levantinos, ya no digamos en Yahvé. Ahora adoraban a dioses egipcios.

Si el Moisés del relato del Sinaí era completamente ficticio, ¿quién podría haberlo inventado? ¿Y por qué? Estas preguntas nos llevan de vuelta a nuestro lúgubre profeta Oseas. Como hemos visto, Oseas fue el primer hombre que exigió que los judíos de Israel adorasen a un solo dios. ¿Había sido eso idea del propio Oseas? Seguramente sí. En sí misma, la idea del monoteísmo no era completamente nueva. Durante el siglo XIV a. C., un faraón egipcio inconformista, Akenatón, intentó imponer un solo dios, Aten, a todos sus súbditos, pero es dudoso que Oseas supiera algo al respecto. Akenatón gobernó seis siglos antes de la época de Oseas, y su

revolución monoteísta fue un fracaso desastroso. Parece probable que a Oseas se le ocurriera el concepto por su cuenta.

¿Qué fue lo que le llevó a concebir semejante idea? Seguramente la respuesta tenga poco que ver con la religión y mucho con la política internacional. A los primeros judíos no se les daba muy bien permanecer unidos como pueblo. Si bien salieron por primera vez a la luz de la historia bajo un solo y poderoso reino durante el siglo x a. C., este no tardó en escindirse en dos: Judea en el sur e Israel en el norte. Entre los años 740 y 722 a. C., cuando se cree que Oseas hizo sus funestas profecías, ambos reinos, y en particular el norteño, corrían grave peligro. Se enfrentaban a la veloz expansión de una de las potencias militares más brutalmente agresivas, no solo de aquella época, sino de *cualquiera*: el Imperio asirio. Los reyes asirios, a los que hemos conocido brevemente en el capítulo uno, tenían un apego a las tácticas de terror que ha suscitado comparaciones con Adolf Hitler y el líder mongol Gengis Kan. Los asirios eran célebres por matar hasta al último habitante de las ciudades conquistadas, por deportar a pueblos enteros hasta los últimos confines de su imperio y por atar a los reyes capturados con cuerdas que les atravesaban las mejillas para que hicieran de perros guardianes a las puertas de la capital asiria. A partir del año 740 a. C., los asirios empezaron a aproximarse a los dos reinos judíos, aplastando brutalmente cualquier resistencia con la que se toparan por el camino.

Si el meollo de toda religión es ofrecer consuelo, no resulta difícil ver qué consuelo buscaba Oseas. Cuando advirtió de que el reino de Israel podía ser destruido, sabía exactamente cómo iba a suceder: sería despedazado por el terror asirio. Sin duda patriota convencido, Oseas temía por la supervivencia de su país, y podría decirse que este temor fue el que inspiró su visión religiosa. Incluso en ese momento de peligro, los judíos del reino de Israel estaban divididos, y su reacción ante la amenaza asiria fue desastrosamente vacilante. Si bien uno de los soberanos de Israel, Méname, había tratado de aplacar a los asirios pagándoles tributo, fue derrocado por otro, Peka, que exhortó a la resistencia y, peor aún, *dejó de pagar*.

Es posible que Oseas pensara que un solo dios ayudaría a unificar como pueblo a los judíos de Israel. También es posible que creyera que una conmoción radical de sus creencias pudiera aportarles la suerte que tanta falta iba a hacerles. Los israelitas ya consideraban a Yahvé como su dios especial. Si lo honraran *todavía más* y dieran la espalda a todos los demás dioses, seguramente los protegería con mayor poder todavía. Así que Oseas propuso la novedosa idea de un contrato nacional entre los judíos y un único ser sobrenatural. Era una idea que iba a tener un éxito muy duradero. Pero todavía no.

¿Adoptaron los judíos de Israel las ideas de Oseas? La respuesta, quizá un tanto sorprendente, es no. Una de las curiosidades de la historia del judaísmo primitivo es lo empeñados que estuvieron la mayor parte de los judíos en resistirse a adorar a un solo dios. Como veremos, durante varios siglos se aferraron tozudamente a su politeísmo, del mismo modo que se resistieron a nuevas y estrictas leyes religiosas.

Las propuestas de Oseas solo tuvieron éxito gracias a una serie de espectaculares avatares históricos que actuaron en su favor.

El primero de ellos tuvo lugar en la década de 720 a. C. En torno al año 725, los asirios, ya muy hartos de la falta de respeto israelita, invadieron el reino y, tres años después, el rey Sargón II deportó a la mayor parte de la población. Algunos acabaron en el ejército asirio como aurigas, función que los israelitas tenían fama de desempeñar con gran habilidad. La mayoría acabó en el sur de Mesopotamia. Si bien la suerte de los israelitas estaba muy clara, los recuerdos en torno a esta no tardaron en desdibujarse y fueron immortalizados como las diez tribus perdidas de Israel, cuyo paradero se convirtió, dos mil años después, en el tema de una curiosidad sin fin: los exploradores españoles los identificaron como los pueblos indígenas de América, y a finales del siglo XIX una excéntrica secta británica, los israelitas británicos, insistió en que eran los propios británicos.

Las sombrías advertencias de Oseas se habían hecho realidad. Había vaticinado que si los israelitas no adoraban solo a Yahvé y obedecían sus leyes, su reino sería destruido. Ahora, cabría pensar, los judíos del reino superviviente de Judea tomarían nota de las afirmaciones de Oseas. En absoluto. Siguieron firmemente politeístas.

El siguiente avatar se produjo exactamente un siglo después de la caída del reino de Israel. En el año 622 a. C. tuvo lugar un curioso acontecimiento que dejó claro que alguien por fin había sido convertido a las ideas de Oseas. El rey de Judea, Josías, envió a su secretario, Safán, al templo de Jerusalén, para ocuparse de unos pagos y reparaciones menores. Cuando llegó, Safán se llevó una sorpresa considerable.

Más tarde Hilquías el sumo sacerdote dijo a Safán el secretario: «He hallado en la casa de Jehová el mismísimo libro de la ley». De modo que Hilquías dio el libro a Safán, y él empezó a leerlo. Entonces Safán el secretario vino al rey y respondió al rey y dijo: «Tus siervos han vertido el dinero que se hallaba en la casa, y siguen poniéndolo en la mano de los que están haciendo el trabajo, los nombrados, en la casa de Jehová». Y Safán el secretario pasó a informar al rey, y dijo: «Hay un libro que Hilquías el sacerdote me ha dado». Y Safán se puso a leerlo delante del rey. Y aconteció que, en cuanto el rey oyó las palabras del libro de la ley, inmediatamente rasgó sus prendas de vestir. (2 Reyes 22, 8-11).

El libro no solo contenía las leyes de Yahvé: decía ser la ley de Yahvé tal y como este se la comunicó *directamente a Moisés*. Y así fue cómo el viejo relato del Éxodo se fusionó con algo muy novedoso: la exigencia de que los judíos aceptasen a un único dios y sus leyes. A diferencia de las leyes anteriores de Dios de Oseas, que se perdieron, estas leyes han sobrevivido, con ciertas alteraciones, en un texto que acabaría siendo uno de los textos fundamentales del judaísmo: el Deuteronomio. Como cabría esperar, eran más bien severas. Los judíos tenían que abandonar el culto

a todos los dioses salvo a Yahvé, bajo pena de muerte. Tenían que realizar sacrificios a Yahvé únicamente en su templo de Jerusalén. Tenían que ayudar a los pobres y necesitados. No debían mantener relaciones sexuales antes del matrimonio, cometer adulterio o vivir de manera disoluta. También debían destruir a sus vecinos infieles mediante una especie de yihad primitiva.

Si el pueblo judío obedecía estas leyes, prometía el texto hallado en el templo, se vería bendecido por grandes victorias. Si incumplía las reglas, Yahvé le infligiría terribles castigos. Este acuerdo aparentemente sencillo encerraba una motivación siniestra. Si *un* judío incumplía las nuevas leyes, Yahvé los castigaría a *todos* ellos. El texto contemplaba un sistema de responsabilidad colectiva por el cual el pecado de uno hacía peligrar a toda la nación. Los judíos no solo tenían el deber de controlar su propio comportamiento, sino también de meter las narices en los asuntos de sus vecinos y encabezar una turba contra ellos si incumplían las reglas.

¿De dónde había salido este aterrador conjunto de leyes? Parece de lo más sospechoso que de repente fueran «descubiertas» en el templo de Jerusalén. Algunos estudiosos han dado a entender que las leyes fueron inventadas en la corte real de Judea, a raíz de una especie de golpe de Estado religioso por parte del rey Josías. El historiador Robin Lane Fox cree que fueron una versión de las leyes de Oseas, que habían sido llevadas al sur por refugiados que huían del desmoronamiento del reino de Israel, y que permanecieron olvidadas durante un siglo en la biblioteca del templo. Vinieran de donde vinieran, esas leyes encajan perfectamente con las sombrías advertencias de Oseas y amplían sus exigencias. ¿Las escuchó el pueblo de Judea? La respuesta, una vez más, es no. Al cabo de unos pocos años, hasta los reyes de Judea habían vuelto a sus viejas y cómodas costumbres politeístas. Solo un nuevo desastre les hizo cambiar de opinión.

Si bien para entonces el Imperio asirio ya había hecho implosión, fue rápidamente reemplazado por un poder mesopotámico meridional, Babilonia, que en cuestión de crueldad militar, demostró ser poco más o menos como su predecesor. En el año 598 a. C., Judea fue invadida por un ejército babilónico bajo el mando del rey Nabucodonosor. El soberano de Judea fue deportado a Babilonia junto a varios miles de miembros de la élite dominante, donde sin duda se encontraron con descendientes de los israelitas deportados más de un siglo atrás. Once años después, en el año 587, tras más resistencia por parte de los judíos, los babilonios invadieron Judea por segunda vez, deportaron aún a más gente y, para no quedarse cortos, destruyeron el templo de Yahvé en Jerusalén. Al igual que había sido destruido el reino de Israel, ahora quedó destruido el de Judea, si bien en menor escala. Esta vez solo se expulsó a la élite y se dejó en paz a la mayoría pobre.

¿Cómo reaccionaron los exiliados de Judea ante esta catástrofe? ¿Se volvieron iracundos contra su dios especial, Yahvé, por no haberlos protegido? Como veremos, a lo largo de la historia la gente ha reaccionado a la falta de atención por parte de sus dioses no con resentimiento, como cabría esperar, sino más bien con una *devoción*

redoblada. Se han culpado a sí mismos por no haber complacido a sus dioses y han intentado hacerlo mejor. Así sucedió con los exiliados judíos. Atrapados en una tierra desconocida, finalmente adoptaron las ideas radicales de Oseas, que nunca habían tenido éxito en su tierra de origen. Las leyes de Moisés halladas en el templo afirmaban que Yahvé protegería a los judíos si estos lo adoraban solo a él y no incumplían sus reglas. Claramente, los exiliados decidieron que *habían* incumplido sus reglas. Como mesopotámicos temerosos del pecado, concluyeron que la desgracia que los había abrumado debía de ser enteramente culpa suya.

Así pues, finalmente dio comienzo una revolución religiosa. Se revisaron meticulosamente los textos ancestrales que los exiliados habían llevado consigo. La historia primitiva de los judíos se reelaboró propagandísticamente para que encajara con el sistema monoteísta de Oseas. El núcleo de las Escrituras judías empezó a tomar forma. Fue en torno a esta época cuando se amplió el relato del Éxodo para incluir el episodio del Sinaí, en el que Yahvé selló su trato con Moisés. Las leyes misteriosamente encontradas en el templo de Yahvé en Jerusalén medio siglo antes, y que supuestamente habían sido dadas a Moisés, se beneficiaron ahora de un marco dramático emocionante. La idea fundamental, sin embargo, seguía siendo la misma que había predicado Oseas ciento cincuenta años antes: Yahvé protegería a los judíos si estos lo adoraban solo a él y obedecían sus leyes.

La visión de Oseas por fin había triunfado. Con todo, es dudoso que lo hubiera conseguido de no haber sido por el acto final del drama. Los exiliados judíos eran relativamente pocos y estaban dispersos por toda Mesopotamia. Quienes habían permanecido en Judea seguían adorando felizmente a una multitud de dioses. La historia necesitaba intervenir una vez más.

En el año 559 a. C. había aparecido una nueva potencia en Oriente Medio en forma de una tribu iraní hasta entonces poco conocida, los persas, cuyo rey, Ciro —que casi con toda seguridad se había convertido al zoroastrismo— derrotó a todo aquel que se le opuso. El ascenso de Ciro seguramente inspiró las profecías de un exiliado judío llamado Ezequiel. Exiliado en el antiguo centro religioso de Nippur (la misma ciudad donde, mil seiscientos años antes, vimos al dios Enlil vestirse para desayunar), Ezequiel declaró que, mediante sus sufrimientos en Babilonia, los judíos ya habían pagado completamente por sus pecados anteriores. Auguró que pronto volverían a su patria y que reconstruirían el templo destruido.

La suerte quiso que fuera eso exactamente lo que sucedió. En el año 539, Ciro tomó Babilonia y el poder mesopotámico fue destruido de una vez por todas. El rey persa, que ponía en práctica una astuta política de tolerancia religiosa con respecto a los pueblos sometidos, permitió a los felices exiliados regresar a su hogar. Ahora las predicciones de los profetas, desde las advertencias de destrucción de Oseas a la visión optimista de Ezequiel, parecían irrefutables. En el pasado, los judíos habían adorado a otros dioses y habían sido castigados. Ahora, en el exilio, habían respetado las leyes de Moisés y habían triunfado.

Los retornados se pusieron manos a la obra para rematar su revolución religiosa. Reconstruyeron el templo de Yahvé destruido y convirtieron a quienes se habían quedado atrás a la hora de abandonar el politeísmo. Un nuevo rigor religioso se impuso para asegurar que Yahvé no volviera a irritarse e infligiera nuevos desastres a su pueblo. Fue en esta época cuando se extendieron a todos los judíos restricciones dietéticas contra el consumo de carne de cerdo, marisco y otros alimentos, que hasta entonces seguramente solo habían sido aplicadas a los sacerdotes de los templos, y que fueron minuciosamente registradas en el texto que habría de convertirse en el Levítico II. En ese mismo texto aparece la primera mención de la primera prohibición de la homosexualidad y de que las mujeres judías contrajeran matrimonio con extranjeros. Tras haberse sentido unos extraños en tierra ajena, parece ser que quienes regresaban del exilio estaban decididos a investir a todos los judíos del sentido de su nueva identidad nacional y religiosa.

Por lo visto, los retornados llevaron consigo mucho más que una religión judía radicalizada. A pesar de su intenso carácter judaico, también parecían haber adoptado algunos conceptos de lo más extranjeros, algunos de los cuales procedían de la religión del rey Ciro, el zoroastrismo. Así pues, el judaísmo acogió la idea de Zaratustra de una lucha perpetua entre el bien y el mal, encabezada respectivamente por Yahvé y Satanás. El judaísmo también asimiló el concepto zoroástrico de una división de la historia en tres etapas, en la que la gente podía tener la esperanza de triunfar sobre el mal e inaugurar una tercera era de perfección. También tomó prestado del zoroastrismo la noción del mesías, que se pondría al frente de la humanidad para conducirla a la victoria final contra la iniquidad. Por último, pero no por ello menos importante, los exiliados parecían tener buen ojo para los buenos relatos: el de Noé y el diluvio fue plagiado de la ya ancestral obra maestra mesopotámica el *Poema de Gilgamesh*.

Con dos siglos de retraso, Oseas por fin había tenido éxito. Había comenzado un gran cambio radical en las creencias de la gente. Hasta ese momento, los individuos se identificaban como ciudadanos de una ciudad, habitantes de una región, hablantes de una lengua o una mezcla de las tres cosas. Consideraban útiles a los dioses de su ciudad o su nación, sobre todo en tiempo de guerra, pero también consideraban que los dioses de otros pueblos podían ser útiles. A medida que el monoteísmo de Oseas se fue difundiendo por el mundo (desde el judaísmo al cristianismo o el islam), la gente fue identificándose, como los judíos, más por su religión. Sus creencias les proporcionaban una sensación de estar aparte y ser más afortunados, incluso superiores, que quienes adoraban a otros dioses. Así que el anverso de una intensa identidad religiosa fue una nueva *intolerancia* religiosa. Resultó un cambio enorme. Que fuera bueno o no ya es otro asunto.

La religión nacional monoteísta no fue la única creación de ese pueblo tan asombrosamente innovador, los judíos. Había otra invención extraordinaria en

camino cuyas consecuencias resultarían enormemente destructivas, en particular para sus desgraciados creadores.

LA INVENCION DEL FIN DEL MUNDO

CUIDADO CON LO QUE PROFETIZAS

Un día del año 167 a. C., con casi toda certeza en Jerusalén, alguien de quien no se sabe casi nada, ni siquiera su nombre, debió considerar que su engaño había estado plenamente justificado. Su falsificación era propaganda, ideada para enfervorizar a los judíos de cara a la lucha contra sus gobernantes griegos y también contra algunos otros judíos, lucha en la que estaba en juego el futuro del judaísmo.

La falsificación tenía que ver con un personaje ficticio llamado Daniel, que hasta entonces solo había existido como un héroe de relatos folclórico-patrióticos judíos. El astuto Daniel, que vivía en el exilio en Babilonia, demostró en repetidas ocasiones ser más listo que el torpe rey babilonio, lo que le permitió salvar la vida y mantenerse fiel a la fe judía. El falsificador desconocido puso por escrito varias de las aventuras ya existentes de Daniel, entre ellas la famosa historia de la guarida del león, pero además añadió una sección completamente nueva que no pegaba nada con los relatos folclóricos. Daniel era ahora más un visionario que un embaucador, y tenía un sueño. En este sueño anticipaba acontecimientos futuros que habrían de producirse a lo largo de los cuatro siglos siguientes, hasta llegar a la época misma del falsificador y un poquito más allá.

El sueño no solo predecía (al parecer con una precisión asombrosa) el auge y la caída de imperios anteriores; también echaba la vista hacia delante y preveía la muerte del soberano griego, Antíoco IV, que en el momento en que escribía el falsificador, estaba todavía vivito y coleando. Finalmente, el sueño se aventuraba aún más en el futuro y contaba cómo, tras un periodo de resistencia judía no violenta, intervendrían los ángeles y acabarían con los griegos de una vez por todas. Después de esto comenzaría una nueva era dorada en la que el mundo sería gobernado por un emisario de Yahvé. En las (presuntas) palabras del propio Daniel:

Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de Días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido. (Daniel 7, 13-14).

Lo que no podría haber sospechado el autor anónimo era que su esfuerzo iba a convertirse en una de las obras más duraderas (y nocivamente influyentes) jamás escritas. Se convertiría en el texto trascendental de una nueva fe: la fe en el inminente *fin del mundo*. Si el autor hubiera sabido lo que iba a acarrear su falsificación en el futuro al mismo pueblo al que pretendía ayudar (las catástrofes a las que lo iba a conducir, los siglos de crueldad que iba inspirar en sus enemigos), cabe sospechar que lo habría tirado discretamente al fuego más próximo.

Seguimos con los judíos. Pero ¿no se ha contado ya su historia?, podría preguntar alguien. Como vimos en el último capítulo, por fin habían acordado adorar solo a Yahvé y obedecer las leyes de Moisés, y habían sido recompensados. Las profecías de Ezequiel, el exiliado optimista, se habían cumplido. Los deportados de Babilonia habían regresado a casa y el templo de Yahvé había sido reconstruido.

A la historia, sin embargo, se le dan mal los finales felices. Basta con esperar lo suficiente para que suelen presentarse nuevos problemas. Así sucedió con los judíos. Gracias a los esfuerzos de Alejandro Magno durante las décadas de 330 y 320 a. C., las autoridades persas que gobernaban Palestina fueron sustituidas por una dinastía macedonia (los seléucidas), bajo cuya dominación ocurrió algo bastante inesperado. Un sector de la élite judía, que había mostrado tanta devoción por Yahvé, comenzó a dar indicios de una notable deslealtad. Se enamoraron de la cultura griega que habían traído consigo los macedonios. En el año 175 a. C., una poderosa familia judía, los Tobíadas, tomó el poder en Jerusalén y comenzó a helenizar la ciudad. Se erigió un gimnasio griego cerca del templo de Yahvé en el que los judíos, entre ellos los sacerdotes del templo, adoptaron una práctica tan poco judaica como ejercitarse desnudos. Se decía incluso que algunos judíos se habían sometido a intervenciones quirúrgicas para corregir la circuncisión.

La helenización, no obstante, no tardó en ir muy mal. Cuando los helenizadores se dividieron en dos facciones, el rey seléucida, Antíoco IV, intervino y llevó las cosas más lejos de lo que cualquiera, salvo los helenizadores más extremos, podría haber soportado. Antíoco ilegalizó la ley mosaica, que como hemos visto, era ahora la esencia misma del judaísmo. Se prohibió la circuncisión y la observancia del sabbat, y se levantaron altares dedicados a los dioses griegos en el templo de Yahvé. Todos los éxitos judíos de los cuatro siglos anteriores estaban en peligro, y como cabría esperar, los judíos se rebelaron. Así comenzó un conflicto largo y muy confuso.

La guerra acabó desembocando en aproximadamente un siglo de plena independencia política judía. También produjo un resultado teológico secundario que iba a ser muchísimo más duradero: la noción del fin del mundo. El falsificador desconocido había escrito lo que, de hecho, fue la primera obra conocida de literatura de resistencia: un texto que prometía a los judíos patriotas que su causa iba a triunfar y que sus opresores serían destruidos. También prometía que los judíos que se mantuvieran fieles a su antigua religión serían salvados, mientras que quienes

renegasen de ella no. Así pues, el Libro de Daniel introdujo otra novedad que también iba ser muy duradera: la resurrección. Como escribió el falsificador:

Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad. (Daniel 12, 2-3).

El Libro de Daniel no fue el único texto judío de esta época que declaró la guerra al helenismo. Otros dos textos de ideas afines, el Apocalipsis de las Semanas y el Libro de los Sueños, también fueron escritos en la década de 160 a. C., antes de esfumarse hasta que volvieron a ser descubiertos en la versión etíope de la Biblia, cuando esta fue traducida al inglés en la década de 1820. ¿Quién escribió estas obras? Daniel menciona que la resistencia a los seléucidas sería encabezada por sabios maestros, o *maskilim*, lo que ha llevado a los estudiosos a sospechar que el autor era precisamente una persona semejante: un escriba culto de Jerusalén que decidió utilizar el fin del mundo como propaganda.

No es que se tratara de un concepto completamente nuevo. Como ya hemos visto, una versión muy sencilla había sido imaginada por Zaratustra (mil años antes, o más, de que naciera nuestro falsificador), con su idea de una tercera era futura en la que las fuerzas del bien vencerían a las del mal y el mundo recuperaría la perfección perdida. El profeta judío Oseas había amenazado a los israelitas con un fin del mundo si no actuaban como él les instaba a actuar, aunque seguramente estaba pensando menos en ángeles destructivos que en una invasión asiria. El posterior profeta Ezequiel, más optimista, exiliado en Babilonia, contemplaba una especie de transformación feliz en la que los judíos encontrarían su mundo mejorado por siempre jamás.

Igualmente, la falsificación de las Escrituras no era nada nuevo en el mundo judío. Como ya hemos visto, hubo algo marcadamente sospechoso en el supuesto «descubrimiento» de las leyes de Moisés en el templo de Yahvé en el 622 a. C. A partir de ese momento, se convirtió en una práctica relativamente frecuente añadir páginas nuevas a viejos textos para dar autoridad a uno de los bandos en las disputas religiosas. Falsificar era fácil. No existía ningún canon religioso judío aceptado en aquel entonces, sino un gran número de pergaminos individuales dispares cuyos textos solían variar ligeramente de un ejemplar a otro. Así que la falsificación era imposible de demostrar y tampoco habría sido considerada una gran transgresión, pues al fin y al cabo, se podía considerar que las palabras se las había inspirado al redactor el mismísimo Dios. Así se añadieron falsificaciones a falsificaciones anteriores, de manera que hasta la fecha puede ser difícil determinar dónde empieza una y termina otra. Las falsificaciones de la década de 160 a. C., sin embargo, crearon algo completamente nuevo. Si el fin del mundo llevaba mucho tiempo existiendo

como noción secundaria en aquella parte del mundo, ahora se puso muy en primer plano. Al cabo de unas pocas generaciones, surgió un raudal de movimientos cuyos miembros estaban convencidos de que el mundo estaba a punto de ser violentamente transformado por fuerzas sobrenaturales.

El célebre sociólogo de la religión Max Weber señaló que tales movimientos solían seguir una pauta. Sus partidarios solían ser pobres e incultos, cosa que no debería de sorprendernos. Es muy comprensible que quienes llevan una existencia difícil, incierta y no están lejos de otros mucho más afortunados esperen una reconstrucción radical del mundo. Los líderes de estos movimientos, por el contrario, solían ser individuos carismáticos procedentes de la élite culta. El líder y sus seguidores realizaban una especie de intercambio. El líder ofrecía a sus seguidores una transformación del mundo y una nueva sociedad en la que no solo ellos serían salvados y sus enemigos perecerían, sino en la que ellos se convertirían en grandes señores. Era el equivalente sobrenatural de que a uno le tocara la lotería. A cambio, los seguidores mostraban una devoción leal a su líder, creían en sus promesas y le ayudaban a lanzar lo que, en algunos casos, era una religión completamente nueva.

A lo largo de los dos milenios siguientes, aunque otros escritos apocalípticos se sumarían a la refriega, el líder de la manada siempre sería el Libro de Daniel. Este documento relativamente breve inspiró innumerables movimientos, con frecuencia desastrosos para todos los que tomaron parte en ellos, y hasta el día de hoy el texto sigue fascinando a algunas personas. ¿Qué fue lo que hizo que este escrito fuese tan perdurable?

En algunos aspectos se trató de un éxito bastante improbable. Como falsificación era torpe. Tras haber «vaticinado» acontecimientos pasados con total precisión, el pronóstico no tardó en toparse con problemas cuando intentó hacer una predicción real. Eso sucedió en parte porque, de forma imprudente, el falsificador optó por decir no solo qué iba a suceder, sino *cuándo*. Daniel profetizó que el odiado rey Antíoco IV iba a morir a manos de Dios después de que los judíos «padecieran tres años y medio» de lucha contra los griegos. Eso significaba que en el año 164 a. C. estaría muerto. Cuando llegó y transcurrió ese año, y el rey seguía vivo y coleando, se añadió apresuradamente un nuevo capítulo (8), en el que Daniel profetizaba que Antíoco iba a vivir tres años y medio *más*. Por desgracia, esta vez el pronóstico fue demasiado largo: Antíoco murió de manera imprevista solo un año más tarde. De ahí que se añadiera otro capítulo (9), en el que el ángel Gabriel introducía oportunamente un medio complejo de volver a calcular la muerte del rey. Esta tosca retractación fue fácilmente desenmascarada como una falsificación varios siglos después por el crítico pagano romano Porfirio. Este, sin embargo, era atípico. La mayor parte de los lectores de Daniel, primero judíos y luego cristianos, no cuestionaron el texto en absoluto. Al fin y al cabo, este le contaba a los contemporáneos lo que querían oír —que los griegos y su cultura pronto serían derrotados—, mientras que, visto con posterioridad, el texto tenía un aura de haber

acertado en líneas generales. Si bien el falsificador había metido la pata en cuestiones de detalle, viendo las cosas desde una perspectiva de conjunto, se podía decir que tenía la suerte de su parte. Los seléucidas *fueron* derrotados.

También el lenguaje que empleaba contribuyó a la duradera influencia del libro. Los profetas judíos llevaban mucho tiempo empleando una imaginaria y unas metáforas extrañas, pero el Libro de Daniel destacó en este terreno al recurrir a un simbolismo que hasta el día de hoy posee una cualidad extrañamente hipnótica. Así pues, los imperios cuyo auge y caída previó Daniel estaban representados por bestias, de las que el Imperio seléucida era:

[...] la cuarta bestia, espantosa y terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que vi antes de ella, y tenía diez cuernos. (Daniel 7, 7).

El animal tenía un cuerno extra, que tenía ojos y hablaba, y que representaba al mismo rey Antíoco IV. Así pues, Daniel ofrecía una serie de rompecabezas simbólicos que resolver, que sin duda contribuyeron a la capacidad de persuasión del texto. Una vez que los lectores hubiesen logrado descodificarlo y hubiesen obtenido una sensación satisfactoria ante su propio ingenio, era mucho menos probable que se cuestionasen los pronósticos del libro.

El simbolismo también se ocupó de que el texto fuese «a prueba del futuro». De haber sido redactado con sencillez y claridad, enumerando los nombres concretos de los imperios y los acontecimientos, el Libro de Daniel sin duda habría ido cayendo en el olvido a medida que la gente mostrara menos interés por una lucha lejana entre los judíos y sus soberanos seléucidas. Gracias al extraño simbolismo del libro, no obstante, los lectores podían seguir tratando de desentrañar sus rompecabezas mucho después de que su contexto real hubiera sido olvidado. A lo largo de los siglos, la gente ha seguido aplicando el sueño a su propia época, cautivados por el hecho de que un texto tan antiguo vaticinara acontecimientos que se estaban produciendo a su alrededor, entre ellos, cosa muy emocionante, la caída de gente que les desagradaba especialmente. Así pues, en la Inglaterra de la década de 1640, el *digger* Gerrard Winstanley concluyó que las cuatro bestias de Daniel eran los terratenientes, los abogados, el clero anglicano y las leyes que beneficiaban a los ricos.

Otro factor a favor del Libro de Daniel es que gozó de algunos excelentes apoyos. En sus primeros tiempos, por lo visto fue enérgicamente promovido por una especie de *equipo publicitario* de la Antigüedad judía. La mayor parte de lo que queda de esta organización es su biblioteca, oculta en varias cuevas en las proximidades del mar Muerto —seguramente durante el siglo I d. C. a la expectativa del inminente asalto de las fuerzas romanas—, donde permaneció hasta su descubrimiento a finales de la década de 1940. La colección se conoce con el nombre

de Manuscritos del Mar Muerto. La biblioteca pertenecía a una extraña comunidad (exclusivamente masculina, que tenía todas sus propiedades en común, monacal y algo militar) que tenía su sede en la vecina Qumrán y que con casi toda seguridad formó parte de un movimiento más amplio conocido como los esenios.

¿Qué nos dicen esos manuscritos acerca de la gente que los escribió y los leyó? El principal objetivo del movimiento era exhortar a los judíos a prepararse para una reconstrucción inminente y violentamente sobrenatural del mundo. Los esenios fueron, desde muchos puntos de vista, el Libro de Daniel transformado en una organización entera. Los escritos encontrados en Qumrán incluyen no solo los dos rivales apocalípticos de Daniel, el Apocalipsis de las Semanas y el Libro de los Sueños, sino también no menos de ocho ejemplares del propio Libro de Daniel. El primero de ellos fue copiado apenas cuarenta años después de la redacción del libro original.

Los estudiosos de los manuscritos se han fijado en que casi todos los textos — si no todos— se ocupan de algún modo del fin del mundo. Además de copiar viejos textos, la comunidad de Qumrán redactó algunas nuevas profecías apocalípticas propias. El Manuscrito de la Guerra profetiza una última guerra de cuarenta años de duración entre los judíos y todos sus antiguos vecinos, encabezados por el espíritu de las tinieblas, Belial. El texto entra en detalles precisos acerca del armamento y la organización que deberían emplear los judíos, hasta el punto de prohibir la participación de soldados con manchas en la piel, ya que eso podría angustiar a los ángeles.

Ahora bien, mantener contentos a los ángeles era algo que preocupaba cada vez menos. Si bien Daniel había profetizado que los ángeles se encargarían de las tareas más pesadas del apocalipsis, los comunitaristas de Qumrán también esperaban desempeñar un papel activo. Preveían tiempos difíciles de conflicto y persecución, pero al final todo habría valido la pena. Cuando por fin terminase la guerra de los cuarenta años y los Hijos de la Luz triunfasen sobre los Hijos de la Oscuridad, una figura mesiánica gobernaría una era de perfección, una época de liberación.

A pesar de sus costumbres monacales, los esenios no siempre eran tan introvertidos. También aspiraban a ganar nuevos adeptos en el mundo exterior. Un texto conocido como el Documento de Damasco hace referencia a miembros del movimiento que tenían familias y empleos regulares y que formaban pequeños grupos comunales en las ciudades y los pueblos. Eran los proselitistas de aquellas localidades y del mundo exterior en general. Es muy posible que quedara constancia histórica de la existencia de esa gente. Durante el siglo I d. C., cuando la secta seguía muy activa y los judíos habían sido sometidos por una nueva potencia extranjera opresora, Roma, apareció en Palestina una sucesión de predicadores apocalípticos. Durante la cuarta década del siglo, un hombre llamado Teudas prometió a sus partidarios que él, al igual que Moisés, haría que se separaran las aguas del río Jordán, y seguramente también que los liberaría de los romanos (fracasó en ambos

empeños y los romanos le cortaron la cabeza). Otro hombre, al que se conoce solo como el Egipcio, prometió a sus miles de seguidores que podía hacer que se desmoronaran las murallas de Jerusalén, si bien no tuvo mayor éxito que Teudas. Personajes carismáticos se instalaron en el desierto para advertir a todos aquellos que quisieran escucharles que Yahvé iba a sembrar el caos en la tierra y que nadie estaría a salvo sin su protección. Los romanos también se ocuparon de estos predicadores.

No obstante, hubo un movimiento apocalíptico encabezado por otro personaje carismático, que resultó ser mucho más influyente. Se trata del movimiento de Jesús de Nazaret.

¿Jesús, el hombre del fin del mundo? Habrá quienes objeten que no es este el Jesús que ellos conocen. ¿Qué hay del Jesucristo sosegado y sabio, que predicó un Dios amoroso y el perdón de nuestros semejantes? Ahora bien, existen muy pocas dudas de que Jesucristo predicara el fin del mundo. Aparece muy claramente en la historia del lado apocalíptico del judaísmo. En un principio, Jesús fue seguidor de Juan Bautista, otro líder «findelmundista», y es harto probable que tuviera conexiones, o incluso fuera miembro de la secta esenia apocalíptica. Al igual que los redactores de los Manuscritos del Mar Muerto, Jesús poseía unos conocimientos impresionantes acerca de los textos religiosos judíos y tenía una cita para cada ocasión. También estaba cerca de las posiciones de los esenios en su forma de interpretar las Escrituras judías. De hecho, gran parte de las enseñanzas de Jesús, que en tiempos se consideró que era su propio pensamiento original, ha sido encontrada en los Manuscritos del Mar Muerto, e incluye, sorprendentemente, la idea de un Dios del amor y del perdón. He aquí precisamente un Dios semejante, en un manuscrito de Qumrán que se cree que fue escrito un siglo o más antes del nacimiento de Jesús:

Aunque estalle mi aflicción, Él sacará mi alma del pozo y afirmará mis pasos por el camino. Mediante su amor Él me ha aproximado; mediante su amorosa benevolencia me proporcionará mi justificación. A través de su justa verdad Él me ha justificado, y a través de su sobreabundante bondad expiará todos mis pecados. A través de su rectitud, Él me limpiará de toda profanación humana y del pecado de la humanidad: con ese fin alabo a Dios por Su rectitud, la más alta para su Gloria (Gobierno de la Comunidad, 1QS 11, 10-15)^[1].

También disponemos del testimonio de las propias palabras de Jesús. En los Evangelios hace referencia repetidas veces a un inminente Reino de los Cielos. Si bien el modo en que utiliza la frase varía un poco, suele significar, de acuerdo con la descripción del historiador E. P. Sanders, «un milagro divino y restaurador» a través del cual Dios «crearía un mundo ideal»^[2]. Bajo este reino, los judíos recuperarían su grandeza perdida. Las diez tribus perdidas de Israel serían milagrosamente encontradas y volverían a sus antiguas tierras. Todo esto parece muy próximo a las conclusiones del Sueño de Daniel.

¿Cuándo iba a llegar el Reino de Dios? Tras la muerte de Jesús, esta se convirtió en una pregunta cada vez más incómoda, según iba pasando el tiempo y no sucedía nada. A juzgar por todos los indicios, en vida de Jesús, sus seguidores esperaban que el fin del mundo tuviera lugar muy pronto, y sin duda antes de que ellos hubieran desaparecido. El propio Jesús así se lo había dicho en un pasaje prácticamente idéntico encontrado en Marcos, Mateo y Lucas:

Y les decía «les aseguro que algunos de los que están aquí presentes no morirán antes de haber visto que el Reino de Dios ha llegado con poder». (Marcos 9,1).

Durante la Última Cena, Jesús también les dijo a sus discípulos qué lugar ocuparían ellos en el nuevo orden:

Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel. (Lucas 22, 29-30).

Los principales discípulos de Jesucristo habrían de ser jueces —gobernantes— de las Doce Tribus de Israel (incluidas ahí las diez tribus presuntamente perdidas siete siglos antes). Los pescadores pobres y los detestados recaudadores de impuestos de la remota Galilea que se habían convertido en sus seguidores iban a ser príncipes en el nuevo Estado judío de Jesús. Sin duda, ese era un futuro deseable. Por si con eso no fuera suficiente, también tendrían el placer de ver a otros (incluidos los que se consideraban a sí mismos grandes y buenos) arrojados a un lado. Jesús dejó claro que todos aquellos que no le siguieran serían excluidos del nuevo reino.

¿Y cómo se veía Jesús a sí mismo en aquel futuro? En los Evangelios, aludió a sí mismo en reiteradas ocasiones como «el Hijo del Hombre». Una vez más, se trataba de una clara referencia al Libro de Daniel, que, como hemos visto, había profetizado que «alguien llamado el Hijo del Hombre» descendería sobre nubes y dominaría por toda la eternidad. ¿Se consideraba Jesús a sí mismo el Mesías? Sanders cree que se veía a sí mismo más bien como una especie de «virrey de Dios» que, con la ayuda de este, reinaría sobre un reino judío revitalizado y libre de Roma. Sus seguidores aceptaron esta pretensión con entusiasmo. Cuando Jesús entró en Jerusalén, días antes de su muerte, lo hizo a lomos de un asno, en clara referencia a una profecía de Zacarías, de varios siglos antes, según la cual un rey llegaría a Sión, triunfante y victorioso, montado humildemente sobre un burro. Está claro que los partidarios de Jesús comprendieron la alusión y lo saludaron como rey y como «el hijo de David».

¿Un personaje culto y carismático al frente de una banda de seguidores pobres e incultos? ¿Promesas acerca de un inminente fin del mundo? ¿Un movimiento cuyos seguidores dan prueba de una lealtad incondicional a cambio de la promesa de que

sus enemigos serán destruidos y ellos mismos serán figuras importantes en el nuevo orden? Si todo esto les resulta familiar, así debería de ser. Sigue con exactitud el análisis de los movimientos apocalípticos realizado por Max Weber.

Habrá quien objete que aun en el caso de que Jesús *hubiera sido* un «findelmundista», su principal foco de interés seguía siendo el amor y el perdón. No obstante, y aunque no se pueda negar que el amor y el perdón eran algo muy caro a su corazón, con casi toda certeza se trataba de intereses secundarios. Su principal interés estaba en el apocalipsis inminente. Eso queda meridianamente claro si prestamos atención a su carrera como predicador. Así pues, una vez más nos encontramos con el espectáculo de un profeta que se esfuerza por abrirse camino. Jesús probó suerte primero en su ciudad natal, Nazaret, pero allí no le fue muy bien, y al parecer fue desalentado incluso por su propia familia (Marcos dice que intentaron llevárselo a la fuerza, alegando que estaba «fuera de sí» o trastornado). Seguramente era demasiado conocido. A los profetas rara vez solía irles bien en sus lugares de origen, donde les faltaba misterio, y tanto Zaratustra como Mahoma tuvieron que errar antes de tener verdadero éxito.

Al igual que a ellos, a Jesucristo le fue mucho mejor cuando se fue a predicar a otra parte. Su éxito radicó, al parecer, no tanto en lo que *decía* como en lo que *hacía*. Jesús se hizo famoso como curandero y exorcista de espíritus demoniacos, dos habilidades que en aquella época debieron ser consideradas poco más o menos una misma cosa. Sabemos que Jesús sanaba y expulsaba los demonios utilizando las manos y la voz, y Marcos informa de que también empleaba métodos más estrafalarios, que eran comunes por aquel entonces y que iban desde escupir hasta imitar los movimientos convulsos de los poseídos.

Podríamos decir que los lugares en los que Jesús reclutó partidarios resultan tan reveladores como la forma en que lo hizo. Los cuatro Evangelios cuentan que Jesús predicó en los pueblos pesqueros próximos al mar de Galilea. No mencionan en ningún momento que predicase en ciudades grandes en las que se habría encontrado con gente culta, como él mismo, pese a que había varias en los alrededores. Solo podemos suponer que descubrió que los pobres y los incultos eran los más receptivos a sus prédicas. También es muy probable que estos contribuyeran a *dar forma* a estas prédicas. Un predicador que se dirige a una multitud tiene mucho en común con un actor que interpreta una obra en un teatro. Ambos efectúan una especie de danza con su público, que ellos dirigen, pero sobre la que este tiene la última palabra. Cabría imaginar que a un profeta exitoso le convendría estar ojo avizor a las partes de su mensaje ante las que reaccionan quienes le escuchan. También le convendría tener cierta flexibilidad y buena disposición para ajustar sus enseñanzas. El proceso habría consistido en una especie de *teología interactiva*.

Jesús, como todo el mundo sabe, daba la bienvenida a su movimiento a los pobres y marginados de la sociedad: pecadores que habían quebrantado las leyes religiosas judías, una exprostituta y hasta miembros de esa profesión tan odiada, los

recaudadores de impuestos. Les ofreció el perdón por sus flaquezas. Este carácter tan abierto parece haber sido idea de Jesús y es algo que, extrañamente, no se puede encontrar en los Manuscritos del Mar Muerto o en las enseñanzas del mentor de Jesús, Juan Bautista. ¿Qué fue lo que condujo a Jesús a semejante concepto? Si bien el perdón probablemente fuera una idea muy querida por él, también tenía mucho *sentido táctico*. Los pescadores galileos pobres, los quebrantadores de la ley religiosa judía, las exprostitutas y los recaudadores de impuestos encajan muy bien con el análisis de los movimientos apocalípticos de Max Weber. Eran quienes tenían poco que perder y quienes habrían encontrado muy atractiva una reconstrucción violenta del mundo, sobre todo si, como consecuencia de esta, ascendían de los estratos sociales más bajos a los más altos. Podríamos decir que para Jesús tenía mucho sentido predicar en contra de juzgar al prójimo.

Ahora bien, ponía una condición para aceptar a tales gentes. En varios puntos del Nuevo Testamento, Jesús les dice a sus partidarios que tienen la obligación absoluta de hacer una cosa: *seguirle a él*. Esta exigencia era más radical de lo que pueda parecer. Jesús deja claro que eso podría significar dejar de lado todo lo demás, incluyendo al esposo o la esposa, los hijos o un pariente muerto que aguarda su entierro. Hasta puede que haya que prescindir del sexo. Jesús exigía la entrega total a su misión.

Es posible que semejante expectativa estuviera inspirada, como tantos otros elementos de las prédicas de Jesús, por los esenios, cuyos líderes imponían un control estricto. A quienes se declaraba culpables de transgresiones menores se les requería hacer penitencia durante días o semanas, mientras que todo aquel que desafiase a la autoridad era expulsado de la secta por siempre jamás. Pero aun en el caso de que Jesús se hubiera inspirado en las reglas esenias, es difícil no tener la impresión de que obedecía a los dictados de su propia personalidad. Al recordar la reiterada exigencia de Jesús en los Evangelios de que sus partidarios lo siguieran, cabe preguntarse si, de haber hecho una aparición en el mundo contemporáneo, no hubiera dado la impresión de ser un tanto monomaniaco. Es posible que este egocentrismo fuese la clave de su éxito. Como ya hemos visto, en aquella época los movimientos apocalípticos judíos abundaban, y todos ellos, a excepción del de Jesús, se esfumaron enseguida. Si Jesucristo hubiera sido menos carismático, intenso y voluntarioso, es probable que su movimiento nunca habría durado tanto como lo hizo.

No es que durara mucho, al menos bajo el liderazgo de Jesús. Toda la carrera de profeta de Jesucristo duró, de forma bastante sorprendente, dos años como máximo, quizá solo uno. ¿Qué fue lo que salió mal? Desde ciertos puntos de vista, cabe considerar que su movimiento estaba condenado desde el primer momento. A lo largo de los siglos, los movimientos «findelmundistas» suelen adquirir una especie de inercia fatal. En cuanto su líder carismático promete a sus seguidores una reconstrucción cataclísmica del mundo en la que sus enemigos serán destruidos y ellos se convertirán en grandes señores, algo *tiene que suceder*. Si el líder sigue

predicando durante demasiado tiempo y nada cambia, las esperanzas de sus seguidores inevitablemente empezarán a echarse a perder y el movimiento se desmoronará.

El movimiento de Jesús no fue una excepción. En el año o dos en que estuvo predicando junto al mar de Galilea, por lo visto congregó a unos cuantos cientos de seguidores entusiastas. ¿Y después qué? Cuando no se vio ningún indicio de cataclismo inminente, parece ser que decidió intentar forzar la situación. Como el Egipcio anónimo, condujo a sus seguidores a Jerusalén, el centro religioso judío. Mejor aún, lo hizo durante la Pascua judía, la mayor de todas las festividades religiosas judías, cuando la ciudad estaba a rebosar de peregrinos que habían viajado desde los rincones más remotos del mundo para hacerle sacrificios a Yahvé en el templo. Era evidente que Jesús y sus partidarios tenían grandes expectativas. No solo entró en la ciudad a lomos de un asno para cumplir la profecía de Zacarías, sino que sus seguidores lo aclamaron abiertamente como Hijo de David y Rey. Ahora, qué duda cabe, algo *tenía* que ocurrir.

En definitiva, parece que Jesús se aseguró de que ese algo *ocurriera*. Sabemos por los cuatro Evangelios que montó un numerito en el templo de Yahvé, derribando las mesas de los cambistas y los asientos de la gente que vendía palomas. Prácticamente no hay duda de que *no* fue porque tuviera algo que objetar a las actividades de esas personas. En palabras de Sanders, los cambistas ofrecían «un mero servicio a los peregrinos», un medio, si querían, de cambiar su dinero por la moneda empleada para las tarifas del templo. Igualmente, los vendedores de aves vendían palomas para ofrecerlas en el templo, si uno las quería, aunque todo el mundo podía traer las suyas. Jesús no da muestras de interés alguno en reformar las prácticas del templo en ninguna otra parte de los Evangelios. Se consideraba a sí mismo, casi con toda seguridad, un judío tradicional. Cuando derribó las mesas de los mercaderes pretendía hacer una *demonstración simbólica*. ¿Para demostrar qué? Marcos informa de que durante el juicio de Jesús, algunos de sus acusadores sostuvieron que había amenazado con «destruir el templo» y que prometió construir otro en tres días «sin utilizar las manos». En otras palabras, al igual que el profeta Ezequiel, el autor del Sueño de Daniel y los miembros de la secta de los Manuscritos del Mar Muerto, Jesús esperaba que Dios destruyera el mundo, seguramente muy pronto, y que lo reconstruyera de mejor manera. Derribó las mesas de los cambistas para escenificar lo que creía que estaba a punto de suceder: que todo lo que le rodeaba iba a ser destruido.

Si lo que Jesús pretendía era provocar acontecimientos, lo logró, aunque seguramente no de la forma que él esperaba. Su comportamiento fue de lo más incendiario. Durante la Pascua judía, Jerusalén era un polvorín lleno de multitudes inmensas y fácilmente excitables. A unos peregrinos que habían viajado desde muy lejos para venir a adorar a Yahvé y hacerle sacrificios difícilmente les habría complacido el espectáculo de alguien derribando mesas y proclamando que el templo

de Yahvé pronto sería destruido. Jerusalén también era un lugar en el que se tenía poca paciencia con cualquiera al que se considerara un alborotador. Los romanos no tenían la menor tolerancia con semejantes conductas. A decir verdad, no tenían otra opción, pues desde muchos puntos de vista su imperio era un tinglado sorprendentemente precario. Aparte de los grandes ejércitos apostados en las fronteras, apenas tenía vigilancia, y, en gran medida, se dejaba que las ciudades provinciales se las apañaran por su cuenta, siempre y cuando no dieran problemas y pagaran sus impuestos. En Jerusalén, le competía mantener la paz al sumo sacerdote judío, Caifás. Este sabía que si no lo hacía, el gobernador romano, Pilatos —al que fuentes no bíblicas describen como tristemente brutal—, intervendría con su pequeño destacamento de soldados romanos y daría una sorpresa breve y sangrienta.

El mismo Jesús parece haberse dado cuenta de la que había armado. Durante la Última Cena, se percibe, incluso a través del prisma de los Evangelios, que estaba ansioso porque llegara el apocalipsis prometido. Fue entonces cuando prometió a sus discípulos más antiguos que encabezarían las Doce Tribus de Israel. Alzando una copa de vino, les dijo:

En verdad os digo que no volveré a probar el fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios (Marcos 14, 25).

Caifás lo mandó detener esa misma noche. Estaba claro que Jesús suponía un problema. Ya había provocado un incidente en el templo. También tenía partidarios, quizá varios cientos de ellos, lo que lo hacía todavía más peligroso. Según Marcos, Caifás interrogó a Jesús acerca de su título, preguntándole si era «hijo del Bendito». Evidentemente, el sumo sacerdote estaba al tanto de la pretensión de Jesús de ser una especie de rey. Lo que de verdad movía a Caifás, sin embargo, era con casi toda certeza la preocupación de que si no quitaba de en medio a Jesús y estallaba la violencia, la guarnición romana saldría a imponer su autoridad y el resultado sería una matanza.

¿Exigieron los judíos de a pie la sangre de Jesús? Aunque es posible, parece harto improbable. El historiador E. P. Sanders duda de que en el juicio de Jesucristo estuviera presente en absoluto una multitud judía. Los Evangelios, en los que se afirma tal cosa, fueron escritos dos o más generaciones después de la muerte de Jesús, cuando las relaciones entre cristianos y judíos, que nunca habían sido buenas, se encontraban en muy mal momento. De manera significativa, el Evangelio de san Juan, considerado el último que se escribió, es el que se esfuerza por dejar en mal lugar a los judíos. En tiempos de Juan, los cristianos estaban empeñados en convencer a las autoridades romanas de su condición de gente respetable. Tenía sentido, por tanto, convertir a los judíos en los villanos responsables de la muerte de Jesús. También tenía sentido caracterizar al gobernador romano, Pilatos, pese a que ahora nos conste su brutalidad, más como un personaje débil que como un malvado.

Puede que la verdad fuera más prosaica. Quizá el juicio y la condena de Jesús fuesen no tanto teatrales como apresurados. En lugar de exigir la sangre de Jesús, es posible que la mayoría de los ciudadanos de Jerusalén y de los peregrinos apenas tomara nota de lo que estaba sucediendo. Al fin y al cabo, estarían completamente ocupados celebrando la Pascua. Es muy posible que la detención, el juicio y la ejecución de Jesús atrajesen poca atención en el momento, salvo entre sus seguidores. Ya era bastante malo que el fundador de la nueva religión muriera en la cruz como un delincuente común. Que muriera sin atraer mucha atención ya habría sido intolerable.

Esa misma noche, después de ser juzgado, Jesús pasó por el lento horror de la crucifixión, sin el menor indicio de que el mundo fuera a llegar a su fin. ¿Existe alguna prueba de que Jesús pudiera haberse sentido decepcionado ante este desenlace? Difícilmente cabría esperar encontrar algo semejante en los Evangelios, que fueron escritos por cristianos que todavía esperaban que llegara el fin del mundo. Y no obstante, existe un curioso pasaje que se encuentra tanto en Marcos (que se considera el Evangelio más antiguo) como en Mateo:

y a esa hora Jesús gritó con voz potente: «Eloí, Eloí, lammá sabactani», que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Marcos 15, 34).

El lamento de Jesús era una cita del Salmo 22, 2, un texto judío muy conocido. Según Marcos, los espectadores reconocieron el verso y eso les hizo darse cuenta de la grandeza de Jesús. Su reacción, sin embargo, parece artificiosa: ¿Cómo iban a reconocer la categoría de Jesús a partir de una breve cita? Todo este momento queda un poco extraño dentro de la narración. Uno se pregunta si Marcos no estará describiendo un suceso que había causado inquietud en su momento: el instante de duda manifiesta de Jesús. ¿Un suceso cuyo fantasma había que conjurar?

El movimiento de Jesús había sido, desde muchos puntos de vista, un fracaso lamentable. Siendo él mismo un judío tradicional, su meta había sido convencer a otros judíos tradicionales de que el fin del mundo era inminente. Lo hizo muy mal. Durante el corto espacio de tiempo en que estuvo predicando, solo un pequeño número de judíos, la mayoría de ellos de la remota provincia de Galilea, había aceptado que era un virrey de Yahvé que, después de un violento cataclismo, gobernaría un mundo rehecho. Pocos judíos aceptaron *jamás* sus pretensiones.

Si los judíos no creían en Jesús, sin embargo, muchísimos de ellos sí creían en el fin del mundo. En cualquier caso, la idea parece haber obtenido más apoyo entre ellos en las décadas que siguieron a la muerte de Jesús. Las consecuencias habrían de ser desastrosas.

En el verano del año 70 d. C., las fuerzas romanas se abrieron paso frente a una furiosa resistencia judía hasta la ciudad en llamas de Jerusalén y llegaron al santuario interior del templo de Yahvé. El historiador judío Josefo, que había combatido con los rebeldes judíos pero que después fue capturado y se unió a los romanos, vio cómo se desarrollaban los terribles acontecimientos. El comandante romano, Tito, había dado orden estricta de que se conservara el templo por respeto a su antigüedad. Sus órdenes, sin embargo, sirvieron de poco:

Uno de los soldados, sin aguardar órdenes, y sin reparos por las terribles consecuencias de su acción y como animado por alguna fuerza invisible, cogió un trozo de madera en llamas y, subiéndose a hombros de otro soldado, lo arrojó por una apertura dorada que daba acceso por el lado norte a las cámaras construidas alrededor del santuario. Al aparecer las llamas, los judíos lanzaron un grito a la altura de la calamidad [...] [3].

Fue un desastre mucho peor que el de siglos anteriores. No solo el templo de Yahvé fue destruido, sino también toda Jerusalén. Peor todavía, por orden de los romanos, Jerusalén dejó de ser una ciudad judía. Se convirtió en el acuartelamiento de la décima legión romana. La pérdida de vidas en el transcurso de la lucha parece haber sido, en términos numéricos, deprimentemente moderna. Tito había dado comienzo al sitio de la ciudad durante la misma ceremonia de la Pascua judía que había atraído a Jesús y a sus seguidores tres décadas antes: una época del año en que Jerusalén estaba a rebosar de peregrinos. Durante varios meses, Tito ablandó la ciudad mediante el hambre, hasta que sus habitantes quedaron reducidos poco menos que a figuras esqueléticas y se hubieron lanzado miles de cadáveres desde las murallas. Cuando, ya impaciente por el calor estival, Tito atacó por fin, se vio obligado a abrirse paso por la ciudad tomando calle por calle. Josefo afirma que al final de la lucha, no menos de 1,1 millones de judíos habían muerto y que otros 97 000 habían sido reducidos a la esclavitud, muchos de los cuales también morirían en las minas y los circos del imperio. Consciente de que esas cifras podrían haber sido exageradas, Josefo se preocupó por justificarlas, y aunque todavía se cuestionan, está claro que el total de víctimas fue enorme.

La caída de Jerusalén no solo fue un desastre político, sino también religioso. Los triunfos nacionales de siglos anteriores, que los judíos creían que se habían logrado porque habían rechazado a todos los dioses menos a Yahvé, y porque se habían sometido a sus leyes, ahora se habían perdido. Peor, la guerra iba a provocar una nueva e insidiosa creencia, que perdura desde entonces, a saber: que los judíos eran un pueblo conspirativo y malévolamente en guerra con el resto del mundo. Había nacido el antisemitismo.

Aunque quizá resulte un tanto sorprendente, esta idea ponzoñosa parece haber comenzado como una política del Estado romano. Como cuenta el historiador Martin

Goodman, en el año 69 d. C., los Flavio —la familia del conquistador de Jerusalén, Tito— se convirtieron en la nueva dinastía gobernante de Roma. Al no tener otras victorias que celebrar aparte de su derrota de los judíos, le sacaron todo el partido que quisieron, lo que se convirtió en el punto central de la propaganda imperial. Las conmemoraciones de la victoria de los Flavio iban más allá de la habitual procesión triunfal por Roma, con botín y prisioneros judíos, y la construcción de arcos triunfales en la ciudad. La nueva dinastía también introdujo una dudosa novedad: un impuesto per cápita, pagadero por los judíos y solo por ellos, a lo largo y ancho de todo el imperio. Para más humillación, el impuesto se utilizó para financiar la reconstrucción del templo pagano de Júpiter en Roma, que había sido reducido a cenizas durante la lucha de los Flavio por el poder. El nuevo impuesto fue puesto brutalmente en práctica. El historiador romano Suetonio describe cómo un anciano fue obligado a desnudarse en un tribunal abarrotado, pues había sido acusado de haberse realizado la circuncisión sin pagar por ella. El prejuicio estatal alentó el prejuicio privado, como se puede ver en este pasaje de otro historiador romano, Tácito. Escrito tres décadas después de la guerra de los judíos del 70 d. C., tiene matices perturbadoramente modernos y no habría estado fuera de lugar en la Alemania de la década de 1930:

Las costumbres judías son tristes, sucias, viles y abominables, y si han sobrevivido es gracias a su perversidad. De todos los pueblos esclavizados, los judíos son los más despreciables y repugnantes. Miserables del género más abandonado que no tienen utilidad alguna para la religión de sus padres optaron por pagar cuotas y hacer ofrendas voluntarias para acrecentar el Tesoro Público judío, y otros motivos para su riqueza cada vez mayor pueden encontrarse en su terco vínculo de los unos con los otros, que contrasta con su odio por el resto de la humanidad. Se niegan a alimentar a los gentiles o a contraer matrimonio con ellos. Ese pueblo, aunque muy inclinado al libertinaje, se abstiene de todo trato con mujeres extranjeras. Entre ellos, nada es ilícito. Han adoptado la práctica de la circuncisión para demostrar que son distintos a los demás. Los que abrazan su religión practican lo mismo, y lo primero que se les enseña es a despreciar a los dioses, a olvidar el patriotismo y a renegar de sus padres, hijos y hermanos. Ahora bien, los judíos se aseguran de multiplicarse^[4].

¿Qué era lo que había atraído esa desgracia sobre los judíos? Desde muchos puntos de vista, empezó con la misma combinación de acontecimientos temidos por el sumo sacerdote de Jerusalén, Caifás, cuando ordenó detener a Jesús. Tres décadas más tarde, en el año 66 d. C., las tensiones entre los habitantes de Jerusalén y las autoridades romanas de la ciudad, que llevaban algún tiempo intensificándose, se desbordaron. Siguiendo órdenes del gobernador del momento, Gesio Floro —que era igual de brutal que Poncio Pilatos—, la guarnición romana se embarcó en una masacre insensata de los habitantes de la ciudad, en la que, según Josefo, murieron

varios miles de personas. Después de una breve guerra civil, entre quienes querían luchar contra los romanos y los que no, de la que salió vencedor el partido belicista, la guarnición romana de Jerusalén fue masacrada. Lo que en realidad condujo a los judíos al desastre, sin embargo, fue una victoria inesperada. Una legión, incompetentemente dirigida, enviada contra ellos fue aniquilada por fuerzas guerrilleras judías. A ojos de los romanos, semejante humillación tenía que recibir como respuesta una venganza que impresionase a los pueblos sometidos de todo el imperio y desalentase así la rebelión en otras partes. La campaña de Tito proporcionó precisamente ese espectáculo.

Cabría preguntarse cómo los judíos fueron tan necios como para imaginar que iban a derrotar a un imperio inmenso que se extendía desde Escocia a Sudán y que se encontraba en la cima de su poderío. Josefo nos ofrece una respuesta:

El principal aliciente [de los judíos] para ir a la guerra fue un oráculo equívoco, también encontrado en sus textos sagrados, que proclamaba que en aquel tiempo un hombre de su país iba a convertirse en monarca del mundo entero, lo que interpretaron que significaba el triunfo de su raza [...] Los judíos interpretaron algunas de las profecías a su conveniencia y se rieron de otras, hasta que la caída de su ciudad y su propia destrucción puso de manifiesto su locura^[5].

¿Un «hombre de su país que iba a convertirse en monarca del mundo entero»? La cita resulta más que familiar. ¿A qué puede aludir si no es al Libro de Daniel? Durante un breve periodo de tiempo, los judíos parecen haber creído que la profecía de un Estado judío reconstruido y revitalizado se había hecho realidad. Esa creencia se habría visto intensificada por los acontecimientos. Durante tres años, los romanos, que estaban enzarzados en luchas por el trono imperial, dejaron en paz a los rebeldes judíos. Por un breve periodo de tiempo, existió un Estado judío independiente que emitía moneda con símbolos judíos y eslóganes patrióticos escritos en hebreo, una lengua que llevaba siglos muerta salvo como idioma religioso. Hasta hubo un nuevo calendario que empezaba, como en muchos Estados revolucionarios posteriores, con el año 1. El nuevo Estado se dio a sí mismo un nombre antiguo: Israel.

Este breve triunfo no hizo sino agravar el desastre que luego siguió. Josefo describe cómo, durante el sitio de Jerusalén, Tito intentó convencer en repetidas ocasiones a los defensores para que se rindieran. Hizo marchar alrededor de la ciudad a su enorme ejército para exhibir su fuerza, y mandó a Josefo que se encaramase a las murallas y exhortase a los judíos a abandonar la lucha. Los esfuerzos de Tito fueron en vano. Los defensores de Jerusalén combatieron de forma tenaz, como si a pesar de encontrarse sitiados y en inferioridad numérica, y sin aliados que pudieran acudir en su auxilio, todavía tuviesen esperanzas de victoria hasta el mismísimo final. Y con toda probabilidad las *tenían*. Si bien no se sabe nada de lo que pensaban en aquel

entonces los líderes de la ciudad, ya que no ha quedado ni rastro de ellos, es probable que estuvieran aguardando la intervención divina. Habrían creído que si impresionaban a Yahvé con su devoción, este intervendría para salvarlos. Destruiría a los romanos y convertiría a los judíos en una potencia mundial, igual que había prometido el Sueño de Daniel.

No sucedió así. ¿Curó esta guerra a los judíos de la esperanza en el fin del mundo? De forma bastante sorprendente, no lo hizo. En el año 116 d. C., cuarenta y seis años después de la caída de Jerusalén, estallaron rebeliones en tres comunidades separadas de la diáspora judía en el interior del Imperio romano: Chipre, Egipto y la Cirenaica (la actual Libia oriental). No se puede demostrar que estas sublevaciones estuvieran motivadas por expectativas apocalípticas, pero su intensidad, su brutalidad y, ante todo, su índole *desesperada* —los judíos de la diáspora constituían una minoría en aquellas tierras— indican que ese era el caso. Dión Casio, que escribió un siglo más tarde, afirma que se produjeron cientos de miles de muertes y que las revueltas dejaron tras de sí tal amargura que, incluso en su propio tiempo, los judíos tenían prohibido ir a la isla de Chipre bajo pena de muerte.

Ninguna incertidumbre rodea a la tercera y última rebelión judía contra Roma (132-135 d. C.). Se trató, sin duda alguna, de una *guerra apocalíptica*. Una vez más, los detalles se conocen con escasa precisión, esta vez porque el conflicto fue tan terrible y tan poco glorioso, por ambas partes, que ni los romanos ni los judíos quisieron dejar constancia para la posteridad de lo que había sucedido. Por lo visto, fue la *Guerra del Vietnam* de los romanos. Las legiones romanas en el campo de los alrededores de Jerusalén lucharon durante tres años contra bandas resueltas y escurridizas de guerrilleros judíos que lanzaban sus ataques a partir de laberínticos complejos de túneles. Si bien los romanos vencieron al final, esta fue, de forma reveladora, la única victoria romana que jamás fue conmemorada en modo alguno. El caudillo judío, Simón Bar Kojba, fue aceptado por los judíos y sus líderes religiosos como el Mesías. En otras palabras, allí donde Jesús había fracasado, Bar Kojba triunfó. Convenció a sus compatriotas de que había sido enviado por Yahvé para transformar su mundo. Ni que decir tiene que no cumplió su promesa, y las referencias judías posteriores a su persona denotan amargura y desilusión.

Al terminar la guerra, una amplia zona de los alrededores de Jerusalén había quedado reducida a un territorio árido y desierto, y los pocos judíos que permanecieron allí tuvieron que ocultar su religión para conservar la vida. Los romanos eliminaron de la región hasta el nombre de Judea y lo sustituyeron por su antigua denominación griega, Siria. De las ruinas de sus desastrosas luchas con los romanos, surgió por necesidad una nueva religión judía sin cabeza visible que ya no giraba en torno al gran templo consagrado a Yahvé. Dicho con sencillez, los judíos comenzaron a practicar algo semejante al judaísmo contemporáneo. Se trataba de una religión de comunidades locales autónomas, cada una con su propio líder religioso, el rabino. Se centraba en la interpretación de las viejas Escrituras judías y en asegurar

que los judíos viviesen de forma acorde con las leyes de Yahvé. Pese a llorar la pérdida de Jerusalén y de su templo, la menguante población judía de Oriente Medio mostró escaso interés en probar suerte como vanguardia combatiente de la reconstrucción del mundo a manos de Dios.

Ahora bien, la llama del apocalipsis todavía no se había extinguido. Simplemente había cambiado de manos.

EL SUEÑO DE DANIEL: LAS SECUELAS

En el año 95 d. C., una mujer llamada Domitila emprendió una travesía marítima con destino a Pandataria, una pequeña y desolada isla que se encontraba a unos cuarenta kilómetros de la costa italiana, para iniciar una nueva vida como exiliada. Sabemos poco de Domitila. Según el historiador romano Dión Casio, se exilió porque «se había dejado llevar por costumbres judías». Los primeros romanos, sin embargo, solían confundir el cristianismo con el judaísmo. Se trataba de un error comprensible, dado lo estrecho del parentesco entre ambos. Los cristianos proclamaron a Domitila como una de sus primeras mártires y su nombre fue grabado en algunas catacumbas cristianas de Roma solo unas décadas después de su exilio, así que, en conjunto, parece más probable que se hubiera dejado llevar por *costumbres cristianas*. Lo que la hace interesante, sin embargo, no es tanto su religión como su familia. Era sobrina del emperador Domiciano, y como Domiciano no había tenido descendencia, los dos hijos de Domitila eran los herederos de la dinastía Flavia, y como tales, candidatos a ser los siguientes soberanos del imperio.

Como veremos en el siguiente capítulo, los primeros cristianos, a pesar de su amor declarado por los humildes, tenían bastante debilidad por los ricos y famosos. Sin duda, se dieron cuenta de que solo a través de esas gentes podrían tener verdadero éxito. En el año 95, por lo visto les tocó el gordo: convirtieron a la madre del siguiente emperador del Imperio romano. Dos siglos más tarde, otra conversión imperial le proporcionó al cristianismo su gran avance, que lo pondría en el camino de convertirse en la religión de Estado del imperio. En el año 95, sin embargo, las cosas fueron muy mal para los cristianos. Domiciano no tenía el menor deseo de ver su imperio o a sus parientes sometidos a la influencia de una religión nueva, extranjera y, peor todavía, de pobres. Envio al exilio a su sobrina y lanzó una persecución general de los cristianos. También, y sin darse cuenta, inspiró el primer texto apocalíptico de la cristiandad. En la isla de Patmos, un hombre llamado Juan y del que no se sabe nada salvo que, al igual que Domitila, es posible que fuera un exiliado, escribió lo que acabaría convirtiéndose en Daniel II, o lo que es lo mismo, el Apocalipsis.

¿Por qué, cabría preguntarse, sintieron los cristianos necesidad de tener un nuevo texto «findelmundista»? ¿Acaso no les bastaba con el Libro de Daniel? La

respuesta, muy sencilla, es que hacían falta nuevos escritos «findelmundistas» para vaticinar la sangrienta desaparición de *nuevos enemigos*. El Apocalipsis fue el primero de tres nuevos relatos proféticos que habrían de aparecer durante los siguientes siglos, todos ellos escritos para reconfortar y dar ánimos a unos cristianos acosados profetizando la destrucción de sus adversarios. El contexto real de estos textos, al igual que el del Sueño de Daniel, no tardaría en caer en el olvido. Los tres eran falsificaciones y los tres pretendían ser más antiguos de lo que en realidad eran. Los tres iban a añadir detalles nuevos y escabrosos a sus predecesores. Así que el apocalipsis se convirtió en una especie de narración fantástica por entregas escrita por cuatro autores distintos a lo largo de ocho siglos, cada uno de los cuales incorporó nuevos argumentos y detalles. Esos textos habrían de convertirse en los grandes éxitos de la Europa medieval y renacentista, copiados y vueltos a copiar, y más tarde impresos.

¿Qué tenían de nuevo estas secuelas del Sueño de Daniel? En primer lugar, el Apocalipsis, logró colarse en la Biblia a través de la creencia errónea de que su autor, Juan, era el mismo Juan que había escrito uno de los Evangelios. Copiando la estafalaria imaginería del Sueño de Daniel, el Apocalipsis retrataba a un emperador romano (con casi toda certeza el tío de Domitila, Domiciano) como una bestia con diez cuernos. Profetizaba el sangriento final de la ciudad de Roma y de su imperio en escenas dignas de los efectos especiales de una película contemporánea. Siguiendo una vez más a Daniel, describía una gran resurrección y un juicio final en el que aquellos cuyo nombre no estuviera escrito en el Libro de la Vida serían consignados al Lago de Fuego. El Apocalipsis introdujo el término «anticristo», aunque de momento parece haber sido más una idea que un personaje viviente y maléfico. También hablaba de otra cosa que Daniel había omitido, pese a que la idea había aparecido en otros textos judíos anteriores: que una Nueva Jerusalén descendería de los cielos y los salvados —o santos— vivirían dentro de sus puertas incrustadas de joyas. Además, este libro introdujo los Siete Sellos y los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, y por último la idea de que Jesucristo regresaría para gobernar el mundo durante un milenio:

Lo arrojó al abismo, lo encerró y tapó la salida para que no engañara más a las naciones, hasta que se cumplieran los mil años. Después habrá de ser soltado por algún tiempo. Entonces vi tronos donde se sentaron los que recibieron autoridad para juzgar. Vi también las almas de los que habían sido decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios. No habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni se habían dejado poner su marca en la frente ni en la mano. Volvieron a vivir y reinaron con Cristo mil años. Esta es la primera resurrección; los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron los mil años. Dichosos y santos los que tienen parte en la primera resurrección.

La segunda muerte no tiene poder sobre ellos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años. (Apocalipsis 20, 3-7).

Había llegado el infame *milenio*. ¿Por qué infame? Porque los cristianos posteriores llegaron a la conclusión de que no bastaba con esperar sencillamente a que esta era llegase. Había que tomar medidas y prepararse para su advenimiento. Como veremos, estos preparativos tendrían funestas consecuencias para los no cristianos.

La siguiente secuela apocalíptica, Tiburtina, apareció unos doscientos cincuenta años más tarde, en torno al año 340, aunque como de costumbre, pretendía ser mucho más antigua. Buscaba reafirmar a los cristianos frente a una nueva herejía popular cristiana, el arrianismo, que ponía en duda la divinidad de Jesús. La principal novedad de Tiburtina era una nueva figura redentora. Había un emperador griego llamado Constancio que, vaticinó Tiburtina, iba a unificar el mundo romano en una era dorada que iba a durar más de un siglo. Durante ese periodo, Constancio se ocuparía de todos los cristianos que habían negado a su Señor (sobre todo los arrianos), mataría a todos los paganos y convertiría a todos los judíos. Una vez cumplido todo esto, abriría camino, de un modo un tanto desconcertante, al pérfido anticristo, que ahora era todo un personaje y ya no una noción. Seguramente el anticristo era una necesidad dramática. Tras el siglo dorado de Constancio, las cosas tenían que volver a empeorar en previsión del regreso triunfal de Jesucristo a la tierra para inaugurar su glorioso milenio. Si todo hubiera sido ya glorioso, su regreso sería más bien un anticlímax.

Por último, una tercera secuela apocalíptica —el Sueño de Daniel, parte IV—, conocida como el Pseudo Metodio, apareció en la Siria de finales del siglo VII, esta vez para reforzar la fe de los cristianos frente a la conquista musulmana. Su principal innovación fue embellecer la historia del emperador salvador, que se había convertido ahora en una especie de héroe de fantasía que despertaba de su sueño después de que se le creyera muerto desde hacía mucho tiempo para aplastar a los ismaelitas (los árabes musulmanes) desde la India a Egipto.

Con el Pseudo Metodio, la línea argumental del fin del mundo estaba prácticamente completa. No obstante, continuarían añadiéndose detalles. El innovador más importante fue un monje calabrés llamado Joaquín de Fiore, que en la década de 1190, dotó al fin del mundo de una nueva precisión cronológica. Joaquín creía que podía ver claves, sobre todo en el Apocalipsis, que le permitían comprender el tiempo como nadie lo había hecho antes que él. Vio tres edades. La primera era una edad de esclavitud y temor, la Edad del Padre; la siguiente era una edad de la fe, la actual Edad del Hijo, y por último la inminente Edad del Espíritu. Esta sería una era gozosa, en la que los hombres conocerían por fin a Dios y podrían descansar en una especie de eterno sabbat. Antes de que esto pudiera ocurrir, sin embargo, surgiría una nueva orden de monjes que convertiría a todos los judíos al cristianismo, y cuyo líder, el Novus Dux —una versión del emperador Constancio— conduciría a la humanidad

hacia la incipiente era dorada. Los ingeniosos cálculos de Joaquín no le dejaron la menor duda de que la Edad del Espíritu comenzaría entre los años 1200 y 1260.

¿Ejercieron alguna influencia sobre los cristianos estos estrafalarios textos? Por desgracia, sí. Solo sesenta años después de que se escribiera el Apocalipsis, este inspiró su primer movimiento. En el año 156, en una lúgubre zona del oeste de Turquía conocida como Frigia, un hombre llamado Montano proclamó que él era el Espíritu Santo y dijo que la Nueva Jerusalén mencionada en el Apocalipsis estaba a punto de descender a la tierra —en Frigia, por supuesto—, donde proporcionaría un nuevo hogar para los salvados, mientras que todos los demás perecerían en el Lago de Fuego. La mayor parte de los obispos cristianos se negaron a aceptar que Montano fuera el Espíritu Santo, pero dado que el cristianismo era, por aquel entonces, una religión clandestina en el Imperio romano, resultó difícil erradicar su movimiento, que perduró varios siglos después de la muerte de Montano.

Los líderes de la Iglesia ya se habían empezado a dar cuenta de que el apocalipsis podía convertirse en una amenaza para su autoridad, de modo que se produjo una transformación radical. Cuando el cristianismo por fin se convirtió en la religión oficial del Imperio romano, en el siglo IV, y los líderes de la Iglesia saborearon el poder auténtico, marginaron la idea que había estado en el centro mismo del movimiento de Jesús. De ahí en adelante, el fin del mundo fue reemplazado por el *paraíso*, que, como veremos con más detalle en el capítulo siguiente, resultaba una perspectiva mucho menos amenazadora.

Sus esfuerzos tuvieron su recompensa, al menos durante un tiempo. Ahora bien, a medida que el fin del mundo se esfumaba de Europa, prosperaba en otras partes. Hacia el siglo VI, el Sueño de Daniel encontró muchos partidarios en Oriente Medio, donde inspiró a muchos predicadores «findelmundistas» que buscaban seguidores y notoriedad. Entre ellos se encontraba un hombre llamado Musaylima, en La Meca, y un jovencito judío, en la vecina ciudad de Medina. Ninguno de los dos logró tener demasiados seguidores, y solo sabemos de ellos porque los dos se encontraron con otro predicador apocalíptico: Mahoma. Pues sí, el fundador del islam fue otro «findelmundista» que exhortaba a su público a arrepentirse antes de que fuera demasiado tarde. El éxito de su nueva religión alentó todavía más las expectativas apocalípticas. A medida que los ejércitos árabes avanzaban por todo Oriente Medio y más allá, destruyendo viejos órdenes desde Persia al norte de África, mucha gente empezó a preguntarse si el mundo no estaría aproximándose realmente a su fin y surgieron movimientos apocalípticos como los champiñones después de la lluvia: algunos cristianos, otros musulmanes, algunos judíos y otros, para gran consternación de muchos, una mezcla de los tres.

En Europa occidental apareció una pauta muy distinta. Habiendo perdido en gran medida el interés por el fin del mundo, los cristianos europeos lo volvieron a descubrir cuando, tras siglos de invasiones desestabilizadoras, su mundo se volvió más sosegado y más pobre, y cuando la Iglesia gozaba de un poder indiscutido. ¿Por

qué? El retorno del fin del mundo parece haber estado inspirado precisamente *por* la hegemonía de la Iglesia. Hacia el siglo XI, la Iglesia de Roma se había convertido en el mayor terrateniente de Europa occidental y también en su mayor recaudador de impuestos. Quienes llevaban una vida independiente pero precaria —artesanos y tejedores provincianos o pastores rurales— estaban cada vez más resentidos con la cómoda existencia del clero. Esa gente se unió ahora a movimientos «findelmundistas» encabezados por personajes cultos carismáticos que solían ser antiguos monjes, exermitaños o ambas cosas.

¿Movimientos «findelmundistas» de personajes cultos carismáticos a la cabeza de seguidores salidos de los márgenes de la sociedad? Volvemos a Max Weber. Los partidarios de estos movimientos se sentían poderosamente atraídos por las prédicas originales de Jesús, cosa que no tiene nada de sorprendente, puesto que Jesús predicó entre *gente idéntica a ellos*. Al igual que los primeros partidarios de Jesús, tenían ambiciones y esperanzas. Los pescadores de Galilea habían creído que el fin del mundo los ensalzaría a ellos, mientras que los ricos serían arrojados a un lado y el poderío romano sería quebrantado. Asimismo, a los apocalípticos medievales les gustaba pensar en que ellos serían ensalzados, mientras que sus vecinos acaudalados y el recaudador de impuestos (la Iglesia) serían vencidos.

Dicho esto, uno de los primeros grandes estallidos apocalípticos no consideraba a la Iglesia su enemigo, aunque es posible que la Iglesia lo viese de otro modo. Este movimiento fue inspirado por una dudosa intervención papal, cuando en la década de 1090, el papa Urbano II convocó lo que se acabaría conociendo como la primera Cruzada. El deseo de Urbano no era tanto conquistar Palestina para la cristiandad como ayudar al achacoso Imperio de Bizancio contra el avance de los turcos, pero enseguida se vio superado por los hechos. Como ya hemos visto, el Apocalipsis, Tiburtina y el Pseudo Metodio profetizaron todos que el reino de Jesucristo solo advendría *después* de que el anticristo reinase en Jerusalén. Algunos cristianos concluyeron que era fundamental recobrar el control de la ciudad para que pudieran despachar al anticristo en el mismo instante en que apareciera. Argumentaron que jamás se podría confiar semejante tarea a los musulmanes, ya que estaban de parte del anticristo.

Un personaje carismático conocido como Pedro el Ermitaño comenzó a predicar que la Cruzada debía concentrarse en Jerusalén. Pedro impresionó a las multitudes contándoles que él ya había estado en la ciudad y que durante su estancia se le había aparecido Jesús, quien le entregó una carta sagrada con instrucciones acerca de qué hacer. Armado con esta santa misiva, Pedro inspiró a multitud de artesanos y agricultores pobres para que se sumasen a su «Cruzada popular», que se dispuso a tomar Jerusalén y a inaugurar una nueva era. Al igual que otros predicadores apocalípticos anteriores, Pedro aseguró a sus partidarios que eran una élite elegida por Dios. Algunos de ellos estaban convencidos de que si escrutaban el

cielo con suficiente meticulosidad, podrían ver su futuro hogar, la Jerusalén sobrenatural del Apocalipsis, resplandeciente y a punto de descender.

Así comenzó uno de los horrores europeos mayores y más duraderos. Como hemos visto, los textos apocalípticos profetizaban que Jesús solo podía regresar después de que el mundo *hubiera sido preparado* mediante la conversión de todos los judíos al cristianismo y el exterminio de todos los demás infieles. Si bien los textos daban a entender que esas tareas las llevaría a cabo Dios, Pedro el Ermitaño y sus seguidores decidieron que era su sagrado deber echar una mano. De modo que mientras los ejércitos de los cruzados iban abriéndose camino por Europa en dirección sudeste, fueron acompañados por las bandas de cruzados populares de Pedro el Ermitaño, que le proporcionaron a Europa su primera experiencia de asesinatos en masa antisemitas. Los cruzados populares invadieron los barrios judíos de Maguncia, Tréveris, Metz, Colonia y otras ciudades, mientras exigían que los judíos se sometieran al bautismo y mataban a todos los que se negaban. Aunque los eclesiásticos y aristócratas locales trataron de defenderlos, murieron miles de judíos en lo que pronto se convirtió en una terrible tradición que se repetía cada vez que se convocaba una Cruzada. Los cruzados populares llevaron luego su sed de sangre a Tierra Santa. Pese a que la mayoría de ellos murió antes de llegar a Oriente Medio, sobrevivió un terrible remanente conocido como los tafures, que eran temidos hasta por los caballeros cruzados. Cuando cayó Jerusalén, en el año 1099, fueron los tafures los máximos responsables de la masacre de los habitantes musulmanes y judíos de la ciudad.

De entonces en adelante, los movimientos «findelmundistas» hicieron aparición de forma regular y violenta. Adoptaron muchas formas diferentes. En el 1260 surgió una especie de *apocalipticismo masoquista*. La autoflagelación, que había tenido ocupados a los monjes de los monasterios italianos de Camaldoli y Fonte Avellana durante dos siglos, se convirtió ahora en la actividad predilecta de un nuevo movimiento italiano, los joaquinistas. En tanto admiradores de Joaquín de Fiore que, como ya hemos visto, había creado la nueva agenda temporal del apocalipsis, los joaquinistas se dispusieron a preparar al mundo para la Era del Espíritu, que Joaquín había dicho que empezaría antes del final del año 1260. En el otoño de ese año, bandas de joaquinistas marcharon hacia el norte desde toda Italia, castigándose por el camino para que a la humanidad se le perdonasen sus pecados. A pesar del hecho de que para entonces la llegada de la Era del Espíritu ya había rebasado la fecha tope, el movimiento resurgió un año después, ahora al norte de los Alpes. Con reapariciones intermitentes, la época dorada de los flagelantes llegó un siglo más tarde, a partir de finales del año 1348, durante el apogeo de la peste negra. Grupos de fanáticos marchaban de ciudad en ciudad por toda Europa, azotándose tres veces al día hasta que sus carnes se hinchaban y se ponían azuladas, para intentar persuadir a Dios de que alejase la peste. Decían ser un ejército de santos enviado por Dios y se prepararon para el inminente reino de Jesucristo (que según ellos debía llegar cuando

se cumplieran treinta y tres años y medio, ya que se creía que esa era la edad de Jesús al morir), incitando a la matanza del clero, de los ricos y, por encima de todo, de los judíos. Hasta que en 1349 la Iglesia se hartó y los excomulgó a todos.

Incluso después de su desaparición, la fascinación por los flagelantes sobrevivió, y dos décadas después de su caída en desgracia surgió un nuevo movimiento que era como una especie de *culto apocalíptico de la sangre*. Fue fundado en Turingia, Alemania, y lo encabezó un hombre llamado Konrad Schmid. Su versión del fin del mundo era bastante singular. Además de proclamar que era el rey legítimo de Turingia, también insistía en que tenía mayor rango que Jesús, y que con la ayuda de Dios, en 1369 fundaría su propio reino en la tierra. Como la mayoría de líderes apocalípticos, prometió a su pequeña banda de seguidores que serían grandes señores o santos bajo el nuevo orden. De forma inusitada, la visión apocalíptica de Schmid se basaba en las sangrías. Así como otros bautizaban con agua, Schmid lo hacía con sangre. Sostenía que la narración de las Escrituras de cómo Jesucristo había sido azotado mientras portaba la cruz era en realidad una predicción de cómo Schmid y su pequeña banda de acólitos iban a azotarse a sí mismos hasta alcanzar la gloria. Sus discípulos solo podían tener la esperanza de convertirse en príncipes en su reino inminente si le obedecían, se confesaban con él y, ante todo, si se dejaban azotar por él. Pese a que el propio Schmid fue apresado por la Inquisición y quemado en 1368, y por tanto no llegó a tiempo para su apocalipsis, su movimiento perduró: hermético, obsesionado con la sangre, hasta instituyó su propia forma de bautizar a los bebés, en la que se azotaba ligeramente a los recién nacidos hasta hacerlos sangrar. Como veremos, su tinglado seguramente habría resultado bastante familiar a los aztecas y a los mayas, ambos obsesionados por la sangre.

Luego se produjo una especie de *apocalipsis comunista*. Los dirigentes de la revuelta de los campesinos inglesa de 1381, como John Ball, espolearon a sus seguidores con consignas que habrían despertado la admiración de Lenin, como «Cuando Adán araba y Eva tejía, ¿dónde estaba el caballero?». Una generación más tarde, en Bohemia, los taboritas, miembros de un movimiento de ideas afines, abolieron todos los impuestos y quemaron sus propias granjas para estar libres de propiedades y acercar un poco más el reino de Jesús. Así comenzó lo que acabaría siendo un rasgo duradero de la política europea.

La Reforma protestante no moderó en nada el entusiasmo por el fin del mundo. Para muchos, Martín Lutero incluido, las incertidumbres de la época parecían la manifestación evidente de que estaba a punto de llegar. El final de los tiempos demostró tener un especial atractivo para algunos de los muchos grupos marginales que constituían la izquierda radical de la Reforma y fueron bautizados como anabaptistas por sus enemigos. En 1534, uno de estos grupos se hizo con el control de la ciudad de Münster, en el norte de Alemania, y estableció una especie de *Estado apocalíptico* al declarar que el fin del mundo iba a producirse en el transcurso de la siguiente Pascua (y cuando no fue así, dijeron que sucedería durante la siguiente).

Solo los elegidos, reunidos en Münster, se salvarían. Cuando un actor fracasado llamado Jan Bockelson se puso a la cabeza del movimiento, sus partidarios declararon que Dios lo coronaría rey, no solo de Münster, sino del mundo entero. Para irse preparando, Bockelson impuso la pena de muerte para las infracciones menores, ejecutó a muchos ciudadanos, hizo quemar todos los libros salvo la Biblia y ordenó a sus seguidores que observasen un celibato absoluto (incluso si estaban casados), para, a continuación, cambiar de opinión y ordenarles que fueran polígamos. (Como líder de los salvados, él tomó quince esposas, entre ellas, como es natural, las mayores bellezas de la ciudad).

Como el de tantos otros antes que él, el prometido apocalipsis de Bockelson acabó en una desilusión. Tras haber unido contra él a católicos y protestantes —todo un logro en aquellos tiempos—, fue capturado y largamente torturado, y su cuerpo fue suspendido dentro de una jaula colgada de la aguja de la catedral de Münster como advertencia para todo el mundo; sus actividades fueron recordadas durante largo tiempo y desacreditaron durante largos años el protestantismo radical. No obstante, el apocalipsis perduró. El siguiente momento donde encontró terreno fértil fue en el siglo XVII, en la Inglaterra revolucionaria, donde el décimo cuerno de la bestia de Daniel fue ahora identificado por la última generación de descodificadores como el rey Carlos I. Los sastres, roperos y tenderos del movimiento de la Quinta Monarquía —así llamado en honor al inminente reino de Jesús— aguardaban felizmente un tiempo en el que los grandes duques del país serían derrocados para siempre y sustituidos por una nueva aristocracia: ellos.

El apocalipsis del movimiento de los *diggers*, por el contrario, no incluía aristocracia alguna. Los *diggers* aspiraban a un mundo reconstruido basado en la propiedad comunal compartida. Su líder, Gerrard Winstanley, proclamó que la humanidad se había descarriado porque, tras la caída, Adán había acabado por gobernar a los hombres, lo que los condujo a desear poseer propiedades. Cuando Jesús regresara, erradicaría a Adán del corazón de los hombres y comenzaría una nueva era de la razón en la que, como escribió Winstanley, «nadie dirá “esto es mío”, sino que todos se aplicarán en hacer aquellas cosas necesarias y se ayudarán entre sí». Para que la cosa arrancase, Winstanley exhortó a una gran redistribución de tierras. Para impulsar el proceso, en 1649 fundó una especie de kibutz primitivo en St. George's Hill, en Surrey, que duró algunos meses antes de ser abandonado tanto por la pobreza de las tierras como por la hostilidad del vecindario.

Cuando Europa se fue tranquilizando tras la agitación religiosa de la Reforma, ¿se dejó de lado por fin el apocalipsis? No, simplemente quedó en suspenso. Regresó a la vida en la Norteamérica del siglo XIX, gracias a los esfuerzos de William Miller, que en 1833, tras una meticulosa decodificación de los escritos apocalípticos, declaró que el fin de los tiempos se produciría en 1843 y luego, una vez más, al año siguiente. A pesar de la *Gran Decepción* del 22 de octubre de 1844, el movimiento de Miller no desapareció, sino que se fracturó en submovimientos y subsubmovimientos.

Uno de esos movimientos se convirtió en la secta apocalíptica de mayor éxito y más duradera de todos los tiempos. Se trata del movimiento de Estudiantes de la Biblia, más tarde rebautizado como los Testigos de Jehová. Gran parte de su éxito hay que atribuirlo a la energía —con frecuencia muy controladora— de sus líderes y a la relativa flexibilidad de sus ideas. El fundador del movimiento, el hijo de un sastre de Pittsburg llamado Charles Taze Russell, sostenía que Jesús había regresado a la tierra en 1874, pero de forma *invisible*. Se trataba de una afirmación difícil de refutar. Pese a que el fin del mundo fue pronosticado repetidamente para 1878, 1881, 1910, 1914, 1918, 1925 y más allá, estos eran «años marcados» en los que el fin del mundo era probable, no seguro. Cuando la decepción se repetía una y otra vez, se animaba a los Testigos con la noticia de que «había sucedido lo equivocado en el momento correcto». La marcha hacia el apocalipsis, que había comenzado con el retorno invisible de Jesús, proseguía, si bien no tan rápidamente como se había creído en un principio.

Durante todo ese tiempo, los líderes del movimiento, primero Russell y después, a partir de 1917, el temperamental y dominante Joseph Franklin Rutherford, crearon un movimiento mundial bien organizado y muy disciplinado utilizando todos los medios modernos, desde su diario, el *Watch Tower*, a sus emisoras de radio, para obtener adeptos. No obstante, a pesar de toda su aparente modernidad, los Testigos se asemejaban estrechamente a los grupos «findelmundistas» de siglos pasados. Aunque al principio Russell declaró que *todos* los cristianos protestantes eran candidatos a la salvación tras el regreso de Jesús, luego cambió de opinión y decidió que solo sus seguidores tenían alguna posibilidad de salvarse. Los escritos de Russell fueron elevados de categoría hasta dejarlos justo por debajo de la Biblia, y prohibió a sus seguidores que asistieran a los grupos de estudio de cualquier otra Iglesia. De manera que poco a poco, los Testigos se convirtieron en algo así como una *sociedad dentro de una sociedad*, ajena al mundo exterior, exactamente igual que anteriores grupos apocalípticos como los anabaptistas y, ya puestos, los primeros cristianos.

Ahora bien, los Testigos de Jehová no tenían ningún monopolio del fin del mundo. Entre los muchos grupos menores que surgieron de las ruinas de los milleristas, uno de ellos acabó convirtiéndose en los davidianos, que tuvieron un célebre final terrible en 1993, durante la masacre de Waco, en Texas. Un brote más reciente, y en conjunto más suave, de apocalipticismo se produjo en 2010, cuando un ingeniero civil californiano jubilado llamado Harold Camping vaticinó que el fin del mundo llegaría el viernes 21 de mayo de 2010. Ese día, sostenía Camping, unos dos millones de los salvados serían «raptados», o ascenderían, a través de una especie de ascensor exprés, y llevados al paraíso, lo que les evitaría los meses de terremotos, peste y destrucción que iban a despachar a los miles de millones de pecadores restantes. Los vaticinios de Camping, que difundió mediante emisiones de radio, inspiraron una respuesta empresarial innovadora. Bart Centre, un ateo de New Hampshire, ofreció seguros para mascotas destinados a aquellos que esperaban ser

raptados. Algunos no creyentes autoproclamados, que por tanto no tenían oportunidad alguna de ser raptados, acordaron recoger, alimentar y pasear a las mascotas de los raptados después de que se los llevarasen. El 19 de mayo de 2010, Bart Centre había vendido seguros a doscientos cincuenta clientes. Sus pólizas no ofrecían reembolsos.

¿Por qué habrían de creer en el fin del mundo unos estadounidenses de clase media? Los seguidores de Camping no eran artesanos, pastores o pescadores pobres que subsistieran dificultosamente en los márgenes de la ciudad. Eran ciudadanos conservadores e impasibles que no encajaban en absoluto en el análisis de Max Weber. Para hallar una respuesta tendríamos que remontarnos quizá a un aspecto en concreto de los movimientos apocalípticos. El apocalipsis no solo ofrecía una reconstrucción violenta del mundo. También ofrecía a sus partidarios la tentadora perspectiva de convertirse en una nueva élite de supervivientes elegida por Dios, mientras que la gran masa de la humanidad sería arrojada a un lado. Por lo visto, sentirse uno de los elegidos resulta tan atrayente hoy en día como siempre.

Pero ha llegado el momento de dar un paso atrás, porque nos estamos adelantando. Hemos visto cómo el apocalipsis, pese a ser una de las principales preocupaciones de Jesús —si no la *principal*— quedó marginado dentro del cristianismo. Si se había eliminado la esencia de la predicación de Jesús, deberíamos preguntarnos qué es exactamente el *cristianismo*. ¿Y cómo demonios llegó a convertirse en semejante cosa?

LA INVENCION DE UN CIELO HUMILDE

SUPERANDO OBSTÁCULOS

*E*n el otoño del año 312 un implacable militar de carrera llamado Constantino, que había luchado hasta hacerse con el dominio de la mitad occidental del Imperio romano, estaba disfrutando de una temporada de relajación en Roma. Entre las actividades que le tenían ocupado allí, se encontraba el encargo de una inmensa estatua de sí mismo, que luego hizo colocar en el edificio público más nuevo de la ciudad, la inmensa basílica de Majencio. Este comportamiento no tenía nada de inusitado: se trataba de la clásica acción de un emperador triunfante que exhibía su poder. Aquella estatua en particular, no obstante, tenía algo muy poco habitual.

Sostenía un sedoso estandarte militar decorado con un símbolo que jamás se había visto antes en un lugar público romano: una cruz cristiana. Constantino, que se había convertido al cristianismo solo unas semanas antes, la víspera de la batalla del puente Milvio, que hizo que Roma cayera en sus manos, estaba dejando claro que el suyo iba a ser un imperio cristiano.

Como ejercicio de relaciones públicas, sin embargo, lo del estandarte fue un desastre. Constantino tuvo que mandar que lo retiraran enseguida, tras las protestas de la élite aristocrática romana, que se consideraba heredera de un largo y triunfal pasado pagano, y entre la que había poca gente interesada por una religión tan novedosa y que además se asociaba precisamente a los pobres y a los analfabetos. La mayor parte de la aristocracia romana seguramente daba por supuesto que el nuevo proyecto religioso del emperador estaba condenado al fracaso, y resulta fácil entender por qué. Aunque cueste establecer cifras, en el año 312 es probable que los cristianos constituyeran no más del 10 por ciento de la población imperial, y quizá bastante menos. Y si bien su presencia era importante en las grandes ciudades del imperio y en áreas como Egipto, en muchas provincias apenas había cristianos. Lo más importante de todo, el fundamento del poderío del propio Constantino, el ejército romano, seguía siendo firmemente pagano.

No obstante, la suerte estaba de parte del cristianismo. Cuando conquistó la mitad oriental del imperio, Constantino, desesperado con los romanos paganos, fundó una nueva capital, Constantinopla, donde el cristianismo tuvo más facilidades para difundirse por la estructura de poder imperial. Él y sus tres hijos demostraron tener grandes dotes para mantenerse en el poder. También fueron longevos, al menos en

comparación con sus predecesores paganos. Entre todos ellos, fueron capaces de promover el cristianismo durante medio siglo sin interrupciones, el tiempo suficiente para cambiar de forma permanente las alianzas de poder. Su obra fue rematada por un desastre. Mientras los pueblos bárbaros barrían el imperio y, en el año 410, la misma Roma caía ante los visigodos (humillación que llevaba ocho siglos sin producirse), la confianza de los romanos en sí mismos comenzó a languidecer. El cristianismo ocupó el vacío. En el año 400 seguimos encontrando numerosas referencias a paganos cultos y que desempeñaban cargos importantes. Hacia el año 500 prácticamente habían desaparecido del todo. El Mediterráneo, que había sido la región del mundo con mayor diversidad religiosa, se había vuelto prácticamente monocromo: un mar cristiano con unas gotas de judaísmo.

Aquel fue un triunfo harto improbable. Si uno hubiera hecho una breve gira alrededor del mundo tras la crucifixión de Jesucristo, en torno al año 35 d. C., intentado escoger un movimiento religioso que un día monopolizaría gran parte del planeta, cabe sospechar que el que había fundado Jesús se encontraría muy al final de la lista. Había sido breve, pues solo había durado un año o dos; había sido pequeño, con apenas unos pocos cientos de seguidores, y había terminado de forma desastrosa. Las promesas de su líder acerca de un mundo transformado habían quedado en agua de borrajas y ahora este estaba muerto. Sus seguidores estaban desmoralizados y dispersos. Estaba llamado a ser sumido en el olvido. ¿Cómo consiguió el movimiento de Jesús resurgir de la derrota y alcanzar un éxito tan extraordinario? Dicho con sencillez, lo logró superando una serie de obstáculos. A cada salto que daba, el cristianismo encontraba nuevos fieles y cambiaba sus creencias. Hasta que, como el budismo mahayana, se transformó en algo que al mismo Jesús le habría resultado imposible de reconocer.

El primer obstáculo, y seguramente el mayor, que tuvo que superar fue la muerte del propio Jesús. La repentina pérdida de su líder bastaba para poner fin a la mayoría de otros movimientos «findelmundistas». Aunque más tarde los cristianos decidirían que la muerte de Jesús había sido por voluntad divina y por tanto se había producido por buenas razones, de los propios Evangelios se desprende con claridad que en aquel entonces nadie lo percibió así. Los seguidores de Jesús, tras haberse sentido pletóricos de emoción ante la perspectiva de sus papeles protagonistas en el nuevo orden venidero, se quedaron atónitos ante lo sucedido. Jesús, que decía tener el apoyo del poder de Dios y había prometido que el mundo iba a ser completamente transformado, había muerto sin que se hubiera transformado nada en absoluto. Hasta el último de sus seguidores debió de quedarse, como mínimo, temblando. A algunos de ellos, como Pedro, les entró el pánico y abandonaron brevemente el movimiento. Otros huyeron y regresaron a Galilea. Al parecer, la misión de Jesús había fracasado.

¿Qué fue lo que hizo que se reanudara? En resumidas cuentas, una nueva creencia, la de que al fin y al cabo, Jesús sí había hecho algo especial. Había regresado del más allá. Y si había conseguido realizar una hazaña que estaba fuera

del alcance de los seres humanos ordinarios, cabía esperar que quizá cumpliera sus demás promesas. Todavía era posible que sus seguidores se convirtieran en grandes señores de un reino judío renovado. Como vimos antes, la idea de la resurrección se encuentra en el Libro de Daniel. A los miembros de la secta de Qumrán les sedujo mucho la idea y añadieron detalles ulteriores. Ahora bien, existe por supuesto una gran diferencia entre considerar algo como posible y creer que *se ha producido realmente*. ¿Cómo llegaron a creer los seguidores de Jesús que había vuelto a la vida? ¿Se trató, como han insinuado ciertos escépticos, ni más ni menos que de una mentira descarada?

La respuesta, pura y simple, es que con casi toda seguridad no lo fue. La resurrección de Jesucristo se convirtió en pieza fundamental del cristianismo con tal rapidez que tiene poco sentido como mera invención. ¿Para qué mentir? La esencia del movimiento de Jesús era su creencia en el inminente fin del mundo. Si, con su muerte, esa creencia se venía abajo, habría sido de esperar que sus seguidores le hubieran dado la espalda en lugar de intentar resucitarla mediante falsas pretensiones. Además, es de esperar que una mentira, una vez formulada, se hubiera narrado siempre de la misma manera. Por el contrario, las Escrituras son de lo más contradictorias al respecto. La versión más antigua de la resurrección de Jesús, que se encuentra en la Primera carta de Pablo a los Corintios, enumera a mucha gente que vio a Jesús, entre ellas a un grupo de no menos de quinientas personas. De manera fascinante, Pablo informa de que vieron a Jesús no en forma *corpórea* sino *espiritual*. Según Mateo y Marcos, los primeros que le vieron fueron María Magdalena y su madre, María, en Jerusalén, si bien después le vieron los once apóstoles, que habían regresado a Galilea. También Lucas dice que Jesús fue visto por los apóstoles, aunque esta vez no en Galilea, sino en Jerusalén, donde al principio estos no lo reconocieron, aunque luego comieron todos juntos. Según los Hechos de los Apóstoles, Jesús visitó a sus discípulos a lo largo de un periodo de cuarenta días, yendo y viniendo a voluntad.

¿Qué sería lo que en realidad sucedió? Sin duda resulta muy significativo que el primer relato de todos, el de la carta de Pablo a los Corintios, afirme que los seguidores de Jesús le vieron en forma *espiritual*. No es algo desusado que las personas que han padecido una gran pérdida sientan la presencia de la persona fallecida, e incluso la *vean*. Está claro que Jesús había sido muy carismático y que había llenado las vidas de sus seguidores de Galilea de un modo que jamás habían experimentado con anterioridad. Parece harto plausible que hubieran soñado con Jesús, o que incluso hubieran creído haberle visto brevemente. Una afirmación semejante podría haber inspirado otras, hasta el punto de que los seguidores *esperasen* sentir a Jesús. Según fueron pasando los años, los relatos habrían ido cambiando, pues a las historias suele venirles bien la reelaboración, hasta que el Jesús con el que habían soñado, o cuya presencia habían sentido, se convirtió en un Jesús tangiblemente resucitado, que conversaba y disfrutaba de comidas con sus discípulos.

De modo fascinante, un grupo de los primeros cristianos sostenía que algo así había ocurrido. En el siglo II, los *cristianos gnósticos*, a los que analizaremos más de cerca luego, creían que Jesucristo no había vuelto físicamente a la vida, sino que solo había aparecido en las visiones de sus seguidores.

Lo que de verdad importaba, sin embargo, no era *cómo* había surgido semejante creencia, sino que siquiera lo hubiera hecho. Al margen de lo que piense cada cual acerca de si Jesús resucitó o no, no cabe duda de que su movimiento sí lo hizo. Jesús había reclutado partidarios muy voluntariosos y les inspiró una pasión mayor que otros líderes carismáticos judíos religiosos de la época, como el Egipcio anónimo. Rebosantes de celo misionero, los seguidores de Jesús comenzaron a hablar en sinagogas y en el templo de Jerusalén, en un intento de persuadir a sus conciudadanos judíos de que su líder pronto regresaría *de nuevo*, esta vez para transformar el mundo, como había prometido.

El movimiento de Jesús había salvado su primer obstáculo, y cabe sostener que el más difícil. La superación de esta crisis, no obstante, lo hizo cambiar. Ya a los pocos meses de la muerte de Jesús, había iniciado una lenta evolución hacia su transformación en una religión diferente. La creencia de que Jesús había regresado a la vida se hallaba ahora en el mismo núcleo de esta religión y estaba subrayada por un nuevo —y en opinión de algunos, extraño— ritual. Apenas unos años después de la crucifixión de Jesús, sus seguidores estaban celebrando misas. Mostraban su aceptación de que este había vuelto a la vida resucitándole mágicamente *de nuevo*, en la forma del pan y del vino bendecidos, que luego consumían, convencidos de que se trataba de su carne y de su sangre. Es posible que este ritual, que críticos posteriores atacarían por considerarlo de tipo caníbal, tuviera su origen, como muchos rituales cristianos, en los esenios. El manuscrito del Mar Muerto titulado Gobierno de la Comunidad menciona un gran banquete de estilo militar que se celebraría cuando «se hubiera revelado el Mesías», y en todas las comidas en las que estaban presentes más de diez miembros de la comunidad se efectuaba una bendición ritual del pan y del vino.

Para los cristianos del siglo I, estaba claro que la ceremonia tenía un nuevo objetivo: mostrar la fidelidad a la creencia que había reiniciado su movimiento, a saber, que Jesucristo había resucitado. Al celebrar la misa, a los cristianos se les exigía reconocer de forma pública y regular que Jesús había vuelto a la vida. Como tal, la misa se parece sospechosamente a un invento que pretendía aplastar cualquier inquietud residual entre los cristianos al respecto. De ser así, no se puede decir que fuera un éxito total. Como ya he mencionado, los cristianos gnósticos nunca aceptaron que Jesús hubiera resucitado físicamente.

Otro importante avatar de esta primera época fue el intento de responder a la pregunta de por qué había muerto Jesús. A los cuatro años de su crucifixión, Pablo escribió que Jesús había muerto «por nuestros pecados». Había muerto para salvar a otros, aunque todavía no a la humanidad entera. Eso vino después. Así pues, el

traumático sinsentido de la muerte de Jesucristo quedaba ahora reparado. Había sido intención de Dios que muriera. De este modo se decidió que, pese a todas las apariencias, su movimiento *había triunfado*. Durante el año o dos que estuvo predicando, Jesús le había dicho a sus seguidores que *iba a ser especial*, en tanto soberano de un reino venidero. Tras su muerte, estos proclamaron que *ya era* especial antes de morir. De hecho, había sido el ungido, el Mesías o Cristo. Su crucifixión no había sido vergonzosa, sino que confirmaba su condición especial.

Así que Jesús disfrutó de un primer ascenso póstumo. Si bien parece haber tenido una opinión muy elevada de sí mismo, en tanto futuro rey y virrey de Dios, por lo visto nunca pretendió ser un mesías. En las primeras décadas transcurridas desde su muerte, parece que Jesús aún fue considerado por sus seguidores —Pablo incluido— como completamente humano y no como un dios. Pero ya estaba subiendo peldaños.

Ya la incipiente Iglesia cristiana comenzaba a alejarse unos pasos del estricto Dios único de los judíos. Al igual que Buda (y de forma mucho más veloz), Jesús se había vuelto *supramundano*. Ahora bien, no fue esta la primera brecha en el monoteísmo que se produjo en esta época. Una tercera fuerza comenzó a tomar forma en las mentes de los primeros cristianos: el Espíritu Santo. En los primeros años de la religión, algunos de los seguidores de Jesús se sumieron en un estado de éxtasis y hablaban una lengua ininteligible. Sus adversarios los acusaron de ebriedad. No obstante, las efusiones extáticas y el «hablar idiomas ininteligibles» no eran ninguna novedad. Cabría sostener que provenían de uno de los fenómenos religiosos más ancestrales: entrar en trance para comunicarse con los espíritus. Al margen de cuál fuera su origen, sin embargo, estos acontecimientos comenzaron a ser aceptados como manifestaciones de Dios. Cuando la gente despotricaba de manera incomprensible, se les consideraba *portavoces de Dios*. El Espíritu Santo iba a ser una fuente de constante inquietud para las autoridades eclesiásticas a lo largo de los siglos. Si la gente podía tener conexión directa y a la velocidad del rayo con Dios, ¿para qué iba a necesitar una organización extensa y onerosa de sacerdotes bien alimentados? Ahora bien, al igual que ese otro elemento desestabilizador, el fin del mundo, su importancia en el núcleo del cristianismo supondría que jamás podría ser eliminado.

Otro gran cambio en el movimiento de Jesús brotó directamente de su ejecución. A medida que sus seguidores pretendieron seguir el ejemplo del fundador de la secta, el cristianismo se convirtió en un *culto a la muerte*. Así llegamos a la era del mártir cristiano. Fue un nuevo punto de partida. Los judíos habían tenido mártires durante su conflicto con los griegos, cuando se redactó el Libro de Daniel, pero estos habían sido guerreros muertos en batalla. El Jesús de los Evangelios había dado escasas muestras de interés por el martirio, al menos hasta que este estuvo a punto de venírsele encima. Se había interesado por la vida: por comer y beber, debatir acerca de las Escrituras y las reglas religiosas, por reunir a una banda de leales seguidores y

por acariciar la idea de convertirse en el soberano vivo de un reino judío restaurado y poderoso.

Después de la muerte de Jesús, sin embargo, el martirio se convirtió en el gran sueño de los cristianos más fanáticos. La marginación de su religión los ayudó mucho en este sentido. Si bien las persecuciones fueron, en líneas generales, escasas, y muy exageradas por la propaganda cristiana posterior, no se puede negar que los cristianos fueron perseguidos, en primer lugar y a pequeña escala por las autoridades judías, y más tarde por los romanos. Ahora bien, para jugar al martirio hacen falta dos bandos. Los miembros de otras sectas ilegales, como los gnósticos cristianos y los ateos epicúreos, se negaban a morir por sus creencias, y preferían renunciar públicamente a su religión (que era lo único que les pedían las autoridades romanas) para poder volver tranquilamente a ella acto seguido. Por el contrario, una minoría ferviente de cristianos estaba *ansiosa* por ser martirizada. Entre ellos se encontraba Perpetua, una madre de veintidós años que, mientras aguardaba su ejecución en una celda de Cartago, tuvo la previsión de llevar un diario:

Vino también de la ciudad mi padre, consumido de pena, se acercó a mí con la intención de derribarme y me dijo:

—Compadécete, hija mía, de mis canas; compadécete de tu padre, si es que merezco ser llamado por ti con el nombre de padre. Si con estas manos te he llevado hasta esa flor de tu edad, si te he preferido a todos tus hermanos, no me entregues al oprobio de los hombres. Mira a tus hermanos; mira a tu madre y a tu tía materna; mira a tu hijito, que no ha de poder sobrevivir. Depón tus ánimos, no nos aniquiles a todos, pues ninguno de nosotros podrá hablar libremente, si a ti te pasa algo.

Así hablaba como padre, llevado de su piedad, a la par que me besaba las manos, se arrojaba a mis pies y me llamaba, entre lágrimas, no ya su hija, sino su señora. Y yo estaba transida de dolor por el caso de mi padre, pues era el único de toda mi familia que no había de alegrarse de mi martirio [...] ^[1].

Ni que decir tiene, Perpetua hizo caso omiso de las súplicas de su padre. Lo mismo hizo ante las del juez del tribunal, al que le dijo cuando este le rogó que pensara en su criatura recién nacida: «Soy cristiana», antes de descender «alegremente» a la mazmorra. Murió en el circo poco después, a manos de un gladiador que, según el editor contemporáneo y anónimo de su diario, quedó atónito cuando Perpetua guio la espada hacia su propia garganta.

La también mártir Felicidad mostró mayor determinación aún. Estaba embarazada de ocho meses y, de acuerdo con las reglas romanas, una mujer embarazada no podía ser ejecutada (no se trataba en modo alguno del único caso en que las autoridades romanas parecían bastante más humanitarias que los cristianos a los que perseguían). Felicidad estaba preocupada por la posibilidad de perder su

martirio, pero después de intensos rezos con los demás presos cristianos, logró dar a luz de forma prematura y así logró cumplir su deseo.

¿Por qué estaban tan empeñadas en abandonar a sus hijos y morir? Sin duda, la fidelidad a su religión y a sus compañeros cristianos desempeñó un gran papel, como informó Perpetua en su diario. También existían, no obstante, sólidas razones egoístas para ser mártir. Para cuando Perpetua fue ejecutada, el martirio estaba considerado como una especie de *ascensor exprés hacia la salvación*. Los mártires, con independencia de cualquier negro pecado que pudieran haber cometido, tenían garantizada una plaza en lo más alto del paraíso, cerca del mismísimo Dios. Para mayor intranquilidad del obispo Cipriano de Cartago, durante el siglo III d. C. unos mártires en potencia que estaban en la cárcel a la espera de ser ejecutados, comieron, bebieron y fornicaron sin reservas con las mujeres cristianas que los visitaban, sabedores de que sus acciones no podrían impedir su ascenso a los cielos.

Los mártires también gozaban de mucho prestigio en la tierra. Se les consideraba aún más virtuosos a los ojos de Dios que ese otro grupo tanpreciado: las vírgenes. De forma muy semejante a los faraones muertos de un par de milenios antes, se creía que Dios los escuchaba. Mientras aguardaban la muerte, los mártires recibían a menudo visitas de pecadores cristianos que esperaban que rezasen por ellos. Incluso acudían a ellos los obispos para decidir espinosos asuntos tocantes al dogma cristiano. No es de extrañar que el martirio fuese tan popular. Pronto se volvió algo tan deseado que las cosas amenazaron con salirse de madre. Los primeros escritores cristianos, como Clemente y Orígenes, insistieron en que los cristianos no se entregasen voluntariamente a las autoridades romanas. Al contrario, debían aguardar pacientemente con la esperanza de que vinieran a detenerlos.

Como efecto secundario, el martirio produjo un elemento nuevo y extraño del cristianismo: el coleccionismo de huesos. Si los mártires estaban cerca de Dios, entonces cabía suponer que también lo estuvieran sus huesos. Los cristianos llegaron a creer que aquellos huesos poseían una especie de poder mágico, que eran capaces de curar enfermedades, traer suerte, evitar sequías e incluso, más adelante, de ganar batallas. En fecha tan temprana como el siglo II, los huesos de los mártires (además de cualesquiera huesos que pudieran reivindicarse como cristianos) empezaron a desaparecer de las tumbas. Se trataba de un punto de partida radicalmente nuevo. En el judaísmo, los cadáveres siempre se habían considerado impuros y había que enterrarlos lo antes posible. Por el contrario, los cristianos reverenciaban los restos de sus mártires, y no solo los guardaban en sus iglesias, sino que también los sacaban en procesión. Cuando cesaron las persecuciones y se agotó el suministro de huesos de mártires, la caza del hueso se intensificó cada vez más y a comienzos de la Baja Edad Media se libraron campañas militares completas en torno a reliquias prestigiosas, y con toda probabilidad falsas.

Toda esta multitud de cambios se había producido a partir del primer obstáculo que tenía que superar el cristianismo: la muerte de su fundador. Otro obstáculo, no

menos grande, sin embargo, se encontraba justo a la vuelta de la esquina.

JESÚS PARA PAGANOS

En el año 47 o 48, en un asentamiento militar romano de Antioquía de Pisidia, en la actual Turquía Central, un hombre llamado Pablo se encontraba predicando ante un público de lo más turbulento:

Casi toda la ciudad se reunió el sábado siguiente para escuchar la Palabra de Dios. Al ver esa multitud, los judíos se llenaron de envidia y con injurias contradecían las palabras de Pablo. (Hechos, 13, 44-45).

Pablo, como veremos, se impacientó. Hay que entender su frustración. Tras haber sobrevivido al desastre de la muerte de Jesús, el cristianismo había topado con otro gran problema.

Como ya hemos visto, los seguidores de Jesús, animados por la creencia de que este había vuelto a ellos, intentaron a continuación convertir a sus conciudadanos judíos a su mensaje, predicando en las sinagogas y en el templo de Jerusalén. Ahora bien, tuvieron muy poco éxito. Si bien parece que su movimiento se extendió en los años posteriores a la muerte de Jesús, solo lo apoyaba una ínfima minoría, y la mayoría de judíos seguía sin estar nada convencido de lo que afirmaba. En vida de Jesucristo no habían creído que este hubiera sido enviado a la tierra como virrey de Dios, y ahora no creían que hubiera sido el Mesías. Aunque había sobrevivido a la muerte de su fundador, el cristianismo estaba en vías de convertirse en una secta diminuta y marginada, destinada a ir menguando hasta desaparecer. Entre los judíos, de hecho, esa habría de ser exactamente su suerte.

¿Cómo superó el cristianismo su siguiente obstáculo? En la práctica, pasando a concentrarse en otro objetivo: los no judíos. Esa idea, aunque pueda parecer bastante sencilla, supuso un cambio inmenso. Muy pronto se le hizo evidente a Pablo que los no judíos, o gentiles, solo se harían cristianos si eso los eximía de la ley judía: de tener que obedecer a las restricciones nutricionales judías y, en el caso de los varones, de tener que circuncidarse. Se trataba de un paso radical para un movimiento religioso judío. Recordemos que estas leyes habían sido aceptadas por los judíos como la ley de Dios, que este había confiado a Moisés. Obedecerlas era el precio pagado a Yahvé para que este protegiera a su pueblo. Constituían el núcleo mismo de la fe judía. Por poco éxito que el movimiento de Jesús hubiera tenido entre los judíos, este se consideraba a sí mismo parte del judaísmo, cuando no su parte *más auténtica*, la más próxima a Dios. De acuerdo con Pablo, sin embargo, en lo sucesivo se podría prescindir de las leyes, los rituales y las creencias judías. El abismo entre el jesusismo

y el judaísmo, ya discernible cuando Jesús conducía a sus seguidores a Jerusalén, ahora se había vuelto inconmensurable.

Si Jesús hubiera vivido, ¿habría consentido estos cambios? Ya que estamos, ¿habría querido que los no judíos formaran parte de su movimiento? Parece hartamente improbable. Jesús era un judío tradicional, muy obediente a la ley judía y muy versado en ella. Y tampoco parece haber manifestado ningún cariño desmesurado hacia los gentiles. Según Marcos, cuando una mujer griega se aproximó a Jesús para que exorcizase a su hija, este le dijo memorablemente: «Deja que antes se sacien los hijos [de Israel]; pues no está bien tomar el pan de los hijos para tirárselo a los cachorros». (Marcos 7, 27). (Cuando la mujer le respondió: «Es verdad, Señor, pero los cachorros, debajo de la mesa, comen las migajas que dejan caer los hijos», Jesús cede y exorciza a su hija). El Evangelio de Marcos fue escrito casi dos generaciones después de la muerte de Jesús, cuando su movimiento ya estaba en vías de estar dominado por gentiles. Cabe preguntarse qué otras cosas diría que fueron discreta y diplomáticamente olvidadas.

Fue preciso un forastero para cambiar el rumbo del movimiento incipiente, y más forastero que Pablo no había nadie. Si bien era judío, no era de Galilea, y ni siquiera de Judea, sino de Tarso, que se encontraba en el actual sudeste de Turquía. Era un expatriado y formaba parte de la diáspora judía. También, cosa muy poco habitual en un judío, era ciudadano romano. No había formado parte del movimiento original, sino que se había unido a este apenas un año después de la muerte de Jesús. Por si todo esto fuera poco, había estado *en el otro bando*. Antes de su famosa conversión camino de Damasco, tras la que se cambió el nombre a Pablo, su nombre había sido Saúl, el «fariseo, hijo de fariseos»: un perseguidor enconado de los cristianos que había organizado la lapidación del primer mártir de dicha religión, Esteban.

Con unos antecedentes tan poco propicios, Pablo, que manifiestamente aspiraba a ascender en el seno de su movimiento de adopción, mal podía esperar competir con la vieja guardia cristiana en Jerusalén, donde todos habían conocido personalmente a Jesús. Astutamente, se marchó con la palabra de Jesús a otra parte. Tras regresar a Tarso durante unos años (seguramente para aguardar el fin del mundo), comenzó a viajar, a predicar el mensaje de amor de Jesucristo y el apocalipsis entre las comunidades de la diáspora judía en Asia menor y Grecia, solo para descubrir que Jesús no resultaba más aceptable allí de lo que lo había sido en Jerusalén.

Más arriba sugerí que un predicador que busca conversos se parece mucho a un actor en un teatro: tiene que interactuar con su público. Es posible que ese *fuera* el caso de Jesús. No cabe la menor duda de que lo *fue* en el de Pablo. Eso lo sabemos porque su biógrafo-panegirista, el autor de los Hechos, así lo describió. Desairado en Antioquía de Pisidia por sus conciudadanos judíos expatriados, Pablo cambió de táctica:

Entonces Pablo y Bernabé, con gran firmeza, dijeron: «A ustedes debíamos anunciar en primer lugar la Palabra de Dios, pero ya que la rechazan y no se consideran dignos de la vida eterna, nos dirigimos ahora a los paganos». (Hechos, 13, 46).

Pablo se había convertido en una especie de predicador solitario que iba reinventando el cristianismo de la manera que le parecía oportuna. Cabría suponer que semejante personaje topara con problemas al regresar a la fuente, y eso es precisamente lo que parece haber sucedido cuando, uno o dos años después, Pablo regresó por fin a Jerusalén y se enfrentó a la vieja guardia, encabezada por el hermano superviviente de Jesús, Santiago. Resulta difícil calibrar qué fue exactamente lo que sucedió, pues esta historia la escribieron los vencedores: Pablo y sus partidarios. El autor de los Hechos retrata a Pablo como una figura heroica y dinámica que va haciendo conversiones y enviando cartas a mansalva en las que dice a los cristianos cómo han de comportarse. Por el contrario, la vieja guardia de Jerusalén —los auténticos herederos de Jesús, los apóstoles— aparece solo en unas cuantas líneas breves y desconcertantes. Estos respaldan la exención de los gentiles cristianos de la ley religiosa judía que propone Pablo. Sin embargo, también le advierten de que se está poniendo en peligro a sí mismo, pues los judíos de Jerusalén piensan que está descarriando a la diáspora judía:

«Tú sabes, hermano, que millares de judíos han abrazado la fe, y que todos ellos son celosos cumplidores de la Ley. Ahora bien, ellos han oído decir que con tus enseñanzas apartas de Moisés a todos los judíos que viven entre los paganos, diciéndoles que no circunciden a sus hijos y no sigan más sus costumbres». (Hechos, 21, 20-22).

¿Acaso la vieja guardia, más que advertir a Pablo, no le estaba reprendiendo? Se adivina la alargada sombra de una vieja disputa, y cuesta no preguntarse si en verdad la vieja guardia respaldó los cambios radicales de Pablo. También se insinúan viejos rencores en lo sucedido a continuación. La vieja guardia ordenó a Pablo que mostrase su adhesión al judaísmo tradicional sometiéndose a siete días de purificación en compañía de otros cuatro cristianos judíos. Cuando, tras haber hecho esto, Pablo llevó a sus cuatro compañeros al templo, una turba le acusó de traer a paganos a aquel lugar sacro (lo que constituía un delito religioso) y fue golpeado y detenido. Es muy posible que, en efecto, Pablo llevara a unos paganos al templo de Yahvé. Eso sin duda explicaría la ira que despertó contra su persona. La narración contenida en los Hechos parece torpe y ligeramente acusatoria, al insinuar que la vieja guardia de Jerusalén había sido de algún modo responsable de la suerte que corrió Pablo.

Vistas las cosas con más perspectiva, sin embargo, Pablo había salido vencedor. Su versión del cristianismo rebajada en cuanto a la legislación judaica se convirtió en

todo un éxito entre los gentiles del Mediterráneo oriental, y pronto también triunfaría en Roma. Pero aunque Pablo renunciara a varias reglas en materia de alimentos y a la circuncisión, aún quedaban otras restricciones, a saber: la prohibición del adulterio y de la homosexualidad. Dicha prohibición introdujo en el universo grecorromano algo muy novedoso. Pese a que ambas actividades habían tenido sus detractores en Roma y Atenas, esas críticas no se habían relacionado con la religión. Ahora, por vez primera, los gentiles comenzaron a ver en ellas un obstáculo para la salvación.

¿Por qué tuvo éxito el movimiento de Jesús entre los gentiles pero no entre los judíos? Solo podemos especular al respecto, pero un factor importante probablemente fuera la *distancia cultural*. Los judíos estaban familiarizados con las ideas acerca del fin del mundo y habrían tenido abundantes noticias sobre movimientos fracasados encabezados por salvadores autoproclamados. Para los gentiles, tales ideas no estaban contaminadas por fracasos anteriores. Pablo estaba haciendo lo que habían hecho Zaratustra y Jesús, y lo que iba a hacer Mahoma seis siglos más tarde. Llevó el cristianismo incipiente al exilio, donde encontró un público más receptivo.

A los gentiles, Pablo les ofrecía una religión a la vez poco conocida y exóticamente antigua. Pese a que los judíos habían tenido una fuerte presencia a lo largo y ancho del Mediterráneo oriental durante siglos, no existen indicios de que intentaran convertir a los gentiles a sus creencias. El judaísmo era una religión nacional, no algo que hubiera que vender a los forasteros. Ahora, por vez primera, un grupo de judíos estaba predicando entre quienes no lo eran. Los gentiles entraron en contacto con ideas tan emocionantes como la de un Dios único y todopoderoso, pero a la vez misericordioso y amoroso. Experimentaron la atracción de profecías ancestrales. Y por encima de todo, supieron de la inminente transformación del mundo, con la que podrían convertirse en parte de una nueva élite. Mejor aún, podrían disfrutar de todas las novedades sin dejar de consumir sus platos favoritos de carne de cerdo y marisco, y en el caso de los varones, sin someterse a una intervención quirúrgica de escasa importancia pero dolorosa. No es de extrañar que la mezcla resultase popular.

Gracias a Pablo, el cristianismo había superado su segundo obstáculo. Había encontrado un público nuevo y más amplio. Pronto podrían encontrarse pequeños grupos de cristianos, la mayoría de ellos gentiles, en las principales ciudades del Imperio romano, sobre todo en el Mediterráneo oriental. Al igual que había sucedido con el primer obstáculo, sin embargo, el movimiento cambió en el transcurso del proceso. No solo fue cuestión de abandonar la ley judía. En efecto, Pablo reinventó el cristianismo. Al predicar entre gente que apenas tenía conocimientos del judaísmo, ya no digamos de la versión de Jesús, aprovechó la ocasión para rehacer la religión de Jesús a su gusto. El cristianismo que surgió de la predicación de Pablo era radicalmente distinto a las ideas de Jesús, tanto que casi se podría considerar como una nueva religión, el *pablismo*.

¿Qué tenía de nuevo el pablismo? Sobre todo, era mucho más puritano que el jesuismo. Por lo visto, Jesús mostró escaso interés en exigirle a la gente que se arrepintiera de sus pecados. Monomaniaco pero misericordioso, el único pecado por el que mostraba una tolerancia cero era la negativa a seguirle. Pablo, por el contrario, clamó contra toda clase de infracciones, y sus expectativas en materia de virtud eran como mínimo elevadas. Hasta era difícil entrar a formar parte de su Iglesia. Los aspirantes a cristianos tenían que soportar un aprendizaje de tres años como catecúmenos, disposición que reflejaba con exactitud los requisitos de ingreso en la secta de Qumrán. Durante ese tiempo se les examinaba acerca de su conocimiento de las enseñanzas cristianas, se les requería regularmente la confesión de pecados pretéritos ante la congregación, se les exorcizaba y, por supuesto, se les vigilaba cuidadosamente para comprobar si caían de nuevo en el pecado.

¿Cuáles eran los nuevos pecados de la Iglesia de Pablo? En lo más alto de la lista se hallaba la ostentación. Se trataba de algo bastante novedoso. Jesús había alabado la pobreza y la normalidad (quizá porque la mayoría de sus seguidores eran gente pobre y normal), pero no la *sencillez*. Los Evangelios informan de que comía y bebía a menudo, no solo con sus discípulos, sino también con recaudadores de impuestos y pecadores; en resumidas cuentas, con cualquiera que estuviese dispuesto a seguirle. Incluso se le criticó por comer y beber demasiado en exceso. Por el contrario, la Iglesia de Pablo era el *culto de lo sencillo*. Los primeros cristianos vestían ropa corriente, se comportaban de manera modesta y sencilla y comían frugalmente, eso suponiendo que comieran algo y no se encontraran ayunando.

Al transformar la sencillez en una virtud, el cristianismo de Pablo ofrecía a sus seguidores la fascinante visión de un mundo en el que *el estatus se invertía*. En Roma o Antioquía, una pobre lavandera cristiana podía deleitarse en el conocimiento secreto de que en realidad a ella le iba mejor que a los ricos ostentosos cuya ropa sucia lavaba. En un mundo en el que la brecha entre ricos y pobres aumentaba constantemente y en el que dominaba la ostentación, el cristianismo, de manera exclusiva, ofrecía a los pobres la sensación de que estaban ganando la guerra de clases. Podían considerarse al mismo tiempo más virtuosos y con un futuro mejor por delante. Cuando Jesús regresara y transformara el mundo, ellos se salvarían, mientras que los ricos paganos morirían. En los primeros servicios eclesiásticos, los cristianos ricos (y era habitual que en las congregaciones hubiera uno o dos) tenían que seguir el ejemplo de los pobres, dejando a un lado sus galas y conduciéndose con humildad.

La cuestión en torno a la que la Iglesia de Pablo alcanzaba su máxima sencillez era, por supuesto, el sexo. Es probable que Pablo no tuviera la culpa de ello. En el judaísmo «filiocéntrico», el adulterio había estado prohibido, junto con la homosexualidad, desde al menos el siglo VI a.C. La secta de Qumrán era exclusivamente masculina, y también hemos de suponer que al menos aspiraba al celibato. De acuerdo con los Evangelios, Jesús consideraba el Reino de los Cielos como un lugar donde no habría matrimonio y, por tanto, cabe suponer, sexo tampoco.

Pablo, sin embargo, llevó las cosas mucho más lejos. Insistió en que la abstinencia sexual era el estado perfecto para los cristianos, y el que los llevaría a estar más cerca de Dios y de la salvación. En la Iglesia primitiva a veces hasta los cristianos *casados* hacían voto de celibato, para vivir (o intentar vivir) como hermanos. Lo mejor de todo, no obstante, era *no haber mantenido jamás relaciones sexuales*. De modo y manera que en las comunidades cristianas surgió un nuevo fenómeno, el de grupitos de vírgenes venerados y con frecuencia bastante presuntuosos. Las personas vírgenes, como he dicho antes, estaban supuestamente consideradas por Dios solo inferiores a los mártires. Alimentadas y vestidas por sus hermanos cristianos, y viviendo con frecuencia en la casa del obispo local, había vírgenes de todas clases y tipos. Podían ser de sexo femenino o masculino, adolescentes o de mediana edad.

¿A qué se debía esta obsesión por la abstinencia? Hay quien ha insinuado que Pablo tenía algún *problema con la sexualidad*. En tal caso, habría estado lejos de ser el único. Los cristianos de Corintio a los que escribió parecen haber estado tan deseosos por excluir la sexualidad de sus vidas como Pablo. Cuando este insistió en la abstinencia debió de tocar una fibra sensible, al menos entre sus lectores más fervientes. Hemos de recordar, claro está, que la mayoría de los primeros cristianos eran pobres y de sexo femenino. Quizá la clase de sexualidad que se les ofrecía fuera muy poco apetecible. Y no obstante, para algunos de los primeros cristianos el celibato parece haber ejercido un atractivo magnético por derecho propio. Ofrecía un campo de batalla interiorizado en el que demostrarse a uno mismo su propia virtud. Como comentó, de forma memorable, el historiador Robin Lane Fox: «quienes andaban en busca de un reto evidente en el que el mérito y el fracaso estuvieran marcados con claridad, ahora podían encontrarlo en una batalla contra sus propios instintos. El ideal tenía el mérito de ser difícil pero egocéntrico»^[2].

¿Y qué pasaba con los que no superaban la prueba? La Iglesia de Pablo, a diferencia de la de Jesús, era implacable. Los pecados mortales estaban más allá de toda absolución. En otras palabras: una y no más. Los pecados menores se podían perdonar, pero solo después del bochorno comunitario. Al pecador se le sometía a ostracismo y se le obligaba a hacer penitencia a la puerta de la Casa de Dios (a menudo un apartamento o una casa proporcionada por un miembro acaudalado de la congregación), para que suplicase a los virtuosos que rezaran por su persona. Solo después de varias semanas de humillación semejante, sumada a confesiones y exorcismos públicos, se readmitía al pecador. Ahora bien, a los que nunca rompían un plato no siempre les iba de maravilla. A medida que los primeros cristianos sintonizaban con cada vez más precisión las debilidades de los demás, se descubrió el pecado en quienes se consideraban más virtuosos a través del pecado del orgullo. Los cristianos que vivían de forma más sencilla y humilde podían ser culpables de creerse, arrogantemente, mejores que los demás. Los cristianos ambiciosos (y había muchos) tenían que mantenerse constantemente al acecho, y criticarse a sí mismos

antes de que lo hicieran los demás, así como analizar cada uno de sus sentimientos en busca del menor indicio de soberbia o egoísmo.

Así pues, aunque los primeros cristianos despreciaran la ostentación de sus ricos vecinos paganos, no eran inmunes a querer ser más que el prójimo. Simplemente competían *por otros medios*. Como expone Robin Lane Fox, las primeras iglesias eran universos intensos tipo peceras, cuyos miembros estaban constantemente al acecho de las debilidades ajenas, desde el orgullo al disfrute de alimentos sabrosos, pasando por vestir ropa elegante o disfrutar del placer sexual. Al igual que otras muchas cosas en la Iglesia de Pablo, esta fascinación por la abnegación no había existido en el movimiento de Jesús. Por lo demás, en el mundo antiguo era una novedad. Tanto entre los paganos como entre los judíos había bastado y sobrado con limitarse a obedecer las reglas religiosas. Los cristianos, por el contrario, se esforzaban en obedecer las reglas aún mejor, de modo que pudieran impresionar a Dios *todavía más*.

Sin duda la intensidad de su universo se veía reforzada por otra preocupación cristiana: el ayuno. Para mantenerse en un estado continuo de famélica intensidad religiosa, los cristianos añadían días de ayuno extra a su calendario religioso. El hambre, por supuesto, también resultaba útil en la lucha por el celibato. No había nada como una dieta basada en alimentos sencillos y sosos, y además en cantidades escasas, para mantener el sexo al margen del menú.

Otra cosa que tampoco figuraba de ningún modo en el menú de la Iglesia de Pablo eran las *mujeres con poder*. No parece que Jesús tuviera ningún problema al respecto, y las mujeres ocuparon posiciones muy destacadas en su movimiento, incluyendo a la exprostituta reformada María Magdalena. Poco después de la muerte de Jesucristo, sin embargo, parece que las mujeres fueron marginadas, y la vieja guardia de Jerusalén era íntegramente masculina. Con Pablo, las mujeres-guía, si bien parece que constituían la mayoría de sus seguidores, fueron relegadas a un claro papel secundario. El propio Pablo dejó muy claro cómo habían de comportarse.

Que las mujeres permanezcan calladas durante las asambleas: a ellas no les está permitido hablar. Que se sometan, como lo manda la Ley. (1 Corintios, 14, 34).

La innovación más discutible de la Iglesia de Pablo fue su sed de *control ideológico* absoluto. Pablo y sus sucesores no mostraron la menor tolerancia hacia las creencias divergentes, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella. Esta forma de pensar era completamente ajena a las religiones paganas, que estaban muy acostumbradas a convivir unas con otras. El judaísmo, claro está, poseía una mentalidad mucho menos abierta. Las leyes de Moisés exigían la uniformidad de la fe en un solo Dios, e incluso preconizaban una especie de yihad contra los vecinos paganos. No obstante, los judíos eran demasiado poco poderosos y demasiado cismáticos como para llevar esa uniformidad muy lejos. Conquistados antes que conquistadores, los judíos, en

lugar de aniquilar a sus vecinos, tenían que soportar otras religiones ante sus narices. En tiempos de Jesús ya se habían escindido en tres sectas distintas (fariseos, saduceos y esenios), cada una de ellas con unas ideas profundamente diferentes, y aunque mostrasen poco aprecio unas por otras, no mostraban ningún interés en controlarse ni destruirse mutuamente. En lo que se refiere a Jesús, si bien estaba claro que esperaba de sus seguidores una entrega absoluta, resulta difícil considerar que su movimiento tuviera pretensiones de control ideológico.

Las primeras autoridades cristianas, por el contrario, se negaban a reconocer en modo alguno a las demás religiones y las consideraban obra del diablo. También aspiraban a imponer una única visión sobrenatural a todos los miembros de la Iglesia. Esta intolerancia resulta tanto más llamativa por lo poco práctica que era. Los cristianos se encontraban dispersos en minúsculos universos clandestinos a lo largo y ancho del Imperio romano, situación que parecía desafiar toda uniformidad. El control total se encontraba en manos de esa figura clásicamente cristiana, el obispo. Los obispos eran monarcas absolutos de su rebaño. Formulaban la ley y vigilaban su cumplimiento. Eran los tesoreros de sus congregaciones y administraban los rituales concernientes a nacimientos, matrimonios y muertes. Tenían el poder de condenar al ostracismo y, más aterrador todavía, en calidad de intermediarios entre su rebaño y Dios, tenían el poder de negarles a sus súbditos la esperanza de ser salvados a través de la excomunión. Sus juicios eran inapelables.

¿Cuándo aparecen los obispos? El primero en salir claramente a la luz fue el obispo Clemente, que gobernó a los cristianos de Roma dos generaciones después de la muerte de Jesús, en la década de 90 d. C., y que no era reacio a sermonear a otras Iglesias también. Aquí le vemos tronando contra los cismáticos corintios:

Consideramos que hemos sido algo tardos en dedicar atención a las cuestiones en disputa que han surgido entre vosotros, amados, y a la detestable sedición, no santa, y tan ajena y extraña a los elegidos de Dios que algunas personas voluntariosas y obstinadas han encendido hasta un punto de locura, de modo que vuestro nombre, un tiempo reverenciado, aclamado y encarecido a la vista de todos los hombres, ha sido en gran manera vilipendiado^[3].

El patrón del obispo cristiano, no obstante, pudo haber sido creado un siglo antes en la persona del mismísimo Pablo. No cabe duda de que sus gruñidos y rugidos parecen muy episcopales. Aquí lo vemos denunciando a los ya cismáticos corintios unas cuatro décadas antes que Clemente de Roma.

¡Un hermano pleitea con otro, y esto, delante de los que no creen! Ya está mal que haya litigios entre ustedes: ¿acaso no es preferible sufrir la injusticia o ser despojado? Pero no, ustedes mismos son los que cometen injusticias y

defraudan a los demás, ¡y esto entre hermanos! ¿Ignoran que los injustos no heredarán el Reino de Dios? (1 Corintios, 6, 6-10).

Los *visionarios* estuvieron entre las primeras víctimas de poder episcopal. Estos individuos habían estado muy en boga en el cristianismo primitivo, en el que, como los mártires y los vírgenes, disfrutaban de gran consideración en el seno de un movimiento nuevo y muy competitivo. Al igual que los profetas, como el propio Jesús, a menudo se marchaban a un lugar remoto donde ayunaban hasta sentir la presencia de lo sobrenatural. El problema con los visionarios, no obstante, al menos en lo que a los obispos se refiere, es que no tenían ningún sentido de la templanza. En cuanto habían llegado a creer que habían visto ángeles o al mismísimo Jesucristo, y que tenían línea directa con el universo sobrenatural, a menudo solían considerar que estaban *por encima de la Iglesia*. Sostenían que Dios los había mandado amonestar a la Iglesia por no seguir las reglas de manera más ferviente. Los visionarios eran un peligro suelto. Peor aún, eran una amenaza para la autoridad episcopal. Y por supuesto, eso era algo que los obispos no estaban dispuestos a tolerar. Desde finales del siglo I, se condenó cada vez más a menudo como herejes a los visionarios.

No es que los visionarios fueran los únicos que se indispusieran con el poder de la Iglesia. A medida que el cristianismo se iba extendiendo, surgió un número creciente de grupos que no encajaban con las prescripciones de Pablo. Como sucedería a lo largo de los milenios venideros, a menudo se produjeron reacciones contra aspectos de la Iglesia establecida que algunos cristianos consideraban discutibles. Como era de esperar, una de las áreas de tensión fue la marginación de las mujeres llevada a cabo por Pablo. Uno de los primeros movimientos heréticos cristianos, con el que nos topamos brevemente en el capítulo anterior, fue el encabezado por el predicador Montano. La secta apocalíptica de Montano no podría haber sido más profemenina. Estaba basada en las visiones de una profetisa que sostenía que le había hablado Jesucristo *vestido de mujer*. El movimiento resultó muy popular, tanto que las autoridades eclesiásticas tuvieron que pasar por el complicado proceso de hacer que Montano fuera denunciado por mártires que estaban a la espera de ser ejecutados en Lyon, si bien incluso entonces su secta siguió teniendo seguidores durante varios siglos. Otro cristiano primitivo, Marción, estableció su propia organización eclesiástica, en la que había mujeres que desempeñaban cargos como sacerdotisas y obispos antes de que también él fuera marginado como hereje.

Los antipablistas más extraordinarios, no obstante, fueron los gnósticos cristianos. Poco se sabría de este grupo de no ser porque una colección de sus Escrituras se libró de ser destruida por la Iglesia oficial, gracias a que fueron enterradas en una gran vasija en Nag Hammadi, Egipto, y a que fueron descubiertas en 1945. Entre los textos había Evangelios escritos —supuestamente— por Tomás, María Magdalena, Felipe, el hermano de Jesús, Santiago, y otros muchos, y el cuadro que de ellos se desprende es el de una resistencia deliberada a la Iglesia de Pablo. Los

cristianos gnósticos no tenían obispos autocráticos. De hecho, no tenían jerarquía de ninguna clase y elegían a un nuevo líder por sorteo en cada reunión. Los cristianos gnósticos no aspiraban a la salvación en el más allá o a ocupar un lugar en un mundo apocalípticamente transformado. Más bien aspiraban a una especie de autoconocimiento divino.

En cuanto a las mujeres, los gnósticos cristianos no solo les otorgaron un papel de mayor importancia en su Iglesia: las inscribieron en el núcleo mismo de su teología. Como los zoroastristas, los gnósticos creían que no existía un único dios, sino dos: uno bueno y otro malo (como era de esperar, ellos sostenían que la Iglesia establecida adoraba al malo). Creían que el dios bueno era masculino y femenino a la vez. Los gnósticos hasta tenían su propio relato acerca del Jardín del Edén, en el que una *serpiente buena y sabia* incita a Adán y Eva a comer del fruto prohibido, lo que a su vez permite a estos alcanzar la iluminación.

La Iglesia de Pablo reaccionó con su propia propaganda. Durante la década de 160 d. C., el obispo de Lyon, Ireneo, escribió una denuncia de los gnósticos que llegó a ocupar varios volúmenes. La principal defensa de la Iglesia de Pablo, no obstante, era una especie de *línea sucesoria institucional*. El clero cristiano sostenía que solo ellos eran legítimos, por ser los últimos en una sucesión de nombramientos —realizados mediante el ritual de un obispo que imponía las manos a otro nuevo— que se remontaba al mismo Jesucristo, quien a su vez había sido designado por Dios.

Esta idea ya estaba siendo promovida a finales del siglo I cuando el último de los cuatro autores de los Evangelios, Juan, afirmó que después de resucitar, Jesús había ungido a Pedro como sucesor. En torno a esta misma época, aparecen las primeras afirmaciones de que Pedro acudió a Roma y se convirtió en el primer obispo de la ciudad, ungiendo a su sucesor e iniciando así la línea sucesoria del papado. Ahora bien, no existe ninguna prueba de que Pedro llegara nunca a Roma. En las Escrituras desaparece del panorama poco después de la muerte de Jesús. En conjunto, parece muy posible que su presencia en Roma fuera una mentira deliberada a fin de vincular el movimiento original de Jesús con la iglesia fundada por Pedro. En una época en la que estaban en auge los cristianos gnósticos, antijerárquicos y favorables a las mujeres, puede que un poco de falsificación se considerara algo perfectamente justificado. Si esto fue lo que ocurrió, no cabe duda de que fue un éxito. La Iglesia principal creció mientras que el cristianismo gnóstico se encogió hasta desaparecer.

Tras superar su segundo obstáculo (su incapacidad de ganarse a los judíos), la corriente principal del cristianismo había triunfado. Quedaban, no obstante, otros. El siguiente concernía a una cuestión que había formado parte de la esencia misma de las enseñanzas de Jesús, pero que con el paso de los años se había vuelto cada vez más problemática. Como ya hemos visto, Jesús había prometido a sus seguidores que pronto el mundo iba a ser transformado de forma apocalíptica. Durante la Última Cena había dicho a sus discípulos que ellos lo verían con sus propios ojos. Ahora bien, iban pasando los años y los discípulos murieron sin que ocurriera nada. Había

una crisis en ciernes a medida que el cristianismo se aproximaba sin remisión a su fecha de caducidad.

La crisis fue superada mediante una nueva invención. En uno de los últimos textos incluidos en el Nuevo Testamento, la Segunda epístola de Pedro, se sostenía que Dios tenía un sistema de cálculo del tiempo diferente al de los seres humanos: «Un día para el Señor es como mil años, y mil años como un día». Estos tejemanejes con el tiempo no eran cosa nueva. Como ya vimos, el anónimo autor del Libro de Daniel había echado mano de un recurso parecido para ajustar sus profecías hasta dar con la fecha correcta de la muerte de Antíoco IV. Gracias a Pedro II, el fin del mundo fue pospuesto y, tras ulteriores cálculos, pospuesto de nuevo. Hacia el año 200 d. C., la mayoría de los cristianos creía que el Reino de Dios no iba a llegar hasta dentro de varios siglos.

Quizá este parezca un cambio sencillo. Las consecuencias, sin embargo, serían enormes. Al trasladar el fin del mundo del presente inminente al futuro lejano, el cristianismo se convirtió de hecho en una religión diferente, que quizá le hubiera costado reconocer al mismísimo Pablo. No se trataba solo de que los cristianos ya no esperaban conocer el fin del mundo. La salvación, a todos los efectos, *había cambiado de dirección*. Los seguidores de Jesús habían esperado salvarse en la tierra, en el reino transformador de este. Ahora la salvación había sido reubicada en el paraíso celestial de Dios. El cristianismo había encontrado el paraíso, aunque fuera con retraso.

Fue un apaño muy egipcio. Pero de todos modos, seguramente no se trata de algo demasiado sorprendente. En época de Jesús, el culto egipcio a Osiris, al que vimos por última vez inspirando al constructor de tumbas Kha para rellenar su último lugar de reposo personal con todas las posesiones posibles que pudiera necesitar, había comenzado a difundirse por el Imperio romano, donde iba a convertirse en uno de los máximos rivales del cristianismo. Parece muy probable que los cristianos tomaran prestadas algunas ideas de los adoradores de Osiris, y no solo en materia paradisiaca. El culto de Osiris se había convertido en algo así como un culto familiar dotado de un trío de divinidades: Osiris, su esposa Isis (que de forma un tanto inconveniente, era también su hermana) y el hijo de ambos, Horus, soberano del mundo de los vivos. A finales del siglo II, había surgido un trío parecido en el cristianismo bajo la forma de Dios padre, su hijo Jesús, y su madre, María. Del mismo modo que en los templos consagrados a Osiris había imágenes de Isis amamantando a Horus de bebé, cada vez se hizo más frecuente ver imágenes cristianas de María dando el pecho al niño Jesús.

Este nuevo cristianismo en familia acarreó algunos cambios. Jesús jamás se había visto a sí mismo como un dios. No parece siquiera que Pablo lo hubiese considerado como tal. Los primeros Evangelios, los de Marcos y Mateo, escritos un par de generaciones después de la crucifixión, aún retratan a Jesús como a un ser humano y se toman la molestia de fabricar un falso árbol genealógico que va del

héroe ancestral judío, el rey David, hasta llegar directamente al padre de Jesús, José. A comienzos del siglo II, sin embargo, Jesús se había vuelto completamente sobrenatural. Surgió un nuevo relato, según el cual había sido hijo de Dios, concebido por María mediante fecundación divina, lo que convirtió a José en el pobre cornudo que a partir de entonces fue para siempre jamás.

No resulta difícil adivinar de dónde surgió esta idea. Hacía largo tiempo que circulaban historias similares en otros lares. Se esperaba que el mesías del zoroastrismo, como ya vimos, fuera concebido cuando el esperma mágicamente conservado de Zaratustra impregnase a una virgen en un lago. Quizá resulte más desconcertante preguntarse *por qué* Jesús fue ascendido a dios con todas las de la ley. Los fundadores de otras religiones, como Zaratustra y Mahoma, siguieron siendo humanos. Con toda probabilidad, el ascenso de Jesús fue una respuesta a los ataques contra el cristianismo. A los romanos, muy atentos a las diferencias de categoría social, no les habría impresionado un profeta que había sido ejecutado como un delincuente común. En una época en la que se creía que hasta los emperadores eran seres semidivinos, es posible que alguien tuviera la impresión de que era lo menos que podía hacerse por Jesús.

El nuevo relato de la fecundación divina también supuso un gran ascenso para María. Ahora se convirtió en la más exaltada de las primeras figuras cristianas, una *virgen perenne*. No cabe duda de que el ascenso de María resultó de lo más útil, al colmar una gran brecha en la Iglesia de Pablo: la ausencia de presencia femenina. Ahora los hombres y las mujeres tenían una madre sobrenatural a la que apelar. La Virgen María fue un éxito inmediato, sobre todo en el Mediterráneo oriental, donde el trío familiar de Osiris había arraigado tanto. De hecho, pronto se hizo tan popular que Mahoma (cuyos conocimientos de teología cristiana por lo visto eran bastante deficientes) cometió el error de considerar que la Trinidad eran Jesús, su padre divino y su madre María. Se trataba de un error comprensible, pues en época de Mahoma, para los cristianos orientales María ya era prácticamente una diosa. Más tarde, también cautivó a los cristianos occidentales y se haría casi tan popular como el mismo Jesucristo. Pueden encontrarse infinidad de capillas de Nuestra Señora en las iglesias y catedrales medievales.

El ascenso de María a la condición de madre de Dios fue relativamente indoloro. El de Jesús, no obstante, acarrió una infinidad de problemas. Si Jesús era un dios, y además hijo de Dios, ¿quería eso decir que había más de un Dios? Algo semejante habría estado en contradicción con el núcleo de las Escrituras judías, que insistían con toda claridad en que solo había uno. A partir de alrededor del año 200 d. C., los pensadores cristianos intentaron responder a este dilema, aunque, como veremos, en muchos sentidos lo único que hicieron fue empeorar las cosas. Nació la idea de la Trinidad. Tres dioses son uno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cuanto más detalladamente examinaban el concepto los cristianos, sin embargo, y en particular la noción de un Jesús sobrenatural, más preguntas se hacían. ¿Había nacido

Jesús ya como un ser divino, o solo se había hecho divino al morir? Si había sido un dios mientras vivía en la tierra, y él y su padre eran la misma entidad sobrenatural, ¿quedaba algo de divinidad en el cielo? ¿Quién llevaba las cuentas? ¿Y cómo era posible que Jesús hubiera suplicado a Dios en la cruz si él y Dios eran el mismo ser? ¿Había solicitado su propia ayuda?

Tales preguntas empezaron a preocupar al cristianismo mientras superaba los dos últimos obstáculos finales que amenazaban con impedir que dominara el mundo mediterráneo. El primero de ellos era que seguía siendo una religión diseñada para pequeños grupos de seguidores fervientes y abnegados, no una religión de masas. Este defecto se hizo dolorosamente patente en el año 250, cuando el emperador romano Decio, sin duda alarmado por la popularidad del cristianismo, puso en marcha el primer intento serio de aplastarlo mediante la persecución. Si bien su intento fue un fracaso lamentable y fue abandonado en cuestión de meses, al cristianismo le causó problemas de consideración. Resultó que aunque una minoría ferviente anhelara el martirio, la mayoría de cristianos no tenía el menor deseo de seguir el ejemplo de Perpetua. Gran número de los que fueron atrapados por las autoridades se limitaron a hacer lo que se les pedía y abjuraron de su religión para salvarse. Hasta entonces, ese tipo de comportamiento se había considerado imperdonable en el seno del cristianismo. En el año 250, sin embargo, fueron tantos los cristianos que cometieron ese desliz y luego suplicaron ser readmitidos en la Iglesia, que el obispo Cipriano de Cartago propuso que la Iglesia cediese. A pesar de que uno de los ancianos intransigentes de su iglesia, Novaciano, insistió en sentido contrario, Cipriano acabó llevándose el gato al agua.

Esa no fue la única concesión novedosa de Cipriano. También declaró que los adúlteros podían salvarse, siempre y cuando se sometieran a un ritual lo bastante severo de ayuno y confesión pública humillante. Había comenzado un cambio de grandes dimensiones. El sistema «una y no más» por el que había abogado Pablo estaba siendo discretamente desmantelado. El relajamiento de la Iglesia de Pablo iba a ser un proceso largo y dilatado. Uno por uno, pecados que habían estado más allá de todo perdón se convirtieron, a fin de cuentas, en perdonables. Se buscaron resquicios para que las flaquezas de la mayoría no les excluyesen de la esperanza de ser salvados. Si bien el celibato, la sencillez y el ayuno intransigentes no desaparecieron, cada vez más se convirtieron en coto de especialistas: ermitaños, frailes y monjas.

A medida que fueron pasando los siglos, la Iglesia adaptó continuamente sus reglas para ajustarse a sus congregaciones, en particular a sus miembros más adinerados. No obstante, el carácter estricto del cristianismo de Pablo no se esfumó. El cristianismo se convirtió en una religión de reacción y contrarreacción, desgarrada entre la severidad y la laxitud, la una engendrando la otra y cada una de ellas inspirando repugnancia en su forma extrema. En 1517 se alcanzó una de las cumbres de la laxitud cuando el papa León X, que andaba muy falto de efectivo, autorizó a un

agente, Johann Tetzel, a vender el perdón por pecados que *aún no se habían cometido*.

Pero nos estamos adelantando mucho. Al cristianismo todavía le quedaba un obstáculo que superar antes de que pudiera tener la esperanza de poder dominar a una parte considerable de la humanidad: el poder romano. Pero ¿por qué, debemos preguntarnos, estaban los romanos tan en contra del cristianismo? ¿Por qué persiguieron a los cristianos, si bien de forma irresoluta, durante casi tres siglos, mientras que a los judíos, que tenían unas creencias no menos inflexibles que los cristianos y, al igual que estos, se negaban a adorar a los emperadores, los dejaron en paz, al menos en lo que a su religión se refiere? Parece ser que el judaísmo fue tolerado debido al respeto de los romanos por la antigüedad. Al cristianismo, que era una religión nueva y advenediza, no le fue tan bien. Y no obstante, la querella entre cristianos y romanos tenía que ver con algo más que con la religión. Los romanos reconocieron, con mucho acierto, que los cristianos estaban completamente en contra de *todo* lo que ellos estimaban. Es más, apenas cabe imaginar dos culturas más enfrentadas.

Los romanos se idealizaban a sí mismos en tanto peleadores duros y austeros. Uno de sus máximos temores era que pudieran ablandarse y perder su poder. Llevaban a sus hijos al circo a ver luchas de gladiadores para endurecerlos (aunque a sus padres también les gustaba apostar por quién iba a salir vencedor). Los cristianos, por el contrario, que tenían prejuicios comprensibles contra el circo, predicaban la no violencia y el perdón. Los romanos admiraban la riqueza, la posición social y la buena vida. Los cristianos admiraban la humildad, la sencillez y la comida insípida. Los romanos vivían en un mundo clasista y eran muy conscientes de su estatus social. Los primeros cristianos —ricos, pobres y hasta esclavos— se mezclaban entre sí prácticamente como iguales. Peor aún, los cristianos invertían el sistema de clases al venerar la pobreza. Los pensadores romanos, en tanto admiradores del racionalismo griego, argumentaban con lógica, mientras que los cristianos (cuyas afirmaciones podían parecer muy frágiles si se las examinaba bajo una óptica racional) insistían en que la fe respondía a todas las preguntas.

No obstante, y de manera curiosa, llegó el momento en que ambos llegaron a una especie de *modus vivendi*. Después de un segundo intento inútil de persecución general llevado a cabo por el emperador Valeriano a finales de la década de 250, las dos partes reconocieron que habían llegado a un punto muerto. Los romanos se dieron cuenta de que los cristianos tenían demasiado arraigo en el mundo mediterráneo como para derrotarlos. A su vez, los cristianos se dieron cuenta de que no podían forzar a las autoridades romanas a adoptar sus creencias. A partir del año 260, el imperio accedió a un acuerdo de una modernidad fascinante, según el cual las autoridades romanas aceptaban el cristianismo como una de sus muchas religiones. Los intolerantes cristianos se adaptaron sorprendentemente bien a la nueva situación, y en el año 272 nos encontramos con el curioso espectáculo de obispos cristianos

apelando a un emperador romano pagano, Aureliano, en su disputa con un obispo inconformista, Pablo de Antioquía. El historiador Robin Lane Fox llega incluso a insinuar que, sin persecución, los cristianos empezaban a deslizarse hacia la autocomplacencia y corrían el riesgo de ser aventajados por el nuevo movimiento religioso, más austero, el maniqueísmo, recientemente fundado por el predicador mesopotámico Mani. Una nueva persecución, desencadenada por el emperador Diocleciano en el año 303, si bien no tuvo mayor éxito que los intentos anteriores, pudo haber insuflado nueva vida al cristianismo. Después, nueve años más tarde, los cristianos lograron su gran triunfo cuando obtuvieron el apoyo de la estrella imperial en alza, Constantino.

La estratagema consistente en ganarse a la flor y nata había tenido ocupados a los cristianos desde el primer momento. Resulta curioso que los líderes de una religión supuestamente consagrada a los humildes estuvieran intensamente interesados en llegar a la gente con dinero y poder. Si bien Jesús parece haber sido inmune a este impulso, Pablo desde luego no lo fue. Entre sus primeros conversos se hallaban un juez y un administrador de la ciudad de Corinto, varias mujeres muy acaudaladas y el gobernador romano de Chipre. Como ya vimos anteriormente, parece ser que a los cristianos les tocó la lotería a comienzos de la década de 90, cuando convirtieron a Domitila. En el año 312, por fin triunfaron.

¿Cómo respondieron los cristianos ante el hecho de tener a su disposición, como fue cada vez más el caso, el poderío armado del imperio? *Mal*. Las querellas en torno a la uniformidad ideológica adquirieron ahora una impronta homicida. Al cumplirse el siglo VI de la era cristiana, el principal campo de batalla entre cristianos se había convertido en la polémica cuestión de cuán divino había sido Jesús. A comienzos del siglo IV, Arrio, el presbítero cristiano de Alejandría, insinuó, con cierta lógica, que a fin de cuentas Jesús no había sido divino, lo que inspiró un movimiento de grandes dimensiones, el arrianismo. Un siglo después los monofisitas argumentaron que Jesús había sido completamente divino, mientras que los duofisitas insistieron en que poseía las dos naturalezas, divina y humana. Ambos grupos despreciaban a sus rivales nestorianos, que decían que aquellos Jesuses tenían dos naturalezas apenas conectadas entre sí. Desde el punto de vista contemporáneo, los abismos que separaban a estos grupos pueden parecer sutiles en extremo. A menudo fueron más una cuestión de lealtad hacia frases (y a las regiones del imperio en las que prosperaron) en lugar de a ideas claramente discernibles. No obstante, estas divisiones acabarían siendo cada vez más letales. De modo que se produjo un nuevo fenómeno: la persecución de los cristianos *por otros cristianos*.

Durante cierto tiempo, los monofisitas dominaron Oriente y persiguieron al clero duofisita. En el siglo VI, con el emperador Justiniano, se produjo un golpe de péndulo y los duofisitas tomaron la delantera. Los obispos monofisitas fueron destituidos o enviados al exilio, sus monasterios fueron vaciados y los ermitaños monofisitas fueron bajados a rastras de sus pilares, y unos cuantos monofisitas

intransigentes fueron encerrados en hospitales de leprosos hasta que cambiaron de canción. Los nestorianos, despreciados por los dos bandos, huyeron del imperio y se hicieron conversos, primero en Irán y más tarde en China. Algunos de ellos se refugiaron en el sur de la India, donde encontraron la paz hasta que, mil años más tarde, aparecieron allí colonos portugueses que empezaron a perseguirlos de nuevo.

La historia no suele ser un buen lugar para buscar justicia, pero la brutalidad de Justiniano para con sus hermanos cristianos constituye una excepción. Si bien él salió ileso, sus sucesores pagaron un alto precio por sus persecuciones. Estaba a punto de hacer su aparición una nueva fe cuyo éxito iba a brotar, al menos en parte, de la violenta necesidad cristiana de control sobre los visionarios.

INVENCION DE UNA RELIGION, INVENCION DE UNA NACION

En el año 632, una mujer llamada Aisha intentaba consolar a su marido enfermo.

Un hombre de la familia de Abu Bakr apareció entonces con un palillo sin usar en la mano y el apóstol de Alá lo miró de tal forma que supe que lo quería. Le pregunté: «¿Quieres que te dé el palillo?», y él me contestó: «Sí». Así que me lo llevé a la boca y lo mordisqueé hasta ablandarlo y entonces se lo entregué. Él se lo frotó contra los dientes con mayor fuerza de la que le había visto emplear jamás y luego lo abandonó. Entonces noté que se volvía pesado en mi regazo, y le miré y vi que miraba hacia lo alto; y entonces dijo: «¡No! ¡Mejor la compañera en el paraíso!». A menudo había oído decir al profeta: «Alá no se lleva a ningún profeta sin darle a elegir», y cuando murió sus últimas palabras fueron: «¡Mejor la compañera en el paraíso!». Entonces pensé: «No me ha elegido a mí como compañera». Y yo le dije: «La elección ha sido tuya, y juro por Aquel que te envió que has elegido bien». Entonces el apóstol de Alá murió; era lunes al mediodía^[1].

Que Mahoma muriera pacíficamente en brazos de su esposa quizá no parezca algo fuera de lo común. Si echamos un vistazo al destino de otros fundadores de religiones, su final sí que parece muy inusitado. Zaratustra fue asesinado por un sacerdote. Se dice que Siddartha murió a cuenta de una seta envenenada arrojada en su tazón de pedir. El fundador del maniqueísmo, Mani, murió en una cárcel persa. Jesús fue ejecutado. Ser profeta es una profesión de riesgo.

Mahoma aparece como excepcional no solo por su muerte. Ningún otro profeta tuvo tanto éxito en vida. Cuando murieron, tanto Zaratustra como Jesús dejaron tras de sí unos movimientos pequeños que se afanaban por sobrevivir. Cuando murió Mahoma, por el contrario, ya había convertido al grueso de Arabia a su causa. Veinte años después de la muerte de Zaratustra y de Jesús, las religiones que habían fundado seguían siendo relativamente pequeñas y desconocidas. Veinte años después de la muerte de Mahoma, sus sucesores habían derrotado simultáneamente a las dos grandes potencias de la región, los Imperios bizantino y persa, y estaban creando un inmenso imperio propio, que ya se extendía desde Yemen a Egipto, y de ahí a Irán.

¿Cuál fue el secreto del éxito de Mahoma? El islam seguramente constituía menos una novedad en Arabia de lo que cabría suponer, pues ya existía algo

ligeramente parecido. Cuando nació Mahoma, la mayoría de los árabes adoraban a un panteón de dioses, cuyo máximo mandatario se llamaba *Alá*. Los cristianos y judíos habían logrado tener una fuerte presencia en la zona, y algunos árabes se sintieron atraídos por sus creencias, si bien su carácter extranjero les producía rechazo. A partir de esta mezcla religiosa surgió un grupo llamado los *hanufa*, que eran monoteístas árabes y creían ser descendientes de Abraham, pero que rechazaban tanto el judaísmo como el cristianismo. Mahoma predicó esa misma combinación de ideas. De forma que parece que Mahoma, al igual que Jesús, dio expresión a conceptos que ya estaban en el ambiente.

¿Cuáles eran precisamente las ideas de Mahoma? Como sucede tan a menudo con los nuevos movimientos religiosos, no hay respuestas claras. Aunque los árabes entraron en la historia con una rapidez asombrosa, no se redactó ningún escrito islámico hasta después de la muerte de Mahoma, y la mayoría de ellos se redactaron solo dos o más generaciones después. No obstante, es posible hacerse una idea aproximada de lo que sostenía Mahoma. La esencia de sus enseñanzas era que solo había un dios, *Alá*, y que había que someterse completamente a él. También había que arrepentirse de los pecados en preparación para el inminente fin del mundo.

Ni que decir tiene que ninguna de estas ideas era en absoluto original. En el momento del nacimiento de Mahoma, Arabia estaba poco menos que sitiada por el monoteísmo, mientras que, como ya hemos visto, la noción del fin del mundo ya llevaba unos ocho siglos en circulación. En vida de Mahoma, el apocalipsis inspiró movimientos excitables a lo largo y ancho de Oriente Medio, y Mahoma se topó con al menos dos profetas del fin del mundo rivales: Musaylima, de la tribu Banu Hanifa, y un muchacho judío anónimo de Medina que, igual que el propio Mahoma, como describe el historiador Jonathan Berkey, «pronunciaba salmos en un estado como de trance y decía ser apóstol de Dios»^[2].

De hecho, muy pocas de las ideas de Mahoma se pueden considerar nuevas. Al igual que Mani, el fundador de los maniqueos (una curiosa secta puritana que veía el mal en el sexo, en el consumo de carne y hasta en el cultivo agrícola, y que incitaba a sus seguidores a alimentarse de melones), Mahoma se veía a sí mismo como el último de un linaje de profetas que incluía a Abraham, Moisés y Jesús. Al igual que Zaratustra, Mahoma exigía a sus seguidores que rezasen cinco veces al día. Como en el cristianismo apocalíptico, el fin del mundo de Mahoma sería anunciado por un toque de trompeta y sería seguido por un día del juicio en el que los muertos resucitarían. Al igual que los cristianos que ansiaban ir al cielo, Mahoma también ofrecía un paraíso que, como el de los cristianos nestorianos, era exuberante y verde. Ante todo, sin embargo, Mahoma tomó muchos elementos prestados del judaísmo. Al igual que los judíos, Mahoma era contrario a toda idolatría.

No obstante, el islam ofrecía claramente algo nuevo que no ofrecían estas religiones preexistentes, o de lo contrario no habría tenido el éxito que tuvo. Podríamos decir que se trataba, en no poca medida, del mismo Mahoma. Así que

tenemos otra ocasión para estudiar a un profeta mientras instalaba su tenderete de ideas, intentaba obtener seguidores y adaptaba su predicación a aquello que gozaba del favor del público. Mahoma, sin embargo, tuvo que adaptar su tenderete de manera *considerable*, no tanto en términos de lo que decía, sino en términos de *lo que hacía*. De hecho, este proceso de ajuste le llevó a emprender una carrera profesional nueva y completamente imprevista.

La singladura religiosa de Mahoma comenzó en el año 610, cuando tenía unos cuarenta años, la edad clásica para los profetas nuevos. El que fuera mercader en La Meca, comenzó a pasar tiempo en las colinas del desierto de las afueras de la ciudad, donde según él se puso en contacto con el ángel Gabriel. De esta experiencia proceden los primeros versos del Corán. Aunque los musulmanes consideran el Corán como la palabra del mismísimo Dios, dictada directamente a Mahoma, las mentes más escépticas lo consideran como las reflexiones del propio Mahoma, si bien un poco alteradas y editadas, ya que el libro solo se puso por escrito después de su muerte.

Mahoma predicó su mensaje a sus conciudadanos de La Meca. En algunos aspectos tuvo bastante éxito. Como ya hemos visto, intentar ser profeta en tierra propia suele conducir al fracaso, seguramente porque al profeta se le conoce demasiado bien como para tomárselo en serio. Mahoma no logró convertir a su causa a la mayoría de los habitantes de La Meca. También se ganó enemigos por sus ataques contra los ídolos que había en el santuario de la ciudad, la *Ka'ba* en forma de cubo, de manera que en el año 622 tuvo que abandonar La Meca. Sin embargo, no lo hizo solo. A diferencia de Zaratustra, que marchó al exilio tras haber convertido solo a un primo suyo, y de Jesús, que salió de Nazaret con pocos seguidores (si es que hubo alguno), Mahoma había obtenido un grupo de seguidores bastante numeroso. En otro lugar, donde hubiera tenido mayor aura de misterio, ¿realmente habría prosperado su movimiento?

Al contrario, entró en punto muerto. ¿Por qué? Posiblemente porque Mahoma intentó ganarse a la *gente equivocada*. Él y sus seguidores abandonaron La Meca por la ciudad de Yatrib (después rebautizada como Medina), situada a unos trescientos kilómetros más al norte, donde se le había invitado a mediar entre dos tribus árabes enemistadas. No obstante, en Medina no vivían solo árabes. En aquel entonces había una minoría judía en toda Arabia, gran parte de la cual estaba seguramente formada por refugiados de los desastres anteriores que los judíos habían sufrido a manos de los romanos. Medina era el hogar de una población judía especialmente numerosa formada por tres tribus distintas, y Mahoma cifró sus esperanzas en su conversión. Su decisión estaba abundantemente respaldada por la lógica. La cantidad de judíos implicaba que *valiera la pena* convertirlos. Al mismo tiempo, es posible que Mahoma también creyera que los judíos estarían más dispuestos a aceptar su mensaje que sus vecinos de La Meca. Al fin y al cabo, ya eran monoteístas. En un intento de ganarse a los judíos de Medina, Mahoma adaptó su prédica a ellos. Ordenó a sus

seguidores que observasen prácticas estrictamente judías, como la celebración del Yom Kipur, orar en dirección a Jerusalén y obedecer las leyes dietéticas judías (de ahí la prohibición de comer cerdo entre los musulmanes).

Sin embargo, sus esfuerzos se saldaron con el fracaso. Los judíos árabes no admitieron que Dios hubiera enviado a Mahoma como profeta elegido por él más de lo que los judíos de Judea habían aceptado que Jesús hubiera sido enviado por Dios como futuro rey de todos ellos. Al cabo de un año aproximadamente, Mahoma desistió. Sustituyó el Yom Kipur por una nueva celebración, el Ramadán, y redirigió las oraciones de sus seguidores desde Jerusalén a La Meca. En adelante, Mahoma concentró sus esfuerzos sobre los árabes de Medina. Incluso allí, no obstante, parece que tuvo poco éxito. Hacia el año 624 su carrera debía de estar muy en entredicho. Se encontraba ya mediada la cincuentena, y tras catorce años de prédicas, solo había convertido a un pequeño grupo de exiliados de La Meca. Si bien poseía una autoridad informal en Medina como líder de este grupo y gracias a su pericia como mediador, su movimiento estaba estancado. Sin embargo, apenas seis años más tarde, el islam sería aceptado en gran parte de Arabia. ¿Qué fue lo que causó tan inmensa transformación?

Dicho con sencillez, Mahoma emprendió una nueva carrera. En marzo del año 624, lideró una expedición desde Medina contra una caravana de camellos de La Meca en la ciudad de Badr. Los asaltos eran una práctica con mucho arraigo en la Arabia de la época, y Mahoma estaba desempeñando un papel familiar: el de un jefe tribal que pretende llevar a su pueblo los bienes saqueados en el transcurso de la guerra. En efecto, había ampliado su papel de mediador y se había reinventado a sí mismo como líder político y militar. Ese cambio de rumbo está reflejado en el mismísimo Corán. Como ha indicado el historiador Bernard Lewis, las primeras secciones del libro, que se originaron cuando Mahoma todavía estaba en La Meca, se ocupan principalmente de religión, mientras que las posteriores, que se originaron en Medina, se ocupan de normas sociales, política y guerra. Incluyen un capítulo entero sobre cómo hay que dividir el botín procedente de los saqueos.

El nuevo papel de Mahoma parece habersele dado mejor que predicar. Su expedición fue todo un éxito, y quienes habían salido de Medina con él volvieron a casa enriquecidos por su botín. El tesoro parece haber tenido el éxito que no tuvieron las palabras. Ahora los árabes de Medina aceptaban el liderazgo y la religión de Mahoma. Este les había prometido que si adoraban a un único dios y se arrepentían de sus pecados, serían recompensados. Y así había sucedido.

Mahoma siguió aportándoles victorias a los árabes de Medina. El saqueo de Badr desencadenó una guerra de seis años de duración con La Meca, en el transcurso de la cual Mahoma derrotó repetidamente a fuerzas muy superiores en número a las suyas. Cuando las tres tribus judías de Medina se pusieron de parte de La Meca, Mahoma se ocupó de ellas con una implacable eficacia, exiliando primero a una y luego a otra, y matando y esclavizando por último a los miembros de la tercera. Los

éxitos de Mahoma provocaron una especie de reacción en cadena, y fueron aún más las tribus árabes que aceptaron su liderazgo y su religión. Cuando en el año 630, reclutó lo que en el siglo VII era un ejército inmenso, La Meca capituló.

Mahoma había logrado algo que nunca antes se había realizado. El predicador religioso en apuros había domesticado una tierra de tribus enfrentadas, hasta entonces imposibles de domar, y la había unificado en calidad, de hecho, de *primer rey* de Arabia. Como ya hemos visto, las principales religiones, desde el zoroastrismo al budismo y el cristianismo, se impusieron cuando lograron convertir al líder de un Estado poderoso. Mahoma hizo las cosas de forma muy distinta. Él mismo se convirtió en un soberano poderoso. Se había *inventado* a los árabes como nación unificada, del mismo modo que se había inventado su primera religión unificadora: el islam.

Una expedición de saqueo había transformado el movimiento de Mahoma, y fue mediante el saqueo como llevó a cabo su siguiente paso. Mahoma reconoció claramente que si el ímpetu de su movimiento no se mantenía con expediciones ulteriores más allá de Arabia y con la conquista de mayores tesoros, la frágil unidad de su reino podría venirse abajo. Durante sus últimos días de vida, reunió a un gran ejército para atacar el norte. Si bien la campaña fue abandonada debido a su muerte, la reanudó cuatro años después, en el año 636, el sucesor de Mahoma, el califa Omar. Este no podía haber elegido mejor momento. Las tierras situadas al norte de Arabia se encontraban en un estado ruinoso y de agotamiento, tras una lucha épicamente destructiva entre los Imperios bizantino y persa sasánida. Los árabes, unidos por primera vez en su historia, se descubrieron a sí mismos como una fuerza formidable. Estas expediciones, seguramente para sorpresa del califa Omar, se convirtieron rápidamente en conquistas.

No solo fue el agotamiento de sus vecinos, sin embargo, lo que favoreció a los árabes. También les ayudó el cristianismo, y concretamente su sed de control ideológico. De Siria a Egipto, los súbditos del Imperio bizantino aceptaron someterse a los ejércitos que surgían misteriosamente del desierto, fuesen quienes fuesen (y al principio, en efecto, muchos no estaban seguros de quiénes eran), pues cualquiera parecía preferible a sus gobernantes del momento. Judíos, maniqueos y cristianos monofisitas y nestorianos, todos habían sufrido persecuciones a manos del Imperio bizantino. Cuando los ejércitos árabes invadieron Egipto a finales del año 639, lo encontraron al borde de la guerra civil, pues los cristianos monofisitas, que ahora constituían una Iglesia clandestina, estaban aterrorizados por el patriarca ortodoxo Ciro, que había ordenado apresar y mutilar a los monofisitas. No es de sorprender que muchos egipcios rehusaran contribuir a la defensa de los bizantinos o incluso se pusieran de parte de los árabes.

Ahora bien, la sumisión política era algo muy distinto de la conversión religiosa. Hacia la década de 650, los árabes musulmanes constituían una exigua minoría que gobernaba un mar de pueblos que no eran ni árabes ni musulmanes. Seis

siglos más tarde, sin embargo, la mayoría de los súbditos de los árabes, desde Marruecos al Asia Central, había adoptado el islam, y muchos de ellos hablaban y escribían en árabe y se consideraban a sí mismos como tales. ¿Cómo sucedió tal cosa? Irónicamente, gran parte del atractivo del islam se derivaba del hecho de que los conquistadores árabes no intentaron convertir a sus nuevos súbditos, al menos no al principio. En los primeros tiempos, los árabes consideraban el islam como su *religión nacional*, de forma muy similar a como los judíos veían el judaísmo. No era algo para extranjeros. Es más, en lugar de animar a sus nuevos súbditos a unirse a ellos, los conquistadores árabes les ponían obstáculos en el camino. A los conversos en potencia se les exigía, de hecho, que *se hicieran árabes*, que adoptaran nombres árabes y se unieran a una tribu árabe, tarea nada fácil.

La persecución religiosa suele tener el efecto opuesto al deseado. En lugar de provocar conversiones, refuerza la determinación de los perseguidos. La tolerancia religiosa puede resultar mucho más persuasiva. Así sucedió con el Imperio árabe. En lugar de verse incitados a resistirse a sus dominadores musulmanes, a los no musulmanes se les dejó en paz en buena medida. No tardaron en ver las ventajas de la conversión al islam. Para empezar, el islam ofrecía unas reducciones de impuestos considerables. No parece que fuese una estratagema deliberada para obtener conversiones. Surgió del mismo Mahoma, que lo ideó como una especie de prolongación del botín de guerra. Tras conquistar una fortaleza judía en Jaybar, decretó que sus habitantes podían permanecer allí —a diferencia de los judíos de Medina— siempre y cuando pagasen un impuesto especial del que los musulmanes estarían exentos. Más tarde, cuando se conquistó a un gran número de no musulmanes, se les cobró también a ellos el nuevo impuesto. A medida que fueron pasando los siglos, no pagarlo fue adquiriendo cada vez más atractivo.

Andando el tiempo, los gobernantes musulmanes fueron desalentando todas las demás religiones, si bien sus métodos fueron menos brutales que humillantes. Los no musulmanes tenían prohibido portar armas, ir a caballo o vestir el color verde. Un hombre no musulmán no podía casarse con una mujer musulmana, aunque lo contrario sí estaba permitido. Los no musulmanes no podían construir ni reparar lugares de culto sin permiso. Durante todo ese tiempo se volvió cada vez más difícil para los no musulmanes alcanzar altos cargos de gobierno. Donde seguramente habría fracasado la fuerza, la degradación triunfó y, poco a poco, cristianos, zoroastristas, maniqueos y judíos, hartos de su condición de ciudadanos de segunda categoría, se unieron al islam.

Además, incluso con los obstáculos originarios, era relativamente fácil unirse al islam. No requería ninguna iniciación compleja o dolorosa, a diferencia del judaísmo (circuncisión de los conversos de sexo masculino) o el cristianismo primitivo (aprendizaje de la fe, autocrítica y exorcismo). Los actos requeridos a los musulmanes —los cinco pilares— eran la sencillez misma. A los musulmanes se les exigía y se les exige reconocer a Alá como el único dios verdadero; tenían que rezar

cinco veces al día; tenían que entregar una parte de sus ingresos a los pobres; tenían que ayunar durante el Ramadán y, al menos una vez en la vida, tenían que peregrinar a La Meca. Estas sencillas tareas dotaron al islam de otro atractivo: los musulmanes tenían un arraigado sentimiento de pertenencia. Como ha comentado el historiador Albert Hourani: «Los musulmanes peregrinaban al mismo tiempo, ayunaban durante el mismo mes y se unían con regularidad para orar»^[3]. A medida que el islam fue difundiéndose, quienes estaban al margen se sentían cada vez más excluidos.

El islam cambió a los pueblos de su imperio, pero estos a su vez cambiaron al islam. Pese a las pretensiones de sus fundadores, las religiones nunca salen a la luz del día plenamente formadas. Les lleva siglos desarrollar sus rasgos fundamentales y nunca dejan de evolucionar. Cuando murió, Mahoma apenas había creado más que un esbozo de aquello en lo que iba a convertirse su religión. El islam, como el judaísmo, no solo era un camino hacia el paraíso, sino una serie de reglas para la vida, y enseguida comenzó a absorber las costumbres de los pueblos que había conquistado. Si bien había nacido en la provinciana Arabia occidental, maduró en el Irán, Irak, Siria y Egipto cosmopolitas.

Esta mezcla cultural condujo a los árabes a unos cuantos sitios sorprendentes. Durante la década de 750, el califa Al-Mansur emprendió uno de los proyectos más grandiosos de importación cultural nunca vistos: la traducción sistemática de textos clásicos griegos al árabe, conocido como el Movimiento de Traducción. En un momento en el que dichos textos se estaban *perdiendo* en el Imperio bizantino, en el caos de la controversia de los iconoclastas (una violenta disputa en torno a las imágenes cristianas), más al este se estaban conservando. Esta misma fascinación por el saber griego desembocó en uno de los episodios más curiosos del islam primitivo. Durante el siglo VIII apareció un grupo religioso al que acabó conociéndose con el nombre de mutazilíes (los que se mantienen aparte). Influidos por la lógica griega, los mutazilíes argumentaban que, puesto que el Corán afirmaba que Alá no tenía ninguna característica humana, Alá no podría haber dictado sus versos a Mahoma, y por tanto el Corán debió de crearse de otro modo. Una de las creencias fundamentales del islam —que el Corán era la palabra de Dios— estaba siendo atacada.

Sorprendentemente, en lugar de desalentar esta forma de pensar tan subversiva, el líder islámico del siglo IX, el califa Al-Mamún, apoyó a los mutazilíes y persiguió a sus adversarios. Fue el único intento serio por parte de los gobernantes musulmanes de imponer una uniformidad ideológica de tipo cristiano a todos los musulmanes. Ni que decir tiene que fracasó. El principal adversario de los mutazilíes, el teólogo Ahmed ibn Hanbal, tenía de su parte a la creencia popular. Su punto de vista ofrecía certidumbre y consuelo (el fundamento de toda fe religiosa), mientras que los mutazilíes ofrecían argumentación e incertidumbre. Abandonados al fin por las autoridades, los mutazilíes cayeron en el olvido.

Otras divisiones resultaron más duraderas. Seguramente era inevitable que se produjeran, pues toda gran religión está destinada a escindirse en facciones rivales.

Lo que acabó dividiendo a los musulmanes, sin embargo, sorprendía desde muchos puntos de vista. Si bien las fallas geológicas del cristianismo primitivo obedecían a diferencias teológicas (en particular a la espinosa cuestión del grado de divinidad de Jesús), los musulmanes no tenían ese tipo de problemas. Estaban unánimemente de acuerdo en que Mahoma había sido humano y no divino. Asimismo, el dios del islam tampoco planteaba dificultades. Alá era una única deidad, en marcado contraste con la desconcertante noción cristiana de la Trinidad. Todos los musulmanes aceptaban los requisitos fundamentales de su religión, los cinco pilares. Aunque pudieran discrepar acerca de la interpretación, todos aceptaban las reglas de Mahoma sobre la existencia. Incluso los escritos del islam eran en gran medida una fuente de unidad. Mientras que las Escrituras cristianas, redactadas por numerosos autores con objetivos particulares completamente distintos a lo largo de un milenio, eran infinitamente contradictorias, el islam tenía un solo libro sagrado, bastante breve, y que, en cuanto obra de un solo individuo, estaba relativamente libre de contradicciones.

Entonces, ¿qué fue lo que *llevó* a los musulmanes a acabar llegando a las manos entre sí? La respuesta, a todos los efectos, es la *genealogía*. Aunque quizá fuera más cierto decir que las convulsiones se mostraron como genealogía. El verdadero fallo subyacente fue la singular mezcla islámica de religión y política, surgida a partir de la propia trayectoria de Mahoma. Que semejante hecho se convirtiera en campo de batalla fue, en gran medida, cosa del propio Mahoma. Al adoptar papeles tanto de profeta de Dios y de soberano de una nueva nación, y al ser considerado como modelo de perfección en ambos, había creado un peligroso precedente. Se esperaba mucho de sus herederos políticos. Si un califa musulmán o sucesor resultaba insatisfactorio (algo siempre posible en un líder político), entonces eso solo podía significar que la *persona equivocada* había llegado al poder. El candidato adecuado, que contaba con la aprobación de Dios, tenía que haber sido marginado.

¿Cómo podía saber uno quién era el candidato adecuado? Hacía mucho tiempo que los árabes estaban fascinados por la genealogía, y aquellos que encontraban defectos en los candidatos volvían la vista hacia el árbol genealógico de Mahoma. Puesto que el profeta no había tenido ningún heredero varón directo, su primo y yerno Alí fue ampliamente aceptado como sucesor. La trayectoria de Alí, sin embargo, tuvo muchos altibajos. Después de haber sido desestimado como califa en beneficio de Abu Bakr, y luego dos veces más en beneficio de sus dos sucesores, Alí se convirtió finalmente en el cuarto califa del islam en el año 656, siendo depuesto cinco años más tarde por el sobrino de su predecesor, que fundó una nueva dinastía, la de los Omeya. No obstante, para todos aquellos que encontraron insatisfactorio el dominio de los Omeya, Alí siguió siendo la verdadera elección de Dios. Tras la muerte de Alí, se consideró a sus descendientes como sus sucesores de elección divina, o imanes. Así comenzó la división entre el islam chiita y sunita. Los chiitas

apoyaron las pretensiones de la familia Alí y los suníes apoyaron la sucesión que había comenzado con Abu Bakr.

Las escisiones genealógicas del islam, sin embargo, no habían hecho más que empezar. Los descendientes de Alí resistieron durante muchas generaciones y tenían un gran número de seguidores. Cuando el undécimo en la línea sucesoria, al que unas autoridades habían mantenido bajo arresto domiciliario, murió sin dejar herederos conocidos, en el año 873, sus seguidores decidieron que tenía que haber tenido un hijo secreto cuyo pronto regreso se esperaba —igual que a Jesús— al final de los tiempos, en calidad de *mahdi* («guía»), para inaugurar una nueva era de justicia. Desde ese momento en adelante, el núcleo principal de los seguidores de Alí fue conocido como los *doce imanes*, en honor de los doce sucesores de Mahoma.

No todos los partidarios de Alí, sin embargo, aceptaron las mismas opciones genealógicas. Los zaidíes estaban en contra de su candidato a quinto imán, pues preferían a su hermano Zaíd. Los ismaelitas rechazaban al séptimo descendiente de Alí, y en cambio apoyaban a su hermano Ismael. Luego los ismaelitas se dividieron en sectas rivales. Un ismaelí, Ubayd Allah, se proclamó a sí mismo el verdadero imán y estableció una nueva dinastía, la de los fatimíes, que gobernaron Egipto con gran éxito durante dos siglos. Cuando uno de los descendientes de Ubayd Allah, Al-Hakim, desapareció en 1021, este hecho inspiró la aparición de otra secta más, la de los drusos, que esperaban el regreso mesiánico de Al-Hakim.

Estas divisiones no solo fueron el resultado de desacuerdos en lo tocante al árbol genealógico de Mahoma. A menudo también reflejaban antagonismos políticos o antiguas rivalidades entre diferentes pueblos en el seno del imperio. Cuanto más duraban tales cismas, más profundos se volvían, pues cada bando iba reuniendo pruebas que apoyasen sus pretensiones. Los musulmanes suníes presentaban una serie de citas presuntamente contemporáneas en las que constaba lo que había dicho y hecho Mahoma (*hadices*), y que para ellos eran la segunda autoridad, solo después del propio Corán. Impertérritos, la corriente principal chiita respondió con sus propios *hadices*. Los suníes y los chiitas celebraban festivales rivales para señalar los días en los que pretendían que Mahoma había nombrado a su sucesor, Alí para los chiitas y Abu Bakr para los suníes.

A veces estas divisiones desembocaron en violencia. En lo fundamental, sin embargo, las diferentes sectas musulmanas estaban mucho más dispuestas a aceptar la existencia de las otras que los primeros cristianos. Asimismo, como ya hemos visto, los musulmanes eran relativamente tolerantes con sus súbditos cristianos y judíos, que en tanto «pueblos del Libro» eran reconocidos como seguidores de movimientos emparentados con el islam y gozaban de mejor consideración que otras religiones. Con el tiempo, la paciencia de los musulmanes con otras religiones empezó a flaquear. ¿Por qué? En parte y con casi toda seguridad, por una cuestión de números. A medida que los musulmanes se convertían en mayoría en las tierras que dominaban, su respeto por los miembros de otras religiones iba menguando. La

principal causa de intolerancia musulmana, no obstante, era mucho más brutal. Los musulmanes se volvieron intolerantes como reacción ante la violenta intolerancia de la que ellos mismos fueron objeto.

La primera de tales agresiones fueron las Cruzadas, entre cuyas muchas atrocidades hay que contar, como ya vimos, la masacre de los musulmanes y judíos de Jerusalén en 1099 a manos de una turba militar apocalíptica, los tafures. Apenas un siglo más tarde, surgió una amenaza mucho más peligrosa, representada por un pueblo no musulmán de la lejana Asia Central: los mongoles. A comienzos de la década de 1220, los mongoles destruyeron casi todas las ciudades del actual Irán, Afganistán y Pakistán y masacraron a sus habitantes. Luego regresaron tres décadas después, y en 1258 capturaron el corazón político del mundo islámico, Bagdad, cuyos grandes monumentos quemaron, además de matar a casi un cuarto de millón de sus habitantes. Los mongoles también acabaron con las pretensiones suníes en relación con una línea sucesoria ininterrumpida. El califa abasida Al-Mutasim, que era lo más parecido que en aquella época había en el islam a un líder unificador y que decía —aunque es bastante dudoso— ser un descendiente directo de la familia de Mahoma, fue enrollado en una alfombra y pateado hasta morir por los caballos de los mongoles.

El líder mongol, Hügelü, siguió el procedimiento habitual de su pueblo, divide y vencerás, excluyendo a los musulmanes de su Gobierno en beneficio de los cristianos, los judíos y los budistas de la parte oriental del Imperio mongol. Pese a que no se persiguiera activamente a los musulmanes, otras religiones recibieron un trato de favor discriminatorio. Surgieron iglesias en todo Irán, además de, cosa sorprendente, estupas budistas. En última instancia, no obstante, fueron los no musulmanes los que iban a sufrir. Cuando, en 1295, el soberano mongol de Irán, Ghazan, se convirtió al islam, sus súbditos musulmanes aprovecharon la oportunidad para vengarse. Las estupas budistas fueron destruidas y, en un despliegue de intolerancia que finalmente igualó a los que se habían visto en la Europa cristiana, las iglesias y sinagogas fueron atacadas, los cristianos y los judíos fueron perseguidos y obligados a llevar humillantes prendas para identificarlos. Así que, con ayuda de los infieles, el islam descubrió por fin la intolerancia.

Hasta ahora este libro se ha concentrado en gran medida en creencias inventadas en Oriente Medio y el Mediterráneo. No voy a disculparme por ello, ya que esta región fue el semillero de un número asombroso de creencias religiosas fundamentales. Ahora bien, estuvo lejos de ser la única fuente de innovación. ¿Qué hay de la religión en distintas partes del mundo, donde las tradiciones eran muy distintas? ¿Se les ocurrieron a los pueblos de otras tierras ideas completamente distintas acerca de lo sobrenatural? Esta pregunta nos conduce a otra más amplia: ¿Cómo de originales somos nosotros? Si estuviera aislada del ejemplo ajeno, ¿concebiría la gente visiones del mundo completamente propias?

LA INVENCION EN OTROS LARES

ÉXTASIS EN LA SOBRIA CHINA

*E*n torno al año 1150 a. C., en las proximidades de Anyang, capital del primer Estado histórico chino (la dinastía Shang), alguien introdujo el caparazón de una tortuga en un fuego muy caliente. Sabemos poco acerca de ese momento —en qué edificio se produjo o quién estaba presente— porque todo lo que quedó fue el propio caparazón, pero no sabemos *por qué*. A los dioses les estaban formulando una pregunta. En aquella época, los chinos buscaban el consejo de sus dioses en relación con toda clase de asuntos, desde cómo tratar a un enfermo, si debían lanzar o no una campaña militar y hasta cuál iba a ser la calidad de la próxima cosecha. El procedimiento era sencillo. Se escribían dos desenlaces diferentes en las dos caras del caparazón, y después de ponerlo en el fuego, se realizaba una cuidadosa inspección de las grietas provocadas por el calor, que se pensaba que indicaban el desenlace elegido por los dioses. A continuación se escribía en el caparazón la elección de estos para dejar constancia de ella.

La escritura, la medicina, la lengua, la filosofía y la comida chinas siguieron todas un rumbo radicalmente distinto que en otras partes de Eurasia. ¿Y la religión china? ¿También se desarrolló siguiendo un curso completamente diferente? En el año 1150 a. C., cuando comienza a salir a la luz por primera vez la religión china, la respuesta parece ser un «no» muy nítido. El ritual de Anyang no contiene nada remotamente original, aparte quizá de la utilización de un caparazón de tortuga. Hacia el 1150 a. C. los mesopotámicos llevaban al menos dos mil años intentando obtener información privilegiada acerca del futuro. Hasta los dioses consultados por los chinos eran familiares. La más alta deidad china, Di, era un controlador del clima, igual que Enlil en el sur de Mesopotamia. El panteón de dioses sometidos a Di —dioses del sol, de las montañas, de los cultivos, del río Amarillo— se parecía mucho al de otros pueblos.

Estas semejanzas, no obstante, son un tanto engañosas. Hasta en el 1150 a. C., pueden distinguirse las semillas de una visión distintivamente china del mundo. Los chinos ya creían que por debajo de sus dioses existía otra clase de seres sobrenaturales: sus *antepasados*. Durante las décadas posteriores al cocimiento de nuestro caparazón, sucedió algo bastante sorprendente: los gobernantes de China perdieron el interés por sus dioses. Las preguntas de caparazón ya no se formulaban a

los dioses, sino a los antepasados. China, caso único entre las sociedades agrícolas, se convirtió en una sociedad sin dioses, al menos por un tiempo. Además de en los antepasados, los chinos también creían en los espíritus (legado directo de las religiones chamánicas de cazadores-recolectores), que, al igual que los espíritus en Mesopotamia y otras tierras, resultaban más problemáticos que útiles y exigían ser aplacados constantemente, pues de lo contrario podía ser que la estufa de uno no se encendiera y que sus cultivos no maduraran. Esta despedida de los dioses constituyó un cambio del que podría decirse que ayudó a orientar a China hacia un rumbo muy distinto y más *práctico* que el de las tierras situadas más al oeste.

Incluso el más allá chino tenía un aura de pragmatismo. En la China primitiva, no se creía que los antepasados vivieran en un lúgubre inframundo o en el paraíso, sino en un mundo muy semejante al de los vivos, en el que tenían inquietudes muy humanas. El inframundo chino poseía su propia burocracia de funcionarios titulados, desde el director de Duración de las Vidas y el jefe de Comunas de la Puerta de Tumbas, pasando por el conde de las Tumbas. Como ha comentado el historiador David N. Keightly, esta visión antropomorfa del mundo sobrenatural «puede ayudar a explicar la característica mundanidad, no solo de la propia religión Shang, sino también de la filosofía china posterior»^[1].

Como es bien sabido, a partir del siglo VI a. C. se produjo en Grecia una revolución racional, a medida que los pensadores griegos desarrollaron una cosmovisión en la que las creencias religiosas se sometían a la prueba de la lógica. No es algo tan bien sabido que el mismo cambio comenzó en China *un siglo antes*. En el 639 a. C., el soberano del Estado de Lu, Zang Wenhong, produjo el primer ejemplo de pensamiento político transparentemente racional cuando prohibió que se castigara a los chamanes que no lograsen provocar las lluvias prometidas, aduciendo que el Estado debería, por el contrario, proporcionar asistencia a quienes padecieran por la consiguiente sequía. Un siglo después el gran filósofo chino Confucio afirmó que las creencias religiosas deberían mantenerse bien apartadas de los aspectos prácticos de la existencia y señaló que «respetar a los espíritus manteniéndose distante de ellos puede denominarse sabiduría»^[2].

La manera pragmática china de abordar el universo sobrenatural también podía adoptar otra forma, más preocupante: el deseo de las autoridades chinas de establecer un completo control estatal sobre la religión. Este rasgo se hizo evidente en el 221 a. C., cuando China, que llevaba mucho tiempo dividida en Estados rivales, fue reunificada bajo el primer emperador Qin. Para honrar al nuevo líder, a los antiguos dioses chinos, que habían sido abandonados durante ocho siglos, se los sacó de la naftalina, pero ahora bajo un monopolio imperial. Solo el emperador chino, en tanto Hijo del Cielo, podía adorar el Cielo, la máxima divinidad del país. El resto de la población tenía que limitarse a mirar y a esperar que el emperador hubiera orado correctamente. En caso de que lo hubiera hecho de forma errónea, o se hubiera

comportado mal, eran ellos los que pagarían el precio, cuando el Cielo mostrase su desagrado mediante terremotos, sequías y hambrunas.

Y sin embargo, como habían descubierto los faraones egipcios más de mil años antes, no era fácil mantener el control del imaginario religioso. Privados de acceso directo a los dioses aprobados por el Estado, los chinos de a pie buscaron dioses propios con los que consolarse, y pronto los encontraron. De manera que surgieron dos religiones nuevas en China a las que las autoridades imperiales no pudieron resistirse y que pusieron al país rumbo a una dirección nueva y muy emotiva.

El primero de los dos movimientos, el taoísmo, fue el más desconcertante. Aunque las ideas del taoísmo sean difíciles de determinar, ya que se trata de una extraña amalgama de folclore, moral, culto divino e ideas acerca de la vida sana, en el centro de sus aspiraciones estaba la esperanza de alcanzar una vida eterna o, por lo menos, una vida muy larga. A veces no parecía ser tanto una religión como un sistema de medicina alternativa.

Si bien es posible que las raíces del taoísmo sean mucho más antiguas, apareció claramente en torno al año 100 a. C. con la primera mención de la Reina Madre del Oeste. Se creía que la Reina Madre, que vivía mucho más allá del horizonte occidental, tenía el poder de hacer inmortales a las personas y de proporcionar hijos y riqueza a quienes la adorasen. Lo mejor de todo era que la gente de a pie podía puentear al emperador y apelar directamente a ella. Esta posibilidad se hacía especialmente atractiva cuando el emperador no cumplía con su deber de mantener la buena salud de China, y fue precisamente en uno de esos momentos, cuando el norte de China se vio azotado por una intensa sequía, en el año 3 a. C., cuando la Reina Madre del Oeste obtuvo pleno reconocimiento. Un inmenso movimiento formado por sus seguidores marchó a través de la reseca campiña portando símbolos de paja para dar testimonio de su creencia, que pensaban que iba a salvarlos de morir de hambre. Esperaban que la Reina Madre apareciera en cualquier momento para poner fin al desastre. Al final no tuvo que hacerlo. Cuando llegó el otoño, cayó la lluvia y sus seguidores se dispersaron. No obstante, entonces ya había cierto taoísmo discernible. El movimiento de la Reina Madre era popular y emotivo y, en conformidad con la tradición china, ofrecía a sus seguidores algo intensamente práctico: una forma de intentar *evitar la muerte*.

Dos siglos más tarde, el taoísmo comenzó a perfilarse con más claridad a través de otro movimiento popular, esta vez suscitado por el lento derrumbamiento de la dinastía Han. En el año 184 d. C., estalló una sublevación de inspiración religiosa cuyos seguidores adoraban a *dos* divinidades: la Reina Madre del Oeste y Lao Tsé, una figura sobrenatural que acabaría convirtiéndose en la deidad taoísta fundamental y que quizá comenzara su existencia como un texto médico anónimo que describía formas de alcanzar la inmortalidad. La rebelión fue un punto álgido en la historia del taoísmo. Una de las tendencias de la revuelta, el movimiento de los Cinco Montones de Arroz, evolucionó hasta dar lugar a un Estado taoísta completo pero de vida muy

breve en la provincia de Sichuan. Curiosamente, a esta teocracia taoísta le preocupaba mucho, al igual que el judaísmo y el cristianismo, el pecado y la penitencia. En Sichuan, como en la Mesopotamia primitiva, la enfermedad se consideraba, de forma bastante poco misericordiosa, prueba del pecado. Afortunadamente, había numerosas formas de penitencia disponibles para eliminar tanto el pecado como la enfermedad. Los taoístas podían purificarse bien haciendo buenas obras, bien confesándose en público ante otros taoístas; podían retirarse a «casas de silencio» para reflexionar acerca de sus errores o, cosa menos habitual, podían participar en labores de construcción de carreteras, pues en aquel entonces Sichuan era parte de una China salvaje y desprovista de carreteras.

La rebelión del año 184 también marcó la aparición en China de un fenómeno religioso que hemos constatado en otras partes. Los rebeldes taoístas creían firmemente en el inminente fin del mundo. El apocalipsis había llegado a China. Cómo llegó allí es más difícil de averiguar. Como ya hemos visto, la noción llevaba varios siglos existiendo más al oeste, de manera que podía haber llegado a China por la Ruta de la Seda. También es posible, por supuesto, que a los chinos se les ocurriera esa idea de forma completamente independiente. En una tierra propensa a la sequía y a la hambruna, es fácil imaginar que los pensamientos de la gente pudieran haberse descarriado en esa dirección.

Cabría suponer que una religión surgida a partir de sublevaciones campesinas tuviera escaso atractivo para los ricos y poderosos, pero no: algunos miembros de la élite china no tardaron en sentirse atraídos por el taoísmo y el fin del mundo que este prometía. Los seguidores de la escuela taoísta Maoshan, que se desarrolló en el sur de China a partir del siglo IV, creían que solo ellos, el «pueblo de las semillas», sobrevivirían al cataclismo inminente. Muy cultos, aguardaban esperanzados una nueva era de modales refinados, conversación elegante y buen gusto literario, en la que no hubiera plebeyos que echaran a perder su apocalipsis.

Bajo la dinastía Tang (618-907), algunos emperadores demostraron ser tan susceptibles a la promesa de la vida eterna como lo habían sido los campesinos famélicos. Ahora bien, su entusiasmo a veces resultó ser imprudente. El taoísmo ofrecía varios medios de acceder a la vida eterna, desde el culto religioso al ejercicio físico, pasando por pócimas especiales que los taoístas creían que eliminarían del cuerpo las sustancias impuras que causaban la muerte. Los emperadores, como es natural, podían permitirse los mejores ingredientes. Uno de los favoritos era el oro puro, que no se oxidaba, así como el cinabrio rojo (un mineral del mercurio). Como es de suponer, ninguno de los dos es especialmente bueno para la salud. A lo largo de los siglos se cree que muchos emperadores chinos que murieron de forma repentina e inesperada sucumbieron a los efectos de sus propias pócimas de la inmortalidad.

El taoísmo, sin embargo, no fue la única religión nueva que barrió China en aquel entonces. También hubo un segundo movimiento, que esta vez no era de origen chino, sino una importación extranjera: el budismo mahayana. Tras haber

evolucionado de forma bastante inesperada, como vimos, desde una filosofía de vida a una religión paradisiaca completa, el budismo logró realizar ahora una segunda transformación. Precisamente cuando entraba en su decadencia terminal en la India, inició un asombroso renacimiento más al este. Así fue como la idea del cielo, tras colarse subrepticamente en la filosofía de Siddhartha, se infiltró en China.

El budismo, mencionado por primera vez en China en el año 65 d.C., seguramente llegó hasta este país con los mercaderes que recorrían la Ruta de la Seda. Durante un breve periodo de tiempo, esta religión sencillamente fue añadida al taoísmo, y el propio filósofo Siddhartha se convirtió en el sorprendente compañero de cama de la Reina Madre del Oeste y de Lao Tsé. Sin embargo, a medida que las sutras budistas se traducían al chino y el movimiento se iba entendiendo mejor, el budismo y el taoísmo se separaron, convirtiéndose en rivales amistosos, aunque a veces también hostiles. Cada uno robó desvergonzadamente las ideas del otro. El budismo chino robó la creencia del taoísmo en el inminente fin del mundo. El taoísmo robó la idea de la reencarnación y copió la estructura de los templos y monasterios budistas. No obstante, seguía habiendo diferencias fundamentales. Ante todo, mientras que los pragmáticos taoístas esperaban *prolongar* su existencia corporal hasta alcanzar la inmortalidad, los budistas esperaban *escapar* del todo de la existencia corporal accediendo al nirvana.

Curiosamente, tanto el taoísmo como el budismo parecen haber inspirado de manera accidental, y cada uno por su lado, uno de los grandes descubrimientos tecnológicos chinos. Los budistas mahayana creían que realizar una copia de un texto sagrado contaba como una buena obra que haría avanzar a su autor por el camino que conducía al nirvana. Cuantas más copias hiciera uno, como es natural, más se beneficiaría. Esto parece haber dado mucho que pensar. Los textos impresos más antiguos que se conocen, una serie de manuscritos budistas de principios del siglo VII, fueron hallados en el templo Bulguksa, en Corea. Parece ser que el desarrollo de la imprenta fue inspirado por la fe budista. Hacia el siglo X, China ya se había embarcado en la primera revolución de la impresión del mundo, gracias a la cual los libros se volvieron ampliamente disponibles y accesibles. Fue un descubrimiento que no se produciría en Europa hasta otros cinco siglos más tarde.

¿Cuál fue la tecnología transformadora del mundo aportada por el taoísmo? Como ya hemos visto, dos de los ingredientes claves de las pócimas de la inmortalidad taoístas eran el oro y el cinabrio rojo. El cinabrio rojo, no obstante, a veces resultaba bastante difícil de encontrar. Cuando no estaba disponible, se empleaba otra mezcla en su lugar, compuesta por mercurio, nitrato de potasio y azufre. Da la casualidad de que también se trata de los ingredientes de algo muy distinto, que se sabe que apareció en China en torno al año 850: la *pólvora*. Solo cabe imaginar que algún alquimista taoísta olvidado, preparando una remesa de pócima de la inmortalidad cerca de un fuego, se llevó una enorme sorpresa.

Puestos a elegir entre la vida eterna taoísta y el paraíso budista, ¿cuál gustaba más al gran público? Pese a su carácter extranjero, desventaja nada desdeñable en la patriótica China, la respuesta es el budismo, que se hizo más popular que el taoísmo y tuvo entre sus fieles a muchos emperadores. Se entiende por qué. El budismo mahayana atraía a los chinos ricos y poderosos por las mismas razones por las que había atraído a indios ricos y poderosos. Podían tener la esperanza de la salvación garantizada y disfrutar del prestigio de ser adorados, incluso en vida, como bodhisattvas. A finales del siglo VI, el soberano del reino chino septentrional de Wei fue un paso más allá y declaró que él mismo era Buda reencarnado. De manera que esta religión nueva y extranjera podía resultar tan útil como el viejo culto al Cielo a la hora de subrayar el prestigio imperial.

Con el paso del tiempo, el budismo mahayana transformó hasta el paisaje chino. El campo se llenó de estupas budistas, santuarios budistas, lugares de retiro budistas y, sobre todo, de monasterios budistas. Las ciudades chinas fueron abarrotadas de pagodas budistas y de templos decorados con pinturas de las diversas capas del cielo y del infierno. Por las calles marchaban procesiones budistas, precedidas por reliquias religiosas muy preciadas y con casi toda seguridad falsas (como la supuesta falange de Buda), mientras los fieles se infligían quemaduras y cortes para demostrar que no sentían dolor alguno y que eran inmunes al sufrimiento.

Con sus grandes monasterios, sus reliquias y sus procesiones, sus promesas de paraíso y sus amenazas de infierno, el budismo mahayana chino puede resultar bastante familiar, y con razón. Con frecuencia se lo ha comparado con el cristianismo. Una de las principales diferencias entre los dos, sin embargo, reside en sus actitudes hacia otras creencias. El budismo chino nunca se mostró intolerante con otras religiones. A pesar de la popularidad de su movimiento, los budistas chinos jamás intentaron acceder al monopolio de las creencias sobrenaturales del país. De manera que la era dorada del budismo chino, que se produjo entre los siglos VII y IX, bajo la dinastía Tang, también fue una era dorada de la diversidad religiosa. En la capital china, Chang'an, había mezquitas, iglesias cristianas nestorianas y templos budistas, taoístas, zoroastristas y maniqueos. Junto al más allá frío y burocrático de creencias anteriores, ahora los chinos disponían de multitud de futuros emocionantes en los que creer, desde la inmortalidad taoísta hasta el nirvana budista, pasando por el paraíso cristiano.

Con el tiempo, sin embargo, el budismo fue hasta cierto punto víctima de su propio éxito. Los tradicionalistas chinos llevaban largo tiempo contemplando las religiones extranjeras con suspicacia, y el budismo fue criticado por su emotividad tan poco china y por las estrafalarias escenas que inspiraba cuando, en casos extremos, los fieles se lesionaban e incluso llegaban a amputarse partes del cuerpo. El budismo se volvió todavía más vulnerable debido a su riqueza. A medida que cada vez más chinos se convertían, donaban propiedades a los templos y monasterios budistas, que se convirtieron en grandes terratenientes. En el año 845, el emperador

taoísta de la dinastía Tang, Wu-Tsung, lanzó un asalto contra el budismo. La era china de la diversidad religiosa estaba en declive. A solo unas pocas docenas de los varios miles de monasterios y templos budistas se les permitió seguir funcionando. Se expulsó a un millón de monjes y monjas, y a veces se les hirió o se les mató. También los cristianos nestorianos y los maniqueos, en tanto adoradores de dioses extranjeros, fueron atacados.

Cuatrocientos años después, la desconfianza ante los forasteros se intensificó todavía más, esta vez de resultados de la invasión extranjera. En el siglo XIII, China fue conquistada por el mismo Imperio mongol que había saqueado Bagdad y había estado a punto de devastar Europa occidental. El soberano mongol de China, Kublai Kan, resolvió guardar las distancias con aquellos a los que había subyugado y llenó su Gobierno de musulmanes del Asia Central y de cristianos europeos como Marco Polo. También apoyó activamente las religiones extranjeras, y Pekín se convirtió en la sede de numerosas iglesias cristianas. Al igual que en el Irán mongol, cuando por fin se derrumbó la dominación mongola, los chinos pasaron a sentir una aguda suspicacia ante los extranjeros y sus creencias.

¿Dónde quedó la religión china después de tantos trastornos? Cuando se calmaron las cosas, el país regresó a sus raíces. Una vez más, la religión se convirtió en algo rígidamente controlado por el Estado cuando los soberanos de China decretaron un nuevo equilibrio: el taoísmo y el budismo se convirtieron en religiones autorizadas por el Estado. También sucedió lo mismo, sorprendentemente, con el confucianismo, que nunca había pretendido ser en absoluto una religión, sino más bien una filosofía de la vida, de la política y de la administración del Estado. Bajo la dinastía Ming (1368-1644) el confucianismo fue reformulado para que se pareciera más a una religión. A imitación del budismo, adoptó una vertiente más emotiva y abogó por la meditación, el respeto a la vida y la atención a los pobres. A lo largo de toda China aparecieron templos confucionistas en los que sus seguidores podían venerar al filósofo, entre ellos un enorme templo en su ciudad natal de Qufu, en la provincia de Shandong.

Así pues, el confucianismo, el taoísmo y el budismo, tres movimientos con raíces distintas e ideas muy contradictorias entre sí, se convirtieron en las «Tres Doctrinas» de China: aprobadas por el Estado y no solo declaradas iguales, sino completamente compatibles entre sí. Las autoridades estatales permitían, e incluso alentaban al pueblo a seguir las tres. Mucho más tarde, bajo el gobierno de Mao Zedong, se incorporaron a la lista versiones del cristianismo protestante y católico sancionadas por el Estado, aunque el mantenimiento del control gubernamental nunca fue fácil. En tiempos de penuria y debilidad política, continuaron estallando sublevaciones religiosas que amenazaron al Estado. Hasta el día de hoy, los gobernantes chinos siguen reprimiendo los movimientos religiosos independientes, desde los grupos cristianos hasta la organización budista Falun Gong.

Así pues, y volviendo a la pregunta inicial: ¿Era radicalmente distinta la religión china que la religión en cualquier otra parte? A grandes rasgos, no. Si bien la religión china tenía, a veces, un enfoque más terrenal y pragmático de lo sobrenatural, la mayor parte de las ideas fundamentales que aparecieron en territorios occidentales también aparecieron en China, y aproximadamente en el mismo orden, pasando del culto chamanístico de los espíritus al paraíso y el fin del mundo. Ahora bien, quizá sería un error esperar que los chinos rompieran el molde de las religiones en otras partes. Al fin y al cabo, mantuvieron contactos regulares con los indios, los iraníes, los egipcios y los europeos, de manera que no resulta del todo sorprendente que engendrasen creencias semejantes.

¡Ay, si hubiera existido una tierra que hubiera permanecido aislada del resto del mundo durante miles de años! En tal caso, sin duda encontraríamos un enfoque completamente distinto de la religión. Quiso la suerte que ese sitio existiera.

SANGRE, CALENDARIOS Y EL JUEGO DE PELOTA

El 26 de octubre del año 709 d. C., el gobernante de la ciudad maya de Yaxchilán (cerca de la actual frontera mexicana con Guatemala) levantó una antorcha en llamas mientras su mujer, la señora Xoc, hacía algo decididamente espantoso. Se pasó un cordel lleno de espinos por la lengua. La sangre salpicó y cayó sobre los trozos de papel de corteza cuidadosamente colocados en un cesto, que más tarde fue quemado a modo de sacrificio. ¿Para lograr qué? El regente, que se llamaba Itzam Balam, que significa «jaguar de escudo», había sido padre de un niño recientemente, y el sacrificio estaba destinado a alentar a los dioses a contemplar favorablemente a su nuevo heredero; de forma bastante injusta, sin embargo, el recién nacido no era hijo de Xoc, sino de otra de las esposas de Jaguar de Escudo.

En el año 709 d. C., los pueblos de América llevaban aislados de los de África y Eurasia más de diez mil años. De forma separada, los mesoamericanos habían desarrollado su propia forma de agricultura, su propio arte y su propia arquitectura. En fecha tan temprana como el 500 a. C., los mesoamericanos (aunque no los sudamericanos) ya tenían sistemas de escritura propios. Los americanos primitivos construyeron sus propias grandes ciudades, una de las cuales, Teotihuacan, era, en el año 300 d. C., una de las mayores de la tierra, con una población aproximada de entre ciento cincuenta y doscientas cincuenta mil personas. ¿Qué creencias concibieron?

Las culturas de cuyas religiones más sabemos son las de México Central, y todavía más, los mayas del Yucatán, culturas ambas que tenían sistemas de escritura. Durante su época de máximo esplendor, entre el 300 y el 900 d. C., los mayas tuvieron una forma fascinante de predecir el futuro. Con la ayuda de su asombroso sistema numérico, los mayas emplearon un sistema endiabladamente complejo para registrar el tiempo que entrañaba no solo uno, sino *tres* calendarios: uno basado en el

año solar, otro basado en el año sagrado (260 días) y un tercero que simplemente se contaba desde el primer día de la creación de la tierra, que ellos creían que había tenido lugar el 13 de agosto del año 3114 a. C. Los mayas adoptaron la idea de que la historia se repetía hasta el extremo, y registraban de forma precisa fechas pasadas porque estaban convencidos de que podían contener la clave del futuro. Mediante la combinación de los calendarios solar y sagrado, los mayas crearon largas unidades de tiempo, que abarcaban casi veinte años y luego se agrupaban en tandas de trece, dando un total de 256 años. Creían que los acontecimientos de cada época volverían a ocurrir exactamente 256 años después.

En las manos correctas, esta idea podía convertirse en una potente *arma política*. En el siglo VII, la ciudad de Tikal, que en tiempos había sido una de las más poderosas de la región, se encontraba en una pésima situación, tras haber sido derrotada en batalla por su gran rival, Calakmul, y los muchos aliados de esta. En el año 679 d. C., Tikal sufrió una de sus mayores humillaciones, cuando su rey fue capturado por los de Calakmul y sacrificado. Su hijo, Jasaw Chan K'awiil, tendría que haber accedido por derecho al trono y continuado la lucha, pero en lugar de hacer tal cosa hizo algo más astuto. Lo *pospuso*. Finalmente, se convirtió en soberano de Tikal tres años más tarde, en 682, exactamente 256 años del acceso al poder de uno de los guerreros-gobernantes más exitosos de Tikal, Cielo Turbulento. La decisión de Jasaw Chan K'awiil contribuyó a provocar un cambio decisivo en la suerte de Tikal. Aunque carecemos de detalles precisos acerca de lo que sucedió, por lo visto, los desmoralizados habitantes de Tikal recobraron los ánimos y los Estados vecinos acudieron en ayuda de Tikal, y entonces fueron sus enemigos los que se atemorizaron. En el año 695, trece años después de llegar formalmente al poder, Jasaw Chan K'awiil lanzó un ataque devastador contra Calakmul y regresó triunfalmente con el rey de esta y con su séquito como cautivos destinados al sacrificio.

Los mayas, como las primeras sociedades agrícolas de todo el mundo, creían en un más allá lúgubre, pero tenían una noción inusual acerca de dónde podía descubrirse. Suponían que bajo los mismos centros de sus ciudades y, ante todo, debajo de sus canchas de pelota, acechaban espíritus y dioses. Así llegamos a otro rasgo distintivo de la cultura mesoamericana: el juego de pelota. Este parece haber tenido unos orígenes muy remotos y se remonta a la primera cultura de la región, la de los olmecas, que se desarrolló a partir del año 1800 a. C., en un área lluviosa de la costa este de México en la que abundaban los árboles del caucho, sustancia a partir de la cual se hacían las pelotas. El juego requería una gran habilidad, y los jugadores tenían que evitar que la pelota tocara el suelo empleando únicamente los muslos, las caderas y la parte superior de los brazos, pero nunca las manos o los pies.

Ahora bien, el juego de pelota era mucho más que un mero acontecimiento deportivo. Para los mayas formaba parte del núcleo mismo de su religión. Incluso aparecía en el relato maya de la creación, en el que los «Gemelos Heroicos»,

Hunahpú y Ixbalanqué, obtenían la inmortalidad después de jugar con los señores del inframundo y derrotarlos: el equivalente de que Adán y Eva hubieran vencido a Satanás en un partido de fútbol. El juego de pelota estaba lleno de simbolismo religioso. Había que evitar que la pelota tocara el suelo porque este era el dominio de los espíritus. Pese a que determinados partidos se jugaran exclusivamente como encuentros deportivos, podía haber mucho más en juego, y los perdedores podían ser sacrificados a los dioses. Si una ciudad maya derrotaba militarmente a una ciudad rival, podían acudir multitudes a ver a los cautivos enemigos, a veces incluso a un rey, obligados a jugar y a perder (el juego estaría amañado) antes de ser sacrificados.

Así llegamos al rasgo más llamativo de la religión primitiva americana: el sacrificio de sangre. Curiosamente, esta práctica fue frecuente en los dos continentes americanos, entre pueblos que no tenían conocimiento alguno de su mutua existencia. Desde México y el Yucatán hasta Perú, y a lo largo de mil años o más, encontramos relieves de piedra sombríamente semejantes en los que aparecen cráneos apilados de las víctimas de los sacrificios. Esta ubicuidad indica unos orígenes muy remotos. ¿Qué ideas subyacían a tales prácticas? Los mayas creían que los seres vivos —y también algunos seres inertes, como determinadas piedras— albergaban una especie de *potencia espiritual* que, en los seres humanos y los animales, se encontraba sobre todo en la sangre. Para mantener satisfechos a los dioses, cavilaron los mayas, la única moneda que con toda certeza aceptarían era esta potencia: la sangre.

La mayor parte de los sacrificios de sangre, como el de la señora Xoc, eran realizados a pequeña escala y de forma voluntaria. En la actualidad seguramente se considerarían actos de autolesión. Los mayas los consideraban una forma sensata de mantener la buena disposición hacia ellos de las potencias sobrenaturales. Los mayas de todas las edades y clases sociales, desde los reyes hasta los cultivadores de maíz más humildes, se hacían cortes habitualmente a sí mismos a modo de ofrendas de sangre a los dioses. Existen indicios de que el primer sacrificio de sangre de una persona joven era señalado mediante una ceremonia especial que era el equivalente maya de la confirmación cristiana o el *bar mitzvah* judío.

El sacrificio de sangre, sin embargo, no siempre era voluntario. Numerosas sociedades primitivas americanas, desde los tupinambas del Brasil hasta los iroqueses norteamericanos, intentaban capturar a guerreros enemigos para ofrecerlos en sacrificio. Durante su era de máximo esplendor, entre los siglos v y ix d. C., los mayas creyeron que cuanto más elevada fuera la víctima, más contentos estarían los dioses. De manera que los sacrificios humanos se transformaron en una especie de *objetivo de guerra*. Las ciudades mayas luchaban regularmente entre sí, no para destruir a sus enemigos, sino para hacerse con algunos de sus habitantes (en el mejor de los casos, gobernantes y grandes señores) y ofrecer a los dioses su sangre.

Durante el siglo xv, quinientos años después de que la época de esplendor de los mayas hubiera tocado a su fin como consecuencia de una catastrófica conjunción de sobrepoblación y degradación ecológica, unas tierras situadas al noroeste, en

México, fueron dominadas por una nueva cultura que tenía poco menos que una fijación por los sacrificios de sangre: los aztecas. Los aztecas libraron guerras perpetuas en las que ellos y su aliado, Texcoco, luchaban contra dos Estados rivales para cosechar corazones enemigos. Estos eran presentados después al dios del sol Huitzilopochtli, para sobornarle de modo que siguiera saliendo todas las mañanas del inframundo y no abandonara a la tierra en la oscuridad.

Fuese cual fuese el razonamiento subyacente a los sacrificios humanos, cuesta no encontrar muy perturbador el entusiasmo con el que los realizaron tanto los mayas como los aztecas. A veces los mayas, ansiosos por derramar tanta sangre aristocrática como se pudiera para complacer a sus dioses, torturaban durante largo tiempo a sus cautivos antes de matarlos. Los mayas mantuvieron con vida al infortunado gobernante de la ciudad de Palenque, K'an Joy Chitam II, durante diez años, para poder hacerlo sangrar en ocasiones señaladas. Cuando llegaba su último momento, los cautivos de alto rango se enfrentaban a diversas y macabras posibilidades, desde ser decapitados, quemados vivos o destripados a que les arrancasen el corazón del pecho, de ser atados a un marco de madera y acribillados a flechazos a ser maniatados en el interior de una pelota y arrojados escaleras abajo desde lo alto de un templo.

Los aztecas sacrificaban poco menos que a escala industrial. Las escalinatas que conducían a la cima del gran templo dedicado a los dioses Huitzilopochtli y Tláloc, en el centro de la capital azteca, Tenochtitlán, estaban cubiertas por capas de sangre humana. Pese a que sea imposible precisar el número, se cree que se despachaba a varios centenares de cautivos al año, cuando no a varios miles. En los estantes para alojar cráneos hallados por los arqueólogos en las proximidades del templo, cabían miles de cabezas. El sacrificio desempeñaba incluso un papel en un ritual de penitencia distintivamente azteca. Cualquiera que sintiera la necesidad de expiar sus pecados podía purgarse vistiendo la piel de una víctima desollada durante veinte días. Hacia el final de este periodo, a los penitentes se les podía oler desde lejos.

Lo más perturbador de todo, sin embargo, desde una óptica contemporánea, era el sacrificio de niños. En épocas de sequía, los aztecas mataban a niños en la cima de montañas para intentar persuadir al dios Tláloc de que hiciera llover. También se sacrificaba a niños, aunque fuera en cantidades reducidas, en otro imperio situado a cinco mil kilómetros al sur, que surgió aproximadamente al mismo tiempo que el de los aztecas, durante el siglo xv: el Imperio de los incas. Los incas escogían a los niños más hermosos obedeciendo al criterio de que serían los que más gratos resultarían a los dioses, y se consideraba un gran honor para los padres que se hubiera seleccionado a sus hijos. Aun así, cuesta creer que todos hubieran recibido con alegría semejante privilegio.

Los incas, sin embargo, también practicaban una forma más suave de sacrificio: caminar. Pese a que de las creencias de los incas no sabemos tanto como de las de los

aztecas, entre otras cosas porque, que se sepa, los incas no tenían ningún sistema de escritura, su sistema *zeq* parece haber sido una inmensa red de caminos sagrados. Algunos rectos, otros en zigzag, se extendían desde los templos más venerados de los incas en Cuzco y llegaban a santuarios que se encontraban a lo largo y ancho del territorio inca. Se asignaron caminos diferentes a los distintos grupos sociales a medida que los incas intentaron mantener la buena voluntad de sus dioses mediante los esfuerzos de algo parecido a unos *clubes de senderismo sobrenatural*. Si bien algunos de estos senderos rituales eran cortos, otros se extendían a lo largo de cientos e incluso miles de kilómetros, hasta los mismos confines del imperio. Uno de ellos llega hasta lo que en la actualidad es el yacimiento arqueológico situado a mayor altura del mundo, en la cima del Llullaillaco, en Argentina, a la asombrosa altura de 6739 metros. Aquí, por encima de un ancestral campamento base inca, los arqueólogos encontraron una plataforma y una multitud de objetos sacrificiales, que van desde las plumas al oro, pasando por estatuillas y llamas de plata, depositados allí por un grupo de montañeros religiosos olvidado hace ya mucho.

Estas prácticas parecen muy distintas a cualquier cosa que hayamos visto con anterioridad. Pero ¿realmente lo eran? Así volvemos a la pregunta que hicimos antes: ¿Eran radicalmente distintas las creencias americanas primitivas de las que se desarrollaron en el hemisferio oriental? La respuesta, muy sencilla, es no. De hecho, las creencias americanas primitivas son notables por su semejanza con las de otras partes.

En épocas primitivas esto no resulta sorprendente. Es natural que los primeros americanos creyesen en el chamanismo de los cazadores-recolectores, pues habrían traído consigo esta religión cuando llegaron por primera vez a América desde Asia hace más de diez mil años. Ahora bien, incluso después de que los americanos se separasen por completo de los pueblos de Eurasia y África, desarrollaron creencias muy semejantes. En tanto agricultores, los mesoamericanos idearon dioses parecidos a los que fueron imaginados a orillas del Éufrates, el Ganges y el Nilo: había dioses del clima, dioses del planeta, dioses de los cultivos y espíritus animales ascendidos a dioses. Los dioses de los mayas eran curiosamente contradictorios (a la vez buenos y malos, masculinos y femeninos), como los dioses hindúes. Los mayas escrutaban el cielo en busca de indicios enviados por los dioses con la esperanza de poder predecir los acontecimientos futuros, como los mesopotámicos y los chinos, entre otros. Los mayas buscaban asesoramiento sobrenatural para saber qué días eran días de suerte o de infortunio para llevar a cabo empresas importantes, como habían hecho los romanos o los egipcios. Y, al igual que los pueblos agrícolas primitivos de todo el mundo, los primeros americanos temían sufrir desastres si no aplacaban constantemente a sus dioses con rituales, sobornos y proyectos que requerían cantidades ingentes de trabajo.

Los mesoamericanos hasta desarrollaron su propia versión de una vida feliz en el más allá. Los valerosos guerreros mayas y aztecas aspiraban a librarse del destino

de la mayoría de sus coetáneos, que iban a acabar en un oscuro inframundo repleto del hedor a cadáveres en descomposición, mientras que ellos iban a elevarse hasta el paraíso. Semejante más allá también se les prometía, curiosamente, a los guerreros capturados y sacrificados por sus enemigos. Y lo que quizá resulte más sorprendente, también a las mujeres que morían al dar a luz y a cualquiera que hubiera muerto ahogado. El paraíso americano primitivo parece haber estado basado en una mezcla de compasión y de admiración por la valentía. No obstante, comparado con el paraíso en Eurasia y África, la primitiva vida americana feliz en el más allá nunca se vio sometida a una revolución popular. Durante más de mil años siguió estando disponible solo para una élite selecta, mientras que la mayoría social tenía que conformarse con la perspectiva de un inframundo miserable. Claro está que llevó muchos siglos que el paraíso para todos apareciera en Eurasia y África. Es muy posible que a los americanos nativos se les habría ocurrido un paraíso popular si los hubieran dejado solos por más tiempo.

Hasta la fascinación de los americanos primitivos por los sacrificios de sangre apenas puede considerarse original. Como ya vimos antes, los sacrificios humanos organizados ya se practicaban con casi toda certeza en Çayönü, en la actual Turquía, desde el año 8000 a. C., y seguramente en otros muchos lugares, desde Jericó hasta Çatalhöyük. Incluso en tiempos históricos, siguieron practicándose sacrificios humanos, si bien era algo relativamente raro. Solían utilizarse para proporcionar a un gran señor asistentes en el más allá, y se han descubierto víctimas en tumbas del antiguo Egipto y en los enterramientos chinos y vikingos primitivos. En un momento de desesperación, hasta los griegos, tan racionales, recurrieron a dicha práctica matando a tres persas capturados antes de la batalla de Salamis, en el año 480 a. C. Los americanos primitivos sencillamente llevaron los sacrificios de sangre más lejos de lo que lo habían hecho otros.

Asimismo, el juego de pelota mesoamericano tiene resonancias en las luchas de gladiadores, práctica ideada por primera vez por los etruscos para conmemorar los funerales de hombres importantes. Pese a que con los romanos esas luchas se convirtieran en una forma de entretenimiento, y también de endurecimiento del carácter nacional, lo más probable es que el ambiente que reinase en un circo romano no fuera ajeno al de una cancha de pelota maya: una mezcla embriagadora de juego y violencia mientras los espectadores animaban a sus respectivos bandos con la esperanza de sacarse un dinerillo.

Dividir el tiempo en eras distintas, como hacían los mayas, era algo habitual en otras religiones, desde el hinduismo hasta el cristianismo, e intentar predecir el futuro era una inquietud prácticamente universal. Ni siquiera el sistema *zeq* de los incas puede pretender ser una auténtica novedad. Por todo el mundo podían encontrarse partidas de viajeros devotos, desde los hindúes y los sijs que visitaban sus lugares sagrados a los musulmanes que viajaban a La Meca para el Haj o los cristianos que caminaban hasta lugares de peregrinación como Santiago de Compostela. Hasta la

arquitectura religiosa americana primitiva se parece a la que ha sido hallada en otras partes. Las pirámides de Teotihuacán, en México, de la ciudad maya de Tikal o de Chan Chan, en Perú, son fácilmente reconocibles por su parentesco con las pirámides egipcias o los zigurats de Mesopotamia.

De manera que, para concluir, este vistazo a las creencias de China y de América indica lo asombrosamente *poco originales* que somos los seres humanos. Si se pone a la gente en una determinada situación, con formas de alimentarse concretas e intentando sobrevivir, tendrán más o menos los mismos temores e intentarán consolarse inventándose creencias similares, todo lo cual parece confirmar la noción de que la religión es una especie de espejo que refleja aquellas cosas que más ansiedad nos producen.

Hemos echado un vistazo a cómo y por qué es posible que inventáramos por primera vez a los dioses. Hemos seguido el proceso de aparición de la mayoría de las religiones que dominan hoy en día el panorama de la fe, entre ellas el budismo, el cristianismo, el judaísmo y el islam. ¿Queda algo más por contar? La imaginación humana es inquieta. Había nuevos inventos en ciernes que habrían de inspirar algunos de los acontecimientos más destructivos de épocas recientes. Y curiosamente, surgieron en esa misma parte del mundo en la que la imaginación religiosa estaba excluida.

REÍRSE DURANTE TODO EL CAMINO HASTA LA PIRA

En el año 1022, un caballero llamado Aréfast viajó a la ciudad francesa de Orleans con su capellán, Heribert, presumiblemente para adquirir nuevos conocimientos de religión. Ahora bien, la visita de Aréfast no fue un asunto nada transparente. La gente a la que buscaba, entre ellos un antiguo confesor de la reina de Francia, era un pequeño círculo clandestino que rechazaba creencias fundamentales de la Iglesia católica.

El grupo se negaba a aceptar que Jesús hubiera resucitado después de morir o que volviera a la vida durante la misa. Negaban que la Iglesia fuera la única manera de alcanzar a Dios. Creían que se podía acceder directamente a él, mediante la *iluminación interior*, e incluso que podían limpiarse unos a otros de pecado, a través de una ceremonia de imposición de manos que habían ideado. De hecho, el grupo había despojado a la Iglesia de su papel más fundamental: la de representar a Dios en la tierra. A ojos de los europeos del siglo XI, semejantes ideas constituían un caso manifiesto de *herejía*.

Si el círculo de Orleans tenía sus secretos, también los tenía Aréfast. Su capellán, Heribert, ya ganado para la causa de los disidentes, creía haber convertido exitosamente a su señor. Aréfast, sin embargo, estaba haciendo un doble juego. Se había puesto secretamente en contacto con el rey de Francia, Roberto el Piadoso, y las autoridades eclesiásticas de Chartres. Aréfast iba a entrar en la clandestinidad con su aprobación para extirpar a aquellos enemigos de la Iglesia.

En Orleans, el caballero se ganó la confianza de los herejes hasta que estos le explicaron sus creencias. Entonces Aréfast cerró la trampa. A petición suya, varios obispos viajaron en secreto a Orleans. También lo hicieron el rey francés y su reina, Constanza, sin duda porque temían que ellos mismos podían verse salpicados por la mancha de la herejía. Al fin y al cabo, el líder del círculo, Etienne, había sido el confesor de Constanza. Al día siguiente de la llegada de la pareja real, todo el grupo, unas veinte personas en total, fue detenido por agentes del rey en una casa que frecuentaban y conducido a una iglesia local cargados de cadenas para ser juzgado. La pareja real se quedó mirando mientras al principio negaban las acusaciones vertidas contra ellos y, cuando Aréfast dejó de lado la tapadera y los denunció, lo reconocieron todo en tono desafiante. Los clérigos que había entre ellos fueron

despojados de sus vestimentas; el castigo era inminente. Para la reina Constanza también habría una *venganza* personal:

Cuando el rey dio la orden, la reina Constanza se colocó delante de las puertas de la iglesia para impedir que el pueblo común los matara dentro de la iglesia, y fueron expulsados del seno de esta. Mientras eran expulsados, la reina golpeó a Etienne en el ojo con la vara que llevaba en la mano. Los condujeron fuera de las murallas de la ciudad, se encendió una gran hoguera en cierta casa de campo y todos fueron quemados... salvo un clérigo y una monja, que se habían arrepentido por voluntad de Dios^[1].

Fue prácticamente el primer caso de ejecución de herejes en Europa occidental. Solo se había producido otro más, setecientos años antes: un obispo español, Prisciliano, que había sido acusado de maniqueísmo. Las ejecuciones de Orleans marcaron el comienzo de una tendencia nueva y macabra, y le siguieron otras muchas muertes en la hoguera. ¿Por qué, cabría preguntarse, correría nadie el riesgo de ser acusado de herejía? ¿Por qué provocar al poder de la Iglesia y del Estado? ¿Por qué indisponerse contra la obsesión del cristianismo por el control ideológico? Más extraño todavía, ¿por qué aferrarse a las creencias que uno tuviera y sufrir una muerte espantosa cuando uno podía salvarse arrepintiéndose? Una versión relata que el círculo de Orleans se reía mientras eran atados a la pira, yendo al encuentro de su destino con alegría.

Las fuentes contemporáneas rara vez resultan demasiado esclarecedoras a la hora de explicar por qué los herejes actuaban como lo hacían. No era algo que consideraran importante. La principal fuente de la denuncia del grupo de Orleans realizada por Aréfast (Pablo de San Pedro de Chartres) declara simplemente que habían sido «atrapados por una herejía diabólica». No le preocupaba comprender a los herejes, sino demostrar que habían sido conquistados por el demonio para hacer el mal. No hacían falta más análisis. En la actualidad podemos hacerlo un poco mejor. Los motivos por los que la gente se arriesgaba a morir en la pira eran muy variados y dependían de las creencias que habían adoptado. Ninguno de estos grupos, ni que decir tiene, se habría considerado herético a sí mismo; esa etiqueta se la puso la Iglesia. Un nombre más apropiado, desde el punto de vista contemporáneo, sería el de *disidentes religiosos*. Consideraban que su forma de adorar a Dios era la verdadera y que les valdría una plaza en el paraíso, mientras que quienes siguieran a la Iglesia oficial estarían condenados.

Un grupo se exponía a la pira por considerarse a sí mismo *divino*. Creían que podían alcanzar a Dios entrando en trance y que eran tan próximos a él como lo había sido Jesús. Estas creencias estaban en el núcleo del fenómeno denunciado por la Iglesia como la «herejía del Libre Espíritu». Este nombre aparece por primera vez en el siglo XIII, cuando se bautizó así a un grupo de catorce clérigos en París que, salvo

tres que se retractaron, fueron quemados en 1209. Las creencias del círculo, sin embargo, eran mucho más antiguas.

Desde muchos puntos de vista pueden ser considerados como descendientes directos de la religión más primitiva, cuando los chamanes se ponían en contacto con los espíritus animales entrando en trance. La dramática pérdida de uno mismo a través de la adoración, conocida como misticismo, tendría presencia en muchas religiones, entre ellas el cristianismo de los primeros tiempos, donde se manifestaba cuando la gente hablaba idiomas desconocidos: como hemos visto, despotricaban de manera incomprensible creyendo que estaban poseídos por el Espíritu Santo. La Iglesia no tenía problemas con ese tipo de conductas. La cosa cambió, sin embargo, cuando los entusiastas llevaron el asunto más allá e imaginaron que ellos mismos eran divinos. Semejante modo de pensar constituía un reto para la Iglesia desde todo punto de vista. Si uno llevaba a Dios dentro de sí, ¿para qué necesitaba obispos que mediaran entre ambos? La noción de la propia divinidad también es muy antigua. Los faraones egipcios se habían considerado divinos a sí mismos; los filósofos griegos, en particular, Platón, habían sugerido que las personas llevaban dentro la divinidad; y los gnósticos cristianos dieron por hecho que eran parecidos a dioses. Por lo visto, el desgraciado círculo de Orleans albergaba ideas semejantes.

A la Iglesia le resultó sumamente difícil lidiar con los Sutiles de Espíritu, como se denominaban a sí mismos los miembros de esta congregación. A pesar de los muertos en las hogueras parisinas, el movimiento se prolongó durante varios siglos, a medida que círculos muy reducidos pero muy fervientes se dispersaban a lo largo y ancho de Europa, una forma de organización que hacía muy difícil descubrirlos. Dichos grupos solían estar compuestos por un líder carismático, al que se consideraba divino, y por devotos, que se sometían a un aprendizaje largo y humillante de obediencia absoluta con la esperanza de poder llegar a serlo.

¿Por qué arriesgaba su vida la gente para unirse a tales grupos? Es posible que un motivo fundamental fuera la *frustración* con el universo fuertemente conservador en el que vivían. Cosa poco habitual entre los grupos considerados heréticos, los Sutiles de Espíritu solían ser cultos y ricos. Eran personas que esperaban algo de la vida, en lugar de limitarse a sobrevivir un día tras otro. Sus creencias les permitían *sentirse libres*. Al ser divinos, y por tanto perfectos, se sentían superiores a los santos, a los ángeles y a veces al mismo Jesucristo. Tampoco *podían pecar*. De hecho, los Sutiles de Espíritu consideraban que tenían el *deber de pecar*, pues la obediencia a las reglas cristianas estaba considerada como signo del demonio. Esta noción significaba en particular que podían y debían mantener relaciones sexuales con quien quisieran. Sus grupos se entregaban a una especie de amor libre medieval.

También debían *coger* cualquier cosa que les gustase. Los Sutiles de Espíritu partían del razonamiento de que puesto que Dios lo había creado todo, y ellos mismos eran Dios, todo les pertenecía. El exmonje Martin de Maguncia, quemado en la hoguera en el año 1393, creía que tenía pleno derecho a mentir, a robar, a comer en

una taberna sin pagar y a golpear o matar a cualquiera que no estuviera de acuerdo. De modo que este fenómeno, que animaba a los individuos a descubrir su verdadero potencial y a resistirse a las presiones del rebaño, puede considerarse como el precursor de dos cosmovisiones que siguen cautivando a la gente hoy en día: el anarquismo y el romanticismo.

La mayoría de quienes fueron etiquetados como herejes por la Iglesia tenían una visión del mundo bastante más sencilla. Se negaban a aceptar la autoridad de la Iglesia (esa era la definición de la herejía) porque era una institución que detestaban. Su resentimiento solía estar inspirado en cuestiones de dinero, poder y sexo. Hacia el siglo XI, cuando comenzó a quemarse a personas en la hoguera por herejía, la Iglesia se había convertido en el mayor terrateniente y el máximo recaudador de impuestos de Europa occidental. Muchos clérigos llevaban una vida de lujo financiada por los diezmos pagados por quienes no eran clérigos. Los sacerdotes vivían abiertamente con sus amantes y sus hijos ilegítimos. A algunas personas se les hacía imposible aceptar que una Iglesia que ellos detestaban gozara de la aprobación de Dios. Así pues, para ellos, la Iglesia había fracasado en lo que constituye el producto más fundamental de toda religión: proporcionar consuelo. Ahora bien, si la Iglesia no tenía a Dios de su parte, ¿cómo iba uno a entrar entonces en el cielo? El resultado fue una especie de *pánico por llegar al paraíso*.

Por curioso que pueda parecer, había sido la Iglesia la primera en inspirar esa forma de pensar. Cuando la Iglesia se depuraba, los movimientos heréticos se extinguían. Cuando los líderes de la Iglesia hacían la vista gorda ante la corrupción, florecía la disidencia. De manera que durante quinientos años, la Iglesia y sus adversarios se embarcaron en una especie de *tango para dos*. El baile comenzó alrededor del año 1050, después de que el papado se deshonrara a sí mismo tras una sucesión de papas espectacularmente depravados que culminaron en un adolescente asesino, Benedicto IX, que vendió su cargo antes de cambiar de idea y volver a recuperarlo. Esto produjo una reacción, cuando un grupo de exmonjes idealistas se hicieron con el control del papado y pusieron en marcha una gran limpieza conocida como la reforma gregoriana. Prohibieron la práctica (que nunca había sido legitimada, pero sí tolerada discretamente durante siglos) de que los sacerdotes vivieran con amantes. Atacaron la opulencia y la corrupción eclesiásticas. Y lo más curioso de todo, alentaron los ataques contra el clero rico por parte de sus colegas más pobres, e incluso por parte de los laicos. La Iglesia fue purgada desde abajo y desde fuera, en una especie de *revolución cultural maoísta* católica.

Durante la purga no hubo prácticamente ninguna disidencia religiosa. Cuando flaqueó, hubo problemas. Después de haber sido animados a exigir la castidad y la pobreza de los clérigos, a algunos cristianos les resultó imposible guardar silencio cuando, a partir del año 1100, la Iglesia recayó en costumbres más relajadas. Comenzaron a surgir movimientos heréticos. Uno de los más tristemente célebres comenzó en el año 1112 en los Países Bajos, donde la gente se congregaba en

multitud para escuchar a un predicador itinerante llamado Tanchelmo, que denunció a un sacerdote que vivía en Amberes por vivir con su amante. Cuando Tanchelmo extendió sus ataques a la Iglesia en conjunto, diciéndole a la gente que no asistiera a misa ni pagara el diezmo (propuesta siempre popular), se convirtió en una figura de tipo monárquico en la zona de Utrecht y viajaba con una escolta armada que llevaba su estandarte. A medida que su poder fue aumentando, también lo hizo su autoestima y, como los Sutilles de Espíritu, decidió que era divino y que estaba a la par con Jesús. Para ilustrar esa afirmación hasta dirigió una ceremonia en la que contrajo matrimonio con una estatua de madera de la Virgen María. Sus seguidores no veían nada malo en esa conducta y, de manera un tanto inquietante, buscaban botellas de su agua de baño para beberlas como agua bendita. A sus ojos Tanchelmo, que decía ser la única Iglesia, ofrecía un camino al paraíso mucho más convincente que la Iglesia real. Incluso después de que acabara mal, asesinado por un sacerdote, y fuera oficialmente deshonrado, siguió siendo reverenciado durante unos años.

Tanchelmo aliviaba el pánico del paraíso asegurando a la gente que él estaba tan cerca de Dios como Jesús. Existían, no obstante, muchas otras formas de bálsamo en el mercado. Algunos, como ya vimos en un capítulo anterior, ofrecían a sus seguidores una alternativa completa al paraíso en forma de un inminente fin del mundo que iba a producirse sin asistencia alguna por parte de la Iglesia. Algunos adoptaron un enfoque más erudito y sostuvieron que tenían contacto directo con Dios *a través de su palabra*: la Biblia. En aquella época no era fácil acceder a la palabra de Dios. La mayoría de los europeos medievales no sabía leer, y la Biblia solo estaba disponible en latín. Era un arreglo que a los eclesiásticos les venía bastante bien, pues los colocaba en una firme posición de control de todas las cuestiones teológicas. Podían practicar una especie de *selección a su aire* de las Escrituras, haciendo caso omiso de las partes inquietantes o contradictorias, como era inevitable en un libro compilado por docenas de autores a lo largo de muchos siglos.

El primer europeo medieval que realizó un intento concertado de tratar de hincarle el diente a la Biblia fue un empresario de Lyon devoto pero inculto llamado Pedro Valdo. Durante la década de 1170 cambió la riqueza por la pobreza, comenzó a predicar por las calles de Lyon y, a fin de entender mejor su religión, encargó a unos eruditos que tradujeran la Biblia a la lengua local franco-provenzal. Es más peligroso saber un poco que no saber nada. Para sus incultos seguidores, los valdenses, la emoción de descubrir que podían interpretar la Biblia por su cuenta pronto les condujo a empezar a criticar la corrupción de la Iglesia. El movimiento fue declarado herético, y si bien continuó existiendo durante otros tres siglos, sus miembros estuvieron cada vez más preocupados (comprensiblemente) por los esfuerzos de la Iglesia para descubrirlos y quemarlos. De manera que acabó convirtiéndose en una especie de sociedad secreta: una colección de grupos de lectura de la Biblia acosados y clandestinos, la mayoría de ellos ocultos en los Cárpatos, cuyos miembros asesinaban a cualquiera del que sospechasen que planeaba traicionarlos.

Otro grupo surgido en esta misma época tenía un enfoque mucho más ambicioso. Pretendía *reemplazar a la Iglesia existente por otra*. Así llegamos a lo que sin duda fue el más extraño de los movimientos heréticos medievales: los cátaros. Los cátaros fueron la rama europea occidental de un movimiento que surgió por primera vez en la Bulgaria del siglo x, los bogomiles, que aunque se consideraran cristianos, apenas resultaban reconocibles como tales. Los bogomiles radicales, atónitos de que su mundo estuviera tan lleno de maldad, llegaron a la conclusión —al igual que los zoroastristas, los maniqueos y los gnósticos cristianos antes que ellos— de que había sido creado no por un dios, sino por *dos*: uno bueno y otro malo. Y por si acaso, también creían que había *dos* creaciones, *dos* paraísos, *dos* tierras, *dos* mundos eternos y *dos* tipos de ángeles.

En el Languedoc y el norte de Italia, el catarismo se convirtió, a finales del siglo xi, en una Iglesia rival, con su propia estructura y con obispos propios. ¿Qué es lo que lo hacía tan atractivo? Parte de la atracción, sin duda alguna, residía en el hecho de que *no era la Iglesia*. Para todos aquellos que estaban asqueados de lo mundanal del clero y que dudaban de la afirmación de la Iglesia de que podía ayudarles a alcanzar el cielo, el catarismo ofrecía el atractivo de la *extrema virtud*. Entre los cátaros había una élite, denominada, de manera muy apropiada, los Perfectos, cuya abnegación superaba incluso la de los primeros cristianos de Pablo. Los Perfectos tenían prohibido el sexo de cualquier clase. Si estaban casados, tenían que elegir entre abandonar a sus cónyuges o convivir con ellos en el más estricto celibato. A los Perfectos, que siempre estaban ayunando (eran célebres por su delgadez y palidez), no se les permitía ingerir alimentos engendrados, directa o indirectamente, mediante relaciones sexuales, lo que excluía la carne, los huevos y el queso (si bien, debido a una escasa comprensión de la reproducción, *sí* se permitía a los Perfectos consumir pescado, que creían que había sido engendrado de manera asexual por el agua). Su austeridad les valió adeptos que consideraban que cualquiera que fuera capaz de seguir un estilo de vida tan deprimente tenía que haber sido bendecido por Dios.

De forma muy sabia, el catarismo también ofrecía un segundo régimen, menos exigente, para quienes no tuvieran una mentalidad tan puritana. Los cátaros que no fueran Perfectos podían mantener relaciones sexuales y consumir carne cuando quisieran, y aun así alcanzar el paraíso cátaro, siempre y cuando se convirtieran en Perfectos en su lecho de muerte a través de una ceremonia conocida con el nombre de *consolamentum*. Aun en el caso de que algo saliera mal y murieran sin haber sido iniciados, todavía había esperanza, pues los cátaros creían en la reencarnación. En la próxima vida les aguardaba otra oportunidad.

No obstante, en algunos aspectos el catarismo era una religión desconcertantemente *intranquilizadora*. Su popularidad seguramente se debió a su secretismo. Solo los Perfectos estaban al tanto de la gama doctrinal completa, que como mínimo era desalentadora. Ni siquiera un Perfecto completamente abstemio

tenía garantizado un lugar en el paraíso. El motivo se debía a la curiosa versión del relato de la creación que tenían los cátaros. Según este relato, del que existían muchas variaciones, poco después de la creación, el dios malo, Satanás, invadió el cielo y encerró a los ángeles hasta entonces asexuados en cuerpos humanos sexuados. Los cátaros creían que cuando recibían *consolamentum*, escapaban de sus cuerpos humanos y regresaban a su estado angelical originario. Por desgracia, no podían estar seguros de que hubieran sido uno de los ángeles manipulados por Satanás. Era posible que nunca hubieran sido ángeles, sino demonios hechos por Satanás en su creación inicua. Si habían sido ángeles creados por el dios bueno, después de muertos irían al paraíso cátaro. Si, por el contrario, habían sido demonios, pasarían la eternidad en el infierno.

No era este el único temor que turbaba el sueño de los Perfectos. También estaban constantemente preocupados de que pudieran ser excluidos del paraíso por algo que había *hecho otra persona*. El pecado cátaro tenía un carácter terriblemente definitivo. Para los Perfectos, todos los pecados mortales eran igual de graves. Cualquier transgresión excluía del cielo a su autor, desde cometer un asesinato a comerse un huevo. Las reglas religiosas cátaras hacían más preocupante todavía esta severidad. Según estas, a un Perfecto solo podía crearlo otro Perfecto. Por tanto, los cátaros tenían una línea sucesoria muy parecida a la de la imposición de manos por parte de los sacerdotes de la Iglesia cristiana. A diferencia de esta, sin embargo, los cátaros creían que si un Perfecto se descarriaba del buen camino, entonces, mediante una especie de reacción en cadena, todos los Perfectos que hubiera creado y los que habían sido a su vez investidos por ellos también *caerían*. De hecho, toda un ala de la Iglesia cátara podía perder legitimidad porque alguien, en alguna parte, hubiera dado un bocado a un trozo de queso.

Algo así sucedió. En 1167, cátaros tanto de Italia como del Languedoc fueron convertidos a una nueva y radical forma de esa fe por un bogomil búlgaro llamado Nicetas. Poco después, sin embargo, apareció otro bogomil, que traía la grave noticia de que el Perfecto que había concedido el *consolamentum* a Nicetas había sido sorprendido en sospechosas circunstancias con una mujer. De un solo golpe, el catarismo europeo-occidental fue a la deriva. Mientras que los cátaros del Languedoc optaron, muy sabiamente, por hacer caso omiso de aquella noticia, los de Italia se la tomaron muy en serio. Delegaciones procedentes de ciudades italianas viajaron al este para ser *reconsoladas*. Por desgracia, los rituales fueron realizados por Perfectos pertenecientes a ramas diferentes del bogomilismo. Las ciudades italianas, que ya rivalizaban intensamente entre sí por otros motivos, ahora competían también en materia de herejía, albergando a sectas rivales cátaras.

Finalmente, no obstante, no fueron las divisiones de los cátaros las que los llevaron a la decadencia, ni tampoco la campaña militar lanzada contra ellos, la Cruzada albigense, más brutal que eficaz. Los cátaros fueron derrotados porque la Iglesia reanudó su propia depuración. En 1210 y 1216 surgieron dos nuevas órdenes

monásticas, ambas dedicadas a una vida de la máxima pobreza y sencillez: los franciscanos y los dominicos. La imagen de la Iglesia pronto comenzó a mejorar. Los dominicos fueron fundados específicamente para derrotar a los cátaros, y, a comienzos de la década de 1230, el papa Gregorio IX creó una nueva institución con personal procedente de dicha orden y dedicada a extirpar herejías: la Inquisición. Poco a poco, fueron desenganchando a las gentes del Languedoc y del norte de Italia de la esperanza en el paraíso cátaro, no tanto quemándolas en la hoguera, lo que era relativamente raro, sino desgastándolas lentamente. La Inquisición mantenía meticulosos registros de sus actividades, los encarcelaba, confiscaba sus propiedades, les impedía obtener empleo y los humillaba obligándolos a llevar grandes cruces amarillas sobre sus ropas. Hacia el año 1300 el catarismo prácticamente se había extinguido.

Para entonces las herejías estaban en retroceso en todas partes. Ahora bien, la autodepuración de la Iglesia no duró mucho. En 1309 el papa Clemente V trasladó el papado de Roma a Aviñón, donde clérigos destacados vivían con un lujo vergonzoso. La autoridad eclesiástica se vio más minada todavía por los ridículos acontecimientos del Gran Cisma cuando, a partir de 1378, primero dos y luego tres individuos proclamaron que ellos y solo ellos eran el auténtico papa.

Fue en ese momento cuando una parte de Europa que hasta entonces no había mostrado sino el más deprimente conformismo religioso entró por fin en la liza herética: Inglaterra. Aquí el erudito de Oxford John Wycliffe siguió el ejemplo de Pedro Valdo, criticando a la Iglesia y mandando traducir la Biblia al inglés. Wycliffe, que se las apañó para morir apaciblemente en su cama, pero que más tarde fue denunciado como hereje, inspiró un movimiento, los lolardos, que se parecía mucho a los valdenses y perduró en forma de minúsculos grupos de lectura de la Biblia clandestinos y perseguidos. Las denuncias contra la Iglesia realizadas por Wycliffe, sin embargo, también tuvieron otro impacto, mucho más explosivo. Encontraron partidarios, de forma un tanto sorprendente, mil kilómetros más al este, en Bohemia, donde contribuyeron a alumbrar el mayor estallido herético de Europa hasta la fecha. La ira de Wycliffe tuvo mucha resonancia entre los checos, exasperados por la venalidad de su clero, mayoritariamente germano. Cuando el líder religioso checo Jan Hus fue apresado arteramente, juzgado y quemado en la hoguera por inquisidores eclesiásticos, en 1415, Bohemia rompió con la Iglesia de Roma.

Sin Inquisición que la controlara, el país pronto se convirtió en una especie de «*Grand Central Station*» de la religión disidente, en la que los lectores de la Biblia valdenses se codeaban con los taboritas, apocalípticos e igualitarios, que habían hecho arder sus propias granjas para librarse de la pecaminosidad de la riqueza. Los miembros de uno de aquellos grupos, los adamitas, creían, al igual que los Sutiles de Espíritu, que eran divinos y superiores a Jesús. En 1421 establecieron su campamento en una isla del río Nezarka, donde, hasta que los mataron unos horrorizados taboritas, andaban desnudos, gozaban del amor libre y, tras haberse despojado de toda

propiedad, hacían incursiones en aldeas vecinas para conseguir alimentos en una guerra santa autodeclarada, en la que mataban a cualquiera que cayera en sus manos.

Ahora bien, incluso en el siglo xv, momento en que la Iglesia estuvo sometida a la máxima presión por parte de los disidentes religiosos, la inmensa mayoría de los europeos siguió obedeciendo sus normas, haciendo caso omiso de sus defectos y aceptando tranquilamente su camino para llegar al cielo. Fueron muchos los que siguieron a la Iglesia con la más intensa devoción. A partir de comienzos de la década de 1450, cuando fueron derrotadas las últimas fuerzas husitas checas, casi todos los europeos aceptaron la cosmovisión de la Iglesia. Los movimientos heréticos fueron extinguiéndose, hasta tal punto que la Inquisición no sabía qué hacer para entretenerse (como veremos en el capítulo siguiente, eso tuvo consecuencias desafortunadas). A medida que se avecinaba el siglo xvi, la Iglesia sentía más confianza en sí misma de la que había sentido en siglos.

Esa confianza iba a resultar imprudente.

ABRIR LA CAJA DE PANDORA

El 31 de octubre de 1517, Martín Lutero se aproximó a la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg y clavó en ella una iracunda denuncia de las prácticas de la Iglesia. Esa acción habría de ser celebrada después en los libros de texto escolares, y no obstante, en aquel entonces, si a Lutero le hubieran contado las consecuencias totales de su acción, se habría quedado no solo atónito, sino además profundamente consternado.

En muchos sentidos, Lutero es una figura familiar. Tenía mucho de profeta: carismático, obstinado y muy agresivo con todos los que se oponían a sus puntos de vista. Al igual que otros profetas, tenía una banda de leales discípulos que anotaban sus comentarios más memorables, realizados durante las comidas, y estas anotaciones fueron reunidas después de su muerte en un volumen titulado *Colloquia Mensalia*. Por encima de todo, tenía la desilusión de un profeta con el *establishment* religioso de su época, la Iglesia católica, que él creía que se había apartado peligrosamente de las expectativas de Dios. A diferencia de la mayoría de profetas anteriores, sin embargo, logró escapar a una muerte violenta y prematura. Pero se libró por poco. De haber tenido la oportunidad, la Iglesia de Roma sin duda lo habría quemado en la hoguera.

Trastornado durante largo tiempo por el pánico del paraíso y por dudas acerca de su aptitud espiritual, Lutero emprendió la carrera de profeta cuando le chocó de forma novedosa un pasaje de la Epístola de Pablo a los Romanos.

[...] pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primero y también al griego. Porque en él la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: pero el justo vivirá por la fe. (Romanos 1, 16-17).

Extasiado de alivio, Lutero concluyó que *solo la fe* bastaba para llevarle al paraíso. Ahora bien, su descubrimiento, podría decirse, fue menos radical de lo que había imaginado. Había hallado justificación teológica para lo que otros llevaban siglos haciendo: encontrar un nuevo criterio de ingreso en el paraíso. Ahora bien, al actuar así también estaba impugnando el papel de la Iglesia. ¿Qué importaban las normas sacerdotales si con la fe sola bastaba para purificarse de pecado? Aquella era la mentalidad de un hereje, y en una época anterior la trayectoria de Lutero habría sido muy breve. Que no sucediera así se debió en no poca medida a su habilidad para elegir el momento.

Desde la última gran revuelta contra la Iglesia, que se había producido en la Bohemia husita un siglo antes, Europa había cambiado de manera considerable. Ya en época de Lutero, la imprenta llevaba existiendo más de dos generaciones y el número de europeos que no solo podían comprar libros, sino además leerlos era cada vez mayor. Más significativas que el ejemplar de sus noventa y cinco tesis sobre el *Cuestionamiento al Poder y la Eficacia de las Indulgencias* que Lutero clavó a la puerta de la iglesia de Wittenberg fueron aquellas que, de manera menos espectacular, envió a influyentes conocidos suyos. Hasta el propio Lutero se quedó de piedra ante las consecuencias. Pese a estar redactadas en latín, al cabo de dos semanas sus tesis eran conocidas en toda Alemania, y antes de transcurrido un mes en toda Europa.

Fue tras su traducción al alemán cuando, por utilizar una expresión moderna, se extendieron como un reguero de pólvora. Impresas y vueltas a imprimir en toda Alemania, se vendían en la calle y se leían en voz alta en las tabernas y los lugares de trabajo. Aunque la Iglesia respondió con panfletos propios, los de Lutero —tan apasionados, escritos con tanta sencillez, tan iracundos— resultaban mucho más persuasivos, y ganaron para su causa a los príncipes alemanes que le protegían de las autoridades católicas. La Iglesia, tras haber logrado mantener el control sobre las creencias durante más de un milenio, lo perdió en gran parte del norte de Europa en cuestión de meses. Sin el apoyo de los gobernantes locales era prácticamente impotente.

Esto en cuanto a *cómo* logró Lutero cambiar las creencias en Europa. La pregunta clave, tratándose de un libro como este, es: ¿*Qué* creencias aportó? ¿Ideó alguna noción verdaderamente nueva? No pretendía hacer nada semejante. Como muchos reformadores del mundo anteriores, desde Confucio a Jesús, pasando por Mahoma, se consideraba a sí mismo un conservador que pretendía llevar la religión *hacia atrás*. Sus tesis habían sido inspiradas por la repugnancia que le causó un proyecto eclesiástico para recaudar fondos, lanzado en parte para financiar la reconstrucción de la basílica de San Pedro de Roma. Una especie de monje-vendedor ambulante, Johann Tetzel, realizó una gira por Alemania ofreciéndole a la gente la oportunidad de sacar a sus parientes muertos del purgatorio por un módico precio. Atraía a las multitudes con el eslogan: «Cuando en el cofre cae una moneda, el alma del purgatorio se libera».

Lutero, asqueado ante la corrupción eclesiástica (la cual, seamos justos, no era peor en 1517 de lo que había sido en muchas épocas anteriores), pretendía reconducir a la Iglesia a una época anterior. Esa esperanza, no obstante, suscitaba un problema. ¿Hasta dónde había que remontarse? Retrotraer a la Iglesia a las prédicas de Jesucristo era claramente imposible, ya que exigiría la amputación de la mayor parte del cristianismo. ¿Hasta el cristianismo de la Biblia? Eso también estaba plagado de dificultades, pues excluía esa retorcida invención dogmática de la Iglesia, la Trinidad. Si se eliminaba esta, se reiniciaría el debate acerca de hasta qué punto Jesús había sido divino. Lutero decidió optar por un compromiso. Aceptó la Biblia, además de los primeros escritos bíblicos, hasta más o menos la época de la caída de Roma, en el siglo v.

Ahora bien, la visión de la Iglesia de Lutero habría conmocionado a los primeros cristianos. Como sucede con todos los profetas, su anteproyecto religioso era muy *personal*. Hijo de un campesino independiente, tenía formación como teólogo, pero estaba orgulloso de sus raíces sencillas y de ser alemán (y antisemita), además de estarlo de ser padre y cabeza de familia. En 1523 contrajo matrimonio con la vulgar pero leal exmonja Catalina de Bora. Así pues, en la Iglesia de Lutero, a los sacerdotes les estaba permitido casarse, disposición que habría sido completamente inaceptable para los primeros cristianos, obsesionados como estaban por el celibato. Tampoco habrían estado muy satisfechos con el cielo de Lutero, desprovisto de los exigentes requisitos de ingreso del suyo propio y que ofrecía un paraíso favorable a los campesinos y abierto a todo aquel que tuviera fe.

Ese cielo era muy distinto del de los principales rivales de Lutero, el movimiento protestante surgido en Suiza y muy influenciado por Juan Calvino que acabó siendo conocido con el nombre de la Iglesia Reformada. El cielo de Calvino solo era para unos pocos elegidos por Dios. En tanto fervorosos defensores de la idea de que Dios ya había escogido a quienes iban a ser admitidos en el paraíso (la doctrina de la predestinación), los seguidores de Calvino no tenían mayor certeza de que iban a disfrutar de una vida feliz en el más allá que los Perfectos cátaros. Ni la fe ni una vida virtuosa podían garantizar el lugar de uno en el cielo, creían los calvinistas, pues la voluntad de Dios no era algo que pudiera ser controlado por los actos de meros seres humanos. Dios había escogido a quien le había dado la gana escoger. Semejante criterio sería muy poco reconfortante, pero los seguidores de Calvino eran optimistas. *Suponían* que figurarían en la lista.

Por lo demás, *manipulaban las pruebas* para acrecentar su sensación de confianza. Los calvinistas creían que una vida cómoda y opulenta era una señal enviada por Dios de que habían sido seleccionados para el paraíso. De manera que trabajaban laboriosamente para acumular riqueza y así asegurarse de ser portadores del signo de la bendición. Ahora bien, a sus ojos eso no constituía de ningún modo una manipulación de las pruebas, pues el éxito terrenal no era cosa suya, sino que también había sido predestinado por Dios. A partir de esta cosmovisión surgió un

rasgo duradero de la vida del norte de Europa, más tarde conocida como la ética del trabajo protestante.

Hasta aquí la Reforma protestante puede parecer un asunto bastante aburrido, al menos en lo que a la imaginación religiosa se refiere. No hemos visto nada verdaderamente nuevo. No obstante, Lutero fue el responsable indirecto de un enorme caudal de invenciones, pese a que eso fuera lo último que pretendía. Como ya hemos visto, su intención no era perjudicar a la Iglesia, sino devolverla a unas costumbres más puras, pero su revolución produjo unos resultados muy distintos. Acabó con el monopolio de la Iglesia. Europa se dividió religiosamente entre los luteranos y sus rivales protestantes y la Iglesia de Roma. El poder de la Iglesia católica de imponer su punto de vista acerca de todo a través de la Inquisición desapareció de una vez por todas. De repente valía todo.

Del vacío consiguiente surgieron una serie de pequeños movimientos que constituyeron el ala radical de la Reforma y que fueron bautizados como anabaptistas por sus enemigos, porque los miembros de algunos de ellos se bautizaban de nuevo. A menudo los grupos anabaptistas no tenían casi nada en común unos con otros, más allá de una vaga camaradería debida al hecho de que todos eran perseguidos por los católicos y los protestantes ortodoxos.

Fueron los anabaptistas los que proporcionaron la verdadera imaginación religiosa de la Reforma protestante, y sus pequeños movimientos seguían toda una plétora de creencias. Los anabaptistas pacifistas suizos opinaban que Lutero no había ido lo bastante lejos en su marcha hacia el pasado e insistían en que la gente no hiciera caso de ninguna autoridad que no fuera la de la Biblia. Los anabaptistas espiritualistas tomaron el rumbo opuesto y buscaban a Dios dentro de sí mismos al declarar que la Biblia no era en absoluto la palabra de Dios, sino obra humana. Los anabaptistas místicos creían que podían entrar directamente en contacto con Dios a través de trances y visiones, en las que creían que el Espíritu Santo se dirigía a ellos. Los anabaptistas apocalípticos, como siempre, aguardaban el inminente fin del mundo. Los anabaptistas comunitaristas esperaban obtener su lugar en el paraíso viviendo como iguales y compartiendo la propiedad, y a fin de hacerlo organizaron sus propias colonias, primero en el Tirol austriaco, luego, tras ser expulsados, en Moravia, y en Norteamérica. Muchas de estas ideas fueron adoptadas, como vimos en un capítulo anterior, por la teocracia anabaptista que rigió, de forma tan breve como homicida, la ciudad de Münster, en el norte de Alemania, y que daría tan mala fama al anabaptismo durante los siglos venideros.

Fue en Inglaterra donde estas ideas dieron un salto más allá. Arrastrados a la Reforma protestante solo porque el papa Clemente VII se negó a permitir a Enrique VIII que se divorciara de su reina, el país no emprendió el camino de la verdadera inventiva religiosa hasta el siglo XVII. Durante las guerras civiles de las décadas de 1640 y 1650, cuando la autoridad de la Iglesia se derrumbó, la innovación

se propagó desde abajo, e Inglaterra se convirtió en el máximo crisol europeo de la imaginación religiosa.

Uno de los grupos más extraños, aunque también de los más pequeños, de esta época tan asombrosa, fueron los muggletonianos. Esta minúscula secta no decía haber hallado un nuevo camino para llegar al paraíso, sino que sus miembros *sabían por adelantado que iban a llegar a él*. El movimiento fue fundado por dos sastres londinenses, John Reeve y su primo Lodowicke Muggleton, que creían ser los dos últimos testigos mencionados en el Apocalipsis. Ambos primos sostenían que tenían el poder de saber, de un simple vistazo, quiénes irían al cielo después de morir y quiénes acabarían en el infierno. Los seguidores que contaban con el visto bueno de los dos sastres podían disfrutar del consuelo de la salvación garantizada. Como era de esperar, por lo general, quienes aceptaban la autoridad de los dos primos estaban destinados a ir al paraíso, mientras que quienes no la aceptaban estaban condenados, si bien a veces los primos cambiaron de opinión y condenaron a quienes antes habían declarado salvados. El último miembro conocido del minúsculo movimiento murió en fecha tan reciente como 1979.

Una de las corrientes más radicales de la imaginación religiosa inglesa siguió un camino más místico, basado en la comunión incontrolada y de tipo trance con Dios. El primer movimiento que se entregó a tales prácticas apareció tres décadas antes de que comenzara la Revolución Inglesa, cuando, en 1609, un exmiembro del clero de la Iglesia anglicana llamado John Smyth, con su pequeño grupo de seguidores, regresó de Holanda, donde habían pasado un año y habían entrado en contacto con anabaptistas holandeses. En Londres, Smyth fundó una nueva *Iglesia baptista*, que fue reprimida de manera intermitente por la Iglesia anglicana, antes de que la Guerra Civil pusiera fin a todo ese tipo de represiones. Los baptistas eran célebres por lo prolongadas y democráticas que eran sus ceremonias religiosas. Cualquiera podía predicar, incluso (algo muy chocante en la muy machista Inglaterra del siglo XVII) las mujeres. A los oradores ni siquiera se les exigía que hablaran de la Biblia, sino que podían limitarse a expresar sus sentimientos y contar, con intensa efusividad, cómo el Espíritu de Dios había venido a ellos.

Hacia finales de la década de 1630 surgió un grupo, los *seekers*, que se sentaban juntos en silencio a esperar que Dios poseyera a uno de ellos y le hiciera gritar de emoción. Ahora bien, esta religión intensamente emotiva alcanzó su forma más radical con la Sociedad de Amigos, a cuyos miembros se conocería más tarde con el nombre de cuáqueros. Aparecieron por primera vez en 1652, cuando varios predicadores carismáticos, entre ellos George Fox, empezaron a congregarse a multitudes inmensas. Los cuáqueros no tardaron en convertirse en un movimiento fuera de control. En menos de cinco años consiguió unos sesenta mil seguidores. Los cuáqueros, que por aquel entonces todavía no eran pacifistas, alarmaron enormemente a la Inglaterra conservadora debido a la rapidez con la que creció su movimiento y sus enormes y emocionalmente intensos mítines al aire libre.

En su momento más radical, los cuáqueros se convirtieron en una *Iglesia sin Biblia*. Muchos cuáqueros eran orgullosos pero incultos y se mostraban muy suspicaces ante el clero formado en universidades, a cuyos miembros consideraban entrometidos entre ellos y Dios. Los cuáqueros se negaban a quitarse el sombrero ante sus presuntos superiores, perturbaban las ceremonias de la Iglesia anglicana y buscaban el contacto directo con Dios, con la esperanza de hallar lo que ellos denominaban la *luz interior*. George Fox insistía en que Dios hablaba directamente con él, no a través de libro alguno, y algunos cuáqueros sostuvieron que las propias Escrituras eran letra muerta y quemaron sus Biblias. Sus críticos decían, con cierta razón, que al rechazar la Biblia, los cuáqueros apenas eran reconocibles como cristianos. Sin duda cuesta imaginar cómo podría reducirse más el cristianismo a su mínima expresión sin eliminar al mismo Jesús.

El grupo que más conmoción causó, sin embargo, era el que llevaba el nombre de *ranters*. Los miembros de este movimiento de corta vida, formado por grupos minúsculos y dispersos, se hicieron célebres por darse todas las satisfacciones imaginables. Los *ranters* creían que llevaban la divinidad dentro de sí, y algunos fueron más allá y declararon que *ellos mismos* eran Dios. En consecuencia, opinaban que las normas religiosas no iban con ellos y que podían hacer lo que les viniera en gana. Los *ranters* eran conocidos por sus continuos juramentos —incluso durante sus sermones—, por robar, por estar habitualmente borrachos y por mantener relaciones sexuales con todo aquel o aquella que estuviera dispuesto. Dado que su estilo de vida resultaba repugnante a todo el mundo salvo a ellos, los *ranters* lograron unir en su contra a todas las nuevas confesiones inglesas. Tras ser ilegalizados durante el verano de 1650, desaparecieron rápidamente del panorama.

Si todo esto resulta familiar, no es de extrañar. La cosmovisión de los *ranters* era un espejo de la de los anarquistas heréticos medievales que hemos visto anteriormente en este capítulo, la de los adeptos del Libre Espíritu. ¿Existía un vínculo directo entre ambos? No hay ningún dato que así lo indique. Es más probable que, habiendo partido de la misma premisa (que eran divinos), ambos grupos llegaran a la misma grata conclusión: que debían hacer lo que más les gustara.

No obstante, los *ranters* no fueron de ningún modo el único grupo nuevo salido de la Reforma al que pueda considerarse como un descendiente de los movimientos heréticos de la Edad Media. Así era en la mayoría de los casos. Cuando Lutero acabó con la codificación eclesiástica de la Biblia y comenzó a traducirla al alemán en 1522, estaba haciéndose eco de los esfuerzos de Pedro Valdo de Lyon y de John Wycliffe de Oxford. Asimismo, la versión igualitaria y sin propiedad del reino de Jesús de los *diggers* era una repetición de aquella de John Ball durante la revuelta campesina inglesa y de los taboritas de Bohemia que redujeron a cenizas sus propias granjas. El auténtico crisol de la invención religiosa fue la era medieval. La novedad de la Reforma protestante fue que permitió que las herejías se convirtieran en

religiones a medida que la contracultura clandestina se transformaba en una cultura aceptada.

Ahora bien, las nuevas Iglesias de la Reforma cumplieron una innovación que sus predecesores medievales no habían sido capaces de llevar a cabo, algo que podríamos decir que fue la auténtica novedad de aquella época. Trajeron consigo la *tolerancia religiosa*. La tolerancia del pensamiento religioso ajeno había estado ausente del cristianismo desde tiempos de Pablo, y quizá desde los de Jesús. Era algo por lo que tampoco los primeros protestantes sentían el menor interés. Soñaban con una sola Iglesia uniforme, pero que expresase *sus* ideas. En 1525, uno de los primeros predicadores reformados, Ulrich Zuinglio, mandó ahogar en el río Limago, en Zúrich, a uno de los primeros anabaptistas, Felix Manz; y en Sajonia, en 1580, los luteranos quemaron en la hoguera a varios protestantes reformados. A la Iglesia católica le resultó muy difícil, como todo el mundo sabe, dejar atrás el sueño de Pablo de un control ideológico total. Ni siquiera los grupos anabaptistas tenían demasiado interés en la tolerancia, pues estaban esperando felizmente el momento en que todo el mundo salvo ellos pereciera a consecuencia del apocalipsis o Juicio Final. Poco a poco, sin embargo, todas las religiones se vieron *forzadas* a tolerar a sus rivales. No tenían otra opción, ya que carecían del poder necesario para destruirlos. Al llegar el siglo XVII, los cristianos, tras haber reclamado que los tolerasen, exigieron la aceptación de visiones diversas como cuestión de principios. Por vez primera, los cristianos exigieron que se tolerasen visiones del mundo *distintas de la suya*. La era de las persecuciones entre cristianos por fin comenzaba a llegar a su término.

Pero no la era de las persecuciones a secas. Durante el siglo XVII hubo una única cuestión sobre la que *todas* las Iglesias cristianas estaban de acuerdo. Ya fuesen católicos, luteranos o reformistas, anabaptistas o baptistas, tratándose de un fenómeno muy concreto, todos estaban unidos por el temor y el odio.

Lamentablemente.

En julio de 1628, Johannes Junius, burgomaestre de la ciudad de Bamberg, en Baviera, le escribió una carta a su hija.

Buenas noches cientos de miles de veces, queridísima hija Verónica. Entré en prisión inocente, inocente he permanecido mientras me torturaban e inocente moriré. Pues quien entra en la prisión de los brujos, o se hace brujo o lo atormentan hasta que inventa algo y —Dios tenga misericordia— se le ocurre cualquier cosa.

Voy a contarte lo que me ocurrió a mí.

Cuando me torturaron por primera vez estaban presentes mi cuñado, el doctor Braun, el doctor Kotzendorffer y otros dos doctores desconocidos. El doctor Braun me preguntó: «Pariente, ¿cómo has llegado hasta aquí?». Yo le contesté: «Por falsedades y desgracias». «Pero tú eres brujo —replicó—, ¿confesarás voluntariamente? Si no, traeremos testigos y al verdugo». Yo dije: «No soy brujo. Tengo la conciencia tranquila. Aunque hubiera mil testigos, no me preocuparía. Estoy dispuesto a oírlos».

Entonces trajeron ante mí al hijo del canciller, quien aseguró haberme visto. Yo pedí que le hicieran prestar juramento y que lo interrogaran legalmente, pero el doctor Braun se negó. Después trajeron al canciller, el doctor Haan, y dijo lo mismo que su hijo. A continuación vino Höppfen Ellse. Dijo que me había visto bailar en Hauptsmorwald, pero no quisieron que prestara juramento. Yo dije: «Jamás he renegado de Dios y nunca lo haré. Que Dios me libre de tal cosa. Prefiero sufrir cualquier castigo».

Y entonces —¡que el Dios de los Cielos tenga misericordia!— apareció el verdugo y me puso las empulgueras, con las manos atadas, de modo que me salió la sangre a chorros de las uñas y de todas partes, y durante cuatro semanas no he podido utilizar las manos, como podrás observar por mi caligrafía.

A continuación me desnudaron, me ataron las manos a la espalda y me colocaron en la estrapada. Creí que había llegado mi último momento. Me izaron ocho veces y me dejaron caer otras tantas y padecí dolores terribles. Le dije al doctor Braun: «Que Dios te perdone por maltratar así a un hombre honorable e inocente». Él replicó: «Eres un bellaco».

Consciente de que no podría soportar la tortura por mucho más tiempo, Junius se inventó una confesión. Dijo que le había abordado una seductora doncella que a continuación se había convertido en cabra y que le asustó tanto que aceptó abjurar de Dios y ser bautizado en nombre del diablo. Declaró haber asistido a conciliábulos de brujas y cabalgado por el cielo a lomos de un perro negro. Ni siquiera esto, sin embargo, bastó a sus torturadores, y fue obligado a nombrar a otras brujas para que la caza pudiera proseguir.

Junius puso fin a su carta con una anotación en el margen.

Querida hija, seis personas han declarado contra mí: el canciller, su hijo, Neudecker, Zaner, Hoffmaisters Ursel y Höppfen Ellse. Todos los testimonios son falsos. Me han dicho que los han obligado a hacerlo y me han pedido que les perdone en el nombre de Dios antes de que los ejecuten... Solo pueden decir cosas buenas de mí. Los obligaron a confesar, igual que a mí^[1].

La hija de Junius nunca llegó a leer la carta. Fue interceptada e incorporada a las pruebas que iban a ser utilizadas contra su padre.

Se trata de una historia conmovedora, pero no obstante, cabe preguntarse: ¿Qué hace la brujería en un libro acerca de creencias? Como reconocería cualquier historiador serio, en la Europa medieval y renacentista *no había brujas*. Había *hechiceros*, a los que a veces se acusaba de brujería, pero esto era algo completamente distinto. La hechicería era la idea de que todas las cosas naturales estaban unidas por vínculos invisibles. Eso significaba que alguien que entendiera de tales cosas podía, por ejemplo, dañar a otra persona clavándole alfileres a un muñeco, o proteger cultivos arrojando unas hierbas a una hoguera. La hechicería tenía una presencia tan universal en culturas de todos los rincones del planeta que es probable que haya sido una de las primeras creencias de la humanidad, y quizá evolucionara a partir del chamanismo. En la Europa medieval y renacentista, pese a encontrarse en decadencia, seguía siendo practicada por un buen número de individuos. Si bien algunos disfrutaban claramente con la idea de que estaban infligiendo daño en secreto a sus vecinos, la mayoría de ellos no parecen haberse dedicado a mezquindades, sino a protegerse a sí mismos. Obraban hechizos para tratar de contrarrestar los que otros podían haber lanzado contra ellos, en lo que constituían una especie de *pólizas de seguros sobrenaturales*.

La brujería, por el contrario, no era una creencia practicada por nadie, a despecho de las afirmaciones de quienes organizaban cazas de brujas. ¿Y qué decir del *miedo a las brujas*? Los relatos de brujas, que solían ser muy semejantes entre sí, apenas podrían haber estado mejor calculados para inquietar. Las brujas eran en su mayoría mujeres de avanzada edad. Podían cambiar de forma y volar por los aires. Solían ir acompañadas de espíritus inteligentes y astutos con forma animal. Se reunían en grupos para bailar, celebrar orgías y ser poseídas por espíritus malignos. Y

lo más alarmante de todo, las brujas entraban a hurtadillas en las casas mientras sus habitantes dormían, les chupaban la sangre, mantenían relaciones sexuales con ellos, consumían su carne, los hacían enfermar y mataban a sus hijos. Semejante fenómeno no parece tanto una creencia como una representación imaginativa de temores humanos hondamente arraigados.

Y no obstante, no cabe duda alguna de que el miedo a las brujas sí era una *creencia*. Lo sabemos porque, a diferencia de la hechicería, el miedo a las brujas estaba lejos de ser universal. Si hubiera sido un temor humano instintivo, cabría esperar que hubiera existido en todas partes, pero el miedo a las brujas solo había existido originariamente en dos partes del mundo: Europa y África. Desde Escandinavia al sur de África las imaginaciones de la gente estaban obsesionadas con relatos acerca de grupos de mujeres nocturnas malvadas, pero en China, la India, Australia y la América precolombina la gente tuvo que encontrar otras criaturas con las que poblar sus pesadillas.

Es probable que las brujas, como la astrología, fueran una exportación mesopotámica. La diosa mesopotámica Lamashtu, que tenía cabeza de león, dientes de burro, pies de pájaro y largas uñas, y que estaba acompañada por dos serpientes, se dedicaba a atacar a las personas mientras dormían, matar a hombres, niños y recién nacidos y beber su sangre. Entre los judíos, había un espíritu femenino infernal llamado Lilith que atravesaba el cielo nocturno volando y que tenía búhos como ayudantes, que seducía a los hombres, se bebía su sangre y asesinaba a los niños. Los griegos también poseían una criatura diabólica que devoraba a los niños. Quién sabe por qué este personaje de pesadilla viajó hacia el oeste, a Europa y África, pero no al este.

Que europeos y africanos compartieran el temor a tales monstruos resulta interesante, pero no puede asombrarnos. Lo que *sí* resulta asombroso, sin embargo, es que esta creencia acabara siendo tomada en serio y que la brujería fuera considerada una forma de actividad humana que representaba un gran peligro para la sociedad. Es más, esta creencia fue aceptada por la gran mayoría de europeos, entre ellos la mayoría de los espíritus más sagaces.

¿Cómo sucedió tal cosa? Para responder a esa pregunta hemos de volver al episodio que relatamos en el capítulo anterior, cuando, en el año 1022, el caballero Aréfast sacó a la luz a un pequeño grupo de disidentes religiosos en Orleans. Los puntos de vista religiosos del grupo bastaron para condenar a sus miembros, y no obstante, curiosamente, esas no fueron las acusaciones fundamentales formuladas contra ellos. Se les acusó, por el contrario, de reunirse en secreto por las noches, de convocar al demonio, de participar en orgías, de matar a los bebés resultantes y de quemar sus cuerpos para fabricar un polvo que, cuando lo consumían otros, los conquistaba para el demonio.

¿Por qué se acusó de brujería al grupo de Orleans? Solo cabe especular acerca de la respuesta, pero no obstante, podemos hacerlo con un grado bastante alto de

precisión. Como antes he mencionado, el líder del círculo, Etienne, había sido previamente el confesor de la reina de Francia, de modo que existía un peligro real de que la mácula de la herejía la marcara no solo a ella, sino también a su marido. Desde un punto de vista político sensato, resultaba lógico que la acusación contra el círculo fuese todo lo abrumadora posible. También es posible que los obispos presentes prefirieran hacerlo así, ya que eso desalentaría a cualquiera de los presentes de tomar en serio los argumentos de los disidentes. Si eso fue lo que pensaron los eclesiásticos, resultó muy eficaz. Como ya vimos, los sentimientos hostiles hacia el círculo eran tan intensos que tuvieron que ser escoltados hasta el lugar donde se les ejecutó para impedir que los enfurecidos lugareños los matasen allí mismo.

El juicio, por lo visto, sentó un mal precedente. Al haber tenido tanto éxito en Orleans, las acusaciones por brujería se convirtieron rápidamente en un procedimiento habitual en el número creciente de juicios por herejía que vino después. Los cátaros y valdenses fueron rutinariamente acusados de reunirse de noche para convocar al demonio. No obstante, sería un error considerar que estas acusaciones eran fríamente calculadas. A ojos de quienes instruían estos casos, la herejía y la brujería eran poco más o menos lo mismo. Ambas eran cosa del demonio, así que si se era culpable de lo uno, se era poco menos que culpable de lo otro.

Poco a poco, a medida que cada vez más disidentes religiosos, además de unos cuantos hechiceros, fueron hallados culpables de mantener relaciones sexuales con el diablo y de volar por la noche en escobas, en Europa comenzó a producirse un cambio en la forma de pensar. Cada vez más personas acabaron por pensar que esta especie de creencia en el Hombre del saco tenía que ser *real*. Las cosas fueron un paso más allá (o más atrás) en la década de 1230, cuando la Iglesia instituyó la Inquisición, que también perseguía activamente a herejes y brujas. Las acusaciones de brujería eran tan difíciles de refutar, y despertaban tal grado de pasión, que también resultaban útiles en los juicios políticos, como en el caso de la destrucción de los acaudalados caballeros de la Orden de los Templarios, a comienzos del siglo XIV. Más tarde durante ese mismo siglo, el papado se sumió en la farsa del Gran Cisma y las herejías hicieron furor; hubo tantas acusaciones por brujería que fueron estandarizadas para mayor comodidad. La tortura se empleaba de forma habitual y a los inquisidores se les proporcionó una lista de preguntas a formular, todas las cuales —como por ejemplo «¿Cuánto hace que eres bruja?»— daban la culpabilidad bastante por sentada. Aun así, durante la Edad Media era relativamente raro que la gente fuera acusada de brujería en el caso de que *no* fueran adeptos de movimientos heréticos. Muchos europeos se mostraban escépticos acerca de la existencia de las brujas y todavía podía debatirse la cuestión con tranquilidad.

Todo esto acabó cambiando. Es una verdad inquietante que la gran era del terror a las brujas no se produjo durante la época medieval, asociada tan a menudo a la superstición y a la ignorancia. Tuvo lugar durante el Renacimiento, periodo que asociamos con la erudición, la imprenta y una mayor alfabetización; con la

racionalidad y el amor por el mundo clásico; con grandes obras de la literatura, la pintura y la música; y con los descubrimientos científicos. ¿Cómo sucedió tal cosa? En parte, la culpa fue del retroceso de las herejías. Hacia el año 1450, como vimos, el estallido herético de la Bohemia husita se había desmoronado, y Europa estaba más tranquila en lo religioso de lo que había estado en dos siglos. La Inquisición no tenía gran cosa de la que ocuparse. Como cualquier profesional en semejante situación, los inquisidores se pusieron a buscar trabajo. Sabían que había otros trabajos aguardándoles, porque tampoco era como si el demonio se hubiera jubilado. Si sus adeptos ya no podían ser encontrados en las sectas heréticas, tendrían que estar en otras partes. De modo que la Inquisición se puso a tratar de localizar brujas.

No tardó en encontrarlas. Tras siglos instruyendo juicios por herejía, la Inquisición había refinado sus métodos de obtener confesiones por medio de la vergüenza, la tortura y la amenaza de acusar a otros miembros de la familia del acusado. Los mismos procedimientos fueron empleados ahora, con gran éxito, contra los sospechosos de brujería. Un inquisidor dominico alemán llamado Heinrich Kramer, que había adoptado el nombre erudito de Institoris, se mostró especialmente activo a partir de la década de 1470. En 1486, Kramer, que más adelante fue condenado por su orden religiosa por malversación, publicó un libro, *Malleus Maleficarum*, o «Martillo de las brujas», en el que ofrecía al mundo la compilación de sus conocimientos acerca de lo que hacían las brujas y cómo podían ser descubiertas y apresadas. Así surgió la extraña ciencia de la *demonología*, que el historiador Lyndal Roper ha descrito como «una ciénaga de imágenes, convicciones a medio formular y posturas contradictorias».

El libro de Kramer, que fue aprobado por el papa, halló un público ávido. Gracias al nuevo invento de la imprenta y al aumento de personas alfabetizadas, llegó a un gran número de lectores. La gente se familiarizó mucho con todos los detalles de la vida de las brujas, y podían espiar a sus vecinos en busca de indicios delatores. Entre estos estaban el peso (cualquiera que pesase menos que un ejemplar de la Biblia era indudablemente una bruja), leves manchas en el cuerpo donde el demonio había dejado su marca y bultos conocidos como pezones extra, con los que se supone que se amamantaba a los espíritus en forma de animales. En un mundo en el que abundaban cicatrices, verrugas y enfermedades cutáneas, el potencial para el descubrimiento de brujas era considerable.

La publicación del *Malleus Maleficarum* fue el pistoletazo de salida de lo que se ha calificado como la *caza de brujas*. Con el manual de Kramer como guía, los inquisidores se pusieron enérgicamente a buscar brujas. Desde un punto de vista contemporáneo, los métodos que empleaban para obtener confesiones parecerán toscamente manipuladores, y es probable que algunos inquisidores, como el propio Kramer, albergaran la ambición de obtener un gran número de condenas. Puede que unos cuantos quisieran confiscar las propiedades de sus víctimas. Ahora bien, es dudoso que muchos inquisidores se comportaran de manera cínica. La mayoría

parece haber creído sinceramente que actuaba por el bien de la humanidad. A sus ojos, Dios jamás podría permitir que se castigara a inocentes, así que si no intervenía para salvar a un sospechoso o sospechosa, sería porque *era culpable*.

Asimismo, aquellos a los que se acusaba solían creer que Dios iba a acudir en su ayuda. Cuando quedaba claro que después de todo no lo iba a hacer, la mayoría se confesaba culpable, admitía que había mantenido relaciones sexuales con el demonio, que había matado y devorado a niños, etcétera. Mal se les puede reprochar. Confesaban para salvar a miembros de sus familias de ser acusados o para evitar que los torturasen a ellos. La casa de brujas de Bamberg estaba especialmente bien dotada en este sentido, con estantes, una garrucha para colgar a la gente en el aire con los brazos atados por detrás de la espalda, unas empulgueras, baños de cal y muchas más cosas. A veces los inquisidores ofrecían también tentadores «endulzantes», como la muerte por estrangulación en lugar de en la hoguera. Como era bien sabido que las brujas trabajaban en grupos, a quienes estaban sometidos a investigación, en cuanto habían reconocido su culpabilidad, solía exigírseles que nombrasen a otras brujas. Así pues, un caso menor de hechizos o de difusión de rumores maliciosos podía ampliarse hasta convertirse en una plétora de quema de brujas. Dado que cada vez se descubrían más brujas, la suposición de que Europa debía de estar infestada de ellas también aumentó. Aumentó la demanda de campañas más enérgicas para enfrentarse a aquella amenaza, lo que a su vez produjo más brujas confesas. La caza adquirió una inercia propia. Tras haber comenzado en el noroeste europeo, poco a poco se fue extendiendo en todas direcciones hasta que, en palabras del historiador Jeffrey B. Russell, a las brujas ya no se las consideraba un problema local, sino «parte de un inmenso complot contra los cristianos»^[2].

La situación se vio exacerbada por factores externos. Uno de ellos era, curiosamente, el clima. Para muchos europeos la brujería era, como la describió el historiador Lyndal Roper, «una experiencia intensamente física». La gente informaba de que «se les secaba la leche, sus bebés enfermaban y se consumían ante sus ojos, y que se sentían repentinamente oprimidos mientras dormían. Sus animales sufrían dolencias y sus cultivos se atrofiaban»^[3]. Estas impresiones, como ahora sabemos, estaban lejos de ser imaginarias. Entre las décadas de 1420 y 1480, el clima europeo empezó a cambiar, al iniciarse una era de frío intenso conocida como la Pequeña Edad de Hielo. Los agricultores europeos, muchos de los cuales llevaban ya una existencia marginal, sufrieron mucho a raíz de unas cosechas cada vez más pobres. Algunos de ellos, en lugar de padecer resignadamente su suerte, optaron por la opción, más satisfactoria, de echar la culpa a otros. De forma reveladora, la caza de brujas llegó a su máximo grado de intensidad a partir de la década de 1560, cuando la Pequeña Edad de Hielo llegó a su punto culminante y en muchas partes de Europa se produjeron crisis alimentarias. Como para aumentar todavía más el grado de tensión, Europa se vio azotada por el peor brote de peste desde la peste negra que se había

producido doscientos años antes. Tanto en Milán como en Génova hubo personas acusadas, y ejecutadas, de brujería y de haber difundido la enfermedad.

Otro factor fue la Reforma protestante. Podríamos suponer que la ruptura del monopolio religioso de Roma por parte de Lutero sosegó el interés por la caza de brujas, pero no, solo empeoró las cosas. A medida que Europa se convirtió en un invernadero de ansiedades y rivalidades religiosas, el miedo a las brujas prosperó. Es más, los líderes de las nuevas Iglesias protestantes demostraron estar igual de ansiosos por erradicar a las brujas que sus rivales católicos. El propio Lutero creía firmemente en la existencia de las brujas y Calvino apenas era mejor. A medida que la Reforma se fue extendiendo, se inspiraron sangrientas guerras que contribuyeron a aumentar el clima de temor. Las autoridades nacionales, que a menudo eran las más eficaces a la hora de controlar a buscadores de brujas locales demasiado entusiastas, tenían preocupaciones más apremiantes. La expectativa del fin del mundo intensificó este estado de ánimo, a medida que los apocalípticos ansiaban impresionar a Dios librando de indeseables a la sociedad.

¿Quiénes eran aquellos desgraciados? Algunos eran hechiceros, y los cargos contra ellos fueron ampliados hasta incluir la brujería. La mayoría, no obstante, eran simples inocentes desafortunados. Eran acusados por vecinos malévolos o con más escrúpulos de conciencia de la cuenta, o (como en el caso de Johannes Junius, con cuya carta empezamos este capítulo) por personas que ya se habían confesado culpables de brujería y que luego fueron obligadas a dar más nombres. El verdadero delito cometido por gran parte de los acusados fue el de ser *impopulares*. Se trataba de viudas de avanzada edad o de comadronas que se habían ganado enemigos a raíz de su participación en partos que habían salido mal. O que simplemente no encajaban con los demás. Cualquiera que se destacara de la multitud podía ser acusado, desde los mendigos y los borrachos hasta los raros, los malhumorados o los sexualmente diferentes. Ahora bien, las víctimas también comprendían, curiosamente, a quienes eran *demasiado buenos*: gente inusualmente virtuosa, quizá hasta el punto de resultar irritante, como los maestros y jueces. Lo más seguro era ser simplemente *normal*, o (cosa que no tiene nada de sorprendente) poderoso.

¿Por qué, cabría preguntarse, no hubo ningún llamamiento a la sensatez? ¿Por qué no protestó nadie, en aquella era del pensamiento nuevo, diciendo que era improbable que Europa estuviera llena de adoradores del demonio que asesinaban a niños y que recorrían los cielos montados sobre escobas? Hubo quien lo hizo, pero no fueron muchos. En 1563, en el momento culminante de la caza de brujas, un erudito holandés, Johann Weyer, publicó un libro, *De Praestigiis Daemonum et Incantationibus ac Venificiis* («De la Ilusión de los demonios, hechizos y venenos»), en el que atacaba el *Malleus Maleficarum* y argumentaba que la mayoría de las mujeres acusadas de brujería sufrían en realidad de melancolía o enfermedades psíquicas. Al propio Weyer lo acusaron de brujería por haberse tomado tantas molestias. Intentar oponerse a semejante marea de pánico era peligroso.

La mayor esperanza de las comadronas malhumoradas y con verrugas residía a menudo en la eficacia de los cazadores de brujas locales. Donde más peligro corrían estas era allí donde las autoridades estaban obsesionadas por el miedo a las brujas. O donde los inquisidores confiaban demasiado en los niños que, más que los adultos, tendían a mezclar fantasía y realidad. Había dos partes de Europa en las que los juicios por brujería eran marcadamente más comedidas debido a la cautela de los inquisidores. En las montañas del Jura, en el sur de Francia, los cazadores de brujas se mostraban reacios a recurrir a la tortura, respetaban la ley y evitaban fundamentar casos basándose en pruebas aportadas por niños. Condenaron a pocas brujas. Lo mismo sucedía en España, de forma un tanto sorprendente, gracias a la sensatez de la Inquisición española, que concentró sus esfuerzos en los casos de hechicería.

Y de repente, todo aquel horror se fue desvaneciendo hasta desaparecer sin más. A finales del siglo XVII aquel inmenso crimen por el que habían sido ejecutadas alrededor de cincuenta mil personas, con el mismo número de torturadas, se fue extinguiendo poco a poco. Terminó primero donde había comenzado, en la Europa del noroeste. En 1687, el rey francés Luis XIV promulgó una nueva y congruente ley de hechicería. Durante algún tiempo la caza de brujas continuó expandiéndose hacia el exterior y se produjeron casos en Escandinavia y, de manera tristemente célebre, en Massachusetts, con ocasión de los juicios por brujería de Salem en 1692. Y después desapareció. Desde el primer momento había sido un fenómeno muy cristiano. Había surgido de la mezcla letal de temores del tipo Hombre del saco con un temor muy real de los gobernantes de la cristiandad: el miedo a toda forma diferente de pensar.

¿Qué fue lo que acabó con la caza de brujas? Dicho con sencillez, Europa *acabó por superarla*. Horrorizados al mismo tiempo por las brutales guerras de religión del siglo XVII y fascinados por los descubrimientos científicos, los europeos del norte se cansaron de las creencias religiosas intensas y se sintieron cada vez más atraídos por lo racional. Surgió un interés renovado por aplicar el método científico de la demostración experimental a los asuntos humanos. En el momento en que se aplicaba la racionalidad a los casos de brujería, estos se derrumbaban.

Ya en el siglo XVIII, en el pensamiento europeo había comenzado un cambio verdaderamente radical. Se volvió posible no solo cuestionar distintas formas de cristianismo, sino el *propio cristianismo*. Por vez primera en casi un milenio y medio, personas como Voltaire pudieron poner en duda la misma existencia de Dios. Hacia finales del siglo XVIII, el cristianismo se hallaba sometido a un doble ataque: como consecuencia de los descubrimientos geológicos por un lado (que socavaron las afirmaciones bíblicas de que la tierra solo tenía unos cuantos milenios de años) y de los revolucionarios agnósticos franceses por otro. En 1859 se abrió un nuevo frente con la publicación de *El origen de las especies*, de Charles Darwin, que dejó un boquete enorme en la noción de que el mundo y la humanidad habían sido creados por Dios.

Entonces, ¿de verdad había tocado a su fin la gran era de las creencias fervorosas y tranquilizadoras o no?

BÁLSAMO PARA HERIDAS NUEVAS

Un día, en el año 1837, un maestro de escuela de veintitrés años llamado Hong Xiuquan viajó a la ajetreada capital de Cantón para presentarse, por tercera vez, al examen de ingreso en la administración pública china. Mientras se hallaba en la ciudad, alguien le entregó un panfleto protestante titulado «Buenas palabras para amonestar a nuestra época». Hong apenas le echó un vistazo, pero se lo llevó con él a su aldea natal. Allí, al enterarse de que había suspendido el examen una vez más (hecho al que contribuyó su incapacidad para pagar sobornos) se sumió durante varios días en un estado delirante durante el cual creía encontrarse en presencia de dos hombres. Uno de ellos, que era de mediana edad, le contó a Hong que era su hermano. El otro, que era anciano y barbudo, le entregó una espada y le dijo que librara al mundo de demonios. El significado de estas visiones solo se le hizo claro a Hong seis años después, cuando tras haber suspendido el examen de ingreso en la administración pública china por *cuarta* vez, se tropezó de nuevo con el panfleto por casualidad.

«Buenas palabras para amonestar a nuestra época» hacía una lectura poco habitual del cristianismo. Había sido escrito por un converso al protestantismo llamado Liang Fa, al que le había impresionado mucho más el Antiguo Testamento que el Nuevo. Liang consideraba el cristianismo como una religión de rebelión triunfante que celebraba cómo los judíos, con la ayuda de su Dios, habían derrotado a los opresores extranjeros (los egipcios). Muchos chinos consideraban que también ellos tenían opresores extranjeros, los soberanos manchúes, que habían conquistado el país desde el norte dos siglos antes. En los últimos tiempos, el régimen manchú se había vuelto tan decrepito que en la región natal de Hong, Guangdong, el país había sido humillantemente derrotado por una forma de barbarie mucho más ajena: la británica.

Al leer y releer el panfleto, Hong tuvo un momento de epifanía. En sus visiones de seis años antes, concluyó, había estado en el cielo. El anciano era Dios y el de mediana edad, Jesús. Por tanto, Hong era el *hermano menor de Jesús*. Hong vio cuál era su destino. Tras destruir los escritos confucianos en la escuela de la aldea donde enseñaba y ser despedido por ello, empezó a recorrer la campiña, predicando y

reuniendo partidarios para su nuevo movimiento: la Sociedad de los Adoradores de Dios.

La versión del cristianismo de Hong, si bien inspirada por Liang Fa, era muy suya. Lo reinventó a todos los efectos como religión china. Hong sostenía que en tiempos de las primeras dinastías chinas, mucho antes de que los habitantes de Judea aceptasen adorar a una deidad única, los chinos ya adoraban al único Dios verdadero del Antiguo Testamento. Solo después, descarriados por dinastías extranjeras, habían olvidado a este dios único. Si regresaban a él, este les conduciría a la grandeza. Hong prometió liberar a China del dominio manchú y llevar al país a una nueva era dorada, el Reino Celestial de la Gran Paz (*Taiping Tianguo*).

Pese a lo extraña que pudiera resultar, la versión del cristianismo chino nacionalista apadrinada por Hong ejerció un indudable atractivo. Tras siete años predicando, reclutó un ejército formado por veinte mil agricultores, contrabandistas y guerreros de las triadas descontentos, y lanzó su campaña a comienzos del año 1851, en medio de una hambruna. Así comenzó una guerra brutal conocida como la rebelión Taiping, que terminó trece años después, cuando los ejércitos de los taiping fueron finalmente derrotados por los manchúes y el propio Hong murió, o por enfermedad o quitándose él mismo la vida. La rebelión Taiping, que se produjo al mismo tiempo que la Guerra de Secesión estadounidense, ha sido descrita como el último gran conflicto militar del mundo de tipo antiguo. Mientras que en Estados Unidos los ejércitos usaban para la lucha vías férreas, rifles de gran potencia, artillería y navíos de guerra acorazados, la mayor parte de las veces los taiping llevaron a cabo sus campañas mediante la espada y el hambre.

Ahora bien, si las tácticas de Hong eran viejas, el Estado que rigió brevemente en la China Central, en el momento cumbre de la revuelta, no se parecía a nada que se hubiera visto antes en ese país. En su capital, Nankín, hizo todos los esfuerzos posibles por impresionar a su padre, Dios. Redujo a cenizas los muchos templos taoístas y budistas de la ciudad y su personal fue expulsado o ejecutado. Se exigió a los habitantes de Nankín que rezasen cada mañana y cada noche, y Hong, que había introducido el calendario solar occidental, designó el sábado como nuevo *sabbat chino*, y en ese día se celebraban enormes ceremonias religiosas al aire libre, de asistencia obligatoria.

Hong también se esforzó por complacer a Dios con algo de *remodelación social*. El Reino Celestial llevó las ideas cristianas de castidad a nuevos extremos. Se impuso una segregación sexual total, y Nankín fue dividido en distritos masculinos y femeninos separados. Al mismo tiempo, se fomentó la igualdad sexual (que nunca había sido una gran prioridad bíblica). Se nombró a mujeres para ejercer cargos públicos y también se esperaba que realizaran duros labores físicas. En el campo — que mayoritariamente, por suerte, nunca fue controlado por los rebeldes taiping —, la austeridad adoptó una forma más sangrienta cuando se animó a los campesinos pobres a asesinar a los terratenientes y a los vecinos más acaudalados. Un siglo

después de que Hong Xiuquan pusiera en marcha su rebelión, otro híbrido chino-occidental, el maoísmo, adoptó todas sus políticas sociales, salvo la segregación por sexos.

Pero nos estamos adelantando mucho a los acontecimientos. ¿Qué fue lo que condujo a Hong Xiuquan a creer que era el hermano pequeño de Jesucristo y que el cristianismo era una religión indígena china? Y lo que viene más al caso, ¿qué es lo que hizo tan atractivas sus ideas que logró reclutar un inmenso ejército bajo su bandera y llevar a su país al conflicto más terrible de su larga historia, en el que murió más gente que en todos los bandos de la Primera Guerra Mundial? Para responder a esta pregunta conviene fijarse primero en otros dos movimientos.

ESPERANDO LA REVOLUCIÓN

En los últimos días de enero de 1848, un hombre de veintinueve años estaba sentado en el estudio de su casa, en el número 42 de la rue d'Orléans, Bruselas, fumando cigarros puros para mantenerse despierto mientras escribía furiosamente. El mes de noviembre anterior, en la planta de arriba de un pub londinense, se había dirigido a una congregación de revolucionarios alemanes exilados, a los que dejó tan impresionados que le encargaron que escribiera su programa político.

De vuelta en Bruselas, sin embargo, el escritor, que nunca se caracterizó por ser un productor muy veloz, se había dedicado a procrastinar y a hacer cualquier cosa salvo ponerse a trabajar. Después de que hubieran pasado dos meses, y sin que hubiera indicios de progreso, los revolucionarios expatriados se impacientaron y amenazaron con que si el programa no se les entregaba al cabo de una semana, se adoptarían «medidas ulteriores». Finalmente, inducido a la actividad, el escritor cumplió el plazo, pero por los pelos, y la última sección de la obra parece estar a medio terminar, lo que le lleva a uno a preguntarse si andaría escribiéndola todavía mientras iba en el tren con destino a Londres. La narración se interrumpe apresuradamente con una conclusión triunfal:

Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, todo un mundo que ganar.
¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS^[1]!

¿Hay lugar para el marxismo en un libro como este? Al fin y al cabo, el marxismo no era una religión, sino una filosofía política. Su atractivo, aunque haya quedado muy desacreditado, fue genuinamente popular, sobre todo en Rusia después de la Primera Guerra Mundial, y en China en la década de 1940, residía en su aparente modernidad. A los miembros desilusionados de las élites rusa y china, que se desesperaban

pensando que sus países pudieran permanecer para siempre en el atraso, Marx no solo les ofrecía el socialismo, sino el *socialismo científico*: un análisis con garantías basadas en el conocimiento de Marx de la filosofía alemana, la política revolucionaria francesa y la economía política inglesa. Marx había descifrado la historia como nunca antes había sido descifrada, poniendo de manifiesto su condición de prolongado proceso de luchas de clases. Mejor aún, Marx podía predecir el futuro. Su *Manifiesto comunista* tronaba de certidumbre profética. Las clases medias bajas jamás serían capaces de «volver atrás la rueda de la historia». La burguesía produciría, por medio del proletariado, «a sus propios sepultureros». Su caída y el triunfo del proletariado eran «igualmente inevitables».

El propio *Manifiesto comunista* encarnó gran parte del atractivo de aquella ideología. Si bien fue atribuido tanto a Marx como a Engels, parece haber sido obra casi exclusiva de Marx. Parte de su fuerza residía en su brevedad. Marx podía llegar a ser extremadamente ampuloso, pero el *Manifiesto*, que redactó en enero de 1848, cuando solo tenía veintinueve años, era muy breve. Apenas llegaba a las doce mil palabras, o unas veinte páginas. Muchos de los textos que cambiaron el mundo fueron cortos. La Epístola de Pablo a los Romanos y su Primera epístola a los Corintios, que asentaron el núcleo de su visión del cristianismo, tienen menos de veinte mil palabras entre las dos. El Sueño de Daniel, que obsesionó durante dos milenios al mundo occidental, es mucho más breve todavía, apenas cinco mil quinientas palabras, el tamaño de un artículo de revista largo. Incluso los *Analectos* de Confucio tienen la extensión de una novela corta: veintisiete mil quinientas palabras. Los ensayos breves y contundentes cautivan al lector. Si Marx hubiese transmitido sus ideas solo a través de su posterior obra en varios volúmenes, *El capital*, es dudoso que nadie recordase su nombre.

Por corto que fuera, el *Manifiesto comunista* también era *electrizante*. Marx, al igual que Lutero dos siglos antes, tenía un estilo apasionado, agresivo y muy ameno. Escribió como él era. Su carácter, como el de Lutero, era muy de profeta: de opiniones arraigadas y feroz ante cualquiera que osara discrepar de él. Hasta daba la imagen, con su «mata de cabello negro encrespado y sus manos peludas», sus movimientos «señoriales y desdeñosos» y su «voz aguda y metálica»^[2].

Aquí lo tenemos, vociferando cual obispo, contra unos imaginarios críticos burgueses que sostienen que los comunistas socavarían la institución familiar:

Esas declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre la intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más repugnantes, cuanto más se desgarran los lazos familiares de los proletarios debido a la gran industria, que va convirtiendo a los hijos en simples mercancías y en meros instrumentos de trabajo^[3].

Ahora bien, yo opino que quizá la mayor capacidad de seducción del marxismo para los rusos, chinos y otros no fue ni su aparente modernidad ni su estilo, ni siquiera su mensaje de que la historia era un proceso de lucha de clases que desembocaría en el triunfo del proletariado, sino su visión del *fin del mundo*.

¿Apocalíptico, Marx? A buen seguro que, como pensador político, no es posible que lo fuera. ¿O sí? Marx dividía la historia en tres épocas. Primero había existido un *pasado malo*, la era aristocrática, en el que la sociedad había estado dominada por nobles perezosos y privilegiados. Después venía un *presente peor*, en el que estaba controlada por capitalistas implacablemente codiciosos. Pronto, no obstante, llegaría un *futuro dorado*, en el que, tras una revolución violenta, el poder acabaría por fin en manos de los obreros industriales y la explotación se acabaría para siempre. Si esto les suena familiar, es porque así debería ser. Zaratustra había albergado una visión parecida. En época más reciente, el monje calabrés del siglo XII, Joaquín de Fiore, había dividido la historia en una insatisfactoria Edad del Padre pasada, un presente igualmente insatisfactorio representado por la Edad del Hijo y una gozosa e inminente Edad del Espíritu. Al igual que Marx había profetizado que la revolución proletaria sería encabezada por una vanguardia de intelectuales inspirados (como él mismo), Joaquín había sostenido que la Edad del Espíritu sería preparada por un movimiento de monjes devotos (como él mismo). Al igual que innumerables apocalípticos antes que él, Marx y su compadre revolucionario Friedrich Engels aguardaban con impaciencia el gran día. Durante la década de 1850, emocionado por algún suceso prometedor relatado por la prensa, Marx declaró varias veces que *ahora* por fin iba a llegar la revolución. Engels hasta se unió a los cazadores del zorro de Cheshire para mejorar su habilidad como jinete, y prepararse así para encabezar una inmensa *carga de caballería proletaria* a lo largo y ancho de Europa.

Como el Sueño de Daniel y el Apocalipsis, el fin del mundo de Marx no solo recompensaba a los que lo merecían, sino que castigaba también a los transgresores. En la versión de Marx del Reino de Jesús en la Tierra (la dictadura del proletariado), los malvados pecadores (los capitalistas) serían arrojados al Lago de Fuego (el basurero de la historia). A nadie debería sorprender que el fin del mundo de Marx gozara de popularidad entre gentes que sentían profundamente humillado su orgullo nacional. El apocalipsis había aparecido en el mundo por primera vez como respuesta a ese sentimiento preciso, cuando, allá por el siglo II a. C., los judíos patrióticos, entre ellos el autor del Sueño de Daniel, vieron amenazada su nación y su cultura por los opresores extranjeros griegos.

Ahora bien, el apocalipsis de Marx difería en al menos un aspecto importante de sus muchos predecesores. Para alguna gente, realmente fue un éxito. Los líderes «findelmundistas», desde Jesús a Jan Bockelson, en Münster, habían asegurado a sus seguidores que, por ser creyentes, iban a convertirse en grandes señores en un nuevo reino sobre la tierra. Semejantes promesas, cómo no, siempre habían resultado un tanto decepcionantes, pero los fieles marxistas afortunados sí se vieron ascendidos, si

no a grandes señores, al menos a cuadros privilegiados del nuevo orden. Como este hombre, al que el general ruso de la Primera Guerra Mundial Brusilov había salvado de morir fusilado y con el que ahora se veía obligado a compartir piso.

Tosco, insolente y continuamente borracho, con el cuerpo cubierto por cicatrices, ahora era, por supuesto, una persona muy importante, íntimo de Lenin, etc. ¡Ahora me pregunto por qué le salvé la vida! Nuestro piso, que había sido limpio y agradable hasta que llegó él, se echó a perder de ahí en adelante por episodios de borrachera y peleas, hurtos y palabras soeces. A veces desaparecía durante unos días y regresaba con sacos llenos de comida, vino y frutas. Nosotros nos moríamos literalmente de hambre, pero ellos disponían de harina, mantequilla y de cualquier otra cosa que les apeteciera^[4].

AVANZANDO HACIA EL PASADO

Una calurosa noche de verano, el 28 de agosto de 1966, dos miembros de los Hermanos Musulmanes egipcios y un hombre frágil y enfermizo de cincuenta y nueve años llamado Sayyid Qutb fueron introducidos en un coche y conducidos por las tranquilas calles de El Cairo, hasta el cuartel general de la policía en Bab al-Jalq. Allí, sin mayor dilación, los llevaron al patíbulo. Los encapucharon y les pusieron nudos corredizos alrededor del cuello. Bajo sus pies se abrieron unas trampillas y se quedaron colgando en el aire.

¿Por qué debería interesarnos la triste suerte de Sayyid Qutb? Porque si puede decirse que Osama bin Laden y sus seguidores de Al Qaeda tienen un equivalente del *Manifiesto comunista* marxista —una especie de *guía del usuario* para sus actividades— ese sería el breve libro escrito por Qutb dos años antes de que lo ejecutaran: *Justicia social en el islam*.

Qutb escribió *Justicia social en el islam* en la tristemente célebre prisión cairota de Tura, donde había sido encerrado por el régimen de su antiguo colaborador político, el gobernante de Egipto general Nasser, que le consideraba como un peligroso escritor revolucionario. ¿De dónde había brotado su radicalismo? Parece haber surgido más de *dentro* que de *fuera*. Durante su juventud dio pocos indicios en ese sentido. Nacido en 1906 en el seno de una familia pobre de una remota aldea del sur de Egipto, le fue bien en los estudios (en el transcurso de los cuales evitó la escuela religiosa local) y acabó encontrando trabajo en El Cairo como empleado de la administración pública. Allí comenzó a escribir poesías, novelas, reseñas de libros, y a trabajar como periodista y comentarista. Se convirtió en parte de la élite literaria de El Cairo, y se sumó a ella para criticar las iniquidades del control británico sobre Egipto; fue además uno de los primeros mecenas del gran escritor egipcio Naguib Mahfuz.

Durante la década de 1940 Qutb empezó a cambiar. Poco a poco, incluso de manera un tanto secretista al principio, se fue convenciendo de que Egipto se estaba alejando de sus raíces islámicas y occidentalizándose demasiado. Opinaba que los egipcios estaban perdiendo su sentido de la justicia social y que las mujeres estaban siendo explotadas. Si bien este cambio empezó dentro de él, se vio impulsado por los acontecimientos de la época. Qutb se quedó estupefacto cuando tanto Occidente como la Unión Soviética apoyaron la fundación del Estado judío en Palestina en 1948. Ese mismo año, fue enviado a Estados Unidos en un viaje patrocinado por el Gobierno, y a diferencia de otros egipcios, que volvieron de la visita llenos de admiración, el desdén de Qutb se volvió más inamovible aún. A su regreso atacó a Estados Unidos por ser un país lleno de prejuicios raciales, promiscuidad y ausencia de sentimientos espirituales. Su antiguo amigo Mahfuz, nada amigo de los islamistas puritanos, terminó por considerarle un personaje siniestro, de ojos graves y saltones.

Ocho años después, el radicalismo de Qutb tomó un nuevo rumbo. Tras haber reñido con el gobernante de Egipto, Nasser, cuando para gran desagrado de Qutb aquel estableció un régimen de lo más laico, Qutb se alió cada vez más con el movimiento egipcio de los Hermanos Musulmanes, y en 1958 fue detenido con muchos otros miembros de dicha organización. La existencia libresca anterior de Qutb no le había preparado para lo que vino a continuación. Después de ser detenido, fue golpeado. Algunos años más tarde, en el hospital de la brutal cárcel cairota de Tura, donde ingresó debido a su mala salud, vio cómo traían a docenas de sus amigos de los Hermanos Musulmanes muertos o heridos, después de que les dispararan en sus celdas por negarse a realizar trabajos forzados en una cantera.

Justicia social en el islam puede considerarse la respuesta de Qutb. O su venganza. Redactado como parte de un enorme comentario sobre el Corán, era, de hecho, la peor pesadilla de todo occidental o musulmán seglar sobre el islam radical. Qutb sostenía que todos los Estados, de Occidente a Japón, y desde la Unión Soviética a la India y China, eran «idólatras». No se mostró menos mordaz al hablar de los Estados musulmanes, a los que describió como «inmersos en la *jahiliyyah*»^[5], palabra que significa algo así como «impiedad» y que era un término empleado para describir la ignorancia religiosa de los habitantes de la península arábiga antes de que fueran convertidos por Mahoma. Qutb declaró que el auténtico islam llevaba «algunos siglos» en estado de extinción. A todos los efectos, decía, ningún país era digno de ser llamado musulmán. Esa forma de pensar inquietó incluso a buena parte de los aliados políticos de Qutb entre los Hermanos Musulmanes. Su *jahiliyyah* se parecía incómodamente a una práctica islámica que llevaba mucho tiempo desacreditada, el *takfir*, que recordaba a la excomunión por herejía entre los cristianos.

¿Cómo había de solucionarse tan infeliz situación? Qutb creía que había lugar para la esperanza. El mundo, argumentaba, se hallaba en una situación similar a aquella en la que se encontraba a comienzos del siglo VII, cuando Mahoma estaba a

punto de llevar a los árabes la palabra de Dios. Por aquel entonces los árabes estaban acorralados por dos poderosos imperios, Bizancio y Persia, y con el advenimiento del islam habían derrotado a ambos. Lo mismo volvería a suceder, prometió Qutb, pero con los imperios occidental y comunista. Para dar comienzo a la renovación del islam, escribió Qutb:

Es necesario que exista una vanguardia que se ponga en movimiento con esta determinación y que siga recorriendo el camino, atravesando el inmenso océano de *jahiliyyah* que ha abarcado al mundo entero. Durante su trayectoria, debería permanecer un tanto distante de esta *jahiliyyah* omniabarcante y también debería de mantener ciertos lazos con ella^[6].

Esta vanguardia, a la que se dirigía *Justicia social en el islam*, tenía que comenzar siendo muy pequeña, y en un principio debía mantenerse en secreto, para evitar ser destruida por las fuerzas de la *jahiliyyah*. Cuando se hubiera hecho lo bastante poderosa, esta fuerza de «verdaderos musulmanes» tendría derecho a librar guerras no solo defensivas, para proteger al islam, sino también agresivas, y sin mediar provocación, en tiempo de paz. Citando el Corán, como siempre, Qutb justificó el martirio e insistió en que la muerte en defensa del islam era un buen resultado, dado que conduciría al mártir directamente al paraíso.

Al final, la vanguardia se volvería lo bastante numerosa como para librar una yihad —una guerra santa— contra todos los Estados no musulmanes, con la que Qutb quería decir *todos los Estados*, ya que no consideraba que ningún régimen de su época fuera verdaderamente musulmán. Qutb insistía en que el islam tenía que «moverse» y expandirse, al igual que habían hecho los primeros musulmanes. También tenía el deber de aniquilar a las potencias «no musulmanas», porque solo entonces la humanidad tendría la libertad de «elegir» si quería aceptar el islam: una opción que, según él, los gobernantes no musulmanes jamás permitirían. Finalmente, el mundo entero sería conquistado y sería gobernado a través de la *sharía*, que Qutb consideraba que el mundo entero *debía* aceptar, pues era la única ley procedente de Dios. De este modo, insistía Qutb, la humanidad accedería a una sociedad más sencilla y moralmente mejor, semejante a la de Arabia en la primera época del islam.

Esta visión no tardó en encontrar partidarios. Uno de los primeros en ser conquistado por ella fue Ayman al-Zawahiri, que entonces tenía quince años, y que al enterarse de la noticia de la ejecución de Qutb juró crear una pequeña vanguardia secreta para la renovación del islam, como había rogado aquel. Más tarde, el grupo de Zawahiri se convirtió en parte de la Yihad Islámica, y luego, en Afganistán, se fusionó con la organización de Osama bin Laden, que también había sido muy influenciado por *Justicia en el islam*. Los atentados del 11-S (un ataque inicial contra el corazón de Occidente llevado a cabo por una organización pequeña y secreta)

siguieron al pie de la letra las sugerencias de Qutb. En el momento de escribir este libro, en 2013, Zawahiri es el líder de Al Qaeda.

Ahora bien, el qutbismo nunca ha sido un movimiento de masas en el mundo musulmán de la misma forma en que el pensamiento de Marx sí lo fue durante un tiempo en Rusia y en China. Lo que sí se hizo popular, al menos entre algunos musulmanes, fueron las acciones de los grupos inspirados por sus escritos. Para algunos, las actividades de Al Qaeda ofrecían un alivio, aunque fuera fugaz, de sus sentimientos de indignación cultural. Sin embargo, es dudoso que sean muchos los musulmanes que ansíen el retorno a las costumbres medievales.

En lo que a las recetas de Qutb se refiere, estas no muestran indicio alguno de que vayan a imponerse. Sus sueños de un retorno a los valores de la época de Mahoma parecen más lejanos que nunca en la actualidad. No hay la menor señal de que esté a punto de cobrar vida un gran movimiento guerrero de musulmanes puros. Quienes seguían sus enseñanzas continuaron siendo una vanguardia pequeña y secretista. La *sharía* no da muestras de que vaya a convertirse en un producto de exportación internacional. Los occidentales, los chinos y los rusos se mantienen obstinadamente ajenos al islam. Durante todo este tiempo, en lugar de hacerse más sencillo y más tradicional, el mundo islámico se ha vuelto cada vez más complejo. Ahora incluye ciudadelas de la modernidad, como Dubái. Es la pesadilla de Qutb, no la de Occidente, la que se ha hecho cada vez más real.

Claro que Qutb tenía la desventaja de ofrecer un programa político práctico. Pues a pesar de sus citas coránicas, eso es exactamente lo que era: un programa de acción militar para derrocar a unos regímenes que despreciaba. Los sueños políticos son muy fáciles de sopesar. La revuelta de Hong Xiuquan (otro movimiento religioso con fines políticos) no logró cumplir con su promesa de derrocar a los manchúes. También el marxismo quedó desacreditado por su historial cuando, en lugar de crear una abundancia de justicia social, sus regímenes produjeron estancamiento económico y miseria generalizada. Un programa religioso que prometa el paraíso, por el contrario, puede salvarse de ser juzgado, pues la desilusión se hará menos evidente.

Si Qutb hubiera vivido más tiempo, ¿se habría quedado estupefacto ante el rumbo que ha tomado el mundo? Yo no estoy tan seguro. Una lectura atenta de *Justicia social en el islam* pone de manifiesto, más allá de los llamamientos a la acción, un trasfondo de pesimismo. El libro contiene un breve pasaje acerca de las «invenciones occidentales» en el que Qutb admira los logros de Occidente y parece resignarse lúgubrementemente ante las limitaciones del mundo islámico, comentando que «la mente creadora de Europa se encuentra mucho más adelantada en este dominio, y al menos durante algunos siglos no podemos esperar competir con ella ni superarla en este terreno». Más adelante, insiste en que el islam tiene que estar abierto al progreso científico, pero exhorta a los musulmanes a limitarse a «aprender materias puramente científicas y tecnológicas». Los pone en guardia frente a las «especulaciones filosóficas occidentales», que «suelen ser contrarias a la religión en general y al islam

en particular», y les advierte de que «una ligera influencia de estas puede contaminar la límpida fuente del islam».

Qutb tenía buenos motivos para desconfiar de las teorías científicas occidentales. Había identificado en ellas lo que sin duda constituía la mayor amenaza para sus creencias. Podemos considerarle el último representante de un linaje muy largo de pensadores piadosos que durante más de dos milenios lucharon por conservar sus creencias frente a la razón. Algunas de las mentes más brillantes de la Edad Media, entre ellas el cristiano Tomás de Aquino, el judío Maimónides y el musulmán Avicena, intentaron hacer cuadrar sus religiones con la filosofía griega. Ahora bien, los resultados nunca fueron demasiado satisfactorios. Por mucho que uno cambie las piezas del rompecabezas de sitio, la razón y la fe se resisten tozudamente a encajar una con otra. La respuesta de Qutb consistió en exhortar a los musulmanes a aceptar la práctica científica occidental, pero manteniéndose alejados de la teoría. Se trataba, no obstante, de una sugerencia difícilmente viable: la ciencia práctica occidental había surgido de la teoría científica occidental. No se podía tener la una sin la otra.

El biógrafo de Qutb, John Calvert, lo considera, en sus años mozos, un «prototipo bien representado en la literatura romántica y existencialista europea» y «un joven en desacuerdo con la banalidad de la existencia, que aspira a vislumbrar — y a veces lo logra— una verdad espiritual más elevada». Los románticos suelen tener cierto potencial incendiario. Cuando sus sueños se frustran es cuando llegan los problemas. Una pizca de cinismo supone una mezcla más segura. Cuando el mundo no se mostró a la altura de los ideales de Qutb, este lo rechazó e ideó un programa para reemplazarlo en bloque.

Su repugnancia cada vez mayor le tuvo empecinado hasta el final. Después de que saliera de la cárcel en 1965, Calvert informa de que «bajo su faz cansada y quebrantada, seguía siendo un hombre ferviente». En lugar de apartarse del activismo, hizo todo lo contrario y se convirtió en el centro de atención de islamistas de todo el mundo musulmán, transformándose en el líder informal de un grupo revolucionario egipcio minúsculo y apenas armado. Durante los últimos días que pasó en libertad, en un chalé en la playa de la costa mediterránea egipcia, tuvo el presentimiento de que pronto iba a ser detenido. Su biógrafo cree que ya estaba pensando en el martirio. En eso, al menos, no se debió ver decepcionado.

Así pues, para responder por fin a la pregunta planteada con anterioridad (¿qué tenían en común el marxismo, el qutbismo y el Reino Celestial de Hong Xiuquan?), los tres ofrecían remedios para el mismo mal: el patriotismo herido. No es que el propio patriotismo fuera un fenómeno nuevo. Como ya vimos, en la década de 160 a. C. la resistencia judía a la ocupación griega, que incluía al autor del Sueño de Daniel, lo tuvo muy presente. A partir de la época de la Revolución Francesa, sin embargo, el nacionalismo se convirtió en una fuerza a la vez más poderosa y más conscientemente sentida. A medida que el orgullo nacional fue ocupando un lugar

más importante en la mente de las personas, su sentido de la ofensa al ver padecer humillaciones a su país, también fue en aumento.

Solo un año antes de que Hong Xiuquan comenzara a predicar su protestantismo chino, China había sido derrotada por los británicos durante la Primera Guerra del Opio. Era como si esperara, al adoptar la religión de sus enemigos, *tomar prestada un poco de su magia*. Tanto Rusia como China adoptaron el marxismo tras una humillación nacional: Rusia a manos de los ejércitos del káiser de Alemania, y China ante los colonialistas occidentales y el Japón imperial. El qutbismo, aunque solo fue adoptado por un número reducido de personas, rechazaba por completo los últimos siglos de la historia del islam, cuando el mundo musulmán se enfrentó a la agresión europea, los progresos científicos occidentales y la pérdida de tierras a manos del nuevo Estado israelí.

Ahora bien, el orgullo nacional herido no fue, por supuesto, la única fuente de inquietud que hizo que en los dos últimos siglos la gente acudiera al consuelo de las creencias fervientes. Muchos se sintieron alarmados por otras preocupaciones que eran como mínimo igual de perturbadoras para su tranquilidad.

COLMANDO EL GRAN VACÍO

Una noche de septiembre del año 1827, un joven llamado Joseph Smith subió hasta la cumbre de Cumorah Hill, cerca de su hogar, en el estado de Nueva York. Smith dijo después que había sido guiado durante el ascenso por un ángel llamado Moroni, al que había visto repetidamente en apariciones durante sus años de adolescencia. En la colina, de acuerdo con la narración de Smith, levantó una gran roca haciendo palanca, bajo la cual encontró una especie de receptáculo de piedra. Dentro de él encontró un conjunto de placas de color dorado cubiertas de letras de aspecto antiguo. También encontró, de forma muy oportuna, dos dispositivos con los que se podía traducir el texto. Uno de ellos estaba formado por un par de piedras llamadas «intérpretes», y el segundo era una piedra de vidente.

A lo largo de los días y meses siguientes, Smith se puso manos a la obra. Al principio utilizó los intérpretes: primero miraba en ellos y luego a las palabras misteriosas, que entonces podía descifrar. Más adelante pudo prescindir de todo, hasta de las placas, y se limitó a utilizar la piedra de vidente. Con su ayuda, a veces logró redactar hasta tres mil quinientas palabras al día.

Ese era un ritmo con el que la mayoría de escritores de obras de ficción habría estado encantado, y el resultado, de ciento cuarenta páginas, se parecía bastante a una novela. El Libro de Mormón, como se le acabó conociendo, ofrecía aventuras y heroísmo, traiciones y huidas, un gran viaje y batallas desesperadas, además de (a veces) unas enseñanzas morales bastante plúmbeas. Al igual que la Biblia, estaba compuesto de una serie de libros atribuidos a distintos autores, pero estos profetas

mormones, a diferencia de sus homólogos bíblicos, se presentaban a sí mismos y hasta explicaban cómo estaban emparentados unos con otros, lo que daba para una narración mucho más gratamente coherente que la Biblia.

El libro estaba escrito con un estilo que se parecía mucho a la Biblia en lengua inglesa estándar de la época, la versión autorizada del rey Jaime, y en particular al Libro de Isaías, y contenía un gran número de oraciones que empezaban con «Y aconteció que». (Mark Twain, de manera bastante cruel, comentó que era como «cloroformo impreso»). Pese a que el Libro de Mormón decía narrar la verdadera historia de algunos de los primeros habitantes de Norteamérica, comienza, de forma bastante sorprendente, en Oriente Medio. En el año 600 a. C., al primer protagonista del libro, un habitante acaudalado de Jerusalén llamado Lehi, se le aparece Dios varias veces, y lo que es más asombroso, Jesús también, seis siglos antes de su nacimiento. A Lehi se le dice que Jerusalén pronto será atacada y destruida por los babilonios (como en efecto sucedió). Cuando sus compatriotas de Judea se niegan a hacer caso de sus advertencias, huye con su familia a Arabia. Allí, su hijo Nefi encuentra junto a su tienda de campaña un dispositivo llamado «Liahona», una especie de compás geográfico y moral a la vez:

Y ahora, hijo mío, tengo algo que decir respecto de la cosa que nuestros padres llaman pelota o director, o nuestros padres lo llamaban Liahona, lo que, al interpretarse, es un compás, y el Señor lo preparó. Y míralo, ningún hombre podría haber obrado una artesanía tan curiosa. Y míralo, fue preparado para mostrarles a nuestros padres el rumbo que debían cursar en tierras inhóspitas. (Alma 37, 38-39).

El Liahona permite al pequeño clan atravesar los océanos hasta arribar a una Norteamérica aparentemente desierta en la que los descendientes de Lehi viven durante los mil años siguientes. Escindidos en dos tribus rivales, una virtuosa y la otra malvada, luchan entre sí y, en el caso de los virtuosos nefitas, se esfuerzan por conservar su fe, que se renueva cuando Jesús, resucitado tras ser crucificado, hace una breve visita a los nefitas para predicar, curarlos y alabarlos por mantener sus creencias durante los largos siglos anteriores a que él naciera. El relato termina de forma un poco apresurada, con la decadencia de los nefitas durante el siglo v d. C., que se describe en dos libros atribuidos a Mormón y a su hijo Moroni. Este último, que aparecería mil trescientos años después en forma del ángel que guio a Smith hasta las placas doradas ocultas, escribe en calidad de último miembro superviviente de su pueblo, para contarnos que todo ha ido mal.

Y el ejército que está conmigo es débil; y los ejércitos de los lamanitas están entre Sherrizah y yo; y todos los que han huido al ejército de Aaron han caído víctimas de su espantosa brutalidad. (Moroni 9, 17).

Joseph Smith fue el primer verdadero *profeta norteamericano*, y su trayectoria repite la de los demás profetas que hemos examinado. Obtuvo partidarios e hizo enemigos, soportó el éxito y la lucha, se vio exiliado (repetidamente) y finalmente murió de manera violenta. Al igual que las de otros profetas, las ideas de Smith divergen continuamente de la religión en cuyo seno fue criado. En 1832, después de que los líderes de otras Iglesias cristianas insistieran obstinadamente en que el Libro de Mormón era una falsificación, Smith dijo que Dios le había enviado a la tierra para crear una nueva Iglesia verdadera que reemplazase a todas las demás, que desde hacía mucho tiempo se habían descarriado por los caminos de una fe falsa.

A esto le siguieron más declaraciones radicales. En 1833, Smith les dijo a sus seguidores que debían abstenerse del consumo de toda clase de estimulantes, desde el tabaco y el alcohol hasta el té o el café. También les propuso el concepto prácticamente hindú de *premortalidad*: que las personas experimentan la vida antes del nacimiento, en tanto «niños espirituales». Estas innovaciones, y el propio Libro de Mormón, llevaron a que el movimiento de Smith fuera denunciado como ajeno al cristianismo y le valió un torrente constante de enemigos. Smith y sus seguidores se vieron expulsados en reiteradas ocasiones por vecinos iracundos y fueron desplazándose cada vez más hacia el oeste. Cuando, a comienzos de la década de 1840, Smith defendió la poligamia, algunos de sus seguidores se volvieron contra él y, en 1844, fue asesinado por una turba airada en Carthage, Illinois.

Su religión, sin embargo, le sobrevivió. Solo tres años después de su muerte, sus partidarios encontraron su nuevo y permanente hogar, Salt Lake City, en Utah, que sigue siendo su núcleo hasta el día de hoy. En cuanto al Libro de Mormón, si bien estuvo durante un tiempo en segundo plano en el seno de esta religión, ahora es más importante que nunca, y se cita y se enseña en las escuelas mormonas tanto como la propia Biblia.

¿Cuál era el atractivo de la cosmovisión de Joseph Smith, un atractivo lo bastante intenso como para conservar la lealtad de sus seguidores pese a que se vieron obligados a abandonar sus hogares y fueron testigos del asesinato de sus correligionarios? El mormonismo ofrecía un nuevo rumbo hacia el paraíso en tiempos turbulentos. Las décadas de 1820 y 1830 fueron una época en la que muchos estadounidenses estaban desconcertados por la rapidez de los cambios que se estaban produciendo en el país, ya que el mercado se puso más difícil y la política más dura, la inmigración se multiplicó por diez en veinte años y la vida se volvió cada vez más ardua para los pobres. Los estadounidenses también estaban hondamente orgullosos de su nación. Smith les ofreció un *cristianismo singularmente norteamericano*, con ángeles norteamericanos, Escrituras ancestrales norteamericanas y, por supuesto, un profeta de origen estadounidense, enviado por Dios para derrocar a las iglesias corrompidas y decrépitas del Viejo Mundo.

El mormonismo, sin embargo, también poseía otra clase de atractivo. Para comprenderlo, deberíamos analizar brevemente algunas otras creencias nuevas que

surgieron durante el siglo siguiente. En primer lugar, me gustaría examinar un movimiento fundado por la primera *profeta de sexo femenino* que aparece en este estudio. Helena Petrovna Blavatsky, más conocida como Madame Blavatsky, parece haber hallado inspiración muy pronto para su muy inusitada visión del mundo. Nacida en 1831 en Ekaterinoslav, Ucrania, pasó gran parte de su infancia leyendo los volúmenes de la extensa biblioteca de ocultismo de su bisabuelo. La vida que llevó después fue muy poco convencional para su época. Casada a los diecisiete años con un aristócrata que tenía veinte años más que ella, lo abandonó durante su luna de miel (aunque conservó su apellido, Blavatsky). De ahí en adelante se dedicó a recorrer intrépidamente el mundo y hasta tomó parte en guerras, pues en 1865 fue herida en la batalla de Mentana, Italia, mientras apoyaba la lucha de Garibaldi por la unificación italiana. También se ganó admiradores por su habilidad para ponerse en contacto con los muertos, su aparente capacidad de provocar ruidos extraños y hacer que se moviera el mobiliario.

A finales de la década de 1860, diría ella más tarde, hizo un descubrimiento verdaderamente asombroso. En 1868 tuvo noticias de su «maestro», Morya, un hindú alto al que había conocido anteriormente durante la Exposición Internacional de Londres y que ahora le decía que tenía que viajar con él al Tíbet. Según contó ella, pasó dos años con Morya y otro maestro llamado Koot Hoomi en el monasterio tibetano de Tashilumpo, en Shigatse. No podría haber estado mejor acompañada, pues ambos tenían poderes sobrehumanos y no estaban sujetos a las reglas de los monjes ordinarios. Con su ayuda, Blavatsky logró acceder, como en su infancia, a una biblioteca de lo más inusitada.

Antes de que veamos lo que ella dijo haber encontrado ahí, quisiera detenerme un momento y echar un vistazo a algunas otras nuevas creencias que surgieron en torno a aquella época, dado que no resulta fácil comprender la nueva religión de Madame Blavatsky sin ellas. Hacia 1850 se produjo toda una explosión de nociones radicalmente nuevas. Si bien esas ideas se contradecían frecuentemente entre sí, los panfletos que las promovían solían venderse en los mismos puestos y los leían las mismas personas. Estos lectores eran con frecuencia personas razonablemente bien educadas, pero se sentían excluidos de los círculos más privilegiados. En otras palabras, se parecían a los artesanos y sastres pobres independientes que habían apoyado creencias radicales nuevas en Europa durante los últimos mil años, desde Tanchelmo hasta los muggletonianos. Y si vamos al caso, fueron exactamente el mismo tipo de personas las que encargaron a Marx que escribiera el *Manifiesto comunista*.

Las creencias de esta nueva ola no solían ser religiosas, pero no obstante tenían algo en común con la religión. Ofrecían consuelo en una era de cambios veloces y que generaba inseguridad. Los europeos y estadounidenses estaban cada vez más fascinados por mejorar su salud mediante el vegetarianismo, las curaciones hipnóticas y la higiene popular. Seguían a Mary Eddy Baker y su Iglesia de Cristo, Científico y

dejaron de visitar a los médicos, felices de descubrir que el dolor, la enfermedad e incluso la muerte *no existían*. Creían que poseían un vínculo invisible con el cosmos en su conjunto a través del magnetismo animal y que podían conversar con sus seres queridos fallecidos a través del espiritismo. Esperaban averiguar que les aguardaba un futuro resplandeciente a través de la quiromancia y por medio de aquella creencia de los tiempos de Maricastaña, la astrología. Creían que medir cuidadosamente la forma de las protuberancias que tuvieran en la cabeza (la frenología) demostraría que eran moralmente superiores a los aristócratas y los monarcas.

O eso o disfrutaban creyendo que ellos y sus compatriotas pertenecían a una raza superior. Prácticamente en el mismo momento en que Marx estaba redactando apresuradamente el *Manifiesto comunista*, un excirujano y ladrón de tumbas escocés caído en desgracia, Robert Knox, estaba trabajando en el equivalente racista de la obra de Marx: *The Races of Men: A Fragment*. El libro, publicado en 1850, afirmaba que los europeos del norte estaban más adelantados que otras razas porque se gestaban en el útero por más tiempo. Knox argumentó que el matrimonio interracial estaba condenado al fracaso a la vez que hacía gala de un especial desprecio por la «raza normanda», a la que denunció como la parasitaria casta dominante de Gran Bretaña (y a la que sospecho que culpaba de su expulsión de la profesión médica). Profetizó una inmensa lucha racial que culminaría en una guerra de razas apocalíptica e higiénica y que establecería la dominación blanca sobre el mundo. A diferencia del *Manifiesto comunista*, *The Races of Men: A Fragment* fue un éxito de ventas instantáneo.

Cuando Madame Blavatsky desveló su nuevo credo, el movimiento teosófico, en Nueva York en 1875, lo proclamó como una «religión perenne»: la combinación definitiva de doctrinas ancestrales de todo el mundo. Ahora bien, se trataba de una pretensión engañosa. La teosofía era muy de su época y se inspiró en muchas de las nuevas creencias que acabo de describir, desde el racismo hasta el espiritismo. Una de las principales fuentes de las que obtuvo sus conocimientos, informó Blavatsky, fue un espíritu con el que había estado en contacto, John King, que tenía buenas relaciones con un grupo de maestros egipcios de la Hermandad Misteriosa de Luxor, que a su vez formaba parte de una organización más grande llamada la Hermandad Mística Universal.

Con toda esa pericia para asistirla, Blavatsky escribió, en su piso de Nueva York, un divagante ataque de mil trescientas páginas contra el racionalismo y el materialismo occidentales titulado *Isis sin velo*; los críticos inmisericordes señalaron que grandes partes del texto delataban una semejanza asombrosa con libros que ella tenía en sus estantes. Fue una década después, sin embargo, cuando Blavatsky escribió su obra trascendental, *La doctrina secreta del hombre*, de mil quinientas páginas de extensión. Publicada en 1888, Blavatsky dijo que estaba inspirada en gran parte en un asombroso texto ancestral secreto que había descubierto durante su estancia en el monasterio de Tashilumpo, en el Tíbet, Las estrofas de Dzyan.

Las estrofas de Dzryan hacían que el Libro de Mormón pareciera una obra de lo más serio. Narraba ni más ni menos que *la totalidad de la historia humana* desde el mismo principio de los tiempos. Blavatsky, mientras transmitía esta narrativa perdida a un público más amplio, contaba que había siete clases de planetas y siete tierras, solo una de las cuales era visible a ojos de los seres humanos. Enumeró siete «razas raíces», cada una de las cuales había creado siete razas subsidiarias. La primera de todas, la raza raíz astral, había habitado una tierra sagrada imperecedera e invisible, mientras que la raza raíz atlántida había creado edificios preciosos y altísimos, hasta que su hogar desapareció bajo el océano Atlántico. Aunque las razas primigenias habían sido gigantes sobrehumanos, un caso de desastrosa mezcla de razas redujo luego a la mayor parte de la humanidad a pecaminosos seres inferiores. Ahora bien, la esperanza no estaba perdida. Una pequeña raza pura, que descendía de reyes-sacerdotes, había sobrevivido: los arios. La humanidad todavía tenía la posibilidad de alcanzar el máximo grado de desarrollo como seres espirituales.

Hoy en día la visión de Blavatsky puede parecer como mínimo excéntrica, pero a su peculiar manera fue muy influyente e inspiró muchas imitaciones, en particular la de dos autoproclamados aristócratas vieneses, que orientaron la invención épica del pasado de Blavatsky de forma mucho más germana. Uno de ellos, Guido List, era hijo de un fabricante de artículos de cuero y se metió en líos en una Viena muy esnob por añadir un *von* a su apellido. Con su larga y poblada barba y sus ojos de mirada fija, hay que considerar a List una versión moderna de ese fenómeno intemporal, el profeta errante, si bien en lugar de perderse por territorios inhóspitos, List era muy aficionado a hacer excursiones a pie por los Alpes. Al igual que Blavatsky, decía haber redescubierto una religión perdida: el culto al dios pagano alemán Wotan.

No se sabe prácticamente nada de la religión alemana primitiva, pero como nos dice Nicholas Goodrick-Clarke en su obra *The Occult Roots of Nazism*, eso no desanimó a List. El escritor clásico romano Tácito, que es prácticamente la única fuente de la que disponemos al respecto, mencionó que los antiguos alemanes habían estado divididos en tres tribus. List sostuvo que, de hecho, se trataba de tres castas sociales y que los miembros de la casta superior (los hermiones de Tácito, que List germanizó para bautizarlos como «armanen») eran los sacerdotes del rey del sol, Wotan. Lo que llevó a List a añadir un *von* a su apellido fue el hecho de darse cuenta de que él mismo era un descendiente directo de aquella aristocracia.

A partir de 1900, List se dedicó a ir desarrollando su reinvenición de la Alemania ancestral, que fue desgranando en una infinidad de artículos periodísticos. En ocasiones «interpretaba» topónimos alemanes o antiguas canciones o refranes. Con mayor frecuencia echaba mano directamente de su imaginación, o tomaba en préstamo la de Madame Blavatsky. Los gigantes de la Atlántida de esta encontraron un lugar en la visión de List, al igual que su raza superior aria, así como su cariño hacia un signo hindú que ella había descubierto en el transcurso de sus visitas a la India y que incorporó al sello de la Sociedad Teosófica: la esvástica. List también

adoptó nociones procedentes de otro reinventor del pasado lejano, esta vez berlinés: Max Ferdinand Sebaldt von Werth, que sostenía que los antiguos arios habían practicado una *religión sexual* a fin de mantener su pureza racial.

A continuación, List reconstruyó la desgraciada historia posterior de la religión de los armanen. Los seguidores de Wotan, informó, habían sido brutalmente atacados por la Iglesia de Roma con la ayuda de Carlomagno. Despojados de su religión sexual, la preciosa pureza racial de los alemanes se había degradado. Pero no todo estaba perdido. La vieja fe armanen había sido conservada en secreto por un conjunto de grupos diversos, entre otros los caballeros templarios, los humanistas del Renacimiento y los francmasones.

A medida que iba reinventando el pasado, List también iba prediciendo el futuro. Advirtió de la existencia de una gran conspiración contra los alemanes por parte de lo que calificó como el Gran Partido Internacional. A pesar de su desprecio por el cristianismo, List adoptó de manera entusiasta una de sus ideas: la noción del fin del mundo. Vaticinó un inminente apocalipsis racial que sería el prólogo de un mundo depurado y dominado por los arios en el que la religión de los armanen finalmente recobraría su gloria pasada. Predijo la formación de un nuevo imperio pangermano gobernado por una élite sacerdotal dotada de un poder infinito. En esa nueva Alemania, se exigiría a las familias arias que mantuvieran registros para demostrar su pureza racial, y los subordinados raciales serían brutalmente reprimidos y realizarían tareas pesadas para que los alemanes puros pudieran gozar de un estilo de vida conforme con su condición. Para contribuir a hacer realidad esta visión, List fundó en 1911 una nueva élite, la Hoher Armanen Orden (HAO).

Nuestro siguiente visionario, Jörg Lanz von Liebenfels, unos de los amigos de List, llevó más allá sus ideas. También aristócrata autoproclamado, Lanz decía haber nacido en Sicilia y ser hijo de un barón, aunque en realidad era hijo de un maestro de escuela de las afueras de Viena. Si List era una versión moderna del profeta en tierra agreste, Lanz también era un personaje familiar, con el que ya nos hemos topado en el Tanchelmo de Flandes y en Martín Lutero: el exmonje profeta. Tras haber pasado seis años en el monasterio cisterciense de Heiligenkreuz, cerca de Viena, Lanz regresó al mundo secular lleno de nuevas ideas. En 1905, las narró en un libro que llevaba el impresionante título de *Teozoología o la herencia de los brutos sodomitas y el electrón de los dioses*.

Al igual que Guido List, Lanz reconstruyó el pasado ancestral a partir de supuestas pruebas aisladas y fragmentarias y grandes dosis de pura imaginación. Sostuvo que los relieves e inscripciones hallados en Mesopotamia demostraban que el rey asirio Absurbanipal II recibió en una ocasión a unas criaturas de aspecto extraño como tributo del soberano de un Estado menor próximo al mar Rojo. Apoyándose en citas del Antiguo Testamento, Lanz concluyó que aquellas criaturas, que Absurbanipal mantenía en su zoo privado, habían sido en realidad pigmeos africanos. Lanz afirmó que los hasta entonces puros arios asirios habían cometido el grave error

de sodomizar a aquellos seres infrahumanos y que, de este modo, habían hecho surgir una nueva raza inferior. Lanz insistía en que todo el Antiguo Testamento había sido escrito como una advertencia a los arios contra semejante comportamiento.

Otro de sus descubrimientos tenía que ver con el especial poder de los arios. Lanz sostenía que los arios puros originarios tenían la capacidad de comunicarse telepáticamente unos con otros mediante señales electrónicas. Argumentó que Jesús, como uno de los arios más destacados, había realizado sus milagros mediante sus poderes electrónicos. Esas cualidades sobrehumanas, no obstante, se habían visto erosionadas continuamente a medida que los arios se cruzaban con seres humanos inferiores. A veces los arios se veían obligados a estos cruces, y Lanz afirmaba que la narración de los Evangelios acerca de las últimas horas de Jesús no describía, como casi todo el mundo creía, su juicio y ejecución por parte de las autoridades de Jerusalén, sino más bien el intento de violación de Jesús por parte de unos satánicos pigmeos sodomitas.

La situación de los arios era grave, pero Lanz seguía albergando grandes expectativas en lo que a su futuro concernía. En su libro, y luego en artículos de su propia revista, *Ostara*, insistió en que los arios solo podrían recuperar sus antiguos poderes electrónicos si se cuidasen de reproducirse únicamente entre ellos y así intensificar su pureza racial. También contribuiría a ello una inminente guerra apocalíptica en el transcurso de la cual los seres humanos inferiores serían destruidos; después de ella, Jesús regresaría para gobernar un reino de su pueblo revigorizado. Entretanto, Lanz exhortó al pronto exterminio de todas las razas pigmeas inferiores. En el transcurso de una lucha épica de los rubios contra los morenos, recomendó que las razas inferiores fueran castradas, esterilizadas, esclavizadas, transportadas a Madagascar o sencillamente incineradas a modo de ofrendas a Dios. Las mujeres alemanas, que en tanto sexo débil eran propensas a encontrar sexualmente atractivos a sus inferiores los pigmeos, debían ser completamente subyugadas por sus maridos arios.

Lanz, al igual que List, estaba ansioso por contribuir a la creación de una nueva élite aria que acaudillara a los alemanes en su cruzada racial. En 1907, cuatro años antes de que List fundara la HAO, Lanz había fundado la Orden de los Nuevos Templarios, que era una especie de sociedad de monjes racistas. Los miembros de la orden tenían que someterse a rigurosos exámenes raciales utilizando métodos esbozados por Lanz en su revista, *Ostara*, después de lo cual se les asignaban puestos que seguían una estricta jerarquía de acuerdo con su pureza. Entre los Nuevos Templarios estuvo Guido List y también, cosa más sorprendente, el dramaturgo sueco August Strindberg. Con la ayuda de acaudalados patrocinadores vieneses, Lanz adquirió un castillo en ruinas, Burg Werfenstein, para su nueva aristocracia racial. Después de otorgarles rangos y alojarlos, Lanz ideó rituales para que practicasen, salmos que cantar y espléndidas prendas de vestir para que las lucieran. Desde lo alto del castillo hizo ondear una bandera con la esvástica.

Por último, también hubo un tercer visionario vienés, Karl Maria Wiligut. Wiligut, militar de carrera, no tenía madera de escritor y sus afirmaciones fueron registradas por Theodor Czepl, un miembro de la Orden de Lanz, los Nuevos Templarios, que le entrevistó en 1920-1921. Wiligut no sentía necesidad alguna de buscar pruebas que respaldasen su visión del pasado ancestral de Alemania y se apoyaba exclusivamente en lo que Goodrick-Clarke denomina su «memoria ancestral clarividente»^[7]. Las afirmaciones de Wiligut superaban de lejos a las de List. Sus rememoraciones se remontaban al año 228 000 a. C., cuando, según relató Wiligut, el mundo tenía tres soles y estaba poblado por gigantes y enanos. También informó de que era representante de una religión alemana mucho más antigua que la de los advenedizos armanistas, el sacerdocio de los irministas, establecido en el año 12 500 a. C. Más adelante, esta fue atacada por los wotanistas de List, y al cabo de una lucha de diez mil años entre las dos religiones, seguidos por la guerra con la Iglesia de Roma, los antepasados de Wiligut (entre los que figuraban gran parte de los personajes más célebres del pasado de Alemania) fueron dispersados por toda Europa. No obstante, habían mantenido encendido el fuego sagrado de su fe ancestral.

Por desgracia, Wiligut sentía de manera demasiado vivaz la persecución imaginaria de sus antepasados sacerdotales por parte de sus rivales. Mientras estaba viviendo en Salzburgo, después de la Primera Guerra Mundial, se convenció de que, debido a su condición de sacerdote irminista, era la víctima de una conspiración de judíos y francmasones, a quienes culpaba tanto por el fracaso de una iniciativa empresarial como del derrumbamiento del Imperio de los Habsburgo. En 1924, se volvió cada vez más violentamente amenazador con su mujer. En noviembre de ese año, ella logró que lo internasen en un asilo psiquiátrico de Salzburgo, donde permaneció dos años y le diagnosticaron delirios de grandeza y esquizofrenia paranoide. Sin embargo, como veremos, eso no significaba en absoluto que ya no se volviera a saber nada más de él.

¿De dónde salieron estas extrañas ideas acerca del pasado remoto de Alemania? Está claro que no procedían de la prehistoria de Alemania, como se había afirmado. Sin embargo, tenían unas raíces mucho más antiguas de lo que cabe imaginar, y desde luego mucho más que la teosofía de Madame Blavatsky. Surgieron, hasta cierto punto, de las *herejías medievales*. Antes hemos visto cómo los textos apocalípticos hicieron evolucionar la idea de un emperador cristiano sobrehumano que instauraría el reino de Jesús sobre la tierra. En la Alemania del siglo XIII, hubo quien pensó que este emperador cristiano era el emperador vivo realmente existente, Federico II. Esta creencia persistió después de la muerte de Federico, y a partir de la década de 1820 aparecieron una serie de falsos Federicos que inspiraron a congregaciones volátiles y de breve duración.

En el siglo XV estas creencias fueron adquiriendo tintes más xenófobos. Un texto titulado *Gamaleón* profetizó que Federico II vencería al papa y al rey de

Francia, aplastaría a los eslavos, a los húngaros y a los judíos, exterminaría a todo aquel que trabajara para la Iglesia de Roma y gobernaría como una especie de papa-emperador desde Maguncia. Un texto de comienzos del siglo XVI, el Libro de los Cien Capítulos, fue todavía más allá. Afirmaba que los alemanes habían sido el pueblo elegido de Dios, pero que habían sido envenenados por influencias extranjeras (el Antiguo Testamento y la Iglesia de Roma) que los habían sometido al yugo de los pueblos latinos inferiores.

Afortunadamente, no todo estaba perdido, pues un personaje llamado el Emperador de la Selva Negra pronto pondría las cosas en su sitio al exterminar a los ricos y pecadores antes de conducir a los ejércitos alemanes contra los turcos, el rey de Francia y el papa, conquistar Jerusalén y después gobernar durante mil años, de nuevo desde la ciudad de Maguncia. El Libro de los Cien Capítulos no se publicó en su época y sobrevivió solo como un texto redactado a mano lleno de polvo en un anaquel de la biblioteca de Colmar, pero fue redescubierto durante la década de 1890, en el preciso momento en que Guido List comenzó a concebir su nueva visión del mundo. Las ideas de List, como las de Lanz y Wiligut, parecían haberse inspirado en una mentalidad remota que combinaba la confianza en la superioridad nacional con un hondo temor a lo extranjero.

Hasta ahí en lo tocante al origen de estas nociones. La pregunta fundamental es: ¿Alguien les hizo el menor caso? La mayoría de los austriacos, a diferencia de List y Lanz, no tenía ningún interés en un imperio pangermano. Eran leales al Estado de los Habsburgo. Asimismo, como buenos católicos, desde luego no consideraban a la Iglesia de Roma como una malévola influencia extranjera que hubiera destruido la verdadera religión de los alemanes. La mayor parte de los vieneses serios no querían saber nada de Lanz o de List, a los que tomaban por los chiflados que eran. Cuando, en 1903, List envió a la Academia Imperial Austriaca un manuscrito en el que exponía algunas de sus visiones, le fue devuelto despectivamente, sin comentario alguno.

Ahora bien, aunque los partidarios de List y Lanz no fueran muchos, sí eran influyentes. El rechazo del manuscrito de List suscitó una queja en el Parlamento. En 1905 se fundó una Sociedad List, entre cuyos miembros figuraban muchos destacados personajes antisemitas, tanto de Austria como de Alemania, desde políticos y universitarios a directores de periódicos. Como ya hemos visto, entre los Nuevos Templarios de Lanz también hubo muchos vieneses destacados, cuyas contribuciones le permitieron comprar Burg Werfenstein.

¿Cómo —cabría preguntarse— podía *nadie* tomarse en serio la afirmación de que una casta de grandes sacerdotes paganos alemanes había sobrevivido secretamente durante miles de años, o que Jesús había sido un ario dotado de poderes electrónicos sobrehumanos?

List y Lanz, al igual que Hong y Marx, ofrecían consuelo frente a un pánico *nacional*. No es que Austria-Hungría se hubiera visto humillada por una ocupación

extranjera, pero algunos austriacos se sentían de lo más inquietos en lo tocante al futuro. Los germanoparlantes, que habían constituido la clase dominante del Imperio de los Habsburgo durante siglos, veían que sus privilegios estaban en vías de desvanecerse. Los húngaros, los checos y otros estaban exigiendo, con éxito cada vez mayor, la plena igualdad de derechos, y el imperio amenazaba con convertirse en algo así como una Unión Centroeuropea. List se puso furioso cuando, a finales de la década de 1890, los checos obtuvieron el derecho a acceder a cargos públicos en su país natal. El triunfo alemán en una guerra racial solventaría ese tipo de problemas de una vez por todas.

Después de ser derrotada en la Primera Guerra Mundial, Alemania experimentó una sensación parecida de pánico nacional. Aquí las afirmaciones de List y de Lanz hallaron nuevos partidarios. Existen indicios de que el propio Hitler había sido un lector entusiasta de la revista de Lanz, *Ostara*, en los tiempos en que fue un artista en apuros en Viena, aunque si lo fue, se calló este dato durante su marcha hacia el poder. El interés de otro personaje por los visionarios vieneses, sin embargo, fue inequívoco. Se trata del Reichsführer de las SS, Heinrich Himmler.

Esto lo sabemos porque Himmler proporcionó un trabajo a uno de los miembros del trío de Viena. En 1933, empleó a Karl Maria Wiligut (quien, tras su vergonzosa estancia en el psiquiátrico de Salzburgo, había adoptado el pseudónimo de Karl Maria Weisthor) en las SS, donde se le puso al frente de la Oficina Central para la Raza y el Reasentamiento. A Wiligut se le requirió que narrase sus recuerdos de la prehistoria de Alemania y también que contase la asombrosa historia de su familia, los depositarios de la religión irminista perdida. Consultado regularmente por Himmler, con el que se intercambiaba regalos de cumpleaños, Wiligut introdujo allí a un correligionario afín, Günther Kirchhoff, que ofreció sus propias revelaciones acerca del pasado; por ejemplo, cómo Europa había estado dominada antaño por tres grandes reyes, uno de los cuales había sido «Arthur de Stonehenge». Himmler encargó a Wiligut que diseñara el anillo de las SS con la *totenkopf* (calavera), y este ayudó a idear nuevos rituales religiosos irministas para las SS, para celebrar matrimonios SS, el nacimiento de bebés SS y los solsticios. Hasta que, en 1938, la gran época de Wiligut tocó abruptamente a su fin, cuando un miembro de la plantilla de Himmler localizó a la mujer de Wiligut. Al enterarse de que había pasado una temporada como enfermo mental, Himmler ordenó que fuese discretamente despedido.

No fueron solo las ideas de Wiligut las que se introdujeron en el pensamiento nazi. Las SS de Himmler (una jerarquía completamente masculina de alemanes supuestamente puros desde el punto de vista racial, fundada para renovar la raza y aplastar a los inferiores) fueron, de hecho, una combinación de la Hoher Armanen Orden de List y de la Orden de los Nuevos Templarios de Lanz, si bien las influencias católicas de estos últimos fueron extirpadas. Himmler quedó tan convencido por las afirmaciones de Blavatsky y de List acerca de un imperio mundial ancestral ario que

envió expediciones a Finlandia, Islandia, Irán y el Tíbet para que buscasen pruebas de su existencia.

Como ya hemos visto, List sugirió muchas medidas para conservar la pureza racial alemana: debía prohibirse a los alemanes tener hijos con no arios y debían guardar pruebas documentales de su pureza racial, mientras que sus inferiores debían ser relegados a la realización de tareas pesadas. Todas estas disposiciones se convirtieron en ley bajo los nazis. Lanz había insistido en que las razas inferiores fueran castradas, esterilizadas, esclavizadas, transportadas a Madagascar o incineradas a modo de ofrendas a Dios. Todas estas posibilidades fueron sopesadas por los dirigentes nazis y todas, salvo la deportación a Madagascar, fueron puestas en práctica y tuvieron como consecuencia la muerte de millones de judíos, gitanos, eslavos y homosexuales.

Si los resultados no hubieran sido tan horrorosos, esta sucesión de acontecimientos habría sido risible. A todos los efectos, las medidas políticas del Gobierno de la segunda economía más poderosa del mundo estuvieron parcialmente inspiradas por un exlunático, el director de un minúsculo y ponzoñoso diario equivalente a *National Enquirer*^[1], un hombre que se creía a sí mismo miembro de una casta secreta de grandes sacerdotes paganos alemanes y cuyas visiones se parecían a una especie de Tolkien tóxico.

¿Tocó a su fin la reinención épica del pasado con el desmoronamiento del Estado nazi en 1945? En absoluto. La cosmovisión más colorista y más asombrosa de esa clase entró en la historia poco después. A diferencia de cualquier creencia con la que nos hayamos topado hasta ahora, esta fue *anunciada por adelantado*. A finales de 1949, un número de la revista *Astounding Science Fiction* anunció que uno de sus principales colaboradores, el autor de relatos del Oeste, de aventuras y de ciencia ficción, L. Ron Hubbard, estaba completando un nuevo sistema para la erradicación total de todas las neurosis. El sistema fue descrito de forma completa la primavera siguiente, en el libro de Hubbard *Dianética: la ciencia moderna de la salud mental*.

La vida de L. Ron Hubbard —el último de nuestros profetas— resulta un tanto escurridiza. A sus seguidores les contó que se había criado viviendo aventuras en el rancho de su abuelo, que abarcaba una cuarta parte del estado de Montana. A partir de los catorce años, recorrió China y el Pacífico, conversando con magos y bandidos, y a veces aprendiendo un nuevo idioma en una sola noche. Durante la Segunda Guerra Mundial combatió en los cinco escenarios bélicos y obtuvo veintiuna medallas, hasta que, gravemente herido, pasó el final de la guerra en el Hospital Naval de Oak Knoll, en California. Allí, tullido, ciego y abandonado tanto por sus amistades como por su familia, recobró la salud con la pura fuerza de su voluntad.

El biógrafo no autorizado de Hubbard, Russell Miller, nos ofrece un cuadro bastante distinto. En su rigurosa narración *Bare-Faced Messiah: The True Story of L. Ron Hubbard*, Miller nos dice que el abuelo de Hubbard no era dueño de una cuarta parte del estado de Montana, sino de una consulta veterinaria y de un negocio de

alquiler de calesas. Asimismo, los conocimientos que Hubbard poseía sobre China no se debían a que hubiera pasado su adolescencia recorriendo el mundo, sino a un par de visitas turísticas que realizó con sus padres mientras su progenitor estaba destinado en el Pacífico como oficial de suministros de la marina. Por lo que se refiere a la trayectoria bélica de Hubbard, estuvo brevemente al mando de un destructor, pero fue destituido al cabo de unas pocas semanas de perseguir inexistentes submarinos japoneses y disparar involuntariamente sobre México. No obtuvo veintiuna medallas, sino cuatro, dos de las cuales fueron concedidas a todos aquellos soldados que hubieran estado en servicio activo durante toda la guerra. Aunque sí pasó los últimos días del conflicto en el hospital de Oak Knoll, no estaba ciego ni tullido debido a heridas de guerra, sino que ingresó por una dolencia gástrica menor, seguramente una úlcera.

Por suerte, cuando se trata de las *creencias* del movimiento de Hubbard, las cosas están mucho más claras. Estas surgieron a partir de *Dianética*, que, como vimos, pretendía tener curas para todos los problemas de salud mental. La idea fundamental de la dianética era que, sin que ellos lo supieran, los seres humanos lo recordaban absolutamente *todo*, incluso lo de antes de su nacimiento. Hubbard sostenía que la gente era capaz de recordar acontecimientos a partir de las veinticuatro horas de su concepción. Ahora bien, de los recuerdos procedían los traumas. Durante los momentos de estrés, la mente analítica dejaba de funcionar y los recuerdos se alojaban, por el contrario, en lo que Hubbard (cuyas teorías rebosaban terminología y acrónimos extraños) denominaba la *mente reactiva*, donde acechaban en calidad de nocivos *engramas* que después provocaban neurosis. No obstante, había ayuda a mano. Un *auditor* dianeticista podía hacer que los pacientes (denominados optimistamente *preclaros*) recordasen sus engramas, después de lo cual estos recuerdos traumáticos ocupaban su debido lugar en la mente analítica y dejaban de causar problemas. Hubbard alardeaba de tener un nivel de éxito del cien por cien con su nuevo sistema.

A pesar de las feroces críticas del *New York Times*, de la revista *Scientific American* y de la Asociación Psiquiátrica Americana, *Dianética* fue un gran éxito. Se entiende fácilmente por qué. Como lo describió Russell Miller: «Las técnicas eran fáciles de aprender, estaban al alcance de todo el mundo y, lo mejor de todo, siempre funcionaban»^[8]. El libro de Hubbard encabezó la lista de los más vendidos del *LA Times* durante varios meses a lo largo de 1950, mientras masas de estadounidenses — muchos de ellos fanáticos de la ciencia ficción — se auditaban unos a otros, extrayendo de su pasado recuerdos dolorosos. Los entusiastas atravesaban el país para apuntarse a las prohibitivas conferencias-cursos de auditoría de Hubbard, en el nuevo Centro de Investigación Dianética de Elizabeth, Nueva Jersey.

Con frecuencia, como explicaba el libro de Hubbard, los engramas nocivos procedían del comportamiento de las madres. Hubbard contó casos que él mismo había auditado, en los que los preclaros, durante sus vidas fetales, habían escuchado a

sus madres mantener relaciones sexuales adúlteras o, cosa mucho más traumática, cómo intentaban deshacerse del bebé no deseado con agujas de punto. Estos recuerdos sumergidos, explicaba Hubbard, causaban todo tipo de problemas posteriores, desde úlceras (la dolencia del propio Hubbard al final de la guerra) a depresiones, pasando por la pérdida del cabello y narices demasiado largas.

La dianética, sin embargo, no solo prometía resolver los problemas individuales. También se ofrecía, en una era plagada de ansiedad, a *aumentar la cordura mundial*. De manera que, casi desde el principio, la dianética tuvo un elemento profético. Hubbard, como otros profetas en ciernes, empezó seduciendo a un grupo pequeño pero devoto de seguidores, entre los que se contaban un médico de familia, un editor y, lo más útil de todo, el director de la revista *Astounding Science Fiction*. Con la ayuda de todos ellos no tardó en reunir a una multitud de entusiastas seguidores.

La transformación completa del movimiento se produjo a comienzos de la primavera de 1952. En el mismo momento en que la dianética empezaba a dejar de ser una novedad, Hubbard anunció ante una congregación de sus partidarios en un hotel de Wichita, Kansas, que había ideado otra ciencia completamente nueva que iba mucho más allá de la dianética. Había nacido la cienciología.

¿En qué se distinguía la cienciología de la dianética? Todo eso quedó aclarado en el libro de L. Ron Hubbard *Scientology: What to Audit*, que enseguida fue retitulado *Scientology: a History of Man*. La introducción de la obra comenzaba con la llamativa frase: «Una narración fáctica y a sangre fría de tus últimos sesenta trillones de años». Dicho con sencillez, la cienciología amplió enormemente las dimensiones de la memoria perdida de las personas. Hubbard afirmaba que los seres humanos no solo tenían la capacidad de recordar la totalidad de sus propias vidas, sino también vidas anteriores, lo que Hubbard denominó la *línea temporal*. Estas vidas tenían varios orígenes diferentes. En primer lugar, la gente podía recordar sus existencias anteriores en tanto *Entidades Genéticas* o EG. Los EG, que entraban en el cuerpo de un preclaro varios días antes de la concepción, y que se hallaban en la región estomacal, habían habitado en los cuerpos de los antepasados de las personas durante millones de años. Por tanto, un preclaro podía recordar el tiempo pasado por su EG como aristócrata medieval o, remontándose aún más, como simio o pez.

Estas rememoraciones remotas no eran nada, sin embargo, en comparación con otras cosas que podía recordar la gente. Hubbard explicó que hace entre setenta mil y treinta y cinco mil años, la Tierra había sido visitada por unos seres inmensamente superiores llamados thetanes. Los thetanes habían habitado en millones de seres del universo durante trillones de años. Podían viajar por el espacio a grandes velocidades sin ayuda, comunicarse mediante la telepatía y, aunque por lo general eran pacíficos, a veces luchaban entre sí mediante flujos de energía. Aburridos de una vida infinita, habían terminado fascinados por los meros mortales (*seres MEST*), entre los que estaban incluidos los seres humanos. Como explicó Hubbard:

¿Dónde está el thetán? A diferencia de cualquier práctica anterior, el segundo mejor lugar es justamente fuera del cuerpo MEST, supervisándolo así mediante contacto directo con los controles motores corporales del MEST, situados a ambos lados de la cabeza [...] en la mayoría de los casos, el thetán se encuentra detrás y encima del cuerpo MEST^[9].

Como es natural, estos descubrimientos —que según reconocía Hubbard constituían una reelaboración completa de las teorías de Darwin— ofrecían una inmensa abundancia de recuerdos a extirpar, capaces de causar enfermedades y neurosis. Así pues, si un preclaro padecía miedo a las alturas, era porque reflejaba sus recuerdos más antiguos de EG como un perezoso con miedo a caerse del árbol. La incapacidad de llorar de un preclaro reflejaba una existencia anterior como una clase particular de molusco llamado «llorón», que según explicó Hubbard «se llamaba originariamente “Grim Weeper”^[III] o “buaah”».

Los apuros del llorón son muchos y lamentables. Seguía obteniendo sus alimentos de las olas, pero aun así tenía que respirar. Las olas son impetuosas y a menudo irregulares. El llorón se abría para obtener alimentos del agua y una ola entraba en su concha. Expulsaba vigorosamente el agua para tratar de obtener un poco de aire y entonces, antes de poder ingerir atmósfera, se veía sacudido por otra ola. Ahí residía la ansiedad^[10].

Los preclaros con tendencias masoquistas estaban recordando existencias pasadas en las que habían soportado pasivamente ser devorados. Los preclaros que fumaban estaban recordando un tiempo en el que el mundo había estado muy sometido a erupciones volcánicas. Los preclaros que estaban semiparalíticos debido a apoplejías estaban en realidad recordando haber sido sometidos a la descarga del arma «semiluminosa, seminegra de un thetán, que emitía olas» y que los partían en dos personas diferentes (*halvers*). Un preclaro que tenía las manos y los pies fríos recordó haber sido trasladado por todo el universo envuelto en hielo antes de ser arrojado al océano para que se descongelara. Para complicar más aún las cosas, los preclaros podían estar traumatizados por recuerdos que no procedían de su propio pasado, sino del de *otras personas*. Los thetanes podían ser traviesos y a veces robaban las vidas pasadas del huésped humano de otro thetán para divertirse, «del mismo modo que al *Homo sapiens* le gusta la tele».

Hasta una sola célula del cuerpo de uno podía contener remembranzas traumáticas de vidas anteriores.

La pulpa de un diente, por ejemplo, se remonta, célula a célula, hasta los primeros engramas; cuando se alivian estos, un dolor en ese diente se hace poco

menos que imposible sin que importe el número de nervios que queden al descubierto, cosa que provocará toda una revolución en la ortodoncia^[11].

Así pues, al igual que la fundadora de la Ciencia Cristiana, Mary Eddy Baker ochenta años antes, Ron Hubbard consideraba inexistentes las dolencias físicas. En el prólogo a *Scientology: a History of Man*, declaró: «Estos son conocimientos útiles. Con ellos los ciegos vuelven a ver, los cojos caminan, los enfermos sanan, los locos se vuelven cuerdos y los cuerdos se vuelven más cuerdos». Lo que Hubbard ofrecía a sus seguidores, sin embargo, iba mucho más allá de cuestiones de salud. Con un curso de auditoría intensa y el empleo cuidadoso de un dispositivo llamado *E-metro* (una especie de estetoscopio psíquico compuesto por dos latas metálicas unidas a una caja con un dial, que medía los cambios eléctricos en la piel), se podía curar a un preclaro de dolencias físicas y psíquicas y hasta lograr que fuese un poco más alto. Él o ella incluso podían convertirse en *Mest Clears*, que, según explicó Hubbard, «era como un rascacielos más alto que el *Homo sapiens*». Ahora bien, eso no era más que el comienzo. La siguiente etapa era convertirse en un *Theta Clear*: un ser sobrehumano que podía hacer caer los sombreros de las cabezas desde cincuenta metros y leer libros «a un par de países de distancia». Por último venía la etapa más elevada de todas, el *Cleared Theta Clear*, la cual era sencillamente inconcebible.

Ahora bien, a pesar de todas sus deslumbrantes promesas, la historia de la Iglesia de la Cienciología resultó tener muchos altibajos. Durante algún tiempo prosperó, hasta tal punto que Hubbard pudo comprarse una mansión inglesa en East Grinstead, Sussex, donde alarmó a la servidumbre al leerles con su E-metro. Los buenos tiempos, sin embargo, no iban a durar. Al igual que tantos de los profetas que le precedieron, Hubbard se vio acorralado por enemigos, aunque a diferencia de Zaratustra o Jesús, no se trataba de sacerdotes, sino de empleados del Gobierno estadounidense. La caótica contabilidad de Hubbard suscitó un interés cada vez mayor por parte de la Hacienda estadounidense. Pese al hecho de que había denunciado patrióticamente a mucha gente como probables simpatizantes comunistas —entre ellos a su exesposa y a su amante—, el FBI también comenzó a mirar a Hubbard con una inquietud cada vez mayor, y a poner en duda su cordura.

Después de que una junta investigadora australiana denunciara a la cienciología como amenaza para la comunidad y que el estado de Victoria la prohibiera abiertamente, Hubbard compró unos cuantos barcos y trasladó su movimiento al océano, con el nombre de *Sea Organization*. De vez en cuando nombraba como capitanes de sus barcos a seguidores suyos que no tenían experiencia alguna como marinos, confiando en sus recuerdos náuticos de vidas anteriores. Russell Miller cuenta cómo, retirado del mundo, Hubbard se volvió cada vez más propenso a los ataques de ira y paranoia. Ordenó castigar a cualquier persona sospechosa de ser una «persona supresiva» o SP y, tras haber decidido que sus perros eran *clears*, acabó por

creer que cualquier persona a la que le ladrasen debía haber cometido un *Overt* (acto malévolo) contra él y su familia.

Hubbard no acabó de forma violenta, como tantos otros profetas, pero el suyo no dejó de ser un final extraño. Pasó los últimos años de su vida, a mediados de la década de 1980, recluso, desconocido para sus vecinos y rodeado de vallas, en un rancho del centro de California, que derribó y volvió a construir repetidas veces. No obstante, su movimiento perduró y sigue existiendo. ¿Cuál era —y es— su atractivo? Porque no cabe ninguna duda de que lo tiene. De acuerdo, ciertamente, con su página web oficial, en la actualidad la Iglesia de la Cienciología es la religión que crece con mayor rapidez en el mundo, y en el momento de la redacción de este texto, en 2013, tiene casi quinientas iglesias y centros en seis continentes, que difunden el mensaje de Hubbard al mundo.

No resulta difícil discernir las inseguridades que al principio encaminaron a la gente hacia Hubbard. Los comienzos de la década de 1950 fueron una época de gran ansiedad. Fue la era de la Guerra de Corea, del macartismo y las sospechas de conspiraciones comunistas secretas. Por encima de todo, la gente tenía miedo de la guerra nuclear. Por primera vez en su historia, tenían muchos motivos para preocuparse por el fin del mundo. La Unión Soviética hizo estallar su primera bomba atómica en agosto de 1949. La nueva ciencia de Hubbard, la dianética, fue anunciada algo más tarde ese mismo año. Inspirándose en la fascinación contemporánea por el psicoanálisis, la principal pretensión de la dianética era curar a los individuos de sus neurosis, pero como hemos visto, también pretendía aumentar la cordura a escala mundial. En una época en que el mundo parecía todo menos cuerdo, se trataba de una perspectiva atractiva. La cienciología convertía la guerra atómica en algo *carente de importancia*. ¿Qué importaba eso si el ser que uno llevaba dentro tenía el poder de recorrer el espacio sin ayuda, comunicarse de forma telepática y sobrevivir a prácticamente cualquier cataclismo? ¿Qué importaba la bomba atómica si uno llevaba trillones de años existiendo e iba a existir durante trillones de años más? Hubbard ofrecía el *consuelo total*.

No obstante, a mí me parece que la cienciología también intentó dar respuesta a otra inquietud más profunda. Madame Blavatsky, Guido List y Jörg Lanz ofrecían nuevas versiones del pasado remoto, cada cual más épico y extravagante que su antecesor. Cabría sostener que todos trataron de sustituir una gran visión del pasado que estaba perdiendo su aura de fiabilidad: la Biblia. Todos estos movimientos intentaron *llenar un gran vacío*.

Tras haber dominado la imaginación de la gente durante tantos siglos, el cristianismo, ahora que su dominación por fin se había relajado, había dejado una inquietante sensación de vacío. No es casualidad que estos nuevos movimientos, desde el mormonismo a la cienciología, ofrecieran sustitutos para el relato de la creación bíblica, pues era en esta misma creencia donde el cristianismo había acusado el primer golpe, cuando la geología y el darwinismo socavaron su cronología. La

historia de Lehi y sus descendientes había sido descubierta, según Joseph Smith, en un receptáculo de piedra encima de una colina en Nueva Inglaterra a la que le había guiado un ángel del cielo. Madame Blavatsky decía haber accedido a un documento secreto en un remoto monasterio tibetano. List, Lanz y Wiligut basaron sus relatos en una gran diversidad de fuentes, en particular en sus propias memorias ancestrales. L. Ron Hubbard fue más lejos todavía y obtuvo sus pruebas de los recuerdos olvidados, con la ayuda de un E-metro.

Hasta ahí en lo que se refiere a las creencias del pasado remoto y reciente. ¿Y qué hay del futuro? ¿Ha terminado por fin la gran era de la imaginación religiosa? A veces se afirma que últimamente la humanidad se encuentra al borde de un mundo posreligioso. No cabe duda de que hoy en día la religión, al menos en parte de Occidente, se contempla con mucha cautela. En el pasado la gente tenía miedo de las religiones de los demás. Ahora, en ciertas partes de Europa, hay mucha gente que recela de *todas* las creencias religiosas fervorosas, que consideran afines a la locura. En Gran Bretaña, a un político que albergue incluso creencias religiosas moderadas se le mira con gran desconfianza. En la actualidad son cada vez más las personas que prefieren atravesar la vida sin creer en fuerzas sobrenaturales. Descubren que pueden apañárselas con el consuelo más frío de la ciencia. Incluso en partes del mundo que se consideran hondamente religiosas, como Oriente Medio, el mundo se está volviendo cada vez más complejo y las antiguas certidumbres más esquivas.

¿Seguiremos por este camino? A lo largo de este libro he sostenido que la gente adopta creencias fervorosas a partir de la sed de consuelo, para apaciguar sus inquietudes. Estas inquietudes, como es natural, han cambiado considerablemente desde los tiempos de los cazadores-recolectores, que temían al mal tiempo, las enfermedades, el hambre y la incapacidad de encontrar animales que cazar. Las inquietudes, no obstante, siguen muy presentes entre nosotros, y sin duda lo seguirán estando en el futuro. De manera que sospecho que habrá unas cuantas cosmovisiones inventadas más. ¿A qué temores responderán? Eso dependerá de nosotros. Dependerá de *lo seguro que parezca nuestro mundo*.

Y eso, ni que decir tiene, nadie lo sabe.

AGRADECIMIENTOS

Si cabe justificar un libro como este, es porque reúne diferentes creencias de un modo que espero que los lectores encuentren esclarecedor y sorprendente. Los historiadores profesionales nos han proporcionado investigaciones sobre todas estas creencias, y ellos han hecho el trabajo difícil, excavando en la mina de la historia y ofreciendo al mundo el oro que han descubierto. Ni que decir tiene que sin sus esfuerzos, yo no habría podido completar ni una sola página.

Quisiera dar las gracias a todos aquellos cuyos escritos he enumerado al final del libro, en calidad de fuentes y bibliografía recomendada. También me gustaría seleccionar algunos de ellos, para agradecerles especialmente sus impresionantes narraciones, a menudo muy graciosas. Quiero agradecer a Jean Bottéro su maravilloso análisis de la religión mesopotámica ancestral, a Robin Lane Fox, su deslumbrante análisis de la Biblia, así como del paganismo clásico y el cristianismo primitivo; a E. P. Sanders, su maravillosamente lúcida exposición de la vida de Jesús; a Norman Cohn, su asombroso análisis de los movimientos apocalípticos durante la Edad Media; tanto a Christopher Hill como a Andrew Bradstock, sus fértiles retratos de los grupos religiosos radicales durante la Guerra Civil inglesa; y por último, a Nicholas Goodrick-Clarke, su extraordinario descubrimiento de la religión ocultista prenazi.

También quiero darles las gracias a Bryan Ward-Perkins y a Gervase Rosser por sus valiosísimas sugerencias en lo que a lecturas se refiere. Quiero agradecer a mi agente, Deborah Rogers, tanto su sagaz entendimiento en materia de libros como el haberme apoyado siempre, en lo bueno y en lo malo. Y también quisiera darles las gracias a mis editores en Bodley Head, Stuart Williamson, Jörg Hensgen y Katherine Ailes, por su entrega, sensatez e impresionantes conocimientos acerca de este inmenso tema.

Por último, quisiera darles las gracias a mi esposa Shannon por su enorme ayuda con las galeras, y a ella y a nuestros hijos Alexander y Tatiana, por soportarme mientras intentaba escribir este libro una y otra vez.

BIBLIOGRAFÍA Y LECTURAS RECOMENDADAS

- ARNOLD, John H., *Inquisition and Power: Catharism and the Confessing Subject in Medieval Languedoc*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2001.
- BARBOUR, Hugh, *The Quakers in Puritan England*, Londres, Yale University Press, 1964.
- BENNETT, Judith M. y WARREN HOLLISTER, C., *Medieval Europe: A Short History*, Londres, McGraw-Hill, 2006.
- BERKEY, Jonathan P., *The Formation of Islam: Religion and Society in the Near East, 600-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- BOTTÉRO, Jean, *Religion in Ancient Mesopotamia*, Londres, University of Chicago Press, 2001.
- BOYCE, Mary, *A History of Zoroastrianism*, Leiden y Nueva York, E. J. Brill, 1975.
- BRADSTOCK, Andrew, *Radical Religion in Cromwell's England: A Concise History from the English Civil War to the End of the Commonwealth*, Londres, I. B. Tauris, 2011.
- BUSHMAN, Richard Lyman, *Mormonism: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- CALVERT, John, *Sayyid Qutb and the Origins of Radical Islamism*, Londres, Hurst, 2010.
- CANTOR, Norman E., *The Civilization of the Middle Ages*, Nueva York, HarperCollins, 1993.
- CHADWICK, Owen, *The Reformation*, Harmondsworth, Penguin Books, 1964.
- CLOTHEY, Fred W., *Religion in India: A Historical Introduction*, Londres, Routledge, 2006.
- COE, Michael D. y KOONTZ, Rex, *Mexico: From the Olmecs to the Aztecs*, Londres, Thames and Hudson, 2002.
- COHN, Norman, *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Millenarians and Mystical Anarchists of the Middle Ages*, Londres, Secker & Warburg, 1957 [ed. cast.: *En pos del milenio: revoluciones milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media*, trad. Ramón Alaix Busquets, Barcelona, Barral Editores, 1972].

- COOTER, Roger, *The Cultural Meaning of Popular Science: Phrenology and the Organization of Consent in Nineteenth-Century Britain*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- DALTON, Rex, «Lion Man Takes Pride of Place as Oldest Statue», *Nature*, 4 de septiembre de 2003.
- DAVID, Rosalie, *The Ancient Egyptians: Beliefs and Practices*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1982 [ed. cast.: *Religión y magia en el Antiguo Egipto*, trad. Silvia Furió Castellví, Barcelona, Crítica, 2004].
- DREW, David, *The Lost Chronicles of the Maya Kings*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999.
- DUBOIS, Thomas David, *Religion and the Making of Modern East Asia*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- DUNBAR, Robin, *The Human Story: A New History of Mankind's Evolution*, Londres, Faber and Faber, 2004 [ed. cast.: *La odisea de la humanidad: una nueva historia de la evolución de la raza humana*, trad. Natalia Fernández Matienzo, Barcelona, Crítica, 2007].
- Economist, The*, «Social Media in the 16th Century: How Luther Went Viral», 17 de diciembre de 2011.
- FAIRBANK, John King y GOLDMAN, Merle, *China: A New History*, Londres, Belknap Press, 1998 [ed. cast.: *China, una nueva historia*, trad. Gila Sharony, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1997].
- FIGES, Orlando, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Jonathan Cape, 1996 [ed. cast.: *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, trad. César Vidal, Barcelona, Edhasa, 2001].
- FISCHER, Steven Roger, *A History of Writing*, Londres, Reaktion, 2001.
- Foreign Languages Publishing House, Moscú: *Reminiscences of Marx and Engels*, (s. f.).
- FREND, William H. C., *The Rise of the Monophysite Movement: Chapters in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.
- GASKILL, Malcolm, *Witchcraft: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- GIVENS, Terryl L., *The Book of Mormon: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009.
- GOODMAN, Martin, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations*, Londres, Allen Lane, 2007.

- GOODRICK-CLARKE, Nicholas, *Helena Blavatsky*, Londres, North Atlantic Books, 2004.
- , *The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*, Londres, I. B. Tauris, 1992.
- HEUN, Manfred *et al.*, «Site of Einkorn Wheat Domestication Identified by DNA Fingerprinting», *Science*, 278, 5341 (14 de noviembre de 1997), 1312-1314.
- HILL, Christopher, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during the English Revolution*, Londres, Temple Smith, 1972 [ed. cast.: *El mundo trastornado: el ideario popular extremista de la revolución inglesa*, trad. M.^a Carmen Ruiz de Elvira, Madrid, Siglo XXI de España, 1983].
- HOURLANI, Albert, *A History of the Arab Peoples*, Londres, Faber and Faber, 1991 [ed. cast.: *La historia de los árabes*, trad. Aníbal Leal Fernández, Barcelona, Ediciones B, 2004].
- HUBBARD, L. Ron, *Scientology: What to Audit / A History of Man*, Phoenix, Arizona, Scientific Press, 1952.
- JONES, Brian W., *The Emperor Domitian*, Londres, Routledge, 1992.
- KARLEN, Arno, *Man and Microbes: Disease and Plagues in History and Modern Times*, Nueva York, Putnam, 1995.
- KUHN, Dieter, *The Age of Confucian Rule: The Song Transformation of China*, Londres, Belknap Press, 2009.
- LAMBERT, Malcolm, *Medieval Heresy: Popular Movements from the Gregorian Reform to the Reformation*, Londres, Edward Arnold, 1977 [ed. cast.: *La herejía medieval*, trad. Demetrio Castro Alfín, Madrid, Taurus, 1986].
- LANE FOX, Robin, *Pagans and Christians in the Mediterranean World from the Second Century A.D. to the Conversion of Constantine*, Harmondsworth, Viking, 1986.
- , *The Unauthorized Version: Truth and Fiction in the Bible*, Harmondsworth, Viking, 1991 [ed. cast.: *La versión no autorizada: verdad y ficción en la Biblia*, trad. César Armando Gómez Martínez, Barcelona, Planeta, 1992].
- LEWIS, Bernard, *The Arabs in History*, Londres, Hutchinson, 1950 [ed. cast.: *Los árabes en la historia*, trad. Guillermo Sans Huelin, Madrid, Espasa, 2005].
- , *The Jews of Islam*, Princeton, NJ, University of Princeton Press, 1984 [ed. cast.: *Los judíos del islam*, trad. Juana Amorós, Madrid, Letrumero, 2002].
- LEWIS, Mark Edward, *China Between Empires: The Northern and Southern Dynasties*, Londres, Belknap Press, 2009.
- , *China's Cosmopolitan Empire: The Tang Dynasty*, Londres, Belknap Press, 2009.
- , *The Early Chinese Empires: Qin and Han*, Londres, Belknap Press, 2007.

- LEWIS-WILLIAMS, David, *The Mind in the Cave: Consciousness and the Origins of Art*, Londres, Thames and Hudson, 2004 [ed. cast.: *La mente en la caverna: la conciencia y los orígenes del arte*, trad. Enrique Herrando Pérez, Madrid, Akal, 2011].
- LEWIS-WILLIAMS, David y PEARCE, David, *The Neolithic Mind: Consciousness, Cosmos and the Realms of the Gods*, Londres, Thames and Hudson, 2005 [ed. cast.: *Dentro de la mente neolítica: conciencia, cosmos y el mundo de los dioses*, trad. Axel Alonso Valle, Madrid, Akal, 2010].
- LIVI BACCI, Massimo, *A Concise History of World Population*, Oxford, Blackwell, 1992 [ed. cast.: *Historia mínima de la población mundial*, trad. Atilio Pentimalli, Ariel, Barcelona, 2002].
- LOEWE, Michael y SHAUGHNESSY, Edward L., eds., *The Cambridge History of Ancient China: From the Origins of Civilization to 221 bc*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.
- LONSDALE, Henry, *A Sketch of the Life and Writings of Robert Knox, the Anatomist*, Londres, Macmillan, 1870.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *The Communist Manifesto: A Modern Edition*, Introducción de Eric Hobsbawm, Londres, Verso, 1998 [ed. cast.: *El manifiesto comunista*, trad. José Vicente Borja Caballer, Valencia, Diálogo, 2007].
- MIEROOP, Marc van de, *A History of the Ancient Near East, c. 3000-323 BC*, Oxford, Blackwell, 2004.
- MILLER, Russell, *Bare-Faced Messiah: The True Story of L. Ron Hubbard*, Londres, Michael Joseph, 1987.
- MITHEN, Steven, *After the Ice: A Global Human History, 20,000-5000 BC*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 2001.
- MÜNZEL, Susanne C. y CONARD, Nicholas J., «Cave Bear Hunting in the Hohle Fels, a Cave Site in the Ach Valley, Swabian Jura», *Revue de Paléobiologie*, Ginebra, 23, 2 (diciembre de 2004), x-xx.
- NEWBY, Gordon Darnell, *A History of the Jews of Arabia: From Ancient Times to Their Eclipse under Islam*, Columbia, SC, University of South Carolina Press, 1988.
- PAGELS, Elaine, *The Gnostic Gospels*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1981 [ed. cast.: *Los evangelios gnósticos*, trad. Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2005].
- PAYTON JR., James R., *Getting the Reformation Wrong: Correcting Some Misunderstandings*, Downers Grove, IVP Academic, 2010.
- PENTON, M. James, *Apocalypse Delayed: The Story of Jehovah's Witnesses*, Toronto, University of Toronto Press, 1985.

- PINKER, Steven, *The Blank Slate*, Londres, Allen Lane, 2002 [ed. cast.: *La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, trad. Roc Fililla Escolà, Barcelona, Paidós Ibérica, 2003].
- POEWE, Karla, *New Religions and the Nazis*, Londres, Routledge, 2006.
- PORTIER-YOUNG, Anthea E., *Apocalypse Against Empire: Theologies of Resistance in Early Judaism*, Cambridge, William B. Eerdmans, 2011.
- PRINGLE, Heather, *The Master Plan: Himmler's Scholars and the Holocaust*, Londres, Fourth Estate, 2006 [ed. cast.: *El plan maestro: arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*, trad. Francisco Ramos J. Mena, Madrid, Debate, 2007].
- QUTB, Sayyid, *Milestones*, 1964 [ed. cast.: *Justicia social en el islam*, trad. José Cepedello Boiso, Córdoba, Almuzara, 2007].
- ROPER, Lyndal, *Witch Craze: Terror and Fantasy in Baroque Germany*, Londres, Yale University Press, 2004.
- ROWE, William T., *China's Last Empire: The Great Qing*, Londres, Belknap Press, 2009.
- RUSSELL, Jeffrey B. y ALEXANDER, Brooks, *A History of Witchcraft: Sorcerers, Heretics and Pagans*, Londres, Thames and Hudson, 1980.
- SANDERS, E. P., *The Historical Figure of Jesus*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993 [ed. cast.: *La figura histórica de Jesús*, trad. José Pedro Tosaus Abadía, Estella, Editorial Verbo Divino, 2000].
- SARDESAI, D. R., *India: The Definitive History*, Boulder, Colorado, Westview Press, 2008 [ed. cast.: *India: la historia definitiva*, trad. Luis A. Noriega Hederich, Barcelona, Belacqva, 2008].
- SAUNDERS, J. J., *A History of the Mongol Conquests*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1972.
- SCHÄFER, Peter, *The History of the Jews in the Greco-Roman World*, Londres, Routledge, 2003.
- SCHIFFMAN, Lawrence H., *Reclaiming the Dead Sea Scrolls: The History of Judaism, the Background of Christianity, the Lost Library of Qumran*, Filadelfia, Jewish Publication Society, 1994.
- SHAW, Ian, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford, Oxford University Press, 2000 [ed. cast.: *Historia del Antiguo Egipto*, trad. José Miguel Parra Ortiz, Madrid, La Esfera de los Libros, 2010].
- SKILTON, Andrew, *A Concise History of Buddhism*, Birmingham, Windhorse, 1994.
- SMITH, Huston y NOVAK, Philip, *Buddhism: A Concise Introduction*, Nueva York, Harper, 2003.

- STEPAN, Nancy, *The Idea of Race in Science: Great Britain 1800-1960*, Londres, Macmillan, 1982.
- TACITUS, *The Histories*, trad. Kenneth Wellesley, Harmondsworth, Penguin Books, 1975 [ed. cast.: *Obras sobre la historia de Roma*, trad. José Moralejo, Madrid, Gredos, 2002].
- THOMAS, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1971.
- TWITCHETT, Denis y LOEWE, Michael, *The Cambridge History of China: The Ch'in and Han Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- ULLMANN, Walter, *A Short History of the Papacy in the Middle Ages*, Londres, Methuen, 1972.
- VANDERKAM, James y FLINT, Peter, *The Meaning of the Dead Sea Scrolls: Their Significance in Understanding the Bible, Judaism and Christianity*, Londres, HarperCollins, 2002 [ed. cast.: *El significado de los rollos del Mar Muerto: su importancia para entender la Biblia, el judaísmo, Jesús y el cristianismo*, trad. Andrés Piquer Otero y Pablo Torijano Morales, Madrid, Trotta, 2010].
- VINE, Aubrey R., *The Nestorian Churches: A Concise History of Nestorian Christianity in Asia from the Persian Schism to the Modern Assyrians*, Londres, Independent Press, 1937.
- WHEEN, Francis, *Karl Marx*, Londres, Fourth Estate, 1999 [ed. cast.: *Karl Marx*, trad. Rafael Fontes Muñoz, Madrid, Debate, 2000].
- WIGRAM, W. A., *The Separation of the Monophysites*, Nueva York, AMS Press, 1978.

NOTAS

1. LA INVENCION DE LOS DIOSES

[1] Jean Bottéro, *Religion in Ancient Mesopotamia*, Londres, University of Chicago Press, 2001. <<

[2] Citado en Benjamin R. Foster (trad. y ed.), *Before the Muses: Myths, Tales and Poetry of Ancient Mesopotamia*, Bethesda, CDL Press, 1995. <<

4. LA INVENCION DEL FIN DEL MUNDO

[1] En James Vanderkam y Peter Flint, *The Meaning of the Dead Sea Scrolls: Their Significance in Understanding the Bible, Judaism and Christianity*, Londres, HarperCollins, 2002, pág. 352[ed. cast.: *El significado de los rollos del Mar Muerto: su importancia para entender la Biblia, el judaismo, Jesús y el cristianismo*, trad. Andrés Piquer Otero y Pablo Torijano Morales, Madrid, Trotta, 2010]. <<

[2] E. P. Sanders, *The Historical Figure of Jesus*, Harmondsworth, Penguin Books, 1993 [ed. cast.: *La figura histórica de Jesús*, trad. José Pedro Tosaus Abadía, Estella, Editorial Verbo Divino, 2000]. <<

[3] Josefo, *The Jewish War*, trad. G. A. Wilkinson, ed. rev., Harmondsworth, Penguin Books, 1981, pág. 357[ed. cast.: *La guerra de los judíos*, trad. Jesús M.^a Nieto Ibáñez, Madrid, Gredos, 1997]. <<

[4] Tácito, *The Histories*, trad. Kenneth Wellesley, Harmondsworth, Penguin Books, 1975, págs. 281-282. <<

[5] Josefo, *The Jewish War*, trad. G. A. Wilkinson, ed. rev., Harmondsworth, Penguin Books, 1981, pág. 362[ed. cast.: *La guerra de los judíos*, trad. Jesús M^a Nieto Ibáñez, Madrid, Gredos, 1997]. <<

5. LA INVENCION DE UN CIELO HUMILDE

[¹] W. H. Shewring (trad.), *The Passions of SS. Perpetua and Felicity*, Londres, Sheed and Ward, 1931. <<

[2] Robin Lane Fox, *Pagans and Christians in the Mediterranean World from the Second Century A.D. to the Conversion of Constantine*, Harmondsworth, Viking, 1986. <<

[3] Primera epístola de Clemente de Roma a los corintios. <<

6. INVENCION DE UNA RELIGION, INVENCION DE UNA NACION

[¹] Ibn Ishaq, *The Life of Muhammad, Apostle of Allah*, trad. Edward Rehatsek y ed. Michael Edwardes (entregada a la Royal Asiatic Society, Londres, 1898), Londres, Folio Society, 1964. <<

[2] Jonathan P. Berkey, *The Formation of Islam: Religion and Society in the Near East, 600-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pág. 65. <<

[3] Albert Hourani, *A History of the Arab Peoples*, Londres, Faber and Faber, 1991, pág. 20[ed. cast.: *La historia de los árabes*, trad. Aníbal Leal Fernández, Barcelona, Ediciones B, 2004]. <<

7. LA INVENCION EN OTROS LARES

[1] David N. Keightley, «The Environment of Ancient China», en *The Cambridge History of Ancient China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág 256.
<<

[2] Extraído de Edward Gilman Slingerland (trad.), *Confucius: Analects: With Selections from Traditional Commentaries* (Analect 6. 22), Cambridge, Hackett Publishing Co., 2003, pág. 60. <<

8. INVENCIONES DISIDENTES

[1] Extracto de la narración de Pablo de San Pedro de Chartres, en Edward Peters, *Heresy and Authority in Medieval Europe: Documents in Translation*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1980, pág. 71. <<

9. LA INVENCION DE LAS BRUJAS

[¹] George Lincoln Burr (ed.), *The Witch-Persecution at Bamberg. Translations and Reprints from Original Sources of European History*, vol. 3, Filadelfia, University of Pennsylvania, History Department, 1896, págs. 23-28. <<

[2] Jeffrey B. Russell y Brooks Alexander, *A New History of Witchcraft: Sorcerers, Heretics and Pagans*, Londres, Thames and Hudson, 2007, pág. 113. <<

[3] Lyndal Roper, *Witch Craze: Terror and Fantasy in Baroque Germany*, Londres, Yale University Press, 2004, pág. 9. <<

10. LA INVENCION DE NUEVOS CONSUELOS

[¹] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto: A Modern Edition*, Introducción de Eric Hobsbawn, Londres, Verso, 1998, pág. 77[ed. cast.: *El manifiesto comunista*, trad. José Vicente Borja Caballer, Valencia, Diálogo, 2007]. <<

[2] Extracto de Pavel Annenkov, «A Wonderful Ten Years», en *Reminiscences of Marx and Engels*, Moscú, Servicio de Publicaciones Extranjeras, (s.f.), págs. 269-272. <<

[3] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Communist Manifesto*, pág. 57. <<

[4] Orlando Figes, *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, Jonathan Cape, 1996, pág. 695[ed. cast.: *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, trad. César Vidal, Barcelona, Edhasa, 2001]. <<

[5] Sayyid Qutb, *Milestones*, 2001, trad. inglesa del Islamic Book Service, págs. 10-11 [ed. cast.: *Justicia social en el islam*, trad. José Cepedello Boiso, Córdoba, Almuzara, 2007]. <<

[6] Ibíd. <<

[7] Nicholas Goodrick-Clarke, *The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and their Influence on Nazi Ideology*, Londres, I. B. Tauris, 1992, pág. 46. <<

[8] Russell Miller, *Bare-Faced Messiah: The True Story of L. Ron Hubbard*, Londres, Michael Joseph, 1987. <<

[9] L. Ron Hubbard, *Scientology: A History of Man*, reedición de Los Angeles Bridge Publications, 1988, pág. 89. <<

[10] Ibíd., pág. 34. <<

[11] Ibíd., pág. 12. <<

NOTAS A LA TRADUCCIÓN

[1] Periódico sensacionalista estadounidense publicado por American Media Inc. <<

[II] Juego de palabras con *the Grim Reaper* (entre nosotros «La Parca»). <<